

JUAN ANTONIO CEBRIAN ZUÑIGA



Galería de Favoritos

RECOPIACION DE ARTÍCULOS PUBLICADOS EN EL MUNDO

PROYECTO BOSQUE DE CEBRIÁN

Editado y publicado por “Proyecto Bosque Cebrián”¹ sobre un trabajo original de Gonzalo Oliver² al coleccionar de forma digital los textos de Juan Antonio Cebrián³ en su columna “Galería de favoritos” del periódico El Mundo⁴. Portada: “Juan Antonio Cebrián” por Martín de Diego Sádaba⁵.



¹: <http://www.bosquecebrian.es>

²: <http://www.gonzalooliver.com/>

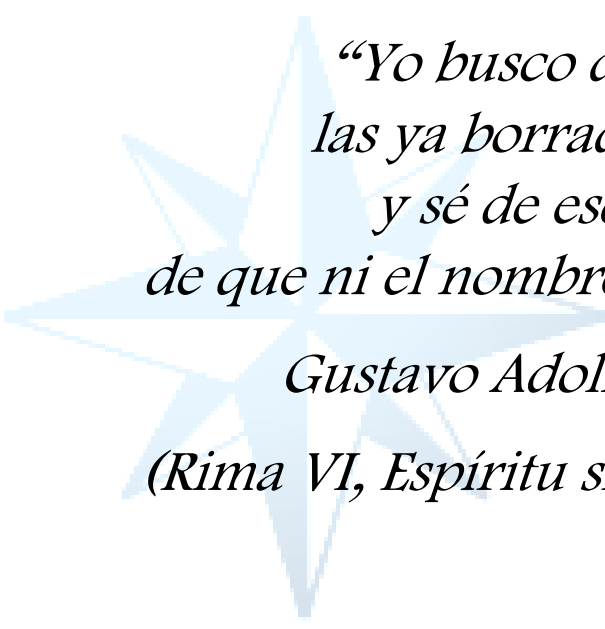
³: <http://www.juanantoniocebrian.com/>

⁴: <http://www.elmundo.es/>

⁵: <http://almanegra.deviantart.com/>

Esta obra está bajo una licencia Reconocimiento-Sin obras derivadas 2.5 España de Creative Commons. Para ver una copia de esta licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nd/2.5/es/> o envíe una carta a Creative Commons, 171 Second Street, Suite 300, San Francisco, California 94105, USA.





*“Yo busco de los siglos
las ya borradas huellas,
y sé de esos imperios
de que ni el nombre queda...”*

*Gustavo Adolfo Becquer.
(Rima VI, Espíritu sin nombre)*

El autor

Juan Antonio Cebrián Zúñiga (Albacete, 30 de noviembre de 1965 – † Madrid, 20 de octubre de 2007) fue periodista, escritor y locutor de radio. Además, contó con dos master en comunicación y realización de programas. Era conocido sobre todo



por sus programas de radio, como *La red*, *Azul y verde* y *Turno de Noche*. En su última etapa 1997-2007 dirigió y presentó el programa de radio *La Rosa de los Vientos*, en la emisora española Onda Cero.

Fue fundador y director de la revista *La Rosa de los Vientos* y participó en publicaciones como *Arqueología*, *Muy Interesante*, *Enigmas del hombre y del universo* y *Más Allá de la Ciencia*. Colaboró con el magazine dominical del diario *El Mundo* y con la revista *Historia de Iberia Vieja*. Además, fue director de la colección literaria "Breve historia" de ediciones Nowtilus.

Fue distinguido, dentro de su importante trayectoria, por la Asociación de Corresponsales Diplomáticos con el premio al "Mejor Locutor" (1994); Galardón concedido por el carnaval del Toro en Ciudad Rodrigo al "Mejor programa Turno de Noche" (1995); "Mejor programa radiofónico" (1996), "Turno de noche", por el semanario *Águeda*; "Gajo de oro" de 1998 concedido por la confederación de cooperativas agrícolas; Premio a la "Mejor divulgación" (1998) por el Fondo Mundial de Protección a la Naturaleza WWF/Adena e insignia de oro de 2002 concedida por el ayuntamiento de Quintanar del Rey (Cuenca). Pero su mejor logro ha sido sin duda ayudar a la forja de miles de oyentes y lectores como personas.

Juan Antonio Cebrián falleció, con sólo 41 años de edad, de un súbito ataque cardíaco la tarde del 20 de octubre de 2007, como informó la cadena de radio en la que él trabajaba, Onda Cero, a la 1:00 en la madrugada del domingo 21 de octubre. Pocas horas después, el domingo 21, sus compañeros de *La Rosa de los Vientos* realizaron un programa especial como homenaje en el que intervinieron colaboradores y oyentes.

Los restos mortales del periodista descansan en el cementerio de Pozuelo de Alarcón (Madrid).

Índice

- **Abderrahman II**, el emir cordobés que derrotó a los vikingos...pág. 15
- **Adosinda**, la valiente y bella nieta de Don Pelayo...pág. 17
- **Adriano**, el emperador viajero que mejoró la vida de sus súbditos...pág. 19
- **Agatha Christie**, la gran dama de las novelas de misterio...pág. 21
- **Alejandro VI**, el papa que repartió el mundo...pág. 23
- **Alfonso II**, el monarca que peregrinó al sepulcro del apóstol Santiago...pág. 25
- **Almanzor**, el temible y victorioso guerrero de Alá...pág. 27
- **Amundsen**, el noruego que conquistó la Antártida...pág. 29
- **Ana de Austria**, la reina española de “Los tres mosqueteros”...pág. 31
- **Ana Frank**, la voz oculta y mártir del Holocausto...pág. 33
- **Argantonio**, el mítico monarca del reino de la abundancia...pág. 35
- **Arminio**, el líder bárbaro que doblegó a las legiones de Roma...pág. 36
- **Arthur Conan Doyle**, el padre del detective más famoso del mundo...pág. 38
- **Arturo de Camelot**, el rey que vivió entre la realidad y la fantasía...pág. 40
- **Asdrúbal**, el bello general y gran estratega que fundó Cartago Nova...pág. 42
- **Beatriz Galindo**, una intelectual en la corte de Isabel la Católica...pág. 44
- **Belle Gunnes**, «la viuda negra» que conmocionó a Estados Unidos...pág. 46
- **Benito Pérez Galdós**, el gran cronista de la España decimonónica...pág. 48
- **Bilqis de Saba**, la inteligente y bella reina que enamoró al sabio Salomón...pág. 50
- **Blanca de Castilla**, la ejemplar española que reinó en Francia...pág. 52
- **Blanca de Navarra**, una reina sin amor...pág. 54
- **Blas de Lezo**, el almirante español que humilló a los ingleses...pág. 56
- **Boudica**, la reina guerrera de Britania que luchó contra la invasión romana...pág. 58
- **Casanova**, el gran maestro veneciano del arte de la seducción...pág. 60
- **Catalina de Erauso**, la monja alférez...pág. 62
- **Catalina de Medici**, una fría y despiadada reina de Francia...pág. 64
- **Catalina la Grande**, la zarina que modernizó la Rusia imperial...pág. 66
- **Caterina Sforza**, una indómita mujer que se enfrentó a los Borgia...pág. 68
- **Catón**, el viejo padre de las Letras latinas...pág. 70
- **Cervantes**, el príncipe de las Letras españolas...pág. 72
- **Custer**, el megalómano líder del Séptimo de Caballería...pág. 74
- **Dian Fossey**, la amiga de los gorilas...pág. 76
- **Don Pelayo**, el primer paladín de la Reconquista...pág. 78
- **Emilia Pardo Bazán**, la escritora aristócrata...pág. 80
- **Espartaco**, el gladiador que se rebeló contra Roma...pág. 82
- **Esquilache**, el polémico italiano preferido de Carlos III...pág. 84
- **Francisco de Orellana**, el valiente explorador del río Amazonas...pág. 86
- **Gengis Khan**, amo y señor de todos los océanos...pág. 88
- **George Sand**, una excéntrica muy romántica que gozó del amor libre...pág. 90
- **Gilles de Rais**, la verdadera historia de Barba Azul...pág. 92
- **Helen Keller**, la mujer que protagonizó el milagro de Anne Sullivan...pág. 96
- **Inés de Castro**, la dama que logró reinar después de muerta...pág. 98



- **Inés Suárez**, una intrépida extremeña a la conquista de Chile...pág. 100
- **Iván IV “El Terrible”**, el primer zar de todas las Rusias...pág.102
- **Jerónimo de Savonarola**, el fraile italiano que hizo temblar al Vaticano...pág. 104
- **John Wesley Hardin**, el mito de un pistolero llamado “Dedos fríos” ...pág.106
- **Josefina Bonaparte**, la criolla que llegó a ser emperatriz...pág. 108
- **Juan Martín Díez**, El Empecinado, la pesadilla de Napoleón...pág. 110
- **Julio César**, el general que soñaba con hacer de Roma un imperio...pág. 112
- **La princesa de Éboli**, la noble que se enfrentó a Santa Teresa de Jesús...pág. 114
- **Leónidas de Esparta**, el gran héroe griego de las Termópilas...pág. 116
- **Leovigildo**, el rey godo que engrandeció Hispania...pág.118
- **Maimónides**, el sabio hebreo más célebre e influyente de la Edad Media...pág. 120
- **María Antonieta**, la soberana francesa a quien nunca quiso la plebe...pág. 122
- **María Cristina de Habsburgo**, la regente que soportó el desastre del 98...pág. 124
- **María Estuardo**, la bella y desdichada reina de Escocia...pág.126
- **María Pacheco**, la indómita mujer que se enfrentó a un emperador...pág.128
- **María Victoria de Aosta**, una breve y olvidada reina de España...pág. 130
- **Mary Shelley**, la joven creadora de Frankenstein...pág.132
- **Mata Hari**, la bailarina espía que se inventó a sí misma...pág. 134
- **Miguel Servet**, teólogo hereje que descubrió la circulación de la sangre...pág.136
- **Nefertari**, la carismática mujer que enamoró a Ramsés II...pág.138
- **Nefertiti**, la mujer más bella del Egipto faraónico...pág.140
- **Nicolás Copérnico**, el científico que se centró en el Sol...pág.142
- **Nicolás Maquiavelo**, el artífice de la razón de Estado...pág. 144
- **Nostradamus**, el médico visionario que anticipó el futuro...pág.146
- **Oliver Cromwell**, un dictador cruel y puritano...pág. 148
- **Paul Nipkow**, el joven alemán que se convirtió en padre de la televisión...pág. 150
- **Ponce de León**, el conquistador que buscó la fuente de la eterna juventud...pág.152
- **Quinto Sertorio**, el aventurero que quiso ser emperador de Roma...pág. 154
- **Ricardo Corazón de León**: la caballerosidad británica...pág. 156
- **Richard Francis Burton**, un explorador seducido por Oriente...pág. 158
- **Richard Wagner**, el gran genio y maestro del drama musical...pág. 160
- **Robert Baden Powell**, el gran jefe de los «boy scouts»...pág. 162
- **Rodrigo Díaz de Vivar**, la leyenda de un caballero burgalés...pág.164
- **Roger de Flor**, la aureola de un guerrero mítico...pág. 166
- **Rosalía de Castro**, la gran narradora de la añoranza gallega...pág.168
- **Rudyard Kipling**, escritor y poeta oficial del imperio británico...pág. 170
- **Salomón**, el rey sabio que mantuvo unidas a las tribus judías...pág. 172
- **San Francisco de Asís**, el iniciador de la tradición belenística...pág. 174
- **Santa Elena**, descubridora de la cruz de Jesucristo...pág. 176



- **Santa Genoveva**, la protectora de los merovingios...pág. 178
- **Sarah Bernhardt**, la diosa de la escena...pág. 180
- **Séneca**, el filósofo de Hispania que educó a Nerón...pág. 182
- **Severo Ochoa**, el centenario de un genio que obtuvo el Premio Nobel...pág. 184
- **Sisebuto**, el monarca godo que estudió las estrellas...pág. 186
- **Stevenson**, el contador de historias...pág.188
- **Tamerlán**, el sanguinario conquistador mongol de Samarkanda...pág. 190
- **Teodora de Bizancio**, la meretriz que llegó a gobernar un imperio...pág.192
- **Tiberio**, el emperador que se enamoró de Capri...pág.194
- **Traiano**, el hispano que se convirtió en emperador de Roma...pág.196
- **Tutankamón**, la misteriosa muerte de un faraón de 19 años...pág. 198
- **Urraca I de Castilla y León**, una brava e independiente reina medieval...pág. 200
- **Vasco Núñez de Balboa**, el español que descubrió el Pacífico...pág. 202
- **Vercingetórix**, el irreductible galo que se enfrentó a los romanos...pág. 204
- **Vlad Tepes**, cruel príncipe que dio origen al mito de Drácula...pág. 206
- **William Shakespeare**, el polémico genio de las letras inglesas... pág. 208





Abderrahman II, el emir cordobés que derrotó a los vikingos

Nació en el año 788. Durante su emirato, Córdoba alcanzó un gran esplendor cultural y se convirtió en mecenas de la cultura. Contribuyó a la pacificación general y reorganizó las áreas de gobierno, aunque durante su mandato se produjo la revolución religiosa de los mozárabes.

Fue un magnífico gobernante andalusí que supo hacer olvidar los estragos cometidos por su padre y antecesor, Al-Hakam I. Bajo su mandato, Córdoba floreció como gran epicentro cultural de Europa, mientras al-Andalus mejoraba ostensiblemente su organización política, económica y social.

Nacido en 788 d. C., asumió el mando del emirato cordobés en 822, tras la sanguinaria actuación de su progenitor en la terrible matanza de Secunda —un arrabal de Córdoba—, donde 3.000 cristianos fueron pasados a cuchillo o crucificados por mostrar discrepancias con el poder islámico imperante.

Afortunadamente, el heredero se confirmó como un emir respetuoso con las gentes y gran mecenas de la cultura. Abderrahman II procuraría tres decenios de felicidad para al-Andalus. Durante su gobierno, Córdoba resplandeció en todo el occidente europeo.

La capital andalusí fue embellecida de tal manera que muchos coincidieron en afirmar que se hallaban ante la mejor ciudad del mundo. Razón no les faltaba: bajo el amparo del omeya cientos de intelectuales se albergaron en la hermosa urbe, filósofos, poetas, arquitectos y científicos adornaban con su saber las calles cordobesas.

El emir supo entender el ánimo de sus súbditos y estableció normas que aseguraron una saludable convivencia entre las diferentes etnias y religiones. Asimismo, hubo un incremento del número de funcionarios y se jerarquizaron algunas áreas de gobierno. Además, la acuñación regular de moneda procuró la estabilidad suficiente para el impulso del comercio, con lo que se forjó un escenario de prosperidad, a pesar de los cronificados conflictos frente a los reinos cristianos peninsulares.

Pero la entrada en el juego religioso de nuevas influencias ortodoxas trastocó el panorama social andalusí. Ya en tiempos de Al-Hakam I había cobrado fuerza la presencia de la escuela malikí que propugnaba, desde el carisma de su fundador y discípulo directo de Mahoma, Malik Ibn Anas, un acercamiento puro al cumplimiento de las sunnas o prefectos coránicos.

La adopción de esta corriente islámica por al-Andalus derivó a una suerte de fricciones con la población mozárabe. La creciente islamización del Estado originó reacciones poco vistas desde los tiempos romanos, y muchos practicantes católicos optaron por el voluntario martirio ante el menoscabo que, según ellos, estaba sufriendo su religión.

Fueron momentos de gran tensión con cientos de cristianos dispuestos a blasfemar contra Mahoma, lo que de facto les condenaba a una ejecución sumaria, pues según las leyes coránicas, el que ofendiera al profeta de Alá recibiría la pena de muerte. No obstante, este delicado problema encontró una razonable solución, gracias a un cónclave cristiano celebrado en Sevilla. Allí se determinó que se es forzosamente mártir cuando no queda más remedio y no cuando la víctima lo pretende.

En el terreno bélico, Abderrahman II guerreó contra los francos de la marca Hispánica y los cada vez más fuertes astur-leoneses. Pero, sin duda, el hecho militar más extraño fue el que se libró contra los escandinavos. En 844 la península Ibérica recibió la visita de las temidas hordas vikingas. Primero asaltaron La Coruña, donde fueron rechazadas por los soldados del rey asturiano Ramiro I. Posteriormente, golpearon Lisboa, para finalizar viaje remontando el Guadalquivir hasta Sevilla, ciudad que fue sometida a un severo castigo. Los normandos tripulaban una flota compuesta por más de 80 drakkar —sus característicos navíos— que quedaron fondeados en una isla cercana a la capital hispalense.

Abderrahman II, sabedor del desastre provocado por los mayus (nombre con el que los musulmanes designaban a los vikingos), organizó a su ejército en Córdoba y partió al encuentro con los paganos. Los localizó cerca de Tablada (Sevilla), derrotándolos hasta su casi exterminio. Este éxito sirvió para que el precavido emir ordenara la construcción de varias atalayas defensivas por toda la costa andaluza, en previsión de nuevas incursiones de aquellos fanáticos guerreros.

En sus años finales, Abderrahman mantuvo vivo su interés por el mecenazgo de las bellas artes y la cultura y fomentó la traducción al árabe de las grandes obras literarias. El propio Abderrahman compuso unas crónicas dedicadas a la historia de al-Andalus.

Su muerte, a los 64 años, fue llorada por todos. No estableció cuál de sus hijos debía sucederle pero, tras muchos debates, la corte eligió a su primogénito Muhammad I. El joven de 19 años —ferviente seguidor de la fe islámica— intentó sin éxito mantener la ingente obra de su padre, ya que cometió el grave error de dar prioridad a las cuestiones religiosas antes que a otros asuntos esenciales para el buen discurrir de la convivencia en el emirato omeya.

Adosinda, la valiente y bella nieta de Don Pelayo

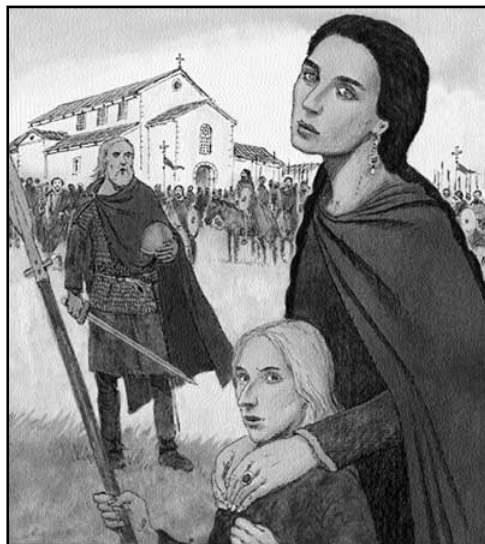
Fue una de las soberanas clave para la consolidación del reino de Asturias en el siglo VIII. Se casó con un magnate gallego llamado Silo y protegió la vida del futuro rey Alfonso II, procurándole una valiosa formación intelectual y cristiana en el monasterio lucense de San Julián de Samos.

Fue una de las últimas descendientes directas del paradigmático iniciador de nuestra Reconquista. Protegió con celo extremo la vida de su sobrino, el futuro rey Alfonso II, El Casto, propiciando de ese modo un tiempo de esplendor para el reino de Asturias.

Durante el siglo VIII se trazaron en Hispania las líneas maestras sobre cómo serían las centurias venideras. El nacimiento del reino astur fue semilla del inminente avance cristiano por la Península Ibérica con el visigodo Pelayo transformado en paladín de aquellos años fundamentales para nuestra Historia.

Después de la muerte del líder asturiano en 737, ocupó el trono su hijo Favila, quien fue elegido por los notables astures en reconocimiento de las proezas marcadas por su progenitor. Al infortunado vástago apenas le dio tiempo de protagonizar hazaña alguna, ya que sólo reinó dos años.

En ese periodo encontró ocasión para ordenar el levantamiento de una iglesia en Cangas de Onís, albergadora de la valiosa cruz de roble que Don Pelayo utilizó en Covadonga. La ermita de la Santa Cruz fue consagrada en 739, año en el que murió Favila de muerte violentísima a consecuencia del ataque de un oso que le despedazó mientras disfrutaba de una jornada de caza. Según se cuenta, el hijo de Pelayo era muy dado a los placeres mundanos, lo que le distraía de las obligaciones de gobierno en un pequeño territorio que aspiraba a fortalecerse como reino.



Poco más sabemos de este gobernante quien, casado con Frolaya, tuvo dos hijos que no llegaron a reinar. Sí, en cambio, lo hizo el yerno de Pelayo, Don Alfonso, hijo de Don Pedro, duque de Cantabria.

Alfonso I, El Católico, puede ser considerado por la documentación existente como el primer rey de Asturias y posteriormente de León. Nacido en 693, fue de los primeros en acudir al llamamiento hecho por Pelayo en su guerra contra los musulmanes. Ungido tras la muerte de Favila, dedicó su reinado a extender las fronteras de Asturias consolidando la monarquía y anexionando grandes extensiones de terreno más allá de los originales valles astures. Alfonso I se casó con Ermesinda, hija de Pelayo, con la que tuvo tres hijos: Fruela, Vimarano y Adosinda; más tarde, al enviudar tendría otro hijo natural, llamado Mauregato, con una supuesta esclava musulmana.

A lo largo de todo su reinado, Alfonso I se caracterizó no sólo por la guerra, sino también por su profunda religiosidad, promoviendo la construcción y restauración de innumerables iglesias y ermitas, lo que le valió el sobrenombre de El Católico. Cuando

falleció en 757, ya se había creado el mapa principal por el que transcurrirían las futuras operaciones militares de los siguientes decenios.

Al rey le sucedió su hijo Fruela I, artífice de un reinado caracterizado por la continuidad —en cuanto a la guerra sostenida contra el musulmán— aunque más defensivo que atacante. Fruela y sus tropas soportaron diversos envites, principalmente contra Galicia. Asimismo, afloraron revueltas internas motivadas en esencia por desencuentros con gallegos y vascones disconformes con el creciente centralismo astur. Por otro lado, el rey fundador de Oviedo se enfrentó de lleno a la Iglesia cuando prohibió los matrimonios para los clérigos.

En esos años, se forjó una profunda enemistad con su hermano menor Vimarano, a quien ordenó asesinar temiendo una conspiración que le despojara del cetro real, pues, por entonces, gozaba de las simpatías de buena parte de la aristocracia y el pueblo.

Fruela I murió ejecutado finalmente en 768 a manos de los seguidores de su hermano, con lo que Adosinda junto a su sobrino Alfonso —hijo del monarca asesinado—, se convirtieron en únicos supervivientes directos del renombrado Don Pelayo. A fin de proteger la preciosa vida del legítimo heredero, la princesa astur le envió al monasterio de San Julián de Samos (Lugo), donde Alfonso pasó unos años fundamentales para su formación intelectual y cristiana, lo que le supondría años más tarde ser uno de los reyes trascendentales para la historia de Asturias.

En ese tiempo, Aurelio (768-774) —primo de Alfonso, El Católico— asumió el trono asturiano, mientras que Adosinda, pensando en sostener su importante linaje, elegía como esposo a un supuesto magnate gallego llamado Silo. Una vez más, la intuitiva noble acertó, pues, tras la muerte de Aurelio, la hermosa asturiana era proclamada reina con un consorte dispuesto a pacificar el convulso territorio trasladando la Corte desde Cangas de Onís a Pravia, lugar mucho mejor comunicado con los diferentes enclaves del reino, gracias al preexistente entramado de calzadas romanas que pasaban por el lugar.

En los nueve años y un mes que duró su reinado, ambos cónyuges se amaron con pasión, siendo cómplices en numerosos mecenazgos culturales que embellecieron los parajes asturianos. En 783 falleció Silo, y su viuda, al no tener descendencia, intentó rehabilitar a su sobrino Alfonso en el trono. Sin embargo, Mauregato —hermanastro de Adosinda— dio un certero golpe de Estado apropiándose, con la ayuda de buena parte de la aristocracia, del poder en el reino.

La vida de la reina viuda fue respetada, pero se la conminó a ingresar como monja en la iglesia de Santianes en Pravia, donde finalizó sus días siendo enterrada en aquel lugar junto a su marido. Años más tarde, tras la abdicación de Bermudo I, El Diácono, Alfonso II era proclamado rey de Asturias en 791, dando paso a un gozoso reinado que se extendió hasta 842.

En este periodo el "rey casto" no dejó de pensar ni un solo instante en que gracias a su tía Adosinda pudo, no sólo salvar la vida, sino también prepararse como uno de los intelectuales más descolantes de aquel convulso mundo medieval que comenzaba a dar sus primeros pasos por el camino que conducía al sepulcro de Santiago en Compostela. Precisamente, este magnífico soberano fue el primer peregrino que rindió homenaje al discípulo de Jesús.

Adriano, el gran emperador viajero que mejoró la vida de sus súbditos

Nació en Itálica en el año 76. A los 10 años se quedó huérfano y su tío Trajano – futuro César– se hizo cargo de él. Le proporcionó una educación exquisita y en 117 sucedió a su tutor, convirtiéndose en el segundo César romano de origen hispano. Su mandato fue relativamente pacífico.

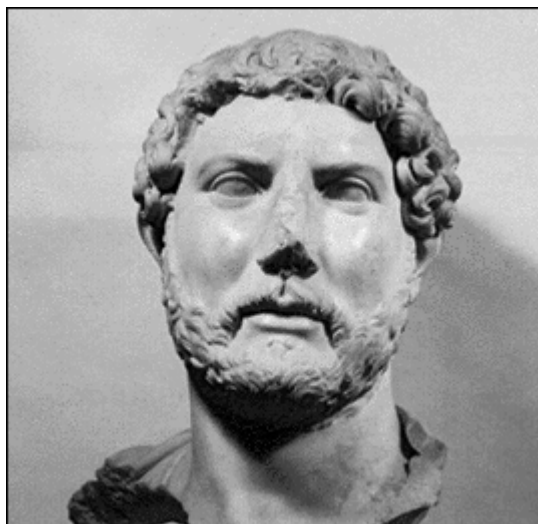
Fue el segundo César romano de origen hispano y con él, Roma conoció una de sus mejores etapas de esplendor. Dotado para el gobierno, viajó de forma incansable por las provincias imperiales, mientras promulgaba leyes que mejoraron la existencia de sus súbditos.

Elio Publio Adriano nació en Itálica (cerca de la actual Sevilla), el 24 de enero del año 76. Con 10 años de edad se quedó huérfano, un suceso que propició su traslado a Roma, bajo el amparo y protección de su tío, el futuro emperador Trajano, quien le otorgó una educación exquisita.

Transcurrido el tiempo, el joven mostró querencia por la sabiduría y las bellas artes y llegó a ser muy versado en matemáticas, medicina, filosofía, música, literatura, escultura, geometría... Si bien, su predilección intelectual se inclinó hacia el mundo helenístico por lo que se ganó el apelativo de *graeculus*, pequeño griego.

Se puede decir que Adriano fue un predecesor de las corrientes renacentistas, pues todo conocimiento le interesaba, incluidos los secretos de la vida y de los hombres. En todo caso, este acúmulo del saber no le distrajo un ápice en su carrera social. Entre 91 y 117 ocupó diversos cargos en la administración pública, como los de cónsul, cuestor o tribuno de la plebe. En el plano militar, destacó en este tiempo luchando en varias legiones, como la II Adjutrix o la V Macedónica.

En 96 se casó con Vibia Sabina, una sobrina nieta de su tutor, Trajano. Cuando éste llegó al poder dos años más tarde, Adriano siguió bajo su servicio y le acompañó a las campañas de la Dacia. En 107 fue nombrado delegado imperial en la provincia de baja Panonia (actuales Hungría y Serbia) y un año más tarde alcanzaba la cumbre política obteniendo el cargo de cónsul. Finalmente, la confianza que Trajano había depositado en él se plasmó en su elección como hijo adoptivo en agosto de 117. Días más tarde, el emperador falleció y el camino quedó abierto para que Adriano asumiera el trono.



Su mandato fue bastante pacífico y quedó marcado por sus constantes viajes, ya que quiso conocer, de primera mano, la realidad de las provincias imperiales. Con tal motivo, en el año 121 se trasladó a las Galias (actual Francia), donde revisó personalmente guarniciones y ciudades. Luego viajó a Germania, reforzando la *limes* (la frontera). Más tarde, desembarcó en Britania, donde ordenó la construcción del famoso muro que llevaría su nombre. Una obra colosal de más de 100 kilómetros de

largo que separaría el sur romanizado del norte bárbaro en posesión de los indomables pictos. Asimismo, regresó a su tierra natal, pasando el invierno de 122 en Tarraco (Tarragona). Allí, un esclavo intentó, sin éxito, atentar contra él.

De la península Ibérica saltó a tierras africanas para sofocar una rebelión de las tribus mauritanas, y de ahí continuó hacia Egipto. Realizó un crucero por el Nilo en compañía de su amante masculino Antinoo, quien falleció ahogado en extrañas circunstancias. A esas alturas, Adriano llevaba demasiado tiempo fuera de Roma, lo que inquietó al Senado imperial que no paraba de preguntarse a qué se debía tanta pasión viajera.

Sea como fuere, a su regreso a la ciudad eterna, el César hispano se entregó por completo a la tarea de remodelar el aparato estatal de gobierno. Sus decisiones fueron, en general, bien recibidas y con ello se alivió la congestión burocrática que padecía el Imperio. Entre otras medidas, prohibió los vergonzantes sacrificios humanos y concedió subvenciones a miles de agricultores para que cultivaran tierras hasta entonces baldías.

En 132 los judíos de Palestina, dirigidos por Bar Kochba y Eleazar, se levantaron en armas. El mismo Adriano se puso al frente de las legiones para aplastar la rebelión con un resultado sangriento que dejó más de 200.000 hebreos muertos y otros tantos represaliados. Sólo la enfermedad pudo frenar su inquebrantable espíritu. En 138 la hidropesía [derrame o acumulación de líquidos] se apoderó de su cuerpo para sumergirlo en estragos irreversibles. Aquel hombre guapo, robusto y de rizados cabellos rubios comenzó a hincharse, sufriendo frecuentes hemorragias nasales con dolores tan agudos que el propio César llegó a implorar la muerte. Ésta se produjo mientras reposaba en la estación termal de Baya, cerca de Nápoles en julio de 138.

Adriano fue uno de los más relevantes emperadores, su pasión por la cultura y por la grandeza de la civilización quedó reflejada en magnas obras de construcción y en brillantes escritos elaborados por intelectuales que habían recibido su mecenazgo. Sus restos mortales recibieron sepultura cerca del río Tíber, en un mausoleo en el Castillo Vaticano de Sant'Angelo, en Roma.

Agatha Christie, la gran dama de las novelas de misterio

Nació en el seno de una rancia familia victoriana, en 1890. La autora inglesa más traducida –por delante incluso de Shakespeare– publicó su primer libro en 1920. Además de obras policíacas y de teatro, relatos y ensayos, escribió novelas de amor, de las que se sentía muy orgullosa.

Extravagante, reservada, imaginativa y viajera. Es la escritora de cuya producción bibliográfica más ejemplares se han vendido. Su obra, compuesta por unas 70 novelas, 150 relatos cortos, 19 obras teatrales, varios ensayos y una autobiografía, la convierte en un icono de la literatura universal.

La creadora de personajes como Hércules Poirot o Miss Marple nació el 15 de septiembre de 1890, en Torquay (Devonshire, Inglaterra). Su verdadero nombre era Agatha Mary Clarissa Miller Boehmer. Pertenecía a una rancia familia victoriana, cuyos padres, Frederick y Clarissa, estaban empeñados en otorgar a su descendencia la mejor instrucción académica posible.

Sin embargo, la prematura muerte del progenitor, en 1901, dejó a la familia sumida en la bancarrota, viéndose obligada a alquilar su residencia inglesa durante los veranos, mientras ellos viajaban a Egipto. Este país impregnó el alma de Agatha.

La futura escritora comenzó desde muy pronto a dar muestras de un espíritu bohemio que le acompañaría durante su interesante peripecia vital. En 1911 voló en un avión, cuando este asunto era propio de los excéntricos de la época. Más tarde conoció al apuesto Archibald Christie, un piloto de la Royal Flying Corps, con quien se casó absolutamente enamorada en 1914, año en que estalló la Primera Guerra Mundial. Ella misma se alistó en el Cuerpo de Enfermeras. Fue destinada al laboratorio de un hospital, donde adquirió importantes conocimientos sobre toxicología, que más tarde le sirvieron para trazar los argumentos de sus libros más reconocidos.

Después del final de la contienda tuvo a su única hija, Rosalind, y en 1920 publicó su primera obra, *El misterioso caso de Styles*, donde aparece por primera vez el singular detective belga Hércules Poirot. La acogida de la novela fue magnífica, aunque solamente se vendieron unos 2.000 ejemplares, suficientes, en todo caso, para concebir la esperanza de ser algún día escritora profesional.

Poco después llegaron otras obras y los primeros ingresos económicos, que dedicó a la compra de un automóvil. En 1926, cuando ya gozaba de gran popularidad, recibió un duro golpe, además de la muerte de su querida madre: su marido había solicitado el divorcio. Se había encaprichado de Nancy Neele, una joven jugadora de golf que, sin pretenderlo, partió el corazón de la Christie hasta tal punto que sufrió un "shock" emocional, perdiéndose durante varios días. Fue hallada en un balneario, con nombre falso y con una amnesia de la que no llegó a recuperarse totalmente.



Sin embargo, esta mujer de carácter indómito pudo sobreponerse, en parte, debido a la publicación de *El asesinato de Rogelio Ackroyd*, la novela que la impulsó al éxito definitivo.

Cuando contaba 40 años decidió entregarse a su pasión viajera y, a bordo del tren *Orient Express*, se trasladó a Mesopotamia con la intención de visitar yacimientos arqueológicos. Fue allí donde conoció a Max Mallowan, un arqueólogo 15 años menor que ella, y que se convirtió en el gran amor de su vida. Juntos prospectaron los ecos de la historia antigua, lo que sirvió a la escritora de fuerte inspiración para algunos de sus títulos inmortales, como *Asesinato en Mesopotamia* o *Muerte en el Nilo*.

En 1939 Inglaterra quedó involucrada en la Segunda Guerra Mundial y el matrimonio tuvo que separarse. Max marchó al frente y Agatha volvió a ser enfermera, aunque siguió escribiendo con éxito, en algunos casos bajo el seudónimo de Mary Westmacott, nombre que usó para las novelas sentimentales de las que siempre se sintió orgullosa.

En 1952 estrenó su obra teatral "*La ratonera*", desde entonces representada ininterrumpidamente, constituyendo, hoy en día, un récord sin parangón. Cabe comentar que, si bien Agatha Christie es una de las más fieles representantes del género detectivesco, en su extensa producción también se encuentran títulos inscritos en otros ámbitos literarios, incluida una deliciosa autobiografía titulada *Ven y dime cómo vives*, donde la británica muestra, a pesar de su natural timidez, una personalidad muy humana y sincera.

En 1971, la reina Isabel II —una de sus más encendidas seguidoras— le concedió la Orden del Imperio Británico por la difusión universal de sus libros. No en vano, era la autora inglesa más traducida, por encima incluso del mismísimo William Shakespeare, con unas ventas que superaban los 400 millones de ejemplares.

Falleció el 12 de enero de 1976, cogida de la mano de su esposo, Max. Una de sus frases más definitorias fue ésta: "No soy buena conversadora, no puedo hacer las cosas de prisa, me resulta difícil decir lo que quiero, prefiero escribirlo. Escogí la profesión justa".

Alejandro VI, el papa que repartió el mundo

Enérgico y despiadado, obtuvo grandes logros para la Iglesia, pero mostraba también otra cara conspiradora y poderosa que miraba siempre por el interés de los suyos.

Es muy escaso el número de españoles que pudieron ungirse con la púrpura vaticana; tan sólo cuatro merecieron esa distinción: Dámaso I (366-384), Benedicto XIII (Papa Luna, 1398-1424), Calixto III (1455-1458) y, finalmente, Alejandro VI (1492-1503), sin duda, el más polémico de todos.

Nació en Játiva en 1431 y recibió el bautismo con el nombre de Rodrigo. Pertenecía a una noble familia que, en poco más de un siglo, vio cómo algunos de sus miembros llegaban a lo más alto. Papas, santos, cardenales o príncipes; ése era el destino reservado para los Borja, apellido auténtico de este linaje. Borgia sería la italianización del mismo.



La Italia del siglo XV era un auténtico hervidero cultural y político. En ese fructífero contexto, diferentes potencias y familias pugnaban por el control de aquella península sumida en un renacimiento deslumbrante.

En 1449, el joven Rodrigo viajó a Roma por petición de su tío Alfonso, por entonces cardenal notable en los círculos de poder vaticanos. Alfonso de Borja había sido obispo de Valencia y se preparaba minuciosamente para asumir el papado, consiguiéndolo en 1455 bajo el nombre de Calixto III. Desde ese momento, trabajó con entusiasmo en varias cuestiones, y una de ellas fue rehabilitar la figura de Juana de Arco. Otra, no menos importante para él, fue acomodar en los mejores puestos a familiares y amigos leales a su causa.

Rodrigo de Borja prosperó con celeridad en los tres años que su tío ostentó el cargo pontificio, a la par que desarrollaba sus estudios legislativos en la Universidad de Bolonia. En este periodo fueron numerosas las misiones que Calixto III encomendó a su ambicioso pariente; la más destacada fue el oficio de vicescanciller vaticano, lo que permitía al futuro Alejandro VI entrar en contacto con los puntos neurálgicos de aquel complejo estado.

En 1458 falleció Calixto III, y en ese momento su sobrino ya había tejido lo imprescindible para mantenerse en la tupida telaraña del poder. Se estableció definitivamente en Roma sin perder contacto con su tierra natal valenciana. Aunque las tareas y obligaciones eran abundantes en un personaje de su categoría, no descuidó ni un ápice sus relaciones privadas. En ese sentido, cabe destacar que nuestro ardoroso cardenal y posterior papa tuvo 10 hijos conocidos a lo largo de su vida. Bien es cierto que los famosos fueron tan sólo cuatro, fruto de la pasión con Vanozza Catanei, su amante predilecta. De ese modo, César, Juan, Lucrecia y Jofre

pasaron a la Historia como los legítimos Borgia. Los otros, en cambio, representaron un papel más modesto, y fueron relegados al ostracismo en la mayor parte de los casos.

En 1492 fue elegido papa bajo el nombre de Alejandro VI. Su vigor, tenacidad y diplomacia consiguieron magníficos resultados en los 11 años de mandato. Así pues, fue el artífice del Tratado de Tordesillas, por el que se trazaban las fronteras de conquista americana entre Portugal y España, y además concedió a los monarcas hispanos Isabel y Fernando el título de Reyes Católicos, aún vigente en nuestros días. Asimismo, se enfrentó al peligro externo que suponía el Imperio otomano y tomó decisiones legislativas de cierto calado, como la creación de un Tribunal Supremo que controlara los abusos judiciales que se producían en escalafones inferiores.

En el capítulo artístico, encargó a Miguel Ángel la fundamental reconstrucción de la basílica de San Pedro y mandó levantar el edificio principal de la Universidad de Roma. A pesar de tanto trajín burocrático, siempre encontró momento para las conspiraciones que permitían a su familia consolidarse como una de las más poderosas de Italia. Las herramientas que utilizó para estos menesteres fueron, en ocasiones, sus propios hijos, a los que inculcó una conciencia de clase demasiado elevada y cruel, dejándoles claro que lo principal ante todo era la familia.

César Borgia y su padre idearon e impulsaron numerosas conspiraciones en su provecho. Del primogénito –inspirador de Maquiavelo– se dice que llegó incluso a eliminar por celos a su propio hermano Juan cuando éste alcanzó la jefatura de los ejércitos vaticanos. Mientras, la pobre Lucrecia fue la principal víctima de unos y otros, pasando injustamente a engrosar la lista negra de los personajes terribles de la Historia. De ella se llegó a contar que fue amante de su padre y hermanos y que envenenó, empujada por éstos, a todo aquél que se interpuso en el camino de los Borgia. La difamación fue ensalzada por los autores románticos del XIX, los cuales no repararon en argumentos tergiversados a la hora de mostrar vida, obra y asesinatos de la bella italiana.

Alejandro VI, a pesar de las truculencias que rodearon su biografía, fue un digno representante para la Iglesia católica. Falleció el 18 de agosto de 1503 tras soportar una semana intensa de fiebres altas, acaso provocadas por la malaria. La rumorología popular siempre atribuyó su muerte a un envenenamiento sufrido durante un pantagruélico festín del que también participó su hijo César, quien, al parecer, pudo evitar los efectos de la dosis venenosa gracias a su mejor estado físico. El papa, en cambio, no habría podido superar la intoxicación, dado su estado de obesidad y, sobre todo, a una sífilis que empeoró notablemente el cuadro clínico general.

Alejandro VI se hinchó y pudrió de tal manera que los olores de su cuerpo se extendieron por Roma y nadie se atrevía a entrar en su pestilente habitación. Incluso los enterradores tuvieron que fracturarle varios huesos para poder incrustarlo en el ataúd. Un final excesivo para una vida agotadora.

Alfonso II, el monarca que peregrinó al sepulcro del apóstol Santiago

Hijo de Fruela I y sucesor de Bermudo I, fue ungido rey de Asturias en el año 791. Protagonizó un largo reinado (más de medio siglo), durante el cual trasladó la capital a Oviedo, sufrió el acoso musulmán y reorganizó la corte y la Iglesia siguiendo las normas godas.

Fue uno de los últimos representantes de la noble estirpe de don Pelayo. Bajo su cetro se apuntaló definitivamente la estructura social y económica del incipiente reino de Asturias, cuyo territorio vinculó al resto de la cristiandad gracias al oportuno descubrimiento, durante su mandato, de la tumba del apóstol Santiago en Galicia. El más longevo de los monarcas astures nació en Oviedo hacia el año 760. Era el primogénito del rey asturiano Fruela I y de la esposa de éste, la noble alavesa Munia. Tras el asesinato de su padre, en 768, su madre y su tía Adosinda [hija de Alfonso I, hermana de Fruela I y reina viuda de Silo] se empeñaron en proteger los derechos dinásticos del pequeño Alfonso. Éste fue enviado –junto a su hermana Jimena– al monasterio lucense de San Julián de Samos, donde ambos recibieron una esmerada instrucción a cargo de los monjes. Esta circunstancia moderó, sin duda, la personalidad inquebrantable del futuro gobernante asturiano, preparándole para asumir el trono con absoluta garantía.



En 791 el ocasional monarca de Asturias Bermudo I, el Diácono, fue derrotado por los musulmanes en la batalla de Burbia (Bierzo-León) y, hastiado, decidió abdicar en la figura de su sobrino Alfonso. Éste sería ungido el 14 de septiembre de dicho año sin que, por entonces, nadie pudiera sospechar que aquel joven de profundas convicciones religiosas iba a dirigir el reino durante más de medio siglo.

El proclamado rey casto se empeñó en la recuperación de la vieja tradición goda, dando vigor al uso del Liber Iudiciorum, texto de derecho legal que le permitió un mejor gobierno sobre su pueblo. En 794, Asturias recibió una contundente ofensiva sarracena que devastó Oviedo hasta la ruina. Este suceso permitió al rey Alfonso reconstruir con esplendor la antigua Ovetao para consolidarla como nueva capital del reino en detrimento de Pravia.

En esta época, el soberano logró contragolpear a los musulmanes, ocasionándoles una severa derrota en Lutos, lo que constituyó la primera gran hazaña bélica de los cristianos tras el combate de Covadonga. En este capítulo militar cabe resaltar que el rey Alfonso condujo sus tropas hasta Lisboa, ciudad que asaltó en 798, apropiándose de un abundante botín.

El hecho quedó reflejado de forma documental gracias a una de las tres embajadas que el monarca asturiano envió a la ciudad de Aquisgrán, sede oficial del franco y futuro emperador Carlomagno. Ambos dirigentes eran amigos y compartían el mismo interés por defender sus respectivos reinos de la más que grave amenaza ismaelita. Por otra parte, también les unía el ánimo común de sofocar las llamas de la herejía adopcionista, la cual preconizaba que Jesús era tan sólo un humano elegido por Dios en lugar de su hijo en la tierra.

Dicha doctrina se extendía por buena parte de la cristiandad, incluida Toledo, antigua capital de los godos, por entonces en manos musulmanas.

Es por ello que Alfonso II instauró en Oviedo un obispado con la intención de diferenciar, claramente, su posición religiosa en defensa de los que el monarca creía auténticos valores cristianos.

En el año 814 Teodomiro, obispo de la localidad gallega de Iria-Flavia, comunicó a su rey el supuesto descubrimiento de las tumbas en las que descansaban el apóstol Santiago el Mayor y dos de sus seguidores. La noticia supuso un gran acontecimiento y el propio monarca se convirtió en el primer peregrino que encaminó sus pasos, en compañía de sus nobles más significados, hacia Campo de Estrellas (actual Santiago de Compostela). Allí ordenó levantar una pequeña iglesia de ladrillo que resguardase los restos de tan insigne personaje.

De este modo, quedó establecida una de las arterias principales del orbe cristiano por la que transitarían millones de peregrinos deseosos de rendir culto al discípulo de Jesús. En los años siguientes, Asturias vio incrementar sus fronteras gracias a la eficaz gestión de Alfonso II, con repoblaciones en buena parte de León, Galicia y Castilla. La propia capital se embelleció con magníficos edificios civiles y religiosos, en buena parte diseñados por el célebre arquitecto medieval Theoda. Asimismo, el rey ordenó la construcción de la Cámara Santa que hoy en día custodia, en la catedral ovetense, objetos tan queridos como la Cruz de los Ángeles, la Cruz de la Victoria o la Caja de Ágatas.

En 842 el ya octogenario soberano, cansado y sin descendencia, abdicó en su primo Ramiro I. Al piadoso monarca sólo le restó retirarse a un monasterio para entregar sus últimos días a la oración, falleciendo ese mismo año. Con él se puso fin al linaje instaurado por don Pelayo, aunque a la reconquista iniciada por el paladín asturiano aún le quedarían más de seis siglos hasta culminar con la toma de Granada, en 1492.

Almanzor, el temible y victorioso guerrero de Alá

Su verdadero nombre era Muhammad Ibn Abi Amir, aunque pasó a la Historia por su sobrenombre Al-Mansur que significa El Victorioso y que los escribanos cristianos castellanizaron como Almanzor.

Nacido en Turrus, comarca de Algeciras, en 939, aún hoy en día se discute sobre su origen étnico; unos autores piensan que era almohade, otros sostienen pretendidos orígenes eslavos. En todo caso, pertenecía a la dinastía amirí, linaje de rancia tradición y escaso patrimonio.

Con 21 años completó su educación en Córdoba, donde se instruyó en las disciplinas académicas de Teología, Filosofía y Derecho. El refinado joven fue tutelado por el prestigioso general Galib, hombre de confianza de los califas Abderrahman III y Al-Hakam II. Su matrimonio con una hija del militar le situó en círculos próximos al poder y en poco tiempo se ganó la confianza de Subh, esposa favorita de Al-Hakam II y madre del príncipe heredero Hisham.



En esos años consiguió de su suegro la preparación militar necesaria para afrontar las futuras campañas guerreras de Al-Andalus. La muerte de Al-Hakam II sumió en un mar de inestabilidad al califato omeya, trance que aprovechó Almanzor para alzarse como dictador del estado andalusí, apartando de la escena política al debilitado califa Hisham II y emprendiendo una serie de crueles aceifas (como se conocía a los ataques guerreros de los musulmanes) contra los cristianos.

A lo largo de su mandato organizó más de 50 expediciones punitivas en las que consiguió un inmenso botín. Este hecho originó una rebaja en el cobro de impuestos interiores, lo que provocó la euforia de la población andalusí, que verá en Almanzor un auténtico líder guerrero y social.

El caudillo aprovechó esta buena estrella para intentar establecer la sucesión dinástica de su protectorado sobre los califas. Empero, el populismo que tan buenos resultados le estaba proporcionando no sirvió para su ambición oculta de adueñarse del trono. En 987 se terminan las obras de Madinat al-Zahira, "la ciudad resplandeciente" desde donde el líder andalusí tomará decisiones de Estado y depositará los tesoros obtenidos de sus correrías.

A pesar de su manifiesta erudición, no tuvo ningún pudor en entrar de forma demoledora en la exquisita biblioteca de Al-Hakam II cuando ordenó el espigamiento del catálogo documental y la quema posterior de miles de valiosos textos. El propósito de este acto debemos atribuirlo a las ganas de satisfacer las demandas de algunos religiosos puristas del Corán quienes sólo veían en la fantástica biblioteca un centro

divulgador del mal. En 992 impuso que su hijo Abd Al-Malik fuera nombrado su sucesor; previamente, él mismo había ejecutado a otro vástago llamado Abd Allah quien, al parecer, anduvo involucrado en una conspiración para derrocar al padre. Pero son, sin duda, sus inclementes campañas guerreras las que le dieron la vitola de gran genio militar de la época.

En el año 997 arrasó Santiago de Compostela, expoliando sus míticas campanas catedralicias, con lo que eso supuso de menoscabo para el ánimo cristiano. Consiguió entrar impunemente en los reinos norteños moviéndose por ellos a su antojo. Y después sometió Barcelona tras un horrible ataque de perenne recuerdo del que obtuvo el respeto y el tributo de los condes catalanes.

Finalizando el siglo X se encontraba en el cenit de su poder. Todos temían al antiguo mayordomo palatino y nadie osaba discutir sus órdenes. Sus enemigos habían sido diezmados y gozaba de excelente reputación en el imperio andalusí; incluso tenía el apoyo de un reconciliado Hisham II.



De esa manera llega el año 1000, donde alcanzó su última gran victoria militar sobre los cristianos en Cervera del Pisuerga. No es cierto, según la opinión de numerosos investigadores históricos, que tuviera lugar la batalla de Calatañazor ni que el temible dictador muriera en ella. Lo realmente constatado es que el caudillo musulmán prosiguió con sus correrías devastando gran parte de Burgos y que sólo paró cuando notó cómo sus facultades físicas mermaban considerablemente.

En 1002 inició la que fue su última aceifa sobre la frontera norte rapiñando el monasterio de San Millán de la Cogolla. No obstante, la enfermedad impidió otros movimientos bélicos. El gran caudillo andalusí se sintió morir, lo que provocó que detuviera la expedición para regresar en camilla a su tierra, aunque no pudo llegar a Córdoba, expirando en Medinaceli en agosto de ese mismo año. La noticia recorrió todos los rincones de la Península Ibérica; para los cristianos supuso una aliviadora bendición, mientras que para los andalusíes se convertiría en el principio del fin de todo el sueño califal.

Amundsen, el noruego que conquistó la Antártida

Explorador. Desde niño se entrenó y se aclimató al frío para futuras expediciones al Polo Norte. Fue un hábil hombre de mar, pero desapareció en 1928 en una misión de rescate en los hielos árticos.

A principios del siglo XX, aún quedaban algunos retos para el ser humano en lo que se refiere a la exploración de nuestro planeta. En ese sentido, las principales metas a conquistar se encontraban en ambos polos de la Tierra. Muchos hombres pagaron con sus vidas la osadía de enfrentarse a los eternos hielos polares, pero uno de ellos consiguió, no sin esfuerzo, llegar al centro geográfico de la Antártida.



Nacido en Borge (Noruega), el 16 de julio de 1872, Roald Amundsen mostró desde niño una evidente querencia por todo lo relacionado con las expediciones polares, principalmente, las árticas, donde un buen número de aventureros había zozobrado en el intento de conquistar el Polo Norte. Esa obsesión infantil fue creciendo con los años muy a pesar de sus padres, quienes intentaron por todos los medios erradicar de su mente esa idea tan aparentemente peregrina. A regañadientes, aceptó la imposición materna de matricularse en la facultad de Medicina. Hasta ese momento, se había entrenado como el mejor atleta olímpico en la aspiración de que algún día pudiera colmar su ambición de pionero.

Desde los ocho años de edad, durmió con la ventana abierta en pleno invierno para aclimatarse a los rigores que le esperaban, montaba en bicicleta a diario para endurecer sus músculos y nadaba en las gélidas aguas noruegas con el propósito de aumentar su fondo y su resistencia. Con esta formidable preparación mental y corpórea llegó a 1893, año en el que una vez fallecidos sus progenitores, abandonó su formación académica para entregarse por entero a su auténtica vocación exploradora. Tenía 21 años.

Durante tres años trabajó como marinero en un barco, un oficio, según él, necesario, dado que la mayor parte de los desastres acontecidos en la conquista de los polos se debían a la inexperiencia en aquellas latitudes de los capitanes marinos. En 1897, se enroló en la expedición del barón de Gerlache, que zarpó rumbo a la Antártida. Amundsen, tras múltiples avatares, se convirtió en el protagonista de la singladura cuando cayó enfermo el barón y se declaró el escorbuto entre la tripulación. Nuestro personaje asumió con valentía el liderazgo de aquellos desesperados hombres, les preparó abrigo de foca y mantuvo el ánimo de todos hasta que pudieron liberarse de los hielos australes.

En 1903, el ya curtido noruego compró un pequeño barco, al que llamó Gjoa. Junto a un reducido grupo de expedicionarios,

se lanzó a la hasta entonces imposible aventura de encontrar el mítico paso del Noroeste que unía los océanos Atlántico y Pacífico en el norte del continente americano. Amundsen consiguió la hazaña y en marzo de 1905 atravesaba 500 millas desoladas de Alaska para comunicar la proeza al mundo desde la ciudad de Eagle

City. No sólo fue una gran gesta que abría caminos comerciales, sino que también se obtuvieron datos esenciales para entender el magnetismo del planeta. Convivió con los nativos ainuts de los que aprendió todo lo que había que saber para sobrevivir en la inclemencia climatológica del Polo. Fueron enseñanzas magistrales que le servirían posteriormente en su hazaña antártica.

Una vez de regreso en Noruega, comenzó a preparar el asalto definitivo sobre el centro geográfico del Polo Norte; ése era su deseo desde niño y para lo que había vivido durante años. Sin embargo, el destino le negó esa posibilidad cuando el comandante Peary se le anticipó en 1909. Amundsen, quien ya había iniciado los preparativos finales para consumar ese capítulo histórico, vio truncados sus planes, aunque, lejos del abatimiento, enfiló la proa de un nuevo buque llamado Fram hacia la geografía antártica y el Polo Sur. Ésa era su nueva propuesta vital. Y es aquí donde surge una de las carreras más hermosas y a la vez dramáticas en la cronología de las conquistas, ya que casi al mismo tiempo, una expedición británica comandada por el capitán Scott se había propuesto llegar al centro geográfico del sexto continente.

Durante meses, la actividad en ambas expediciones fue frenética. Los ingleses apostaron por trineos a motor y caballos ponnies como fuerza motriz que les condujeran al éxito. Los noruegos, por su parte, depositaron sus esperanzas en trineos convencionales tirados por más de un centenar de perros árticos. Como es sabido, los ingleses no tuvieron la fortuna de su lado: los caballos murieron congelados, las orugas mecanizadas se averiaron casi de inmediato y después de un aterrador viaje, Scott y los suyos murieron tras haber llegado al objetivo dos meses más tarde que sus competidores. En cambio, los perros polares de los noruegos rindieron al máximo llevando en volandas a Roald Amundsen y su grupo.



El 14 de diciembre de 1911, la bandera noruega era clavada en el extremo más austral de la Tierra. Concluía la era de las exploraciones en nuestro planeta y su artífice pasaba con letras de oro a los anales de la Historia. En 1926 y a bordo del dirigible Norge, fue junto a su tripulación el primer humano en sobrevolar el Polo Norte constatando la ausencia de tierra firme. Con ello se completaba al fin y, sin dudas, el mapa terráqueo.

El 18 de junio de 1928, desapareció para siempre cuando capitaneaba la misión de rescate aéreo por el Ártico que pretendía localizar al dirigible Italia, que se había perdido.

Paradójicamente, aquel que había dedicado su vida a la conquista del Polo Norte y que en cambio había hecho lo propio con el polo opuesto, encontró la muerte en los hielos vírgenes de sus sueños infantiles.

Ana de Austria, la reina española de “Los tres mosqueteros”

Casada niña y por poderes con Luis XIII de Francia, tuvo como enemigo acérrimo al cardenal Richelieu en un París cuajado de intrigas. Pero con su carisma también supo ganarse el cariño de sus súbditos e imponer el chocolate bebido en las cortes europeas del siglo XVII.

Hija del rey español Felipe III, su matrimonio con el monarca francés Luis XIII le ocasionó múltiples enemigos, entre los que se encontraba el famoso cardenal Richelieu. Considerada por todos como reina ejemplar de Francia, su figura histórica inspiró al escritor Alejandro Dumas, quien la convirtió en el personaje central de su inmortal obra Los tres mosqueteros.

La infanta Ana Mauricia nació el 22 de septiembre de 1601 en Valladolid, flamante capital del reino español a instancias del influyente duque de Lerma, valido de Felipe III y versado en las lides diplomáticas. La primogénita real fue educada como cualquier joven de su rango. Sin embargo, poco pudo disfrutar de su infancia, pues, en 1612, el duque de Mayenne solicitó su mano en representación del poderoso monarca francés Luis XIII, recién llegado al trono galo y de idéntica edad que la princesa.



Todos bendijeron esta unión, incluido el Papa Pablo V, quien vio en el enlace matrimonial una posibilidad tangible de alcanzar la paz entre las dos potencias católicas. La boda se celebró el 18 de octubre de 1615 en la catedral de Burgos, siendo por poderes y con el duque de Lerma como representante del rey. No obstante, la vida de doña Ana en la corte francesa no sería todo lo feliz que ella pretendía; poco importó la magnífica dote de 500.000 ducados de oro que su padre entregó, o las abundantes joyas que rodearon su existencia.

Lo cierto es que su marido apenas le hizo caso en los 28 años que duró el matrimonio, a lo que se sumó la inquina que el cardenal Richelieu —auténtico gobernante de Francia— desarrolló hacia ella por considerarla una potencial enemiga de los intereses franceses. A pesar de esto, la española mantuvo una intensa actividad social, llegando, dado su carisma, a imponer ciertas modas como beber el exquisito chocolate que llegaba de las posesiones americanas. Este alimento, hasta entonces desconocido, causó furor no sólo en Francia, sino en el resto de las cortes europeas que tomaban la bebida como signo de distinción. Aunque en París, a diferencia de Madrid, el chocolate se aclaraba con leche. De ahí surgió la famosa frase española: "Las cosas claras y el chocolate espeso".

Empero, su brillo social quedaba atenuado por los constantes rechazos amorosos de su esposo, el cual, a pesar de una incipiente fama de homosexual, se rodeó de varias amantes femeninas, las cuales le distraían del deber esencial de aportar un heredero a la corona. Y, en ese sentido, nada menos que 22 años tuvo que esperar la pareja para

poder concebir su primer vástago. Dicen que ocurrió en una noche de truenos y rayos sobre París. Claro que, según la mayoría, el artífice de la noble concepción no fue otro sino el italiano cardenal Mazarino, sustituto de Richelieu y más afín a la personalidad de la reina, de la que se llegó a decir en determinados círculos que se había casado en secreto con el religioso.

Pero también se le atribuyeron otros amantes, como el duque de Buckingham, un apuesto noble embajador del rey británico Carlos I quien, al parecer, quedó prendado por las excelencias de la soberana prometiéndoselas muy felices dada la desidia mostrada hacia su esposa por Luis XIII. Este asunto sentimental surtió de comentarios los mentideros parisinos y, con el tiempo, se convirtió en el argumento principal que Dumas esgrimió en su obra más famosa, Los tres mosqueteros.



Con todo, la reina Ana supo sortear con abnegación e inteligencia las diferentes trabas que jalaron su vida en aquella corte cuajada de intrigas, granjeándose el respeto y cariño de sus súbditos hasta tal punto que pasó a la Historia como modelo de reina francesa. Su hijo, el futuro Luis XIV, fue tutelado personalmente por ella, en especial tras el fallecimiento de su esposo, en 1643. Desde ese momento y, gracias al asesoramiento de Mazarino (foto), se pudo plantear una digna regencia que llegó, no sin problemas y revueltas como las de la Fronda, hasta la mayoría de edad del que sería denominado el rey Sol, episodio acontecido en 1661, año en el que la reina inició un retiro voluntario de toda actividad política en el convento de Val-de-Grace, lugar desde el que soportó el avance imparable y doloroso de un cáncer de pecho, enfermedad que acabó con su vida el 10 de enero de 1666.

Sus restos mortales recibieron sepultura en la cripta de la catedral de Saint Denis de París, siendo expoliados años más tarde por los revolucionarios franceses que, sin ningún miramiento ni respeto, los esparcieron en un vertedero público. A pesar de ello, su recuerdo permaneció imborrable en el sentir popular de Francia, aquel país al que tanto amó.

Ana Frank, la voz oculta y mártir del Holocausto

Luchadora. Escribió a los 13 años y en la clandestinidad un diario convertido en símbolo de la resistencia ante la persecución nazi. Sólo sobrevivió su padre, quien publicó el material en 1947.

Desde que los nazis alemanes decretaran la solución final en los primeros años de la Segunda Guerra Mundial, casi seis millones de judíos fueron masacrados en los ignominiosos campos de exterminio. Mucho se ha hablado de este infierno creado por los hombres. Sólo en Auschwitz (cuyo 60 aniversario de su liberación se celebró el pasado jueves 27 de enero) murieron un millón. Una de las historias más conmovedoras la encontramos en las páginas de un pequeño diario escrito en una buhardilla secreta en Amsterdam. Su adolescente autora pasó, sin pretenderlo, a convertirse en uno de los estandartes enarbolados por la causa judía para evitar el olvido de la Historia.



Ana Frank nació el 12 de junio de 1929 en Francfort del Meno (Alemania), era la segunda hija del matrimonio formado por Otto Frank y Edith Holländer, una familia judía, aunque poco religiosa. El padre había participado en la Primera Guerra Mundial como soldado del ejército alemán y en los años 20 trabajaba en un banco. En 1933, el Partido Nacional Socialista de Adolf Hitler asumía el poder absoluto de la nación germana y las cosas comenzaron a empeorar para determinados grupos sociales y religiosos como los judíos, quienes iniciaron un éxodo hacia lugares seguros. Los Frank se exiliaron en los Países Bajos, donde el progenitor, gracias a unos contactos, obtuvo la dirección de una sucursal de la firma Opekta, una empresa de conservas de mermelada. Durante unos años les acompañó una sosegada felicidad.

Empero, en 1939, los vientos de guerra se reavivaron en el continente europeo y con ellos llegó un año más tarde la invasión alemana de Holanda, país que acogía a miles de hebreos refugiados. El terror hizo acto de presencia: los judíos fueron amenazados, detenidos y marcados. Todo les fue prohibido. Cualquier movimiento se comunicaba a la SS (policía política) o a los holandeses afines al nacionalsocialismo.

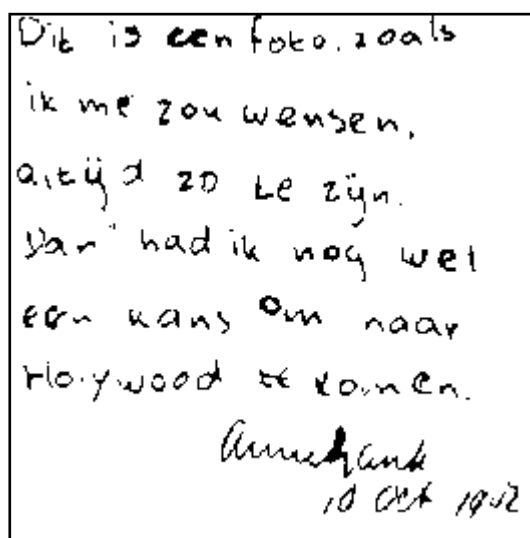
En 1942 se propagó como la espuma la noticia de los horrores nazis en los campos de concentración. Nadie de origen judío permanecía ajeno a lo que le podía ocurrir en caso de ser capturado por los alemanes y Otto Frank decidió ocultarse con los suyos en una buhardilla secreta creada en el edificio donde trabajaba habitualmente. Los preparativos habían comenzado un año antes en previsión de cualquier acontecimiento nefasto. Éste se produjo el 5 de julio de 1942, cuando la SS solicitó la presencia de Margot Frank en su sede central de Amsterdam. La joven era la hermana mayor de Ana y apenas contaba 16 años de edad. El requerimiento puso en alerta a todo el clan, que sin más se refugió en el escondite denominado por ellos “la casa de atrás”.

A los Frank se unieron otros cuatro huidos: los Van Pels y Fritz Pfeffer. Juntos afrontaron su destino con optimismo a la espera de que se resolviera favorablemente aquella guerra devastadora. En ese tiempo, las dos hermanas Frank y el hijo de los Van Pels intentaron mantener su ritmo académico tomando clases de sus mayores

mientras, aburridos, veían pasar los días siempre con el temor de ser descubiertos. El único consuelo era una radio con la que sintonizaban la BBC británica, así como la lectura de libros suministrados por Miep, el mozo de almacén que trabajaba para Otto, convertido ahora en un inmejorable enlace con el mundo exterior.

En total fueron 25 meses en los que Ana no dejó de escribir ni un solo momento: primero en su querido diario –regalo de sus padres al cumplir 13 años de edad– y después, una vez completadas las páginas del libro, utilizando papeles sueltos e incluso reversos de facturas. Todo servía a la hora de dar cauce aliviador a su portentosa imaginación. En las páginas nos encontramos a una muchacha llena de amor y esperanza, relatándonos la vida cotidiana del forzoso grupo, sus conversaciones, debates, distanciamientos y anhelos. Palabras que se emitían en un contexto opresivo sólo atenuado por el murmurar de las aguas que transitaban por el canal Prinsengracht o el tañido constante de unas campanas que coronaban una iglesia próxima.

El 1 de agosto de 1944 Ana realizó los últimos apuntes en su diario. Tres días más tarde, la guarida que había ocultado a la familia Frank y a sus amigos fue descubierta por los nazis tras recibir el soplo de un traidor. En este sentido, se barajan hoy en día los nombres de tres personas cercanas a los Frank, aunque es muy difícil especular sobre quién los delató en realidad. Lo cierto es que los ocho escondidos fueron enviados al campo transitorio de Westerbork (Holanda), desde donde partieron el 3 de septiembre de 1944 en el último tren que viajó al campo de exterminio de Auschwitz, en Polonia. El infortunio se adueñó de aquellas personas. Casi todos perecieron en las cámaras de gas o víctimas de alguna enfermedad. La propia Ana fue enviada con su hermana al campo de Bergen-Belsen en la convicción de haber perdido a sus padres. Poco después, el tifus segó la vida de su hermana Margot. Ella misma lo contrajo y, ya sin fuerzas, se dejó morir el 12 de marzo de 1945. Otto, el único superviviente tras múltiples vicisitudes, consiguió regresar a Amsterdam, donde alguien le entregó el diario de su hija, publicándolo en 1947.



Dit is een foto. zoals
ik me zou wensen,
altijd zo te zijn.
Dan had ik nog wel
een kans om naar
Hollywood te komen.
Anne Frank
10 okt 1942

La repercusión fue inmediata, con decenas de traducciones y adaptaciones al teatro y al cine. Hoy en día sigue siendo un texto muy útil para que no olvidemos uno de los capítulos más infames de la raza humana y en el que millones de judíos, gitanos, homosexuales y minusválidos, fueron eliminados por el simple hecho de ser a los llamados “perfectos”.

Argantonio, el mítico monarca del reino de la abundancia

Nacido hacia 670 a. de C., gobernó Tartessos durante mucho tiempo, según la leyenda griega. En los textos clásicos, su nombre aparece ligado a la inagotable riqueza de esta ciudad —presuntamente ubicada en la península Ibérica— y a los focenses, a quienes ayudó contra los persas.

Una de las mayores incógnitas para la arqueología es, sin duda, ubicar en la península Ibérica la presunta localización de la mítica ciudad de Tartessos, cuyo máximo esplendor se dio entre los siglos VII y VI a. de C.

Aunque la escasez de pruebas impide certificar que existiera semejante urbe, los textos del historiador griego Herodoto hablan de ella. Relataba que, hacia el siglo VI a. de C., una nave con tripulantes focenses provenientes de Jonia (Grecia) fue desviada, por causas climatológicas, unos kilómetros más allá de las famosas columnas de Hércules. La desgracia se tornó en alegría cuando los marineros griegos, comandados por Colaio de Samos, contactaron con una cultura que parecía instalada en la más abrumadora abundancia. Sorprendidos por el hallazgo, trabaron amistad con el rey de aquel pueblo, cuyo nombre era Argantonio.



Este famoso monarca del sur peninsular pudo haber nacido, según los textos helenos, hacia 670 a. de C., y ocupó el trono del hipotético emporio social y minero desde 630 a. de C hasta 550 a. de C., fecha de su fallecimiento, cuando tenía 20 años. Según los filólogos, su nombre vendría a significar hombre de la plata, si bien, algunos expertos determinan que, más que un solo gobernante, deberíamos pensar en una dinastía integrada por varios representantes que fueron asumiendo el poder bajo el mismo nombre. En todo caso, existe un sonoro debate sobre el origen de los tartesios: unos apuntan una procedencia indoeuropea y otros una raza griega.

Son escasas las fuentes documentales sobre el origen de este pueblo ibérico. Las más fiables serían Herodoto, Anacreonte y Estrabón, y, en todos los casos, tan exiguas como difusas. Hasta la fecha, no podemos concretar si Tartessos fue una invención de los clásicos, que utilizaron la supuesta fábula para aumentar la leyenda mitológica de sus pueblos marinos.

Muchos expertos preconizan la posibilidad de un Tartessos conformado por élites comerciantes que, simplemente, acumulaban los beneficios económicos de su trato con los fenicios. También señalan que pensar en un reino establecido es absurdo, ya que no se han encontrado vestigios arquitectónicos que nos hagan sospechar algo de mayor calado que simples estructuras aldeanas con escaso tejido social.

Arminio, el líder bárbaro que doblegó a las legiones de Roma

Germano de nacimiento, era ciudadano romano gracias a la amistad y pactos que su padre, jefe querusco, mantenía con los invasores latinos. En el año 9, Arminio lideró una revuelta y acaudilló a más de 20.000 hombres. Gran estratega, acabó con el ejército del general Publio Quintilio Varo.

A principios del siglo I, la maquinaria bélica del emperador romano Octavio Augusto soñaba con expandirse por el centro y norte de Europa. Sin embargo, una coalición de tribus germanas, lideradas por Arminio, supo oponerse a las implacables legiones, ocasionándoles una de sus más severas derrotas en el bosque sajón de Teutoburgo. Un desastre sin precedentes que retumbó durante siglos en los muros de la ciudad eterna.

El proclamado por el historiador romano Tácito como «gran libertador de Germania», vino al mundo en algún lugar de la actual Sajonia (Alemania) hacia el año 16 a. C., justo cuando las legiones de Octavio Augusto acababan de someter los últimos focos de resistencia cántabros en Hispania.

En aquellos tiempos, Roma ambicionaba expandirse más allá de la frontera natural marcada por el cauce fluvial del Rin, y los soldados imperiales establecían campamentos en la cercanía del río Elba, soñando con avanzar por el norte europeo. Arminio pertenecía a la tribu de los queruscos, gentes de origen germano dedicadas al pastoreo nómada y a la guerra entre clanes. Su padre fue Segimer, un gran jefe acostumbrado a pactar con los invasores latinos. Esta circunstancia le granjeó la amistad de estos y la ciudadanía romana, distinción que extendió a su familia, incluido su primogénito, Arminio. El muchacho poseía excelentes dotes para la vida militar, lo que le hizo participar como tropa auxiliar de las legiones romanas en algunas campañas bélicas por la Panonia (Rumanía) y los Balcanes, lugares donde el joven adquirió un indudable prestigio castrense.

Arminio regresó, en el año 7, a su patria, encontrándosela en una difícil situación. Por entonces, la zona sufría el rigor de un gobierno corrupto dirigido por Publio Quintilio Varo, un hombre convencido de la superioridad romana ante esos pueblos considerados primitivos. Por este motivo, Varo no reparaba en hostilidad con sus presuntos gobernados, generando un clima de sedición entre las belicosas tribus lugareñas.

En el año 9 Arminio encabezó una revuelta contra los odiados ocupantes. A dicha sublevación se sumaron, además de los queruscos, otros pueblos: marsios, chattis y bructerios. Juntos superaban los 20.000 guerreros, cifra muy similar al número de efectivos que manejaba el general Varo con tres legiones muy bien pertrechadas y con merecida fama de invictas.

En septiembre de ese año, el ejército romano cayó en diversas tretas concebidas por sus hasta entonces amigos germanos, encaminándose mediante pesadas marchas por zonas inhóspitas cubiertas de ciénagas, pedregales y parajes impenetrables.

Finalmente, las legiones quedaron copadas en las inmediaciones del bosque de Teutoburgo. En este escenario, Arminio había dispuesto una mortífera emboscada que pilló por sorpresa a los latinos.

Tras varios días de hostigamiento, ataques y pánico, los romanos acabaron por sucumbir, mientras Varo y sus generales optaban por el suicidio. Según se cuenta, en la batalla murieron más de 20.000 legionarios y otros tantos acompañantes del contingente latino. Los que no perecieron en combate fueron capturados y sacrificados en los rituales de guerra germanos, pues era costumbre de los teutones no hacer prisioneros entre los vencidos. La noticia heló el corazón de Octavio y de sus conciudadanos, conmemorándose desde entonces la fatídica fecha en la que sus legiones XVII, XVIII y XIX fueron aniquiladas. A tal punto llegó la conmoción que ninguna de estas unidades militares se rehizo jamás.

Seis años más tarde, el general Julio César Germánico dirigió más de 80.000 hombres contra la Germania en el intento de vengar la afrenta sufrida. Pero ni siquiera esto pudo someter el ánimo y la resistencia de los germanos y la guerra quedó en tablas, aunque cada uno de los contendientes se arrogó el derecho a la victoria. Como único –aunque valioso– botín de campaña, Germánico se llevó prisioneros a Thusnelda y Tumélico –mujer e hijo, respectivamente, del odiado jefe querusco– y fueron exhibidos por las calles de Roma con un incierto final para sus vidas.

Arminio falleció en el año 21, víctima de una conjura interna, tras haber combatido enemigos tan poderosos como Marbob, caudillo de los marcomanos. Si bien, su memoria trascendió épocas hasta que, en el siglo XIX, los nacionalistas alemanes le convirtieron en símbolo ideológico.

En todo caso, la acción de este carismático luchador supuso que Roma no se volviese a plantear su expansión por el norte de Europa, quedando las tropas imperiales replegadas tras las fronteras del Rin. En el año 476, esos mismos bárbaros despreciados por el altivo Quintilio Varo derribaron las murallas de un ya mortecino imperio romano, dando fin al mundo antiguo.

Arthur Conan Doyle, el padre del detective más famoso del mundo

Miembro de una familia de artistas, estudió Medicina en Edimburgo. En la facultad conoció al profesor Bell, un apasionado del método deductivo, en quien se inspiró para trazar la personalidad del célebre Sherlock Holmes. Conservador, defendía el mantenimiento del imperio británico.

Se convirtió en uno de los personajes imprescindibles de la época victoriana. Su alma inquieta conjugó a la perfección su carrera médica con sus pasiones viajeras y literarias. Deportista, practicante del espiritismo y defensor de los valores del imperio británico, vivió con intensidad cada momento mientras su imaginación alumbraba las historias más fascinantes.

El artífice de la figura detectivesca por antonomasia nació en Edimburgo (Escocia) el 22 de mayo de 1859. Sus padres, Charles Doyle y Mary Foley, formaban parte de una familia de prósperos artistas, aunque su progenitor acabó en un centro especializado, víctima de la depresión y el alcohol.

El pequeño Arthur recibió la tutela de su tío abuelo, Michael Conan (del que tomó su apellido), y de Brian Waller, un médico amigo de la familia, presunto amante de su madre que influyó decisivamente para que el joven se matriculase en la Facultad de Medicina de su ciudad natal.



Fue en las aulas universitarias donde el futuro escritor quedó marcado por las enseñanzas de un profesor, Joseph Bell. Éste supo inculcar en sus alumnos su pasión por el método deductivo en el tratamiento de los pacientes. El propio Bell sería el claro inspirador para Conan Doyle a la hora de trazar la personalidad de Sherlock Holmes, su personaje literario más característico.

Finalizados los estudios, el flamante doctor se embarcó en diferentes navíos, con lo que pudo viajar por medio mundo, incluidos los mares árticos o las costas africanas. Más tarde, ya instalado en Reino Unido, montó su propia consulta, se casó con Marie Louise Hawkins y tuvieron dos hijos.

En ese tiempo, la falta de pacientes que confiaran en él le llevó a ocupar sus largos ratos de ocio en la creación de sus primeras obras. De ese modo, surgieron las iniciales aventuras de Sherlock Holmes y su compañero, el doctor Watson, que aparecieron, en 1887, bajo el título Estudio en escarlata. De este texto Conan Doyle sólo recibió 25 libras esterlinas como pago total por los derechos exclusivos de la obra.

Casi de inmediato el éxito acompañó al autor escocés, si bien el singular investigador criminal no fue nunca del agrado de su creador y quiso eliminarlo en 1891 en el cuarto libro titulado El problema final. Para entonces Conan Doyle había abandonado su consulta médica en la localidad de Southsea, dedicándose por completo a la literatura.

En el terreno familiar tuvo que asumir la grave tuberculosis que atenazaba a su esposa, y por ello viajaron al continente europeo, buscando lugares que mejorasen el estado de Marie Louise. Precisamente, durante su estancia en Suiza se convirtió en uno de los introductores del esquí en el país alpino, deporte que él había visto practicar en Noruega. A finales del siglo XIX se alistó como médico militar en el ejército



británico que combatía a los bóers en Sudáfrica. Su espíritu conservador le empujó a protagonizar encendidas defensas sobre los beneficios emanados del imperio, y rubricó obras de ensayo, donde se ensalzaban los valores de las actuaciones de su país en el concierto internacional, mientras recuperaba el personaje de Holmes en textos como El sabueso de los Baskerville.

En 1902, la publicación de *La guerra de los bóers* y *Guerra en Sudáfrica* le valieron su incorporación a la nómina de caballeros del imperio británico. Cuatro años más tarde, falleció su esposa y poco después se casaba con Jean Leckie, con la que tuvo otros tres hijos.

En el plano religioso, Conan Doyle abandonó su credo católico para abrazar el espiritismo, creencia estaba muy en boga en aquellos años. El escritor llegó a encabezar investigaciones paranormales que no siempre fueron acertadas, como cuando dio validez al fraude fotográfico de las hadas de Cottingley. En todo caso, aquel engaño no menoscabó su ya acreditado prestigio y él siguió firme en sus creencias. Tanto que desde que, en 1918, muriera uno de sus hijos en la Primera Guerra Mundial hasta el final de sus días, el escritor siempre intentó contactar con él a través del espiritismo.

Sobre Sherlock Holmes llegó a publicar más de 60 relatos, a los que sumó obras de corte histórico como *Sir Nigel* o *La compañía blanca*, amén de diversas obras teatrales, ensayos, poesías o novelas de aventuras como las protagonizadas por el brillante profesor Challenger, otro de sus carismáticos personajes.

Arthur Conan Doyle murió el 7 de julio de 1930, víctima de un infarto al corazón. Pero antes dejó una deliciosa autobiografía en la que aseguraba que su vida fue tan rica y emocionante que hubiese completado con ella varios volúmenes. El escritor no quiso que en su lápida figurase la fecha del óbito, pues no creía en la muerte. En cambio ordenó que en el epitafio rezase la frase: «Temple de acero, rectitud de espada». Todo un lema para un inquebrantable buscador.

Arturo de Camelot, el rey que vivió entre la realidad y la fantasía

Hay pocos datos fiables sobre este paladín de la caballería, que debe su leyenda a las crónicas y libros que sobre él y su reino se han ido escribiendo a lo largo del tiempo. Lo único que se sabe con certeza es que en el siglo V o VI existió un carismático caudillo apodado “Art”.

Inglés, sármata, asturiano..., muchas son las procedencias atribuidas a este caudillo, paradigma de las mejores virtudes caballerescas. Sin embargo, apenas existe documentación que aporte pistas fidedignas sobre el paladín británico por excelencia y sobre el maravilloso universo que le rodeó.

Quién en algún momento de su existencia no ha soñado con emular las proezas del gran rey Arturo y sus caballeros de la Tabla Redonda. Quién no ha tenido la necesidad de realizar un viaje iniciático buscando la verdad de su espíritu. Quién no ha intentado conquistar el corazón del ser amado. Quién no ha reivindicado en alguna ocasión sus raíces y su identidad patria. Por casualidad o no, lo antes expuesto está encerrado tras las murallas de Camelot, la luminosa capital del reino artúrico. Lo cierto es que esta historia épica se ha convertido, con los siglos, en una referencia obligada para los seguidores de la fantasía y de los sentimientos más nobles. Pero ¿en qué se fundamenta esta antigua tradición?



En el caso del rey Arturo es difícil desligar su verdadera epopeya con la planteada por cientos de libros, decenas de películas e incontables narraciones populares. Lo poco que sabemos con tintes certeros es que sobre el siglo V o VI d. C. existió un carismático caudillo anglorromano llamado Owain Dantgwyn, cuyo sobrenombre, Art (Oso), ha llegado de manera popular hasta nuestros días. La figura de Arturo ha sido modelada a lo largo de los siglos, primero, por los clérigos amanuenses; luego, por los trovadores y juglares y, más tarde, por narradores románticos y guionistas cinematográficos.

Según las crónicas elaboradas por el monje Gildas, en el siglo VI existió un jefe tribal que logró, tras muchos combates, unificar a las tribus celtas de Britania. Eran los tiempos de la edad oscura, y poco o nada de lo acontecido pasaba al papel. Es, por tanto, mérito de los oradores el que nuestro personaje haya llegado a tan digno puerto. En los siglos IX y X Arturo surgirá de nuevo como guía de los sajones en las eternas luchas de Albión. Libros de gran calado como la Historia Brittonum o Annales Cambriae reforzarán la idea de un pasado glorioso para los británicos.

En el siglo XII la "Historia Regnum Britanniae", de Geoffrey Monmouth, asentará la filosofía vital del universo artúrico para que, años más tarde, la inmensa reina Leonor de Aquitania —madre de Ricardo Corazón de León— encargue a sus trovadores la recuperación total de esta mítica tradición.



Serán autores medievales como Chrétien de Troyes o Robert de Boron quienes darán el impulso definitivo al rey Arturo y los suyos: el mago Merlín, Morgana, Ginebra, así como los caballeros de la Tabla Redonda donde destacan Lancelot (foto), Percival, Galahad... Todos giran en torno a la magia de Excalibur, la espada prodigiosa protegida por Viviane, la hermosa dama del Lago. Ésta, en el deseo de dar a Inglaterra el monarca más capaz, la incrustará en una roca a la espera de ser extraída por el joven Arturo, su sobrino predilecto e hijo de su hermana Ingraine y del caballero Pendragón. Ellos protegerán a su primogénito hasta que éste consiga ser dueño del destino escrito por los antiguos dioses. Por eso entregarán su tutela al druida Merlín, hombre sabio, símbolo de las viejas creencias que inculcará al muchacho el deseo de orientar su existencia hacia el bien.

Camelot será la cuna de los mejores dones humanos y su defensa, vital para contener a las hordas malignas. Los caballeros se convierten en peregrinos a la búsqueda del Santo Grial como signo de pureza ante los ojos del Creador. Y, por si todo falla, queda la enigmática isla de Avalón, la conexión perfecta con la ancestral religión pagana.

Finalmente, en 1469, el escritor Thomas de Mallory dio el toque definitivo a la mitología artúrica, imaginando un apasionado romance entre la reina Ginebra y el caballero sir Lancelot. Sea como fuere, nunca sabremos cuánto de mito o cuánto de realidad tiene esta sugerente historia universal. Aunque casi todos nosotros nos hemos empeñado, por fortuna, en que esta narración sea verosímil. De ahí su gozosa magia invisible, que nos hace seguir soñando con protagonizar gestas sublimes y encendidos amores puros.

Actualmente existen diversos enclaves mágicos distribuidos por Reino Unido que evocan la figura de este mítico rey, iniciador de una saga monárquica llena de sortilegios, aventuras y paradigmas de las tradiciones más elevadas. Si queremos buscar la tumba de Pendragón —su valeroso progenitor— debemos acudir al conjunto megalítico de Stonehenge. En cambio, si anhelamos rendir homenaje ante su supuesto sepulcro, obligado es el viaje a Glastombury, epicentro del misterio británico.

Asdrúbal, el bello general y gran estratega que fundó Cartago Nova

Junto a su suegro, el general cartaginés Amílcar Barca, participó en las campañas de ocupación del sur y el este de la península Ibérica. Tras la muerte de Amílcar, le sucedió y se convirtió en caudillo de los ejércitos establecidos en Iberia. Hizo de Cartago Nova una floreciente y rica ciudad.

Fue yerno del poderoso general cartaginés Amílcar Barca y cuñado del no menos célebre Aníbal. Acompañó a ambos en la expedición militar que –durante el último tercio del siglo III a. C.– pretendía colonizar el sur y el este de la península Ibérica, en un contexto previo al estallido de la Segunda Guerra Púnica entre romanos y cartagineses, que asolaría buena parte del Mediterráneo occidental.

Este bravo general vino al mundo en Cartago (actual Túnez) hacia el año 270 a. C. Pertenecía a una de las familias notables asentadas en la metrópoli norteafricana e hizo armas combatiendo a los siempre beligerante guerreros nómadas. Más tarde se casó con una de las hijas del influyente militar Amílcar Barca. Según parece, prestó, junto con los hijos varones de su suegro, el famoso juramento de odio eterno a Roma tras el desastre cartaginés en la Primera Guerra Púnica.

En 237 a. C., Cartago invadió la península Ibérica con la intención de mejorar su posición estratégica ante sus enemigos latinos. Durante nueve años, Amílcar –proclamado jefe de aquella expedición colonizadora– sostuvo enconados combates con las tribus autóctonas hasta que, en 228 a. C, murió en una emboscada íbera.

El elegido para sucederle fue Asdrúbal, quien por entonces ya hacía gala de una acreditada carrera bélica y que de inmediato se decantó por la alianza con las tribus ibéricas, en detrimento del extenuante conflicto. Para consolidar dicha intención, contrajo de nuevo nupcias, esta vez con una princesa local, lo que le granjeó la amistad de muchos pueblos nativos y la consiguiente devotio (fidelidad) de sus nuevos aliados.

El flamante líder, llamado el Bello por sus agraciados rasgos morfológicos, fue nombrado estrategós autokrátor; es decir, caudillo de los ejércitos establecidos en Iberia. En 227 a. C. puso sus ojos en la antigua ciudad de Mastia para levantar una urbe que le sirviera como centro de mando y operaciones. Así, se fundó Qart Hadashat, la que los romanos llamaron Cartago Nova [actual Cartagena], enclavada en uno de los lugares más ricos y estratégicos del Mediterráneo.

La plaza estaba rodeada por excelentes yacimientos minerales, entre los que destacaban los argentíferos. Además, era una zona privilegiada para los cultivos, y su bahía marítima no tenía parangón en aquellas geografías. Desde su nueva capital, Asdrúbal administró inteligentemente los recursos disponibles, mejoró el comercio de los tradicionales salazones ibéricos, obtuvo una ingente cantidad de metal y gestionó con eficacia la industria del esparto. La riqueza comenzó a cubrir las arcas cartaginesas y se acuñaron monedas de plata con la efigie del propio Asdrúbal.

El creciente poder púnico asustó de nuevo a las factorías griegas establecidas en el noreste de la península Ibérica. Este temor provocó que volvieran a solicitar la mediación romana. Pero los latinos no estaban para muchos dispendios, dado que los celtas cisalpinos amenazaban con una ofensiva en toda regla desde el norte de la bota

italiana. No obstante, Roma envió embajadores para que se entrevistasen con Asdrúbal. Éste, consciente de la situación y de las ventajas que podría obtener, negoció con astucia una ampliación de influencia por el Levante peninsular.

Los romanos, con más prisa que pausa, firmaron el Tratado del Ebro en 226 a. C. Por este acuerdo, el caudaloso río se fijaba como frontera entre púnicos y griegos con algunas cláusulas. Por ejemplo, la de Sagunto, ciudad levantina aliada de Roma, que debía ser respetada a ultranza. Sin duda, fue un gran acuerdo para los cartagineses, siendo su primera victoria política tras la hecatombe de la Primera Guerra Púnica.

Cartago Nova aparecía en el concierto internacional como floreciente ciudad del Mediterráneo, dejándola en el centro de las actuaciones púnicas en Iberia. En la metrópoli, el auge del yerno de Amílcar se veía con recelo, algunos llegaron a denunciar que Asdrúbal se estaba desentendiendo de Cartago mientras pensaba en la creación de un reino independiente. Pero él se mantuvo fiel a su ciudad natal, fortaleciendo las relaciones con África y nutriendo a la debilitada potencia con los beneficios de su envidiable situación económica.

Por desgracia, nunca sabremos qué hubiese pasado de seguir unos años más al frente de la situación, ya que en 221 a. C. murió asesinado a manos de un esclavo galo en un episodio poco aclarado. La pérdida del cartaginés sembró de incertidumbre el campo púnico. Sin embargo, los soldados supieron elegir un nuevo caudillo. A pesar de su juventud, sólo tenía 25 años, Aníbal Barca –hijo mayor de Amílcar– aceptó el honor de liderar aquella tropa tan identificada con su familia para conducirla a las mismísimas puertas de Roma, en un acto que cambiaría la historia de Europa.

Beatriz Galindo, una intelectual en la corte de Isabel la Católica

Nació hacia 1465 en Salamanca. Instruida en la disciplina del latín, fue discípula de Antonio de Nebrija, autor de la primera gramática castellana. Con 16 años era una reconocida experta en textos clásicos. En 1486 entró al servicio de la reina y permaneció con ella hasta su muerte.

Esta ilustre humanista fue una de las mujeres más cultas de su tiempo, condición que le permitió situarse al lado de la reina Isabel I de Castilla como una de sus más eficaces consejeras y amigas. Católica convencida, mantuvo a lo largo de su existencia una profunda religiosidad de la que siempre hizo gala.

Nació en Salamanca, según la mayoría de las opiniones hacia 1465. Sus progenitores provenían de linaje hidalgo, aunque mermado en sus arcas patrimoniales, asunto que no les impidió sostener una numerosa prole de la que la pequeña Beatriz fue designada para engrosar la vida del claustro conventual. Con tal motivo comenzó a instruirse en la disciplina lingüística del latín, a fin de entender mejor rezos, escrituras y cánticos.

Muy pronto destacó por su lúcida inteligencia, lo que la permitió entrar en las aulas de la célebre universidad salmantina, un lugar donde impartían clases magistrales reputados intelectuales como Antonio de Nebrija, autor de la primera gramática castellana y que, muy posiblemente, se convirtió en mentor de la brillante joven.

Con 16 años ya gozaba de prestigio suficiente para ser reconocida como una consumada especialista en textos clásicos, y en ese sentido, su autor predilecto siempre fue el griego Aristóteles, filósofo del que se convirtió en una distinguida exegeta.

En 1486, la reina Isabel I de Castilla se fijó en ella mientras buscaba preceptores para la educación de sus hijos y solicitó que la joven se trasladase a la corte con el propósito de formar parte de un selecto grupo de damas sabias que asesoraba a la monarca católica en diferentes cuestiones relacionadas con la cultura.



Mucho se ha especulado sobre el papel real que jugó La Latina (conocida así por sus coetáneos) junto a la soberana. Parece poco probable que se le otorgase el rango de maestra o de camarera de la reina, tal y como se escribió durante siglos. Sí en cambio se nos antoja más indicado que doña Beatriz fuese institutriz de las infantas Juana, María, Isabel y Catalina, además de una de las consejeras más cercanas a la reina, asesorándola siempre que era requerida. No en vano, Isabel I la consideraba una fiel amiga con la que compartía complicidad y una profunda religiosidad que las unía en momentos difíciles.

En diciembre de 1491 se casó, a instancias de los Reyes Católicos, con el oficial de artillería Francisco Ramírez, un madrileño entrado en madurez que había enviudado recientemente con cinco hijos a su cargo. El Artillero, como así era llamado en los ambientes palaciegos, era un hombre de confianza de los monarcas, a los que había servido en sus guerras contra Portugal y Granada.

A su lado, Beatriz compartió casi 10 años de serena felicidad en los que vinieron al mundo dos hijos: Fernán y Nuflo, si bien ella quiso por igual a los vástagos aportados por su marido, el cual falleció en 1501 combatiendo a los musulmanes rebeldes de Las Alpujarras. Por su parte, Beatriz, en su nuevo estado de viuda, permaneció al servicio de Isabel I hasta la muerte de la soberana, acontecida en noviembre de 1504.

Según se cuenta, acompañó al cadáver de su señora durante un mes en el trasiego hacia Granada, lugar donde quedó sepultada. Después inició un progresivo retiro de la corte para dedicarse, por completo, a la fundación de instituciones benéficas, como el Hospital de Pobres en Madrid o conventos concepcionistas de franciscanas y jerónimas (de éstas últimas tomaría los hábitos mitigados), sin perder de vista los acontecimientos políticos y sociales del país, en los que se implicó desde su reconocida popularidad.

No vio con buenos ojos y criticó con dureza el segundo matrimonio de Fernando el Católico con Germana de Foix, pero acudió solícita al llamamiento del joven rey Carlos I, cuando le pidió el mismo asesoramiento que en su día había dado a su abuela. En sus años finales soportó con amargura la muerte de sus hijos, quedando como único consuelo de su existencia las obras de caridad y el amor de su nieta Beatriz. El legado cultural de La Latina se reduce a un par de cartas en latín y algunos versos, además de un impecable testamento redactado por su pluma, en el que expresaba el deseo de repartir su fortuna entre los pobres.

Falleció en Madrid, el 23 de noviembre de 1534, con el reconocimiento de la época que la acogió. Cuando años más tarde, su cadáver fue exhumado y se comprobó que permanecía incorrupto, lo mismo que su memoria como mujer destacada en un tiempo difícil que transitaba hacia la modernidad. Hoy en día uno de los barrios más castizos de Madrid lleva su popular y recordado sobrenombre.

Belle Gunnes, «la viuda negra» que conmocionó a Estados Unidos

Con 19 años, esta noruega emigró a América para hacerse rica. Su vida estuvo marcada por extraños accidentes: sus maridos morían tras hacerse un seguro de vida, sus negocios ardían y los hombres con los que contactaba a través de anuncios desaparecían. Mató al menos a 42 personas.

Su historia, teñida de estafas, asesinatos y misterio, constituye una de las narraciones más populares que se cuentan alrededor de las chimeneas de los Estados Unidos de América. Y es que no menos de 42 víctimas mortales figuran en el haber macabro de esta implacable asesina en serie que soñaba con ser una rica hacendada.

Brynhilde Paulsetter Sorenson –su verdadero nombre– nació en Noruega hacia 1859. Era hija de un modesto granjero que obtenía dinero extra trabajando como prestidigitador circense en los espectáculos ambulantes que recorrían la península escandinava.



Empero, ni el circo ni la granja fueron suficientes para que la joven echara raíces en su tierra natal, y con 19 años emigró al nuevo continente, dispuesta a dimensionar de forma adecuada su ambición de riqueza.

Una vez allí, se casó con un sueco llamado Mads Sorenson. A esta unión se sumaron tres hijos adoptados, pues ella no conseguía quedarse embarazada. Todo hacía pensar que Brynhilde había encontrado, al fin, la pretendida estabilidad financiera y sentimental.

Pero poco después comenzaron a surgir los sucesos funestos que rodearon su vida. Su esposo falleció en extrañas circunstancias tras haber firmado un seguro de vida, que concedió a su desolada viuda dólares suficientes para emprender negocios que, también de forma sorprendente, ardieron después de haber rubricado los oportunos documentos aseguradores.

Con la sombra de la sospecha sobre ella, buscó refugio en el condado de La Porte (Indiana). Allí, en 1902, se compró una granja y volvió a casarse; esta vez con Peter Gunnes, un afable ganadero dedicado a la venta de carne. En ese momento, Brynhilde –que hacía gala de su nuevo nombre, Belle Gunnes– representaba a una fornida dama de más de 1,90 metros de altura y 135 kilos de peso, lo que no le impidió quedarse encinta. Precisamente, durante la gestación, la Gunnes convenció a su esposo para que suscribiese un seguro de vida. A las pocas semanas, el infortunado Peter sucumbía tras recibir en el cráneo el supuesto impacto de una máquina para hacer salchichas.

Jenny, la hija mayor de Belle, advirtió que su madre había sido la causante del presunto accidente, si bien nadie quiso hacerle caso y la viuda cobró hasta el último dólar del seguro. Meses más tarde fue la niña, de apenas 10 años, la que desapareció, según su madre, para completar sus estudios en la ciudad de Los Ángeles.

Belle decidió entonces cambiar su estropeada imagen y, tras dar a luz, adelgazó unos kilos para luego comprarse una dentadura postiza de oro que desde luego iluminó su

rostro. De esa guisa, volvió a la tarea de conseguir un cónyuge perfecto para sus fines. Así, insertó anuncios en la prensa –se presentaba como una mujer joven, hermosa y de buena posición– con el propósito de contraer matrimonio con alguien de su talla que dispusiese de, al menos, 5.000 dólares en efectivo.

A este apetitoso reclamo acudieron decenas de aspirantes que fueron convenientemente esquilmados y asesinados por la implacable noruega. Hasta que, en abril de 1908, las dudas acerca de su anómalo comportamiento y las reiteradas reclamaciones de algunos familiares de la extensa nómina de desaparecidos desataron el último y terrible plan de la psicópata homicida.

El 28 de dicho mes una densa humareda cubrió la granja de los Gunnes y los que allí acudieron comprobaron, con estupor, cómo la casa había ardido en su casi totalidad, descubriéndose en su interior los cadáveres carbonizados de tres niños pequeños y un adulto sin cabeza.

De inmediato, se pensó en una desgracia fortuita. Sin embargo, la confesión de Ray Lamphere, un antiguo empleado y cómplice de la Gunnes, desveló el siniestro plan de huida urdido por la viuda. Así, al verse acosada por la justicia, Belle Gunnes acabó con las vidas de sus hijos y la de una camarera del pueblo que se parecía físicamente mucho a ella. La investigación posterior destapó un auténtico cementerio de los horrores en las tierras circundantes, con no menos de 14 cuerpos desmembrados y una enorme cantidad de brazos y piernas compilados en fosas comunes. Los restos desenterrados conformaron una lista fatal de al menos 42 víctimas mortales.

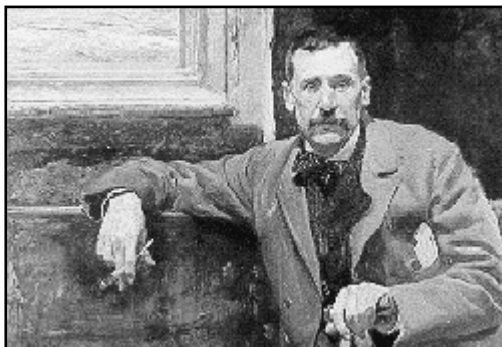
De inmediato, las noticias sobre el pavoroso suceso recorrieron el país y, como en la mejores leyendas urbanas, todos creyeron haber visto a Belle Gunnes en decenas de ciudades y pueblos. Su historia incluso se llevó al teatro con gran éxito, aunque dejando pendiente de resolución enigmas tales como si Belle murió en aquel incendio o si más bien llegó a venerable anciana disfrutando del botín expoliado a sus incautos pretendientes.

Benito Pérez Galdós, el gran cronista de la España decimonónica

Nació en Las Palmas de Gran Canaria en 1843. Hijo de una familia de clase media, era el menor de 10 hermanos. Pronto demostró sus dotes creativas. Novelista, dramaturgo y articulista, se convirtió en el autor más representativo del Realismo español y gozó de gran prestigio entre sus coetáneos.

Fue uno de los padres de la novela histórica española. Su extensa producción bibliográfica abarcó casi 100 títulos dedicados, en su mayoría, a contar la vida cotidiana, episodios y avatares de un país que caminaba a duras penas hacia el siglo XX, mientras debía asumir el derrumbe de los últimos vestigios imperiales. Observador y curioso por todo lo que le rodeaba, eligió Madrid como fuente de inspiración para las minuciosas descripciones de las que se nutrían sus maravillosas historias.

El autor de los célebres Episodios nacionales vino al mundo en la ciudad canaria de Las Palmas el 10 de mayo de 1843, en el seno de una numerosa familia conformada por el padre, el teniente coronel Sebastián Pérez; su madre, Dolores Galdós, y otros nueve hermanos mayores que él. Benito se convirtió en el benjamín de un clan siempre acuciado por las premuras económicas de aquel momento en el que España restañaba heridas tras la agotadora y sangrienta primera guerra carlista.



Sus primeros años los pasó en las Islas Afortunadas. Estudió en el Instituto de San Agustín, centro docente de carácter liberal, donde de inmediato mostró una acusada creatividad que le condujo a manifestar querencia por el dibujo caricaturesco y sobre todo por la literatura. En 1862 se graduó bachiller en Artes en el tinerfeño instituto de La Laguna. Para entonces ya colaboraba como articulista en algunas publicaciones de Las Palmas.

Dispuesto a ampliar sus horizontes, viajó a Madrid para estudiar la carrera de Leyes. Pero lejos de centrarse en las actividades académicas, quedó prendado por el ambiente castizo que dominaba la ciudad, y pronto ocupó sus horas en deambular por sus calles, contemplando las escenas costumbristas que más tarde plasmaría con tanta perfección de detalles en sus escritos.

Asimismo, frecuentó cafetines o las estancias del Ateneo, lugares donde se daba cita lo más destacado de la intelectualidad patria. En dichos epicentros de la opinión cultivada, el futuro escritor brilló con luz propia ofreciendo precisos apuntes críticos sobre la anquilosada sociedad española. Fue, precisamente, en Madrid donde se gestó su verdadera vocación literaria. Tras colaborar con varias revistas capitalinas, el joven escritor se convirtió en el primer traductor para España de su admirado Charles Dickens.

En 1870 culminó sus sueños con la publicación de La fontana de oro, su primera novela confeccionada dos años antes, justo cuando soplaban los vientos de la Revolución Gloriosa. En 1873 vio la luz Trafalgar, inicio espectacular de sus Episodios nacionales, una suerte de títulos ofrecidos en cinco colecciones que descubrieron a los

lectores hispanos los principales acontecimientos sociales, militares y políticos que se dieron en España durante el siglo XIX.

Pérez Galdós se consagró como el autor más característico del llamado Realismo español. Sus constantes viajes por Europa (entre 1882 y 1897) le ayudaron a justificar el empeño que siempre tuvo a la hora de intentar imprimir alma de renovación y modernidad en la mortecina sociedad española de aquella época. Títulos como *El doctor centeno* (1883), *Tormento* (1884) o *la inmortal Fortunata y Jacinta* (1888) contribuyeron a fomentar ese profundo análisis social que el autor exigía con insistencia. A estas obras se añadirán sus éxitos teatrales, aclamados por un público entregado al buen hacer de uno de los escritores españoles más afamados de este periodo.

También se interesó por las cuestiones políticas y sostuvo una febril actividad desde las filas del Partido Progresista, dirigido por Mateo Sagasta, quien le procuró un acta de diputado por la isla de Puerto Rico.

En 1897 su prestigio literario le otorgó el sillón N en la Real Academia de la Lengua, y un tiempo más tarde una larga lista de intelectuales reclamaron para el autor canario el Premio Nobel de Literatura, asunto que, incomprensiblemente, nunca llegó a cuajar.

En el aspecto sentimental, Galdós nunca quiso contraer matrimonio, si bien se le atribuyen multitud de romances, como el que vivió con la escritora Emilia Pardo Bazán. Ésta llegó a ser una de sus más sinceras confidentes y colaboradoras. A finales del XIX, pasó largas temporadas en Santander, ciudad en la que organizó interesantes tertulias frecuentadas por lo más granado de la cultura. De ese modo, transcurrieron sus años más gozosos hasta que, en 1912, abandonó la política y sus escritos, aquejado de arteriosclerosis y de una ceguera progresiva. Arruinado y víctima de la enfermedad, falleció el 4 de enero de 1920. Más de 20.000 madrileños acompañaron su féretro hasta el cementerio de La Almudena, en homenaje a este inmenso escritor de la literatura universal.

Bilqis de Saba, la inteligente y bella reina que enamoró al sabio Salomón

Nació en la primera mitad del siglo X a. C. Llegó al trono tras envenenar a su hermanastro, designado para asumir la corona sabea. Sin embargo, su reinado se caracterizó por la justicia y el respeto a las mujeres. De su unión con Salomón nació Menelik I, el primer emperador etíope.

Protagonizó junto al hebreo rey Salomón uno de los romances más sonados del mundo antiguo. Según la tradición musulmana, su verdadero nombre era Bilqis, aunque la costumbre religiosa etíope la denominó Makeda. En todo caso, su hijo Menelik I –primer negus [emperador] etíope– inauguró una dinastía que se prolongó hasta bien entrado el siglo XX.

La glamourosa reina de Saba caminó envuelta por la bruma, entre senderos históricos y leyendas inscritas en la tradición popular o en los libros sagrados. Vino al mundo durante la primera mitad del siglo X antes de Cristo. Lo más probable es que su lugar natal fuera Ma'rib, antigua capital del reino de Saba (actual república del Yemen), un enclave geográfico situado al sur de la península arábiga que prosperaba gracias al comercio de las especias y plantas aromáticas.

Su riqueza era tan famosa como poderoso el ejército que servía a los reyes sabeos, siendo en tiempos de Bilqis una de las potencias regionales más respetadas del momento. Según parece, nuestro personaje creció en los ambientes palaciegos de Ma'rib, donde recibió una esmerada educación mientras concebía la ilusión de sentarse algún día en el trono de su país.

Tras la muerte del rey, su progenitor, la princesa Bilqis comprobó que ese sueño no se podía cumplir, dado que un hermanastro suyo fue el designado para asumir la corona sabea. Dicha circunstancia no impidió que la ambiciosa Bilqis lo envenenase, para ya sin oposición dirigir con justicia, equidad y digno trato a las mujeres los destinos de su fértil reino.

Casi de inmediato, las noticias sobre la inteligencia y belleza de la flamante reina recorrieron las rutas comerciales transitadas por las caravanas de mercaderes y no tardaron en llegar a oídos del sabio Salomón, proclamado tercer rey de los judíos y con un Estado en permanente expansión.

Pronto, ambos talentos quisieron conocerse a fin de establecer los necesarios protocolos de amistad que beneficiasen a los dos países más pujantes de Oriente Próximo en aquella época. Se dice que la visita de Bilqis a Salomón fue tan suntuosa como enigmática, pues la sabea pretendía testar en persona los grandes conocimientos atribuidos al hijo de David.

La reunión fue muy sugerente y, según las crónicas, dejó satisfechos a los partícipes del evento, tanto que Salomón, a pesar de las 1.000 mujeres que integraban su harén, mostró el deseo de casarse con Bilqis.

La reina, después de agasajar a su pretendiente con 20 talentos de oro (unas siete toneladas), multitud de plantas aromáticas y otros lujos de aquel tiempo, accedió a desposarse aun a costa de perder la virginidad, acaso su tesoro máspreciado y de la que ella hacía gala como signo de pureza. De esta unión nacería Menelik, considerado en los anales religiosos etíopes primer negus viviente de una dinastía que se

prolongaría durante centurias hasta que Haile Selasie, su último representante, fuese derrocado en 1974. La relación entre Salomón y Bilqis se consolidó, y parece que el hebreo visitó a su feliz cónyuge del sur con mucha frecuencia sin que importase la enorme distancia que separaba sus reinos. También se afirma, más en el terreno de la leyenda, que Menelik –tras cumplir 22 años– quiso conocer a su padre, el cual le recibió con grandes muestras de afecto, pues en su opinión guardaba bastante parecido con su abuelo, el rey David. Pero de nada sirvió la inmejorable oferta que el monarca judío realizó a su vástago para que éste se quedase en Judea. Menelik decidió arrebatarse del templo de Salomón la fundamental arca de la alianza, con la que escapó, dispuesto a que la pieza sagrada cumpliera el papel de piedra angular para el futuro imperio que pretendía instaurar entre Asia y África.

En cuanto a Bilqis, sabemos que su fallecimiento supuso un hondo dolor para su esposo. Éste le rindió homenaje ordenando embalsamar su cadáver siguiendo la usanza sabea. Así, el cuerpo de la soberana recibió un tratamiento exquisito para luego ser depositado en un féretro de madera de canelo, recubierto por otros de oro, marfil y finalmente cristal.

La última morada de esta famosa dignataria pudieron ser las arenas blancas y purificadas del desierto de Palmira (Siria), donde seguiría reposando a expensas de ser encontrada algún día por los arqueólogos. Sea como fuere, Bilqis o Makeda sigue constituyendo el paradigma de un espléndido sueño arraigado en tiempo de narraciones tan lejanas como maravillosas, y existen pocos casos de personajes que como ella sean respetados tanto por el Corán como por la Biblia. No es de extrañar que diversos países se disputen ser cuna de esta precursora mujer.

Blanca de Castilla, la ejemplar española que reinó en Francia

Nacida en Palencia en 1188. Hija de Alfonso VIII de Castilla, se casó con el futuro rey de Francia, Luis VIII. Tras la prematura muerte de su esposo, se hizo cargo del país hasta que su hijo alcanzó la mayoría de edad. Logró controlar a la nobleza feudal y favoreció el desarrollo del arte gótico.

Fue nieta de la gran Leonor de Aquitania, hija del rey castellano Alfonso VIII, esposa del monarca francés Luis VIII y madre de San Luis. Durante toda su vida se caracterizó por sus innegables dotes de gobierno y una personalidad a prueba de sediciones, conjuras y revueltas, lo que le permitió pasar a la Historia como modelo destacado de soberana medieval.

Aquella que fue llamada por sus coetáneos "la reina buena y justiciera" nació a principios de 1188 en la ciudad de Palencia. Sus padres, los reyes Alfonso VIII de Castilla y Leonor Plantagenet, tuvieron una extensa prole que llegó a contar 17 hijos, de los que algunos fueron monarcas en los países más influyentes del momento.

En el caso de Blanca, su destino quiso unirla al futuro de Francia. Un acuerdo entre el soberano galo Felipe II Augusto y el monarca inglés Juan sin Tierra facilitó el camino para que la infanta castellana contrajera nupcias con Luis, primogénito del rey francés.

La encargada de llevar a término este lance entre estados fue Leonor de Aquitania. Ella se encargó personalmente de seleccionar entre sus nietas a la candidata más idónea. La elegida fue Blanca, y juntas viajaron a Francia para cumplir con el matrimonio impuesto.

Una vez en la corte, la joven se integró con absoluta normalidad en los ambientes palaciegos de su nueva patria. Desde los primeros instantes demostró una lúcida inteligencia que le permitía sondear con claridad meridiana el estado de las cosas en aquella Francia acuciada por difíciles problemas arrastrados desde tiempo atrás. A estos peligros se sumaba la incómoda herejía cátara que se propagaba por los territorios del Languedoc y del Midi, amenazando con ello la estabilidad de un reino muy limitado en sus marcas fronterizas.

Blanca, esposa del heredero desde el 23 de mayo de 1200, no quiso permanecer en un segundo plano y participó —tras la mayoría de edad de su marido— en diferentes cuestiones del Estado, incluidas las guerreras. Así, acompañó a su esposo en las campañas victoriosas contra los ingleses, como en la batalla de Roche-aux-Moines —librada en 1214— que supuso para el valeroso Luis VIII el sobrenombre de El león. Mientras tanto, doña Blanca iba dando a luz un descendiente tras otro, hasta un total de 11 y, aunque cuidó personalmente la educación de todos ellos, sus desvelos se centraron en la instrucción de su primogénito, el futuro Luis IX.

En 1223 fallecía Felipe II Augusto, siendo sucedido por su hijo Luis, si bien éste apenas pudo reinar tres años por causa de una inesperada muerte cuando contaba 38 años. Esta situación la dejó viuda y regente de un reino confuso a expensas de diferentes peligros. Casi de inmediato, los nobles más reaccionarios se sublevaron contra la monarquía al no aceptar una reina extranjera en su trono. Asimismo, los ingleses aprovecharon la circunstancia para tomar nuevamente posiciones en los territorios galos.

Ella, lejos de amilanarse, se puso al frente de sus ejércitos y con gran tenacidad consiguió sofocar los núcleos sediciosos mientras sojuzgaba el ánimo de los cátaros, defendidos por el conde Raimundo VII de Tolosa, con quien —gracias a un acuerdo matrimonial— pudo resolver el problema planteado desde el sureste francés. Esto facilitó la anexión plena de esas tierras al cada vez más extenso reino galo.

Durante estos años, la regente Blanca fue testigo del esplendor del arte gótico. En compañía de su hijo favoreció oportunos mecenazgos que levantaron bellos santuarios, como Sainte-Chapelle, iglesia concebida para albergar las santas reliquias traídas de Oriente. También combatió con éxito movimientos religiosos dominados por la histeria, como La cruzada de los pastorcillos.

En 1234 casó a su hijo —el futuro Luis IX— con Margarita de Provenza. Dos años más tarde le entregó el gobierno de la nación, tras cumplir éste la mayoría de edad. Todo hacía ver que ahora sí la vida pública de doña Blanca recibiría un aliviador respiro. Sin embargo, las inquietudes religiosas de su vástago le impulsaron a encabezar una nueva cruzada contra el islam, que acabó en un estrepitoso fracaso con la captura del propio monarca. Esto devolvió a la reina madre a una forzada primera fila de la política, desde la que siguió administrando buenas dosis de sabiduría y justicia entre sus súbditos.

El 27 de noviembre de 1252 fallecía, sabiendo que su hijo había sido al fin liberado de su cautiverio. Su entierro se produjo en medio del dolor y el profundo respeto inspirado gracias a su deslumbrante carisma. Actualmente, los franceses la siguen considerando el mejor ejemplo de reina capaz en un tiempo fundamental para la edificación de su historia como gran potencia europea.

Blanca de Navarra, una reina sin amor

Problema dinástico. Asumió la Corona de Navarra pero a su muerte dejó un problema sucesorio. Unas facciones se decantaron por su hijo el príncipe Carlos; otras por su esposo el rey Juan II.

Fue hija de uno de los más grandes reyes navarros y madre del primer príncipe de Viana, título que hoy ostenta su Alteza Real don Felipe de Borbón. No obstante, su vida sentimental fue un auténtico desastre debido en buena medida a la tumultuosa política que puso fin a la Edad Media.

Nacida hacia 1386, sus padres el rey Carlos III de Navarra y doña Leonor de Trastámara, hija del rey castellano Enrique II, representaban lo más florido de la nobleza peninsular ibérica. Este matrimonio tuvo cinco vástagos, dos de ellos varones: Carlos, fallecido a los cinco años de edad y Luis, muerto a los pocos meses de vida. Asimismo nacieron tres féminas con dispar suerte: Beatriz, quien se casó con Jaime de Borbón, el conde de la Marca; Juana, unida en nupcias al conde de Foix y, finalmente, Blanca, para la que se concertó el desposorio con Martín, el Joven, rey de Sicilia e hijo de Martín I el Humano, rey de Aragón.

Sus progenitores le entregaron una educación refinada con magníficos profesores, los cuales inculcaron a la joven los trazos esenciales sobre cómo debía ser un comportamiento digno y honorable. La pequeña Blanca soñaba con el amor cortés y con un anhelado príncipe azul que por desgracia para ella nunca llegaría.

Carlos III –conocido como el Noble– fue un magnífico monarca para Navarra. Bajo su mandato creció la bonanza económica en todo el reino, se construyeron canales para el transporte de agua y se levantaron majestuosos castillos palaciegos como los de Olite y Tafalla.

Nuestra protagonista vivió feliz en este tiempo de juventud y por eso no es de extrañar que se rebelara ante los acuerdos matrimoniales que se establecieron para unir los linajes de Navarra y Aragón. Martín el Joven fue el pretendiente elegido para Blanca, pero ésta mostró su más enérgico enfado pues ni siquiera conocía a su futuro marido. Su padre, ante todo consciente de buscar el mejor destino para su casa nobiliaria, no dudó un instante en castigar la conducta desleal de su hija y, para que se lo pensara mejor, la envió al castillo de Peñaflores, situado en el centro de las Bardenas reales de Navarra. En ese desprotegido lugar permaneció aislada, recluida en la torre de la fortaleza y recibiendo como único alimento pan y agua. Según cuenta una leyenda popular, un humilde pastor se apiadó de la infortunada consolándola con queso, leche y saludable conversación. Años más tarde, siendo Blanca ya reina, se acordó de aquel ocasional aliado y le entregó como agradecimiento la propiedad de las tierras protagonistas de su cautiverio.

En 1402 se celebró la forzosa boda, mas no hubo tiempo para el amor, dado que el rey Martín andaba involucrado en diferentes guerras y la pasión conyugal no generó ningún descendiente que alegrara la existencia de la ahora reina siciliana. En 1409, Martín el Joven falleció víctima de unas fiebres malignas y su viuda se vio sola en su tierra de acogida. Allí permaneció unos años, los mismos que tardó su padre en prepararle un segundo matrimonio. Una vez más y, sin poder alguno de decisión sobre qué hacer con su vida, tuvo que aceptar las reglas monárquicas y, en 1419, se desposó con el futuro Juan II de Aragón, uno de los hijos del prestigioso infante don Fernando de Antequera. En esta ocasión sí llegaron los hijos y en número de cuatro:

Carlos, Juana, Blanca y Leonor. Desde 1413 la propia Blanca era heredera del reino de Navarra tras el fallecimiento de su hermana mayor, Juana.

En 1425 asumió la Corona al fallecer su padre Carlos III, quien, al no contar con varón alguno que le sucediera, había instaurado el título de príncipe de Viana para su nieto Carlos, primogénito de Blanca y nacido en 1421. Sin embargo, este asunto causaría, años más tarde, un serio inconveniente al interpretarse de formas distintas el testamento dejado por la reina navarra, ya que en el documento doña Blanca animaba a su hijo a no ocupar el trono navarro sin el consentimiento expreso de su padre.

Por otra parte, los habitantes del reino foral nunca sintieron el aliento solidario del rey consorte, más bien todo lo contrario, dado que Juan II siempre vivió ajeno a los problemas navarros dejando a su mujer el gobierno del país. Ésta, algo melancólica por la ausencia de amor y emociones, dejó pasar el tiempo de forma abúlica comprobando cómo menguaban las fronteras a costa de las guerras emprendidas por su marido.

Doña Blanca falleció en 1441 cuando asistía a una romería en honor de la Virgen de Soterraña, justo un día después de haber celebrado la boda de su hija Blanca con el futuro Enrique IV de Castilla. Su inesperada muerte sembró el desconcierto entre las diferentes facciones nobiliarias navarras. Por un lado los beaumonteses, habitantes en su mayor parte de la montaña, defendían los intereses del príncipe de Viana. Por otro los agramonteses, procedentes en su casi totalidad de la zona de la ribera, se situaron al lado del rey Juan II, quien afrontó un segundo matrimonio con Juana Enríquez, mujer de carácter fuerte con la que tuvo al futuro Fernando el Católico.

Doña Juana consiguió impedir que Carlos, príncipe de Viana y legítimo heredero del trono navarro, accediera a éste. En 1450 estalló un conflicto fratricida que dio como perdedor al príncipe Carlos, ejecutado en Barcelona en 1461. Sin embargo, lejos de solucionarse el problema de la sucesión, se enquistó y aún resuena en nuestros días.

Blas de Lezo, el almirante español que humilló a los ingleses

Fue uno de nuestros más brillantes y heroicos almirantes, participó en 22 batallas y expediciones, capturó decenas de buques al enemigo y, su actuación decisiva en 1741 durante la defensa de Cartagena de Indias, posibilitó que España salvaguardara sus rutas marítimas con América 60 años más.

Nacido en Pasajes (Guipúzcoa) el 3 de febrero de 1689, sintió desde bien pequeño la llamada del mar. En 1701, se enroló como guardiamarina en el buque insignia de la flota francesa que dirigía el conde de Toulouse. Tres años más tarde, tuvo oportunidad de recibir su bautismo de fuego en la batalla naval de Vélez-Málaga, donde una bala de cañón le hirió de gravedad teniéndole que amputar sin anestesia su pierna izquierda. Este terrible hecho no le apartó de la Armada y su comportamiento audaz le valió el ascenso a alférez de navío.



Posteriormente, participó en otros capítulos de la Guerra de Sucesión donde se enfrentaban españoles y franceses con ingleses y holandeses. En el sitio de Tolón, una esquirla de cañón le arrebató su ojo izquierdo y, en el segundo asedio de Barcelona producido en 1714, una bala de mosquete le inutilizó el brazo derecho. Todas estas severas mutilaciones originaron que sus hombres le aplicaran diferentes apelativos como Patapalo o Medio hombre, que acompañaron al bravo marino vasco a lo largo de su carrera profesional. En este tiempo, y con menos de 30 años de edad, ya estaba considerado uno de los mejores militares españoles alcanzando la graduación de capitán de navío.

En 1723 recibió la misión de limpiar las costas del Pacífico de piratas y corsarios, tarea que cumplió con eficacia extrema. Dos años más tarde, se enamoró de doña Josefa Pacheco de Bustos, con quien se casó en Lima, Perú. En 1730 regresó a España convertido en general de Marina, para acto seguido asumir el mando de seis navíos con el encargo de reclamar a la República genovesa dos millones de pesos pertenecientes a la corona española. No sólo consiguió la preciada fortuna, sino que también obligó a los italianos a rendir homenaje a la bandera española so pena de ser cañoneados desde el mar.

En 1732 capitaneó la expedición militar que reconquistó la perdida ciudad de Orán. Y, en ese sentido, cabe ser mencionada su intrépida persecución sobre el buque insignia del pirata argelino Bay Hassan, quien buscó refugio en la bahía de Mostagán. Despreciando el peligro, Blas de Lezo y sus buques entraron a fuego sobre las defensas piratas logrando una gran victoria con el hundimiento del buque berberisco.

Pero es sin duda su magnífica defensa de Cartagena de Indias (Colombia) lo que le inmortalizó para los anales de nuestra historia naval. En 1737, fue nombrado Comandante General de aquella plaza, centro neurálgico de la presencia española en América. En 1739 estalló el conflicto bélico entre Inglaterra y España conocido como la guerra de "la oreja de Jenkins". Las pretensiones inglesas pasaban por asestar un golpe definitivo y humillante a los españoles arrebatándoles puntos clave de sus posesiones americanas. Para ello abastecieron la flota más impresionante jamás vista,



muy por encima de la Armada Invencible que Felipe II había enviado contra Inglaterra en 1588. La expedición punitiva británica estaba integrada por 186 buques de guerra y transporte en los que se distribuían 10.000 tropas de asalto, 12.600 marineros y 1.000 macheteros jamaicanos. Estos efectivos estaban apoyados por 2.620 piezas de artillería. Frente a ello, Blas de Lezo apenas contaba con 2.230 soldados del ejército más 600 arqueros indios traídos del interior.

Durante 67 días, los españoles aguantaron el cañoneo incesante de los buques ingleses dirigidos por el almirante Vernon (foto). Rechazaron el ataque terrestre ocasionando innumerables bajas al enemigo, hasta que, finalmente, su tenacidad y la excelente dirección de don Blas hicieron retroceder la ofensiva inglesa ocasionando su retirada de aquel escenario. La derrota se digirió mal en Londres, donde en principio creyeron que su ejército había obtenido una resonante victoria. El propio rey Jorge II ordenó que no se escribiera nada sobre lo acontecido con el consiguiente e injusto soterramiento histórico.



Por su parte, Blas de Lezo quedó maltrecho tras los combates muriendo poco después en un incomprensible y poco honroso olvido, aunque a título póstumo se le otorgó el marquesado de Oviedo. Hoy en día ni siquiera sabemos dónde se hayan sus restos mortales y eso que su éxito propició que España mantuviera más de 60 años intacta su actividad marítima y comercial con las colonias americanas. No obstante la

memoria de este indiscutible lobo de mar quedó representada en diferentes navíos como la fragata del tipo F-100 que en la actualidad lleva su nombre.

Boudica, la reina guerrera de Britania que luchó contra la invasión romana

Miembro de la aristocracia icena, se casó con el rey de esta tribu celta. Al morir éste, defendió su territorio de las ansias anexionistas de Roma. Acaudilló a las tribus autóctonas y lideró un ejército –de entre 100.000 y 230.000 soldados– contra la ocupación de Gran Bretaña.

La expansión territorial del Imperio Romano se produjo no sin dificultades con terribles guerras que jalaron de sangre y devastación el mundo conocido. En el caso de Britania, fue el emperador Claudio quien, en el año 43, ocupó la isla con cuatro legiones que avanzaron hacia el interior entre grandes muestras de resistencia local. Pero uno de los principales obstáculos ante la dominación romana lo constituyó la rabia de una indómita guerrera que puso en jaque a las mejores tropas imperiales.

La gran heroína de los británicos vino al mundo en torno al año 30, en algún lugar de la tierra habitada por los icenos, una tribu de origen celta que se distribuía por la antigua región de Anglia del Este (actuales Norfolk y Suffolk).

Seguramente, su familia formaba parte de la predominante elite aristocrática que gobernaba su pueblo, por lo que recibió una educación acorde a dicha posición social. En 48, la hermosa joven de largos cabellos rojizos y elevada estatura se casó con Prasutagus, rey de los icenos, con quien tuvo sus dos únicas hijas.

Todo hacía ver que la existencia de Boudica sería feliz junto a su esposo y viendo cómo crecía su familia en un contexto en el que los icenos sobrevivían siendo clientes de los invasores romanos. No en vano, el propio monarca había firmado un pacto con los latinos por el que se comprometía a que tras su óbito su reino fuera repartido entre sus hijas y Roma a cambio de constantes ayudas militares y económicas.



En el año 60 se produjo el fallecimiento de Prasutagus. Su esposa quedó como regente, dispuesta a proteger la herencia de sus hijas ante las insistentes peticiones de los romanos, los cuales reclamaron para sí la anexión del territorio iceno y una abundante fortuna, que incluía la dote gestionada por la ahora reina Boudica.

Su negativa ante el abuso extranjero provocó que unidades legionarias, enviadas por el pretor Catus Decianus, arrasasen la región de los icenos, humillando de paso a Boudica. Ésta fue desnudada en público y azotada mientras veía con horror cómo los soldados de Roma violaban a sus hijas. La afrenta desató la furia de la britana y, enarbolando su brillante carisma, fue capaz de convocar a las tribus autóctonas hasta entonces desunidas para enfrentarse, en un combate sin igual, contra la maquinaria bélica más demoledora del mundo antiguo.

Según los investigadores históricos, entre 100.000 y 230.000 guerreros siguieron a su jefa militar, quien antes de iniciar los combates invocó la ayuda de Andraste, la diosa celta del triunfo. Asimismo, Boudica –nombre que venía a significar, precisamente, victoria– realizó una ceremonia en la que liberó de los pliegues de su vestimenta una liebre (animal sagrado para los britanos), lo que enardeció aún más el ánimo de los insurrectos.

Con determinación, las tropas rebeldes avanzaron sobre diversas ciudades dominadas por los ocupantes. En primer lugar cayó Camulodonum (actual Colchester), en medio de violentas luchas que acabaron con la destrucción de la guarnición romana. En auxilio de la ciudad acudió la IX Legión Hispana. Pero los sublevados habían preparado un plan de emboscada que acabó con la vida de más de 5.000 legionarios.

El terror se propagó entonces por las filas latinas, ya que –siguiendo sus costumbres de guerra– los britanos nunca hacían prisioneros y los vencidos eran ejecutados sin compasión. El siguiente objetivo para los insurgentes fue Londinium (actual Londres), plaza que fue tomada casi sin oposición para ser quemada hasta los cimientos.

No obstante, a Roma, por entonces bajo los designios del emperador Nerón, le restaban en la isla de Gran Bretaña suficientes recursos y generales experimentados para sofocar cualquier levantamiento. Y en el año 61, el magister militum Suetonio Paulino asumió el mando de dos experimentadas legiones, con las que asestó un golpe definitivo a los mal entrenados guerreros que seguían a su valiente soberana.

La derrota fue total para los autóctonos y su reina, antes de verse presa del enemigo, prefirió quitarse la vida junto con sus hijas ingiriendo veneno. Según se cuenta, los rituales funerarios que acompañaron su entierro fueron fastuosos y dignos de la gran líder que fue. Hoy en día, su tumba sigue en paradero desconocido, lo que fomenta aún más la leyenda de esta indómita mujer.

Durante el medievo se borró su memoria para ser recuperada y ensalzada en el siglo XIX, donde los historiadores británicos la compararon con la reina Victoria. En 1905, una estatua de Boudica subida en un carro de guerra fue instalada frente al Parlamento británico, en Londres, como símbolo del sentimiento de libertad que acompañó a su pueblo en un momento tan crucial para los moradores de la vieja Alvión.

Casanova, el gran maestro veneciano del arte de la seducción

Nacido en 1725, su madre se empeñó en que siguiera la carrera eclesiástica. Pero sus amoríos y su presunta participación en un secuestro acabaron con las aspiraciones maternas. El amante por excelencia fue mucho más que eso: filósofo, espía, matemático, médico, vividor...

Truhán, pendenciero, conquistador de damas y buscavidas en general. Este galán del siglo XVIII no reparó en embustes y tretas que le procuraran una vida desahogada, mientras viajaba por la Europa ilustrada visitando cortes y alcobas.

Nació el 2 de abril de 1725 en Venecia. Era hijo de la reconocida actriz Zanetta Farussi y de Gaetano Casanova, quien asumió la paternidad de Giacomo, así como de sus tres hermanos menores, aunque nunca quedó claro, a decir de la madre, que él fuera el auténtico padre de la prole.

El futuro seductor tuvo una infancia difícil, pues pronto quedó huérfano de padre, mientras que su madre se embarcaba en constantes giras teatrales, dejando el cuidado de sus hijos en manos de la abuela materna. Casanova fue un niño precoz dotado para la cultura. De frágil constitución, aprendió muy pronto a escribir y leer en italiano, francés y latín.

Según su propio testimonio, perdió la virginidad con sólo 11 años, cuando se encontraba en Padua recibiendo las clases del doctor Grozzi. Al ser un adolescente de mente clara y despierta, su madre intentó que siguiera la carrera eclesiástica. En 1740 fue tonsurado, para un año más tarde recibir las órdenes menores y el doctorado en leyes. Pero era evidente que el joven no había sido llamado para el camino religioso. Aunque entró al servicio del cardenal Acquaviva, sus constantes escarceos amorosos y una presunta implicación en el secuestro de una dama acabaron con su incipiente proyección eclesiástica, con lo que dio inicio a su trasiego viajero por Europa.

Se dice que sostuvo no menos de 122 romances con prostitutas, doncellas y damas de alta alcurnia. En sus periplos viajeros cubrió más de 65.000 kilómetros, visitando las principales capitales de Europa en las que desempeñó, dada la gran cultura que poseía, diversos oficios: violinista, médico, matemático, poeta, novelista, filósofo, historiador...



Asimismo, desarrolló una capacidad innata para las prácticas esotéricas. Fue un consumado cabalista, lo que le abrió las puertas de algunos de los salones más

privados de Venecia y puso en alerta a la Santa Inquisición, motivo por el cual Casanova se vio forzado a emprender la fuga.

Lo cierto es que frecuentó la cárcel con inquietante asiduidad, ya que en su biografía no faltan escándalos sexuales, quiebras económicas, fraudes y engaños de todo calado y condición. En Francia se codeó con Luis XV, Madame Pompadour y el propio Voltaire, de quien Casanova expresó su admiración diciendo que el día en que conoció a este enciclopedista fue, sin duda, el más feliz de su vida. Todo lo contrario le sucedió con Rousseau, filósofo del que el italiano se llevó una terrible impresión.

Durante su estancia en el país galo, nuestro seductor fue uno de los artífices de la lotería nacional. En esas fechas comenzó a utilizar el falso título aristocrático de caballero de Seingalt, en un intento de soterrar su difícil pasado. Tampoco tuvo reparo en emplearse como espía de los franceses o de los venecianos, según soplaran los vientos.

Visitó España, donde propuso a Carlos III la creación de una colonia germanosuiza en Sierra Morena, aunque en Barcelona su espíritu de conquistador le condujo a cortejar a la esposa del capitán general de la plaza, motivo por el que fue a prisión 42 días.

Pícaro consumado, narcisista y sibarita, extrajo de las mujeres cuantos recursos materiales pudo aprovechar para su interés. Siendo ya maduro, optó por encaminar sus pasos hacia la literatura y la traducción de obras clásicas, como la "Ilíada", de la que realizó un hermoso trabajo.

Más tarde escribió algunas novelas difamatorias sobre personajes de la época que le acarrearón un forzoso exilio de Venecia. A partir de ese momento, decidió redactar todos sus textos en francés. En 1787 conoció a Mozart con quien, al parecer, colaboró en la ópera Don Giovanni. Paradójicamente, esta obra presentaba a un seductor donjuán con un comportamiento similar al del veneciano.

Cansado de tanto exilio, recaló, con 59 años, en Viena para recibir la protección del conde Waldstein, un masón como él muy aficionado al ocultismo. El noble le ofreció trabajo como bibliotecario en uno de sus palacios y, allí, decidió emplear sus últimos años en la confección monumental de su autobiografía. La obra, Memorias, quedó inacabada a pesar de las más de 3.700 páginas escritas en las que Casanova reflejó sus primeros 46 años de existencia.

Falleció el 4 de junio de 1798 dejando atrás un sinfín de peripecias transgresoras y emocionantes de las que el célebre vitalista jamás se arrepintió.

Catalina de Medici, una fría y despiadada reina de Francia

Hija de Lorenzo II de Medici, nació en Florencia. Su tío, el papa Clemente VII, concertó su matrimonio con el futuro rey de Francia, Enrique II. Tras la muerte de éste y la de su primogénito, se convirtió en regente del pequeño Carlos IX, gobernando el país galo con mano de hierro.

Durante más de 30 años marcó la política francesa del siglo XVI. Esposa de Enrique II, fue madre de cinco reyes y reinas, mientras superaba grandes crisis de gobierno provocadas por los desencuentros religiosos. Con ella y su descendencia directa se agotó la línea sucesoria de los Valois, dando paso a la hegemonía borbónica en el país galo.

Catalina María Rómula de Medici vino al mundo en Florencia el 13 de abril de 1519. A edad temprana sufrió orfandad por las muertes, casi consecutivas, de sus padres, el italiano Lorenzo II de Medici y la francesa Madeleine de la Tour d'Auvergne, por lo que quedó bajo el amparo del papa León X. Éste la entregó al cuidado de diferentes parientes, quienes instruyeron a la pequeña como una refinada dama, apta para ser moneda de cambio en cualquier acuerdo matrimonial.



En 1527 los Medici fueron expulsados de la capital toscana, motivo por el que Catalina fue recluida en conventos, donde las monjas terminaron de esculpirle una personalidad dispuesta para asumir la razón de Estado en cualquiera de sus capítulos por azarosos que fuesen.

En 1530, su tío, el recién proclamado papa Clemente VII, concertó para ella un calculado matrimonio con Enrique, duque de Orleáns y segundo filogenético del rey francés Francisco I. La única condición que puso el Sumo Pontífice fue que la joven heredera renunciase a sus pretensiones dinásticas sobre Florencia, a cambio recibiría 100.000 escudos como dote y un futuro poco halagüeño en la corte francesa.

El 28 de octubre de 1533 se celebró la boda con una Catalina de rostro triste, pues para entonces la italiana ya había constatado cómo su flamante esposo exhibía sin pudor una fogosa relación sentimental con la bella cortesana Diana de Poitiers. Esta sonora infidelidad conyugal no impidió que Catalina quedase en cinta en 11 ocasiones. De todos sus hijos nacidos, siete llegaron a la edad adulta y cinco de ellos lograron reinar.

Tras los óbitos, primero del delfín Francisco y, más tarde, del propio monarca galo, Enrique II fue ungido rey de Francia en 1547. Hasta entonces Catalina había sido un modelo de virtud y prudencia, ocupada en cuestiones culturales y poco más. Sin

embargo, su coronación regia la confirmó de inmediato como una figura preparada para el gobierno. Pero la desgracia acudió una vez más a su cita con la imperturbable Medici. Tal y como habían vaticinado algunos videntes de la soberana, incluido su médico y astrólogo personal Nostradamus (foto), el rey moría en 1559, víctima de las heridas producidas en un torneo de entretenimiento.



Este suceso desató los acontecimientos en Francia, y el primogénito de Enrique, Francisco II, se colocaba la corona un breve tiempo para cederla a su muerte –acontecida 18 meses después– a su hermano Carlos IX, un niño de apenas 10 años que, como es lógico, fue convenientemente dirigido por su ambiciosa madre.

En estos años, Francia mantenía una posición delicada en el concierto europeo, aunque el matrimonio entre Isabel de Valois –la hija mayor de Catalina– y Felipe II de España había sosegado bastante las relaciones entre las dos potencias.

Asimismo, en el terreno interno la reina trataba de entenderse por igual con católicos y protestantes, siempre dispuestos al enfrentamiento bélico. Pero no pudo impedir que una devastadora guerra religiosa estallase en Francia, cuyo punto más álgido aconteció el 24 de agosto de 1572, en la renombrada Noche de San Bartolomé. Miles de hugonotes (calvinistas) fueron asesinados por los católicos con una clara permisividad real, justo cuando se realizaban los esponsales que unían a Enrique III de Navarra y a Margarita, otra de las hijas de Catalina.

Precisamente, este borbón navarro de confesión protestante sería uno de los pocos supervivientes hugonotes de aquella pésima jornada y por mor del destino acabaría coronado, tras su conversión al catolicismo, como Enrique IV de Francia.

Durante este convulso periodo, Catalina mantuvo con mano de hierro su gobierno sin descuidar su vocación de mecenas: instituyó el considerado primer ballet de la Historia y mandaba construir castillos y palacios, como el parisino de Las Tullerías.

Finalmente, contempló como otro de sus hijos varones ocupaba el trono francés bajo el nombre de Enrique III. Este último representante de la casa Valois era estéril, por lo que la línea de sucesión quedó finiquitada en beneficio de los borbones.

Catalina, reina moderna, además de hábil y maquiavélica estratega política, falleció el 5 de enero de 1589 en el castillo de Blois (Francia).

Catalina de Erauso, la monja alférez

Esta es la historia de una de las mujeres más controvertidas que llegaron al Nuevo Mundo en un tiempo de conquistadores y pendencieros a los que no les importaba dejar sus vidas en el fútil empeño de aumentar riquezas y hacienda. Disfrazada de hombre, transgredió las rígidas normas establecidas y consiguió para sí una merecida leyenda que la convirtió en una de las primeras aventureras europeas que llegaron a los vírgenes territorios americanos.

Nació en 1592 en San Sebastián (Guipúzcoa) y era hija del capitán don Miguel de Erauso y de doña María Pérez de Galarraga y Arce, un matrimonio acomodado que no hubiese pasado a la crónica de lo insólito de no ser por su discípula descendiente.

La pequeña no tuvo muchas oportunidades en cuanto a su educación, dado que fue internada cuando sólo tenía cuatro años en un convento cuya priora era su tía carnal. De ese modo, nuestra protagonista fue creciendo entre oraciones y hábitos hasta que a la edad de 15 años su corazón libre le empujó a escaparse de aquel recinto sagrado tras haberse peleado con una novicia. Por entonces, el aspecto físico de la forzosa monja no daba a entender que tras sus ropajes se pudiera encontrar mujer alguna. Era poco agraciada, de gran altura para aquella época y sin formas femeninas, e incluso ella misma presumía de haber utilizado una receta secreta con la que conseguía secar sus pechos.

Durante meses deambuló por el país vestida como un labriego, desempeñando oficios exclusivos del género masculino, hasta que llegó a la localidad de Sanlúcar de Barrameda (Cádiz), donde se pertrechaban buques con destino a las Indias. Catalina consiguió un empleo de grumete en uno de esos barcos, para lo que utilizó uno de tantos nombres falsos de los que aparecen en su biografía: Alonso Díaz, Ramírez de Guzmán, Pedro de Orive, Francisco de Loyola o Antonio de Erauso.

Una vez que su nave arribó a las costas de América, obtuvo trabajo como mancebo de un comerciante y, más tarde, se la pudo ver ayudando a un funcionario. En todo caso, las aburridas tareas no suplían la necesidad de emociones fuertes que



anhelaba la vasca y, al poco, se enroló como soldado en las unidades reales que combatían a los indios araucanos por el norte de Chile.

Su valor temerario en la lucha y la destreza que demostraba con las armas la destacaron en decenas de refriegas y, por méritos propios, fue ascendida al grado de alférez.

Pero Catalina tenía algunos defectos que la comprometieron en diversas ocasiones. Su adicción al juego y su inclinación a la violencia le hicieron formar parte de broncas, algarabías y duelos a muerte de los que siempre salió indemne, quitando en cambio la vida a varios oponentes. Lo más trágico para ella aconteció cuando, en 1615, un amigo le pidió que fuera su padrino en un lance que se iba a celebrar para salvar su honor. Como quiera que los dos oponentes quedaron heridos tras el primer

intercambio de mandobles, los padrinos, cumpliendo con el protocolo, se vieron obligados a continuar con el desafío. Catalina desenvainó y, con fiereza, arremetió contra su rival, hiriéndole de muerte. Éste, viéndose moribundo, dijo su nombre en voz alta, descubriéndose que era su hermano Miguel de Erauso.

Sin ningún tipo de remordimiento por ese hecho, Catalina volvió a huir, dando tumbos por buena parte de la geografía americana.

En 1624, cuando participaba en una de sus habituales pendencias por el amor de una mujer o por deudas contraídas en el juego de naipes, recibió una terrible herida que le hizo pensar en su inminente óbito. Fue entonces cuando quiso confesarse ante un obispo y desvelarle su verdadera condición femenina, explicándole que, en origen,



había sido monja. Nunca sabremos si reveló su más íntimo secreto para ponerse a bien con Dios o para escapar de la más que segura pena capital por sus crímenes. Lo cierto es que el clérigo se compadeció y la amparó bajo su protección, aunque la hicieron pasar, eso sí, por un riguroso examen médico a cargo de unas matronas de confianza. Éstas no sólo confirmaron que era mujer, sino que también era virgen, y la noticia se extendió como la pólvora.

Pronto, la historia de la antigua novicia reconvertida a militar bravucón recorrió las latitudes americanas y europeas.

Así, precedida por su fama, Catalina llegó a España el 1 de noviembre de 1624. El propio rey Felipe IV la recibió en audiencia personal y la ratificó en el grado de alférez, concediéndole una pensión anual de 800

escudos por los servicios que había prestado a la corona española. Posteriormente, viajó a Roma para entrevistarse con el papa Urbano VIII, quien la autorizó a seguir usando sus atuendos masculinos.

Durante algunos años vivió en Madrid, pero la necesidad de nuevos avatares le impulsó a regresar a América, donde había experimentado sus más intensas pasiones. Y es aquí donde la bruma de lo épico confunde la realidad. Unos dicen que murió ahogada desembarcando en el mexicano puerto de Veracruz en 1635, mientras que otros creen que se transformó en arriera y que de esa guisa vivió hasta su fallecimiento en Cuitlaxtla, localidad cercana a Puebla (México), en 1650. Sea como fuere, sabemos que existió gracias a un manuscrito supuestamente dictado por ella y que se encuentra en el archivo de Indias con el título “El memorial de los méritos y servicios del alférez Erauso”. Además, contamos con un cuadro pintado por Pacheco en 1630 en el que podemos ver a la monja alférez en todo su esplendor masculino.

Catalina la Grande, la zarina que modernizó la Rusia imperial

Miembro de la aristocracia alemana, se casó en 1745 con el que más tarde sería Pedro III. En 1762 apoyó un golpe de Estado y asumió el trono. Soberana ilustrada, mantenía correspondencia con Voltaire y recibió a Diderot en la corte. Reformó la administración, pero extendió la servidumbre.

Bajo su mandato, Rusia alcanzó la dimensión de potencia hegemónica en el este de Europa. De formación ilustrada, se carteó con los enciclopedistas franceses y recibió asesoramiento filosófico del propio Denis Diderot. Mujer leal con su país adoptivo y pasional en el amor, coleccionó un buen número de amantes que le proporcionaron la obtención del poder absoluto y el heredero de su trono.

Sofía Federica Augusta de Anhalt-Zerbst vino al mundo en Stettin (Pomerania, actual Polonia) el 2 de mayo de 1729. Pertenecía a una rancia familia aristocrática alemana que esperaba la llegada de un varón, por lo que padeció la indiferencia de su madre durante algún tiempo. Este asunto no la privó, en cambio, de recibir la mejor instrucción académica que se podía otorgar a una fémina en aquella época.



La joven Sofía leyó con avidez los escritos provenientes de la Ilustración francesa, con predilección hacia los textos de Montesquieu, autor que le influyó notablemente a lo largo de su vida. Por mor del destino fue la elegida para desposarse con el gran duque Pedro, nieto del zar Pedro el Grande y heredero al trono ruso.

Nada más llegar a San Petersburgo, la bella joven decidió adoptar la religión ortodoxa, cambiando su nombre por el de Ekaterina (Catalina) Alexeivna. La boda se celebró en Kazán el 21 de agosto de 1745 y fue oficiada por el obispo de Novgorod en mitad de una inmensa fastuosidad. Según se dice, este acto ha pasado a la Historia con el más lujoso de todos los siglos, pues en él se dieron cita el máximo esplendor de las cortes europeas sumado al exceso económico del aparato imperial ruso.

En estos primeros años de matrimonio, Catalina hizo alarde de su ilustrada cultura aprendiendo con rapidez el idioma ruso mientras imponía la lengua francesa entre las elites que frecuentaban las estancias palatinas de San Petersburgo.

No obstante, el distanciamiento entre los cónyuges se hizo visible desde el principio. El futuro Pedro III, aquejado de fimosia, se distraía jugando con soldaditos de plomo y persiguiendo doncellas por su palacio. Por su parte, la fogosa Catalina tuvo que soportar ocho años de virginidad matrimonial con la consiguiente desesperación para la zarina Isabel. La hija de Pedro el Grande no estaba dispuesta, ya que no tenía hijos, a quedarse sin un heredero de su corona y eligió al apuesto noble Sergey Saltykov como amante oficial de Catalina. Esta unión solucionó el problema sucesorio cuando nació Pablo, futuro zar de Rusia, aunque sin una gota de sangre Romanov.

En 1762 Pedro III —ya proclamado zar— sufrió un golpe de Estado apoyado por su propia mujer. Ésta, con ayuda de cuatro regimientos de la guardia imperial y de los

hermanos Orlov, consiguió derrocar a su marido y asumió ella misma el trono de Rusia. Desde entonces, se manifestó como una férrea gobernante fortaleciendo las estructuras internas de su Estado, a la par que concedía un poder ilimitado a la aristocracia, asunto que marcaría sensiblemente el devenir de los acontecimientos en la Rusia zarista con el establecimiento de la servidumbre cuasi esclavista. Esta mano de obra barata hizo crecer la economía, manejada por un pequeño grupo de terratenientes. Esta situación fue, a la postre, el principio del fin para la forma de gobierno imperial.

Asimismo, Catalina impulsó una política exterior sumamente agresiva con diversas guerras que afianzaron el poder ruso en Europa oriental. Participó en 1772 en el primer reparto de Polonia, conquistó Lituania y fundó ciudades como Sebastopol o Jerson.

En el capítulo cultural dio máxima prioridad a la penetración de las corrientes ilustradas que llegaban desde Francia, se carteó con Voltaire y propició la llegada a su corte del filósofo Denis Diderot, al que le unía una gran amistad.

Otorgó importancia relevante a la fundación de escuelas y universidades, incluidos los primeros centros en los que se impartía educación académica a las mujeres. Pero una de las facetas más comentadas de la vida de la zarina fue la sentimental. Se le atribuye una legión de amantes, si bien sólo alcanzaron la categoría de favoritos oficiales unos 10, entre los que destacaron Gregory Orlov y Gregory Potemkin, personajes fundamentales que supieron asesorar a la zarina en los momentos más delicados.

El 17 de noviembre de 1796 Catalina la Grande se disponía a tomar un baño cuando sufrió un ataque fulminante de apoplejía que acabó con su vida. Fue enterrada en San Petersburgo con gran solemnidad entre los nobles a los que tanto favoreció. No en vano, su brillante y decisiva actuación abrió el camino de Rusia como gran potencia hacia la modernidad.

Caterina Sforza, una indómita mujer que se enfrentó a los Borgia

Nació en 1462 y era hija natural de Galeazzo Maria Sforza, hermano del poderoso Ludovico “el Moro”, señor de Milán. Pese a su condición de bastarda, logró que su primogénito heredara los títulos de su padre. Defendió enérgicamente sus posesiones frente a las tropas pontificias.

A finales del siglo XV, la Italia renacentista se encontraba dominada por un puñado de repúblicas, reinos y ciudades estado que pugnaban por expandir su poder en aquellas latitudes sembradas de guerra, hambre y vendettas. El valenciano Rodrigo Borgia ocupaba el trono de San Pedro en el Vaticano, bajo el nombre de Alejandro VI, y su hijo César avanzaba imparable en la conquista de la Romaña. En esta región, sin embargo, las tropas pontificias encontraron un serio obstáculo: una mujer indomable dispuesta a luchar hasta el fin por defender sus posesiones.

La conocida popularmente como "diabla encarnada" o "virago cruelísima" [virago es utilizado por los italianos para definir a una mujer que lucha como un hombre] nació en 1462, siendo hija natural del noble lombardo Galeazzo Maria Sforza, hermano del influyente Ludovico, el Moro, quien regía la ciudad de Milán.

No obstante, a pesar de su condición bastarda, la pequeña Caterina fue educada como una más en el seno de la familia Sforza y, aún siendo niña, la casaron con Jerónimo Riario, sobrino del papa Sixto IV, quien concedió a su pariente el gobierno en la ciudad de Imola. La relación entre la pareja fue complicada y siempre a expensas de las continuas infidelidades de Jerónimo, lo que no impidió que éste engendrara con su mujer cuatro hijos.



En 1484, tras la muerte de Sixto IV, Caterina —embarazada de siete meses— ya dio muestras de su espíritu aguerrido cuando, para defender su patrimonio territorial, encabezó un pequeño contingente militar en la toma del castillo vaticano de Sant'Angelo. Con esta acción aseguró su dominio sobre Imola, y el nuevo pontífice, Inocencio VIII, le concedió la plaza de Forlì.

En 1488 su esposo murió asesinado a cuchilladas por algunos desafectos y se dijo que ella misma estaba implicada en el complot. Si bien, desde el primer momento, la Sforza se enfrentó a los conjurados demostrando una gallardía propia de los más valientes guerreros. Fuera esto una simple farsa o no, lo cierto es que la bella noble consiguió, gracias a su famosa sangre fría, que se reconociese a su varón primogénito Octavio como nuevo señor de las heredades y los títulos dejados por su padre.

En los años siguientes, la hermosa viuda disfrutó de fogosos amantes, hasta que al fin llegó la gran pasión de su vida: Juan de Medici, un guapo florentino con quien se casó en secreto sin tener en cuenta los inconvenientes dinásticos. De esta unión nacería Juan, futuro héroe nacional italiano que pasó a la Historia con el sobrenombre de Juan, el de las Bandas Negras. Empero, la Sforza padeció un nuevo quebranto con la

muerte de su amado en 1498. Una vez más quedaba sola y a merced del peligro encarnado en la familia Borgia, cuyo máximo representante, el papa Alejandro VI, había declarado la ilegitimidad de los señores que gobernaban la Romaña.



Consciente de que la guerra sería el único camino a seguir, Caterina se preparó para defender sus dominios frente a las tropas pontificias, dirigidas por el hijo del papa César Borgia (foto), y decidió utilizar —dados sus conocimientos alquímicos— la treta del envenenamiento contra el Santo Padre. Pero este atentado se desbarató en el último instante, por lo que la Sforza se convirtió en público y malvado enemigo del Vaticano. El 17 de diciembre de 1499 los ejércitos pontificios sitiaban Forlì, tras haber tomado Imola sin oposición.

Sin embargo, aquí sí que planteó una feroz resistencia parapetada con 1.000 soldados tras los muros de la inexpugnable ciudadela interior. Los combates fueron terribles y culminaron con la masacre de la guarnición de Forlì, mientras que su generala era prendida por los hombres del Borgia, quien había ofrecido 20.000 ducados por la captura de su brava adversaria. No fue agresivo con su guapa prisionera que, por entonces, disfrutaba de un exuberante cuerpo, perfectamente conservado y pleno gracias a la utilización de hierbas medicinales de las que Caterina era entusiasta y gran consumidora.

Según parece, la misma noche de la batalla, vencedor y vencida, yacieron juntos víctimas de la pasión o del morbo producido por la fascinación de aquéllos que se reconocen iguales en la ambición. Más tarde, la cautiva fue recluida en el castillo de Sant'Angelo, lugar del que fue liberada pasados unos meses, a instancias del propio César Borgia.

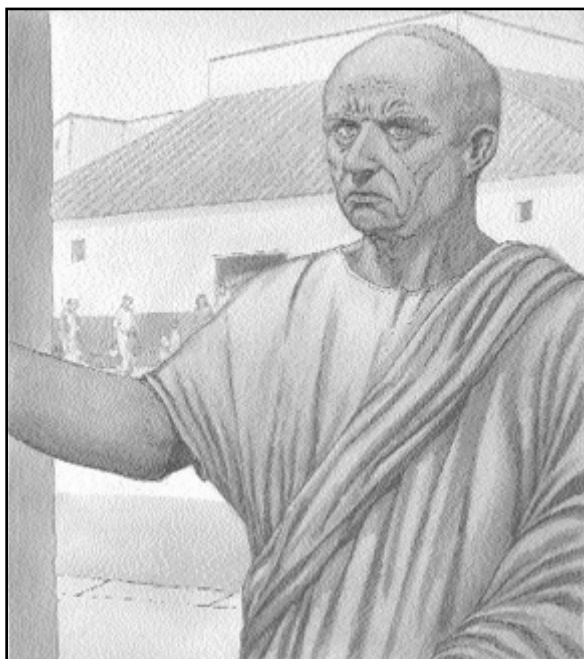
La Sforza entonces se retiró a Florencia, junto a su pequeño hijo Juan, sin que ocasionara más alteraciones en aquella época que la contempló como fémina indómita. Falleció en la luminosa ciudad toscana en 1509. Hoy en día los investigadores históricos la consideran una de las grandes mujeres de la Italia renacentista.

Catón, el viejo padre de las Letras latinas

Pionero. Fue el primero en escribir en latín cuando todos lo hacían en griego. Llegó a pretor, fue cónsul en Hispania y autor de numerosos textos que, por desgracia, no han llegado hasta nosotros.

Fue uno de los políticos más influyentes de la República romana. Su dedo acusador puso en solfa la molicie a la que se habían abandonado las clases patricias tras la incorporación de provincias que surtían a la ciudad eterna de riquezas y esclavos. De carácter firme e insobornable, pasó a la Historia como el perfecto ciudadano romano.

Marco Porcio Catón nació en 234 a.C., en Tusculum, una modesta localidad del Lacio, la Roma actual, donde vivió sus primeros años junto a su familia, de origen muy humilde. El apellido Porcio venía a resaltar que su clan había cuidado cerdos en épocas pretéritas. En cuanto a lo de Catón, parece ser que en su linaje abundaban gentes muy astutas, virtud asumida por el joven, que en un principio se dedicó a la agricultura. No era muy agraciado, la verdad, ya que su aspecto mostraba a un hombre de pelo rojizo, cara asimétrica cubierta por cicatrices y boca desdentada con manos ásperas como el pedernal.



No obstante, su inteligencia brillaba con energía propia y la suerte quiso que un viejo senador asqueado de la vida social y política que se vivía en Roma, fuera a establecerse en una villa contigua a las tierras que cultivaba nuestro personaje. Los dos vecinos entablaron amistad y pronto el veterano patricio se percató de que su nuevo amigo era algo más que un campesino analfabeto. En efecto, Catón tenía amplias inquietudes intelectuales y leía los clásicos a escondidas de sus parientes. El senador jubilado le animó a ser letrado en Roma y el muchacho no desechó el sabio consejo viajando a la capital con la esperanza de doctorarse en leyes. Lejos del fracaso, ganó una docena de pleitos y su popularidad creció como la espuma. Al poco tiempo tenía un equipo

propio de abogados, lo que le permitió alcanzar méritos suficientes para presentarse a los comicios, obteniendo el cargo de edil con 30 años. Poco después, fue elegido pretor, cargo que ejerció en Sicilia y alcanzó la gloria con su elección consular en Hispania, lugar que le catapultó a una prestigiosa fama gracias a sus victorias sobre las tribus autóctonas.

Catón fue el primero que escribió en latín para oponerse a los que lo hacían en griego. En aquel tiempo las corrientes culturales helenas invadían Roma. Muchas familias patricias, incluida la de los Escipiones, se dejaron llevar por el influjo estético e intelectual llegado de Oriente. Lo propuesto por estos círculos hablaba de un refinamiento de la sociedad, una admiración por la belleza y una apuesta clara por la filosofía vital de los grandes intelectuales nacidos en aquella tierra, esencial para las formas democráticas y civilizadas. Ante un griego, un romano parecía un bárbaro y Catón se rebelaba ante ello, por eso sus textos se publicaron en latín, lo que le otorgó

el privilegio de ser considerado “padre de las letras latinas”. Poco se ha conservado de su legado escrito, sólo un tratado de agricultura y algunos párrafos de sus obras, aunque se sabe que generó una extensa obra literaria que abarcaba discursos, ensayos y, sobre todo, una enciclopedia histórica sobre los orígenes de Roma.

Sus ideas le convirtieron en un defensor de las costumbres netamente romanas, así como un encendido detractor de las tendencias extranjeras que pudieran contaminar su amada ciudad. En ese sentido, fue probablemente uno de los primeros en percatarse sobre el pésimo futuro que le aguardaba a la República en caso de dormitar en los laureles provocados por el incesante flujo de riquezas provenientes de las provincias conquistadas.

Catón mantuvo una forma de vida austera, nunca acumuló más patrimonio del necesario para vivir modestamente. Eso favoreció sus continuas victorias en las urnas. Es cierto que no gozaba de mucha simpatía entre la clase política y la plebe, pero todos le reconocían como un romano íntegro, incorruptible, alguien al que no se podía sobornar con dinero o argumentos banales. Su oratoria era seca y contundente, llena de ironía y sarcasmo. Advirtió, con encendidos reproches, que Roma y el universo creado por ella debían prevalecer antes que injustificados cultos a valores superficiales e inocuos. Por ejemplo, criticó con severidad, en 184 a.C., que no se pidieran cuentas a los Escipiones sobre su actuación ilegítima en tierras de Oriente. Este asunto acabó con la carrera política de Escipión el Africano, un héroe admirado y respetado por la ciudadanía romana desde su victoria sobre Aníbal. Aunque ello no fue óbice para que afirmara, de forma airada, que antes era Roma que sus héroes.

Sin duda debió de ser alguien odioso, si bien nadie se atrevió a responderle públicamente porque en el fondo todos intuían que algo de razón llevaba. No en vano, uno de sus apelativos más populares fue el de “censor”, nombramiento que obtuvo en 184 a.C., y desde el que ejerció una presión total sobre el clima de inmoralidad que se vivía en la ciudad eterna.

El triunfo sobre Cartago en la segunda Guerra Púnica no fue suficiente para él por ver en la potencia africana a un irreconciliable enemigo. Durante años animó al Senado para que emprendiera una guerra definitiva sobre el enemigo cartaginés. El propio Catón visitó esta urbe comprobando horrorizado su resurgimiento. Finalmente, estalló la tercera y definitiva Guerra Púnica justo antes de la muerte de uno de sus mayores instigadores. Catón murió a los 85 años de edad complacido sabiendo que las legiones marchaban sobre la metrópoli norteafricana para destruirla hasta los cimientos. Esa fue, seguramente, su última sonrisa en este mundo.

Cervantes, el príncipe de las Letras españolas

Enigmático. El autor de “El Quijote” no pasó por la Universidad, fue militar y recaudó fondos para la Armada Invencible. En sus últimos años en Madrid, se vio envuelto en crímenes.

Según las últimas investigaciones sobre el famoso autor de El Quijote, hoy podemos deducir que ese lugar de La Mancha del que no se quería acordar es Villanueva de los Infantes, un hermoso pueblo de la provincia de Ciudad Real. Ese sería el punto de partida para uno de los relatos más asombrosos de toda la literatura universal, sólo equiparable en traducciones y ventas a la mismísima Biblia. Con todo, Cervantes y su vida siguen constituyendo un gran enigma.

No menos de 10 ciudades y pueblos se atribuyen el nacimiento de nuestro escritor más universal. Ante las diferentes hipótesis natalicias, lo único tangible que se puede ofrecer es un documento eclesiástico archivado en la iglesia de Santa María, en el que aparece su nombre y su bautismo, el 9 de octubre de 1547 en la muy noble ciudad de Alcalá de Henares (Madrid).

Nació el 29 de septiembre de ese año y era hijo del cirujano barbero don Rodrigo de Cervantes y de doña Leonor de Cortinas, siendo el cuarto vástago de un total de siete habidos en ese matrimonio humilde. Su infancia está jalonada por un continuo trasiego de ciudad en ciudad: Valladolid, Córdoba, Sevilla y Madrid, donde finalmente se instala la familia Cervantes. El pequeño Miguel no recibió, a decir verdad, una instrucción académica muy constante, sí parece que estudió en un colegio



jesuita vallisoletano y en otro erasmista madrileño, pero no está confirmada su presencia en la universidad de Salamanca, como algunos deducen. Lo que sí es cierto es que con 22 años tuvo que salir con precipitación de España por determinadas pendeencias y varapalos en los que anduvo involucrado. Por entonces, la salida natural para cualquier joven con problemas era Italia, y allí viajó para servir primero como ayudante del cardenal Acquaviva y, posteriormente, en calidad de soldado de los Tercios españoles.

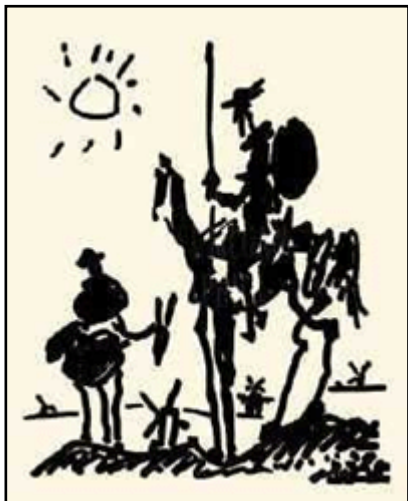
En octubre de 1571, participó a bordo de la galera Marquesa en la batalla de Lepanto, según sus propias palabras: “La mayor ocasión que vieron los siglos”. En aquel trascendental combate recibió dos heridas de arcabuz que le imposibilitaron la mano izquierda. Una vez de regreso a España en 1575, su barco fue abordado por piratas berberiscos en la desembocadura del río Ródano, con la mala fortuna de ser capturado y llevado preso a la ciudad de Argel en espera del consabido rescate económico. Fueron cinco años de cautiverio en los que Cervantes comenzó a idear su obra literaria. Al fin fue liberado el 19 de septiembre de 1580, gracias a la eficaz

intercesión de los frailes trinitarios. Una vez en casa, comprobó con tristeza como las penurias dominaban su situación familiar; ya no había lugar para su abandonada carrera militar, y ahora debía asumir oficios de bajo escalafón, mientras soñaba con ser un autor literario consagrado. Con 37 años se casó con Catalina de Salazar y Palacios, una bella joven de 19 años quien le dio el “sí” en el pueblo toledano de Esquivias.

En 1585 aparece su primer libro, al que tituló *La Galatea*. En ese periodo, trabajó en la recaudación de impuestos reales destinados a la magna empresa de Inglaterra, conocida popularmente como la Armada Invencible. Víctima de un malentendido o quizá no, sufrió presidio en Sevilla por entenderse que se había apropiado indebidamente de algunos fondos; fue 13 veces excomulgado por la Iglesia por su obcecación en reclamarla el pago de las tasas establecidas. Precisamente, en la penitenciaría sevillana dicen sus exégetas que empezó a gestar el personaje de don Alonso Quijano.

Solicitó, dada su condición de veterano de guerra, un oficio de Indias con la pretensión de empezar nueva vida en el continente de las oportunidades pródigas, pero esto también le fue negado, obligándole a deambular por el sur peninsular casi como un forzoso vagabundo. Paradójicamente, esta condición le puso en contacto directo con el pueblo llano, sus paisajes y paisanaje, lo que a la postre sería fundamental para dotar a sus obras de consistencia humana.

A finales del siglo XVI, Cervantes ya había escrito un buen número de poesías, relatos y comedias teatrales. En ese tiempo, Lope de Vega hacía furor con su forma peculiar de entender el teatro y, si bien en origen fueron amigos, posteriormente se creó entre ellos una agria enemistad plasmada en determinados textos donde no se reparó en gasto a la hora de vilipendiar al contrario.



En 1605 se edita la primera parte de “*El Quijote*”, pero su modesto éxito no saca de pobre a su artífice, aunque le permite publicar en 1613 una recopilación escrita anteriormente bajo el título *Novelas ejemplares*. Un año más tarde surgirán *Viaje del Parnaso*, y *Ocho comedias y ocho entremeses nuevos nunca representados*. Y en 1615 la segunda y definitiva parte de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*.

Sus últimos años los pasó en Madrid donde, lejos de vivir en paz, se vio envuelto en diversas disputas y crímenes, así como en algún traslado domiciliario hasta su última casa en la calle Francos. Enfermo de hidropesía y parálisis, falleció el 22 de abril de 1616, siendo enterrado de caridad al día siguiente con el sayal franciscano en el convento de las Trinitarias Descalzas de la actual calle Lope de Vega en Madrid. Por desgracia, sus restos mortales se extraviaron desconociéndose hoy en día su paradero. Un año después de su óbito, se editó su obra póstuma *Los trabajos de Persiles y Segismunda*. Miguel de Cervantes sufrió a lo largo de su existencia toda suerte de calamidades, las mismas que le ayudaron a ser considerado in eternum “gloria universal de las letras españolas”.

Custer, el megalómano líder del Séptimo de Caballería

Su carácter pendenciero llevó a sus padres a inscribirle, con 16 años, en la academia militar de West Point. Con sólo 23 años, George A. Custer era general. Bajo sus órdenes y siguiendo una estrategia cuestionable, cientos de soldados fueron masacrados por los indios en Little Big Horn.

El 25 de junio de 1876 casi 4.000 indios integrantes de una confederación de tribus formada por sioux, cheyennes y arapahoes, infligieron una severa derrota al Ejército de Estados Unidos. Ese día, el legendario Séptimo de Caballería no sólo fue víctima de los nativos, sino también de George Armstrong Custer, su excéntrico y megalómano jefe.

Nacido el 5 de diciembre de 1839 en New Rumley (Ohio), George no mostró gran entusiasmo por los estudios y sí por las aventuras y pendencias infantiles, lo que motivó a sus padres a inscribirle, con 16 años, como cadete en la academia militar de West Point.



En abril de 1861 estalló la Guerra de Secesión y muchos estudiantes dejaron el prestigioso centro castrense dispuestos a combatir en aquella contienda fratricida. Custer se licenció en junio de ese año convertido en el último de una menguada promoción de 34 oficiales. Tenía 21 años. Sin embargo, la guerra le iba a otorgar la posibilidad de demostrar su arrojo y valentía en las sangrientas batallas que se produjeron entre los ejércitos federal y confederado. En poco tiempo ascendió como la espuma, gracias a su determinación en encuentros decisivos, verbigracia Gettysburg, lo que propició su nombramiento como general con sólo 23 años. El 9 de abril de 1865 el general sureño Robert E. Lee entregaba su bandera a un orgulloso Custer en la estación de Appomattox; gesto con el que se rubricó el fin de una guerra en la que murieron 700.000 norteamericanos.

Tras meses de violencia, era difícil acostumbrarse a una vida civil y, por ello, Custer aceptó seguir en el Ejército, aunque sus galones de general quedaran devaluados a los de capitán. Pero la Historia estaba dispuesta a concederle una nueva oportunidad. Los indios de las llanuras centrales andaban revueltos y el general Sheridan preparaba una campaña contra los temibles guerreros cheyennes, por lo que solicitó la presencia de veteranos oficiales. Entre ellos se encontraba un Custer ansioso por entrar en combate. Sheridan le ascendió a teniente coronel, entregándole el mando del Séptimo Regimiento de Caballería.

En su nuevo destino volvió a hacer alarde de un carácter indómito. Abandonó el puesto de mando en diversas ocasiones para visitar a su mujer, Elizabeth, de la que estaba tan enamorado que, según se cuenta, llevaba unas bragas usadas de ella como amuleto cada vez que marchaba para una misión. También fue expedientado por manipulación del patrimonio, desatención a los heridos y ejecución sin juicio previo de soldados desertores. Asuntos por los que se tuvo que presentar ante un consejo de

guerra, que le condenó a un año de empleo y sueldo. Empero, la sentencia no llegó a cumplirse en su totalidad, ya que, en septiembre de 1868, volvieron a producirse hostilidades con los indios y Custer fue requerido en su cargo al frente del Séptimo para sofocar los diferentes levantamientos aborígenes.

El punto culminante del conflicto llegó en junio de 1876, cuando una expedición punitiva dirigida por el general Terry se encaminó hacia Little Big Horn (Montana) con la intención de sojuzgar el ánimo de lo que se creía un pequeño contingente de indios rebeldes. Cabellos largos —nombre por el que era conocido Custer entre los cheyennes— pidió permiso para adelantarse con su regimiento al encuentro de los pieles rojas.



A marchas forzadas, la columna de tropas compuesta por 12 escuadrones, con 655 soldados y una caravana portadora de suministros y municiones, con otros casi 200 efectivos, se situó en las inmediaciones del poblado donde se alzaban centenares de tiendas en las que se refugiaban casi 4.000 indígenas dispuestos para la batalla.

El 25 de junio Custer ordenaba de forma irreflexiva iniciar la acción sobre el enemigo. Para su sorpresa, éste respondió organizadamente disparando más de 1.000 rifles Winchester 44, comprados a los traficantes de armas. Los bravos guerreros del jefe Cabeallo Loco (foto) rodearon en poco tiempo a los atónitos jinetes norteamericanos, que apenas pudieron intentar una

retirada coherente.

Los casacas azules dirigidos por Custer sucumbieron casi al completo, siendo horriblemente mutilados por los furiosos nativos que, al fin, podían cobrarse venganza de tantas humillaciones sufridas. No obstante, el cuerpo del temido Cabellos largos fue respetado y sólo recibió sendos cortes en los oídos a fin de que pudiera escuchar a los espíritus sobrenaturales en su camino hacia el más allá.

Tenía 36 años y dejaba atrás un abrumador currículum de experiencias llenas de heroísmo, masacres y sobresaltos. El lugar donde murió fue declarado posteriormente Cementerio Nacional y en 1946 pasó a la categoría de "Monumento nacional al campo de batalla de Custer".

Dian Fossey, la amiga de los gorilas

Pionera. Sus investigaciones de los gorilas del África ecuatorial se confirmaron fundamentales para la conservación de estos simios casi extinguidos. Su obra más conocida: “Gorilas en la niebla”.

Nacida en San Francisco en 1932, tuvo una infancia desgraciada por la separación de sus padres cuando ella contaba apenas tres años de edad. La unión de su madre a una nueva pareja no mejoró, más bien al contrario, la situación familiar de Dian. Su padrastro le proporcionó un maltrato psicológico que, lejos de debilitarla, la impulsó a estudiar con más tesón en el intento de huir de esa injusta situación.



En 1954, obtuvo la licenciatura en terapia ocupacional por el San Jose State College, consiguiendo desarrollar su especialidad en el Kosair Children's Hospital de Kentucky, donde existía una importante área en la que se investigaban modernas técnicas de trabajo con niños de educación especial. Desde su llegada al centro se entregó por entero al cuidado de los niños discapacitados psíquicos, quienes parecían haberla escogido como principal compañera de juegos y comunicación. Sus métodos gestuales consiguieron mayor cercanía de lo habitual con estos críos tan

necesitados de afecto y, pronto, sus compañeros de trabajo coincidieron en que Dian parecía haber nacido para esta forma tan hermosa de enseñanza.

Sin embargo, el destino quiso que en 1960 cayera en sus manos el libro escrito por el afamado zoólogo George B. Schaller, primer texto especializado en gorilas de montaña. En sus páginas, además de extensas narraciones sobre el hábitat y comportamiento de estos grandes simios, se arrojaban cifras catastróficas sobre su censo. En efecto, según el recuento de Schaller apenas quedaban 500 ejemplares en una zona de África Central jalonada por ocho volcanes situados entre el Congo, Uganda y Ruanda. Y lo peor estaba por llegar, dado que la moda de coleccionar cabezas, manos y pies de estos primates estaba provocando una matanza indiscriminada a cargo de furtivos amparados por corruptos gobiernos locales.

Fossey sintió la llamada de la naturaleza y, en 1963, viajó al continente negro con más emoción que conocimientos, dispuesta a luchar por la preservación de aquella especie tan amenazada. Contactó con el célebre antropólogo Louis Leakey, quien tras algunas reticencias consintió que Dian permaneciera en la zona con la intención de censar las últimas colonias de gorilas. De ese modo, en 1967 la Fossey llegó a la majestuosa montaña de Virunga, ubicando su campamento base en Karisoke, donde permaneció varias semanas hasta poder localizar el primer grupo de gorilas. Según su propia descripción, aquel momento único y lleno de magia fue lo más impactante acontecido en su vida.

Lo cierto es que los primeros encuentros entre la científica y sus nuevos amigos fueron de lo más aparatoso: desconfianza, persecuciones, gruñidos..., pero su formación

académica, su lenguaje gestual y, sobre todo una infinita paciencia consiguieron poco a poco el beneplácito de los simios, llegando incluso a poder relacionarse con ellos, en especial con Digit, un hermoso ejemplar macho de lomos plateados con el que trabó auténtica complicidad. Durante años Dian exploró aquel maravilloso vergel volcánico contabilizando 220 gorilas de montaña distribuidos en varios núcleos.



En 1974 recibió por su trabajo el doctorado en zoología por la universidad de Cambridge. Todo hacía ver que se transitaba por buen camino en el anhelo de proteger a estos parientes lejanos del ser humano. Empero, aquellos gozosos avances se vieron truncados cuando los cazadores furtivos se adentraron nuevamente en el territorio de Virunga. Digit murió en una de estas masacres, lo que desató la furia incontrolada de la zoóloga. Llena de rabia, mantuvo entrevistas con las autoridades de la zona, tendió trampas a los furtivos y los persiguió denodadamente en compañía de

algunos malpagados guardas forestales. Mientras tanto, sus reportajes publicados en la revista National Geographic empezaron a concienciar a miles de personas, las cuales, en un capítulo de sensibilización sin precedentes, iniciaron campañas para promover la protección de los cada vez más escasos gorilas de montaña. Se crearon fundaciones como la Digit Foundation o el Karisoke Research Center. Aquel sueño quimérico tomaba forma real con Dian Fossey convertida en adalid de una causa más que justa.

En 1983, publicaba el libro Trece años con los gorilas de montaña, conocido popularmente como Gorilas en la niebla, donde se explicaban sus experiencias en las brumosas montañas africanas y su contacto con los primates. Esta obra literaria de imperecedero recuerdo sirvió junto a otras de similares características para desmitificar el carácter agresivo y carnívoro atribuido, desde tiempos ancestrales, a los casi fantasmagóricos pobladores de aquellas cumbres legendarias.

Por desgracia para ella, su proyección internacional provocó la inquina fatal de los traficantes que operaban en el territorio y, en no pocas ocasiones, recibió amenazas de muerte para que abandonase Virunga.

El 27 de diciembre de 1985 se cumplieron los peores vaticinios: fue hallada en su cabaña cosida a machetazos. Durante años, el misterio sobre su muerte permaneció anclado en el ostracismo, aunque por fin se supo que el autor del crimen había sido Protais Ziriganyirago, cuñado del presidente ruandés y capo de los furtivos que mataban gorilas. Este miserable no consiguió sus propósitos pues, finalmente, los gorilas de montaña que aún quedaban recibieron la protección por la que tanto había luchado su gran aliada.

Lo último que escribió Dian Fossey en su diario fue: “Cuando te das cuenta del valor de la vida, uno se preocupa menos por discutir sobre el pasado, y se concentra más en la conservación para el futuro”.

Don Pelayo, el primer paladín de la Reconquista

Caudillo. Se erigió como el líder de la resistencia cántabra contra los musulmanes (s. VIII). Aceleró la cristianización de los astures y desde Cangas de Onís sentó las bases de una paulatina reunificación.

Durante 780 años, los cristianos de la península Ibérica litigaron militar y religiosamente con los invasores musulmanes. Casi ocho siglos de matanzas, vicisitudes y convivencia en los que siempre se recordó la descollante actuación de un hombre, quien elevado a la categoría de paradigma, insufló moral y determinación a los que finalmente consumaron una de las gestas más épicas del medievo europeo.

El iniciador de la Reconquista nació en Cosgaya, un lugar ubicado en las montañas cántabro-asturianas. Hijo de Favila y primo del rey Rodrigo, se convirtió en jefe de su guardia personal. Luchó con bravura en Guadalete y escapó a Toledo, donde se mantuvo un tiempo hasta la llegada de los musulmanes. De la vieja capital visigoda salió con sus hombres escoltando a Urbano, arzobispo de Toledo, quien custodiaba las sagradas reliquias cristianas, además de otros tesoros eclesiásticos.



En 716, los musulmanes establecidos débilmente por el norte peninsular chocaron con los intereses de los pobladores autóctonos. El árabe Munuza se instaló en Gijón como valí, o gobernador provincial del emirato cordobés, cometiendo el grave error de pretender a la hermana del noble Pelayo; acaso en el afán de estrechar lazos de amistad con los desconfiados astures. Empero, el ambicioso mahometano se topó con el rechazo del visigodo, y a fin de quitarse el problema de encima, envió a éste como rehén a Córdoba para conseguir el pago de impuestos. Un año más tarde de su llegada a la flamante capital andalusí, el rebelde astur consiguió burlar a sus captores huyendo en un viaje lleno de peripecias y avatares que le condujo a su tierra natal.

Su entrada en el territorio asturiano coincidió con una reunión de lugareños celebrada en Cangas de Onís para debatir asuntos de importancia. En esos meses la gente andaba alborotada por la excesiva presencia de musulmanes en la zona. Pelayo se dirigió a ellos animándoles a la sublevación mientras invocaba a los

ancestros y a sus sentimientos de vida en libertad sin sometimiento a ningún yugo extranjero. Paradójicamente, aquél que representaba al antiguo invasor godo, se convirtió en el líder de unos rudos montañeses deseosos de combatir cualquier signo autoritario ajeno. La facción insurgente comenzó a ser famosa en los contornos negándose a pagar tributo para luego protagonizar algunas escaramuzas militares.

Se baraja el 718 como año en el que se decide por aclamación el caudillaje de Don

Pelayo. Algunos historiadores apuntan que, posiblemente, fue proclamado rey. Otros más conservadores piensan que sólo fue elegido líder guerrero de los resistentes. En todo caso, se produjo una unión popular dispuesta a presentar combate a la fuerza ocupante. Su número era apenas representativo, ya que no superaba unos pocos cientos de combatientes aptos para enfrentarse a una columna militar punitiva encabezada por Alqama, un lúcido militar experimentado en la guerra y dispuesto a complacer las necesidades del emir cordobés. Desde el sur llegaron unos 20.000 hombres a todo punto suficientes para aplastar los gritos de aquellos 300 asnos salvajes, como les denominaron los cronistas árabes.

En las estribaciones del gran macizo de los Picos de Europa se encontraba el monte Auseva, y en él una oquedad denominada por las crónicas la Cova Dominica, futura Covadonga, sitio ideal donde se ocultaron buena parte de los rebeldes astures. Don Pelayo dispersó a dos tercios de su hueste por las laderas, riscos y acantilados cercanos a su guarida, mientras que con otros 105 soldados se parapetaba en la propia cueva, o en un fortín situado unos metros más arriba, a la espera de los musulmanes. Cuenta la leyenda que a Don Pelayo se le abrieron los cielos mostrando el antiguo pendón bermejo de los godos, un estandarte perdido en la batalla de Guadalete. Tras la visión tomó dos palos de roble y los unió formando una cruz que enarboló en la posterior refriega resuelta en triunfo. La victoria para los norteños fue total siendo engordada durante siglos por los cronistas cristianos. En cambio, para los árabes la escaramuza de Covadonga resultó insignificante. En todo caso, las noticias del desastre llegaron a Gijón, donde se encontraba el desolado Munuza. Éste decidió abandonar la ciudad dirigiendo sus tropas bereberes hacia León. Sin embargo, el contingente fue interceptado por los cristianos, los cuales diezmaron al enemigo matando a muchos, incluido el propio Munuza.

Don Pelayo, crecido por la reciente victoria, bajó a Cangas de Onís para recibir los vítores de sus paisanos. En poco tiempo vio orgulloso cómo miles de voluntarios se sumaban a su ejército, gentes de toda condición llegadas de Galicia, Cantabria, Vizcaya...

Con 8.000 infantes y 150 caballos, salió de Cangas dispuesto a tomar León, empresa que hoy en día es difícil precisar si se consiguió o no. Más bien parece que ese mérito debemos atribuírselo a Don Alfonso, yerno de Don Pelayo, hijo del duque Don Pedro de Cantabria y futuro rey de Asturias. El bravo héroe de los cristianos dedicó el resto de su mandato a organizar el incipiente reino. Durante años consolidó las fronteras de Asturias desde su capital, Cangas de Onís. Posteriormente, se casó con Gaudiosa y tuvo dos hijos: Ermesinda y Favila. Éste último le sucedió a su muerte, acaecida en 737. El primer adalid de la Reconquista española fue enterrado junto a su mujer en la iglesia de Santa Eulalia de Abamia, próxima a Covadonga, aunque más tarde sus restos reposarían en la propia cueva que le vio nacer como mito.

Emilia Pardo Bazán, la escritora aristócrata

Mujer feminista e independiente, vivió bajo los designios de un espíritu libre y adelantado a su tiempo. Fue vanguardia del naturalismo narrativo en nuestro país, consiguiendo una prolífica colección de títulos que la consolidaron como autora de renombre. A pesar de ello, la intelectualidad machista de su época no consintió que accediera a un merecido sillón en la Real Academia de la Lengua.

Nació el 16 de septiembre de 1851 en La Coruña. Era la unigénita del matrimonio formado por José Pardo Bazán y Amalia de la Rúa, a la sazón condes de Pardo Bazán. Se trataba de una familia acomodada que poseía numerosas propiedades patrimoniales como el pazo de Meirás, lugar que con el tiempo se hizo muy popular al convertirse en la residencia veraniega del general Francisco Franco.

La pequeña Emilia recibió, como otras niñas de su condición social, una esmerada educación que pronto desatendió en aras de su prematura vocación literaria. Su padre, hombre culto entregado por entero a la política de Estado, abrió para ella la espléndida biblioteca familiar, mientras que su madre la enseñaba a leer y a dejar a un lado las sufridas tareas domésticas. De ese modo, descubrió el maravilloso mundo propuesto por los clásicos. En esos primeros años escogió como obras predilectas La Iliada, El Quijote y La Biblia. Estas lecturas, junto a las obras de otros autores inmortales como Plutarco, hicieron que abandonara los estudios de piano y solfeo para dedicarse por completo al arte de la escritura.

Mientras tanto, desarrolló una frenética actividad social como correspondía a una señorita bien y, en 1868, coincidiendo con la Revolución Gloriosa que destronó a la reina Isabel II, contrajo matrimonio con José Quiroga, quien por entonces estudiaba la carrera de Leyes. El matrimonio Quiroga-Pardo Bazán tuvo tres hijos, si bien se vio obligado a enfrentar numerosos obstáculos sentimentales provocados, en esencia, por el carácter indómito de una Emilia que no se resignaba a la desigualdad sexista imperante en España.



En ese periodo tan convulso, el conde de Pardo Bazán se desilusionó con la política e inició una serie de viajes con su familia y la de su hija por Europa, momento que la joven aprovechó para aprender inglés y alemán a la par que perfeccionaba el francés, lengua muy amada por ella y que le sirvió de mucho a la hora de adentrarse en los grandes autores galos. Fue en estos periplos europeos donde por fin decidió dedicarse por entero a plasmar historias en el papel y, con más tesón que nunca, concibió sus primeros textos.

En 1876 obtuvo su primer premio literario gracias a la obra El estudio crítico de Feijóo. Era el inicio de una incesante trayectoria creativa. Ese mismo año, y coincidiendo con el nacimiento de Jaime, su primer hijo, publicó el único poemario de su extensa obra. Al poco tiempo apareció su primera novela, Pascual López, con escasa repercusión entre la crítica y los lectores.

Quiso la casualidad que un problema hepático la llevara en 1880 al célebre balneario de Vichy. Allí, mientras recuperaba la salud, conoció el naturalismo de Emile Zola y trabó amistad con el escritor Victor Hugo, el cual la influyó notablemente en su actitud literaria. Tras recuperarse de sus dolencias, comenzó a colaborar con el periódico La época, y fue aquí donde publicó su relato Viaje de novios, considerado la primera narración con tintes de naturalismo en nuestro país.

Entre los años 1881-83 surgieron una serie de artículos en este mismo diario bajo el título La cuestión palpitante. En ellos, Pardo Bazán opinaba libremente sobre la impronta realista y naturalista, lo que desembocó en una sucesión interminable de críticas hacia su figura. Alarmado por la resonancia de este hecho, incluso su esposo la animó a retractarse públicamente y, lo que es más grave, le sugirió de forma enérgica que abandonase la escritura. Esto colmó la paciencia de la autora y, meses más tarde, el matrimonio se disolvió.

Emilia se sumergió desde entonces en su particular mundo de personajes y escenarios, creando obras de mayor calado, como La tribuna, primera novela naturalista publicada en España. El argumento giraba en torno a los perfiles y mentalidad de las cigarreras que trabajaban en la fábrica de tabacos de La Coruña. En 1886 se publicó Los pazos de Ulloa, su más elogiada novela.

Feminista en un siglo inapropiado para ese talante, luchó para erradicar la desigualdad entre sexos y apostó de forma entusiasta por la mejora de la educación entre las mujeres. Tras su divorcio, mantuvo un hermoso romance durante 20 años con el escritor Benito Pérez Galdós, aunque no se volvió a casar jamás.

En 1890 murió su progenitor, por lo que heredó título y patrimonio y pudo fundar la revista El Nuevo Teatro Crítico, escrita en su totalidad por ella. Asimismo, fue la primera mujer en recibir una cátedra de Literatura en la Universidad Central de Madrid. Todos estos méritos, sin embargo, no fueron suficientes para recibir un puesto en la Real Academia de la Lengua, asunto que amargó en demasía sus últimos años.

Emilia Pardo Bazán falleció el 12 de mayo de 1921 dejando atrás una interesante producción literaria que, en nuestros días, tribus urbanas como los góticos se encargan de recuperar, dado que la Pardo Bazán se ha convertido, por su estilo y vida, en uno de sus más reconocidos iconos.

Espartaco, el gladiador que se rebeló contra Roma.

Líder. Desertó del ejército y acabó como gladiador en el circo. Lideró la mayor rebelión de esclavos de la Historia y se cree que murió crucificado junto a 6.000 de sus hombres.

Su corazón instigó la primera gran revolución social de la Historia, en una sublevación popular sin precedentes que aterrorizó a la potencia más poderosa del mundo antiguo. Junto a él combatieron y murieron miles de esclavos, los cuales mantuvieron viva la llama de la libertad consiguiendo hacer de su gesta un hecho que trascendió a los siglos.

Nacido en Tracia (los Balcanes), en 113 a.C., era al parecer descendiente de la dinastía de los espartácidas, un linaje gobernante de aquellos territorios sometidos al poder de Roma. Siendo poco más que adolescente, se alistó como legionario en las tropas auxiliares utilizadas por la potencia latina para sus guerras fronterizas. Por una razón desconocida, nuestro protagonista desertó del ejército, si bien no tuvo suficiente fortuna en la huida, siendo capturado casi de inmediato y enviado como esclavo a las minas, de las que escapó tras protagonizar un motín.

Nuevamente apresado, su suerte parecía echada, pero lejos de la ejecución sumaria por indisciplina, su corpulencia y aptitud para el combate le permitieron seguir vivo, dado que en ese siglo Roma disfrutaba con delirio del deporte nacional: las luchas de gladiadores. Espartaco cubría a la perfección ese perfil demandado por la plebe. Tres eran los principales tipos de hombres que eran alistados en cualquier escuela de gladiadores: reos de guerra, hombres libres buscadores de fortunas y, finalmente, convictos que lo eran por diferentes motivos. El destino quiso que su lugar de reclusión fuera una escuela de gladiadores ubicada en Capua, lugar tradicional para los placeres y ampliamente difundido gracias a la estancia del general cartaginés Aníbal. La ludi, o escuela de adiestramiento capuense gozaba de gran prestigio entre los romanos, el valor de sus gladiadores alcanzaba cifras considerables en el mercado y algunos habían obtenido incluso la libertad debido, en buena parte, al método de entrenamiento que se seguía con ellos. Los candidatos a luchador llegaban de todos los territorios dominados por Roma. En consecuencia, la arena de la escuela ofrecía una imagen muy colorista cuando se ejercitaban en ella combatientes asiáticos, africanos, germanos, celtas, helenos...

Con frecuencia, estos grupos de luchadores escogidos viajaban a la capital romana dispuestos a participar en los sangrientos eventos circenses. Según la leyenda, en uno de estos mortíferos desplazamientos, Espartaco reconoció entre la muchedumbre a su propia hermana convertida en vulgar prostituta al servicio de las legiones. Este doloroso trance terminó por enervar el ánimo del guerrero que, con gran determinación, comenzó a urdir un definitivo plan de rebelión.

En el año 73 a.C., con 40 años recién cumplidos, clamó por la justicia y la libertad; no quería ver cómo su brazo aniquilaba a más compañeros, ni tampoco quería morir divirtiéndose al populacho. Fue así como, en un gesto sin precedentes similares en el mundo antiguo, inició un levantamiento en toda regla. En su arriesgada aventura le acompañaron 70 gladiadores entre los que se encontraban varios luchadores de origen celta. El pequeño grupo, tras vencer a la guardia de la ludi, se internó por los recónditos parajes del volcán Vesubio y desde su cráter apagado comenzó a operar de forma activa, repeliendo cualquier ataque dirigido contra él.

Pronto la noticia recorrió todo el sur de la península Itálica, provocando que miles de esclavos escaparan de sus dueños para unirse a ese formidable líder, símbolo y guía hacia la libertad. Sin pausa, aquel reducido núcleo de gladiadores se fue incrementando hasta alcanzar la categoría de gran ejército. Los romanos, mientras tanto, recibían estupefactos todas las noticias que llegaban desde el sur. Uno tras otro, diferentes militares y mandatarios de alto rango –hasta un total de nueve–, fueron



vencidos por Espartaco y su ejército libertario.

El objetivo fundamental del tracio no era conquistar Roma. Más bien, lo que pretendía era liberarse de aquella potencia tan injusta con los seres humanos a los que sometía. No obstante, la disensión se propagó rápidamente por aquella tropa desorganizada. Unos, entre ellos el propio Espartaco, apostaban por escapar hacia el norte en el deseo de fundirse con los paisajes europeos para ser

olvidados. Por desgracia, se impuso el criterio de una mayoría que ambicionaba descargar su odio vengativo contra la ciudad que simbolizaba el poder represor de su época. No obstante, se establecieron relaciones con diversas flotillas de piratas griegos a los que se pagó una fuerte suma a cambio de ser transportados a un lugar indeterminado del Mediterráneo. Los confiados esclavos se concentraron en el puerto de Brindisi a la espera de las naves. Sin embargo, éstas nunca llegaron, obligando a los rebeldes a una guerra sin cuartel con el ejército más poderoso de su tiempo.

Durante dos años aquel contingente irregular que llegó a contar con más de 100.000 efectivos humilló a la orgullosa República. Por fin, Roma encargó a su hombre más rico, Marco Licinio Craso, la tarea de acabar con Espartaco y los suyos. Todo se consumó cuando seis legiones bien pertrechadas entraron en contacto con los desorganizados esclavos. La derrota en Apulia, junto al río Sílaro en la primavera del año 71 a.C., dejó sobre el campo de batalla 60.000 hombres muertos, y otros 6.000 fueron crucificados entre Capua y Roma como escarmiento. Nunca sabremos si Espartaco murió en esta última batalla o en la crucifixión posterior, lo cierto es que con él terminó una de las primeras revoluciones sociales de la Historia.

Esquilache, el polémico italiano preferido de Carlos III

Procedente de una familia humilde, su inteligencia pronto llegó hasta los oídos de Carlos III, quien, como premio a su brillante carrera, lo nombró marqués de Esquilache a mediados del siglo XVIII. En la península Ibérica desarrolló lúcidas reformas, pero no logró el apoyo popular.

En octubre de 1759 desembarcaba en Barcelona, procedente de Nápoles, el nuevo rey de España, Carlos III de Borbón. El fallecimiento sin descendencia de su hermanastro Fernando VI y la habilidad de su inteligente madre, Isabel de Farnesio, habían provocado tal nombramiento. Junto al flamante monarca llegaba el Despotismo Ilustrado y un equipo de hombres relevantes, en su mayoría italianos, sobre los que destacaba el eficiente marqués de Esquilache.

Nacido en Messina (Sicilia) hacia 1700, dio desde joven una buena muestra de sus actitudes para la economía llegando a trabajar como contable en la casa de Berretta. Más tarde entró al servicio del futuro Carlos III realizando una eficaz tarea en las cuestiones aduaneras del reino napolitano. Tras la elección del Borbón para el trono de España, fue uno de los primeros en ser incorporados al equipo de Gobierno que acompañó al soberano en su difícil reto hispano.



Esquilache se convirtió en el personaje clave del Gobierno Carolino. Su responsabilidad abarcó los ministerios de Hacienda, Guerra y Justicia, en los primeros años del reinado. Favorito sin discusión de Carlos III, no había asunto concerniente al Estado que no pasara por sus expertas manos; esto le granjeó envidias y enemistades entre los rancios nobles españoles. No es de extrañar que pronto nacieran las intrigas para eliminar al incómodo marqués, quien, al margen de los comentarios, emprendió numerosos programas para que Madrid se rehabilitara como capital propia de su rango. Los proyectos de higiene, empedrado o iluminación de las calles comenzaron a dar sus frutos. Sin embargo, la creciente carestía de vida y el rechazo hacia los ministros extranjeros del rey, fomentado por dolidos aristócratas y obispos, truncaron las buenas acciones de un Esquilache dedicado en cuerpo y alma a remozar la imagen interna y externa del país.

El 20 de marzo de 1766, domingo de Ramos para más señas, se hizo público un edicto por el que se prohibía la utilización del "chambergó" o sombrero de ala ancha, además de la tradicional capa larga. Se indicaba también en este documento, que desde entonces los ciudadanos deberían utilizar capa corta y sombrero de tres picos, a la usanza europea del momento. Esta orden se impuso tras haber prohibido los juegos de cartas y las armas de fuego, dado que en esos años la delincuencia era una constante en las calles de una ciudad demasiado oscura.

Tanta merma en las arraigadas costumbres patrias desató la ira de los madrileños, que arrancaron con furia los bandos repartidos por las calles, colocando en su lugar otros que amenazaban a los gobernantes foráneos. En cuestión de horas, muchos ciudadanos se embozaron con capas y sombreros presentándose ante los cuarteles y retando a los alguaciles y soldados. En la calle Antón Martín se produjo el primer

choque cuando dos agitadores gritaron "¡no me da la gana!" ante la petición de los militares para que se despojaran de los ropajes censurados. En escasos minutos unos 6.000 madrileños cubrieron las calles destrozando los recién implantados faroles y todo lo que supiera al progreso pretendido por Carlos III y su querido Esquilache; la casa de éste fue desvalijada, así como la de otros italianos del Gobierno real. Al día siguiente el número de amotinados se dobló, enfrentándose a la guardia valona, que no reparó en plomo tratando de contener la marea humana.

El trágico resultado fue de 10 muertos en cada facción. El movimiento no tuvo líderes claros, sí en cambio portavoces como el padre Cuenca, quien se presentó ante el rey con un listado de peticiones a las que Carlos III no se pudo negar. Una de las demandas exigía la destitución del marqués de Esquilache y su destierro, hecho que se produjo el 27 de marzo, cuando el incomprometido hombre de estado partió con toda su familia hacia Cartagena, donde embarcó con destino a Nápoles. Poco a poco, la situación se fue calmando gracias, en buena parte, a la mesura y equilibrio demostrados por Carlos III; atrás quedaba la primera etapa de su brillante reinado. El soberano supo entender que España era diferente. Los extranjeros dieron paso a nobles españoles como los condes de Aranda o Campomanes, que acertaron en la conducción de un Gobierno siempre complejo. Por fortuna ese año llovió, favoreciendo una buena cosecha y la rebaja de los precios. Las prendas de la polémica fueron relegadas al olvido, más por moda y convencimiento que por obligación.

Leopoldo Gregori disfrutó de una espléndida vejez y de una sólida fortuna en la república serenísima de Venecia, lugar donde falleció a la avanzada edad de 85 años. Posiblemente, su último pensamiento no fue para esa España que tanto le había reprobado su filosofía de progreso.

Francisco de Orellana, el valiente explorador del río Amazonas

Nació en Trujillo (Cáceres) en 1511. Formó parte de las huestes de su primo Francisco Pizarro. Fue el primer hombre que cruzó el continente americano navegando por el Amazonas, en 1542. Sorteó todo tipo de peligros: enfermedades, hambrunas y ataques indígenas.

Pariente del conquistador Francisco Pizarro, fue el primer europeo que navegó por las aguas del inmenso río Amazonas, uno de los más largos y caudalosos del planeta Tierra. Su hazaña se inscribe en los capítulos más épicos de la peripecia humana, si bien su prematura muerte le impidió disfrutar de los laureles de su empresa.

Nacido en Trujillo (Cáceres) en 1511, viajó siendo adolescente al Nuevo Mundo, donde se alistó en numerosas misiones exploratorias. En 1533 se trasladó a Perú para integrarse en las huestes de su primo Francisco Pizarro. Participó en algunas batallas, como la de Puerto Viejo, donde tras una refriega con los indios perdió un ojo.

Asimismo, luchó en el bando pizarrista frente a la facción liderada por Diego de Almagro en la primera guerra civil entre españoles librada en América. Tras una clamorosa victoria, un agradecido Pizarro concedió al valeroso Orellana el territorio de Culata (actual Ecuador), donde se instaló como un rico colono.



En 1540, Quito —futura capital ecuatoriana— fue abandonada por su fundador, Sebastián de Belalcázar. Dispuesto a ocupar su lugar llegó Gonzalo Pizarro, quien tenía además la misión concreta de localizar el país de la Canela y, de paso, Eldorado. En ambos casos, los españoles se fiaron de las abundantes narraciones autóctonas sobre lugares colmados de especias y de oro. Todo esto provocó entre los conquistadores cierta ansiedad por apropiarse del presunto botín y de la gloria que eso supondría.

Enterado Orellana, acudió a Quito y ofreció sus servicios al más pendenciero de los hermanos Pizarro. Juntos iniciaron una ambiciosa expedición que, tras múltiples y penosos avatares, tuvo que separarse en dos grupos para recabar provisiones que les permitieran proseguir la arriesgada gesta.

Orellana, al mando de 60 famélicos aventureros, fue enviado por don Gonzalo a surcar las aguas fluviales de la zona, rumbo a un destino en el que los indígenas aseguraban la existencia de tesoros y manjares. Lo cierto es que dicho vergel no apareció jamás. En cambio, sí llegaron las enfermedades, los ataques indígenas y la hambruna, solventada en una mínima parte gracias al descubrimiento de algunos poblados nativos, que surtieron a los expedicionarios de suficiente intendencia como para pensar en sostener el viaje algún tiempo más.

El 12 febrero de 1542 dos navíos capitaneados por Orellana entraron en el Amazonas, surcando sus aguas durante semanas y enfrentándose a los variados peligros con los que se iban encontrando. Era frecuente ver nativos gritándoles desde las orillas o desde canoas que se acercaban para lanzar las terribles flechas envenenadas que

tantos muertos causaron en la tripulación española. Finalmente, el sábado 3 de junio de 1542 los españoles percibieron cómo una fuerza extraña les impelía hacia un lugar concreto; habían contactado con el poderoso río Negro.

Cinco días después pudieron descansar dejando atrás la desembocadura del Madeira en el Amazonas y, poco después, la del Tapajoz. Pero se reanudaron los ataques indios y esta vez con absoluta virulencia. Las flechas envenenadas surcaron los aires para clavarse en la madera de los bergantines o en los cuerpos de los aventureros. Estos se percataron de que, entre los atacantes, había mujeres guerreras que les disparaban saetas con gran precisión y que los cronistas identificaron con las Amazonas, célebres luchadoras griegas que darían el nombre por el que hoy conocemos a este majestuoso río americano.



Al fin, los maltrechos buques recibieron los primeros síntomas de las mareas atlánticas, internándose en el océano el 24 de agosto de 1542. Casi tres semanas más tarde, llegaron de forma milagrosa a los territorios de Nueva Cádiz (actual Venezuela).

Concluida la proeza que suponía haber sido el primer hombre que cruzó el continente americano navegando por el Amazonas, Orellana viajó a España para reivindicar su gloria. El Consejo de Indias le concedió el título de Adelantado de Nueva Andalucía, nombre designado para las latitudes exploradas por el extremeño. Así, en mayo de 1545 el flamante gobernador salió de Sanlúcar al mando de una gran flota dispuesto a tomar posesión de su cargo. Le acompañaban su mujer, Ana de Ayala, y muchos colonos dispuestos a radicarse en aquella tierra de promisión.

Orellana tenía intención de hacer el camino inverso; es decir, penetrar por la desembocadura del Amazonas y remontar el río. Pero la empresa fracasó, nadie sobrevivió y las riberas salvajes del río se fueron tragando poco a poco a los pioneros. Enfermo y perdido, murió en el interior del Amazonas en noviembre de 1546. Tenía 35 años, aunque su brillante expediente explorador le supuso un lugar de honor en la epopeya americana.

Gengis Khan, amo y señor de todos los océanos

Líder y guerrero. Convirtió una desorganizada tribu del desierto de Asia Central en una nación temible. Dominó Oriente y lideró el Imperio mongol con una política beligerante y expansionista.

Fue el hombre más poderoso del siglo XIII y su influencia perdura aún en nuestros días, lo que le hizo merecer, según el prestigioso diario norteamericano The Washington Post, la distinción de ser considerado el personaje más relevante del segundo milenio. Curiosamente, su verdadero nombre era Temujin, traducido como “forjador de acero fino”.

Los mongoles habían perdido en el siglo XII el tren del progreso. Profundamente desunidos, se agrupaban en torno a unas treinta tribus que combatían entre sí por el dominio de los territorios fértiles cercanos al desierto de Gobi. Su etnia provenía de la mezcolanza entre iraníes y turcos. Por tanto, en contra de lo que pueda parecer, no eran parientes, ni lejanos, de los chinos, sus ancestrales enemigos.

Temujin nació en el clan de los Kiyad hacia el año 1167. Esta tribu pastoreaba en el ámbito geográfico por donde discurría el río Onon, situado a unos 320 kilómetros al noroeste de la actual capital de Mongolia, Ulan Bator. El original apelativo lo recibió como homenaje de su padre, Yesugai, hacia un líder de la tribu de los tártaros, capturado por él y de idéntico nombre. El futuro khan tenía el pelo rojizo, la tez blanca y los ojos verdes grisáceos.



Fue un niño feliz, siempre amparado por su madre, Hulun, de la que aprendió todo lo necesario para sobrevivir (muy pronto quedó huérfano de padre). Siendo adolescente, tuvo que luchar casi en solitario por la reivindicación de su liderazgo. Con una tribu menguada por la desconfianza hacia el joven, vagabundó durante años hasta que encontró el apoyo decidido de algunos jefes. Pronto, su carisma y visión preclara sobre cómo debían ser las cosas para el pueblo mongol, le granjearon muchos afectos entre aquellos curtidos guerreros.

Con 13 años dejaba atrás la caza de marmotas para entregarse a su preparación como soldado. Su apariencia no obedecía a la edad que tenía: era alto y de complexión fuerte, destacaba en el tiro con arco, la lucha cuerpo a cuerpo y, sobre todo, en la doma y monta de caballos, su gran pasión.

El brillo del muchacho provocó el recelo de algunas tribus rivales, las cuales pusieron precio a la cabeza de aquel insolente que intentaba gobernarles. Fue entonces cuando Temujin encontró refugio en la tribu de los keraitas y en su jefe Toghrul Khan, quien además de amistad, le ofreció la mano de Burte, su hija más bella. El amor de la pareja fructificó con cuatro herederos que, años más tarde, asumirían el mando de todo el imperio conquistado por su progenitor.

Tras múltiples vicisitudes bélicas de las que salió triunfante, en 1206 fue convocada la

Kurultai o asamblea de notables mongoles. En ella abandonó su nombre original para asumir el de Gengis Khan. La palabra gengis deriva del turco tingiz, que significa océano. Los mongoles mantenían la vieja creencia de que el mundo era una inmensa llanura rodeada por océanos. En consecuencia, ese título significaba que se convertía en emperador del mundo conocido y, por supuesto, señor de todos los océanos.

Después de la proclamación se entregó a la dura y afanosa tarea de organizar un país extensísimo, poblado por sólo unos dos millones de personas. Creó instituciones y códigos de leyes como el Yasa, donde se reunían las tradiciones de su pueblo, además de sus pensamientos e inquietudes sobre cómo debía gobernarse el territorio.

Gengis Khan organizó un auténtico estado en armas, movilizando a toda la población, incluidas las mujeres, a las que se dio un trato inusual para la época: les fue concedido el derecho a la propiedad privada, así como el de combatir, si fuera necesario. Las mujeres montaban y disparaban tan bien como los hombres y ejercían un papel fundamental en el concepto de familia.

En 1211, los mongoles acometían la difícil empresa de conquistar China. Era el inicio para la expansión definitiva del Imperio mongol. Desde Karakorum –en el Himalaya–, miles de hordas salieron determinadas a vencer y asimilar territorios. Durante años se extendieron imparables por toda Asia sometiendo países cercanos y remotos. Llegaron a la Europa oriental, donde derrotaron a los rusos. Desde Corea hasta Georgia, los asiáticos establecieron numerosos acuartelamientos y seguras líneas de comunicación que, a la postre, facilitarían el intercambio comercial y el mestizaje de los pueblos.

En el cénit de su poder, preparaba nuevas campañas cuando le visitó la muerte. Se dijo que falleció a consecuencia de la caída de su caballo mientras cazaba asnos salvajes. Lo cierto es que murió de tifus el 18 de agosto de 1227, postrado en la cama de su yurta y rodeado por sus hijos, a los que entregó verbalmente las últimas órdenes para que condujeran el inmenso imperio creado por él.

Existe mucha controversia sobre la posición exacta de su tumba. Según cuenta La historia secreta de los mongoles –libro escrito en 1240 para ensalzar su gobierno y sus gestas–, el emperador fue enterrado en un lugar secreto supuestamente cercano al monte Altay, en Siberia. En su viaje final, le acompañaron 40 doncellas vírgenes que fueron sacrificadas junto a sus mejores caballos. Muchos guerreros mongoles conocedores de la ubicación de la tumba se suicidaron junto a su líder y más de mil jinetes galoparon sobre la fosa hasta que el lugar quedó irreconocible.

El máximo esplendor para el sueño imperial de Gengis llegaría de la mano de su nieto Kublai, emperador de China y padre de la dinastía Yuan. Después surgirían innumerables kanatos o disgregadores que fragmentaron en cuatro territorios el que fuera mayor reino del medievo.

George Sand, una excéntrica muy romántica que gozó del amor libre

El nombre real de esta escritora francesa del siglo XIX era Aurore Dupin. Una idealista que luchó por los derechos de las mujeres en un contexto machista. Intimó con Honoré de Balzac, Frank Litz y fue amante de Frédéric Chopin. Escribió más de 140 novelas.

Alguien dijo de ella: "No es hombre ni mujer, sino un ser que piensa". Una frase que define a la perfección a esta mujer, que escribió tanto como amó defendiendo la pasión ante los convencionalismos impuestos. Su ingente obra publicada en forma de novelas, cuentos, teatro o artículos periodísticos es reivindicada hoy en día por amplios sectores de la intelectualidad más vanguardista.

Su verdadero nombre era Amandine Aurore Lucie Dupin y vino al mundo el 1 de julio de 1804 en París, siendo hija de un oficial napoleónico pariente del rey polaco Augusto II y de una modesta campesina. Pasó la infancia en el bello pueblecito francés de Nohant bajo la tutela de su abuela materna, quien la dejó crecer libre de estrictas imposiciones educativas.

La pequeña Aurore demostró con precocidad su gusto por los ropajes masculinos, así como por montar a caballo; con lo que se puede decir que esta avanzada del feminismo tuvo una infancia feliz y bucólica, asunto que cimentó su apasionado carácter indómito. Más tarde, completó su formación en un convento parisino, donde siguió alimentando su curiosidad por el saber con la lectura de innumerables textos literarios. En plena adolescencia sintió la llamada de las letras y, aunque se casó muy joven (1822, tenía 18 años) con el varón Casimir Dudevant, nada la frenó en su afán por transmitir emociones a través de narraciones románticas, un estilo literario que en ese tiempo hacía furor en los escenarios intelectuales franceses.



Fiel a sus principios vitales, la todavía Aurore buscó el amor por la ciudad de la luz a escondidas o con el consentimiento de su esposo, siendo muchos los amantes que se censaron para ella en esos momentos de crecimiento personal. Con uno de ellos concibió a su hija Solange, si bien ésta fue atribuida a su marido oficial. De otro amor, Jules Sandeau, proviene su seudónimo y la decisión definitiva de dedicarse a los libros compartiendo con Jules las primeras obras: El comisionista y Rosa y Blanca. En este periodo frecuentó elitistas círculos en los que se desenvolvían creadores como el escritor Honoré de Balzac o el músico Frank Litz, a los que le unía un profundo afecto personal.

En 1836 consiguió la nulidad de su matrimonio y, ya convertida en George Sand, comenzó a convulsionar a la sociedad parisina. Se la pudo ver en diferentes ámbitos progresistas donde amó con pasión destapada a decenas de hombres ilustres del momento. Son años felices en los que aparecen obras como Indiana o Valentine, así como textos de diverso calado publicados en revistas relevantes de la época. En 1838 conoció a uno de sus grandes amores, el polaco Frédéric Chopin, compositor inmortal

con el que vivió nueve años de relación, según algunos, casi maternofilia. Junto a él visitó Mallorca, donde escribió *Un invierno en Mallorca*, recreando los paisajes que les acogieron. Por desgracia, los sentimientos de la pareja se enfriaron a tal punto que la francesa rompió con el músico mediante una carta en la que se despedía con esta frase: "Adiós, mi amigo".



La Sand también mantuvo devaneos con la política y, en ese sentido, se convirtió en una firme defensora de la Tercera República francesa con diversas publicaciones dirigidas por ella en las que se preconizaba el inminente cambio de la situación social para el país galo. No obstante, la revolución de 1848 y los derroteros tomados por la clase política la desilusionaron completamente, por lo que asumió un retiro voluntario en Nohant. Allí pasó el resto de su vida escribiendo una prolífica obra en la que describió a la sociedad reinante. Fueron más de 140 novelas y decenas de artículos que consiguieron una legión de seguidores.

En este tiempo campestre no descuidó sus relaciones personales y cruzó correspondencia con grandes autores como Gustave Flaubert. Asimismo, florecieron amistades con personajes fundamentales de la sociedad francesa más exquisita como Alejandro Dumas o Sainte-Beuve. Su retiro le sirvió para meditar sobre su agitada existencia incitándola a escribir diversos apuntes personales recogidos en su autobiografía, *Historia de mi vida*.

Romántica convencida, no desatendió su compromiso social, siendo beligerante contra la Iglesia y algunos estamentos políticos, lo que le creó no pocos enemigos que se encargaron de denostarla y vilipendiarla por su extraña forma de vivir y por una aparente ambigüedad sexual. El 8 de junio de 1876, George Sand falleció en Nohant víctima de una oclusión intestinal estando rodeada por el cariño de sus queridos nietos y de multitud de amigos que acudieron al entierro. Nada mejor para una persona que defendió la voluntad de amar por encima de todo.

Gilles de Rais, la verdadera historia de Barba Azul

Su nombre es la encarnación del mal, pero hubo un tiempo en el que este asesino de niños era el ideal del caballero francés. Nacido en 1404, se erigió en protector de Juana de Arco. Tras su muerte, De Rais dio rienda suelta a su maldad. Juan Antonio Cebrián lo cuenta en "El mariscal de las tinieblas".

A finales del siglo XVII, el escritor francés Charles Perrault publicó su inmortal obra Cuentos de Mama Oca, donde se compendian relatos populares entre los que figuraba Barba Azul, un texto inspirado en las leyendas que circulaban por Francia sobre Gilles de Rais, paladín en la guerra de los Cien Años que había luchado junto a Juana de Arco y que más tarde acabó convertido en cruel asesino de niños.

Gilles de Rais nació en el gélido otoño de 1404, en la Torre Negra del castillo de Champtocé, en Anjou (Francia). Sus padres fueron el noble Guy II de Laval y la dama Marie de Craon. Ambos provenían de los más rancios linajes franceses, poseyendo cada uno una gran fortuna que se incrementó tras su unión. En sus primeros años, él y su único hermano, René, apenas tuvieron contacto con sus padres. A decir verdad, debemos atribuir su crianza y educación a tutores e institutrices.



El pequeño Gilles se instruyó como otros infantes de su condición social en las lides de la escritura y la lectura, manejando muy pronto lenguas como latín y griego. La prematura muerte de sus padres dejó la tutela de los niños en manos de su abuelo materno, Jean de Craon, hombre de carácter enérgico y violento que influyó negativamente en el ánimo del primogénito Gilles. Éste llegó a decir años más tarde sobre él: "Me enseñó a beber, inculcándome desde muy niño a extraer placer de pequeñas crueldades. Nada más lejos de lo que otros hombres han pensado, sentido, imaginado o incluso hecho... Bajo su custodia aprendí a despegarme de los poderes terrenos y divinos, con lo que creí que era omnipotente".

El muchacho manifestó ya a una edad temprana una pericia des acostumbrada en todo lo que emprendía, dejando pronto atrás a sus maestros y confiando en su propia sed de conocimientos y en su capacidad para adquirirlos. Jean de Craon era demasiado viejo para llevar a cabo la tarea de disciplinar a su nieto mayor, cuyo temperamento le hacía tan indomable como egocéntrico. Manifestó también muy pronto un carácter rebelde, así como un deseo irresistible de imponer su voluntad sobre todos los que le rodeaban. En sus años de instrucción militar demostró ser un aventajado discípulo en lo concerniente a doctrina castrense y empleo de las armas, cualidades que desarrolló hasta la perfección cuando intervino, tiempo más tarde, en los combates contra los ingleses al servicio del delfín Carlos VII.

A los 14 años recibió, en su primera ceremonia oficial, una espléndida armadura blanca milanesa con la que se le concedía la distinción de caballero. Dos años más tarde, el aspecto físico que presentaba Gilles de Rais no podía ser mejor para un joven aristócrata de alta cuna. Superaba con creces los 1,80 metros, por los que se repartía un cuerpo perfectamente musculado y sano. Por su continuo entrenamiento militar era muy ancho de hombros, ágil de movimientos y poseía una elegancia natural. A todo esto añadía un aspecto agraciado debido a su morfología facial, donde predominaban dos inmensos y claros ojos azules escoltados por altos pómulos, muy típicos de la naturaleza bretona. El conjunto se completaba con un negro y ondulado cabello que acentuaba aún más su lustrosa tez aceitunada y sus rojizos labios carnosos.

Como vemos, el bello muchacho, dada su apariencia y fortuna incalculable, no iba a representar ningún problema a la hora de solicitar la mano de cualquier damisela perteneciente a las grandes casas francesas. Sin embargo, un hecho interfirió gravemente en esta pretendida y, por otra parte, lógica búsqueda; su evidente homosexualidad. A pesar de ello, se desposó con su prima Catherine de Thouars, en 1420, tras un abrupto secuestro de la joven y posterior boda clandestina. Años más tarde, en 1429, nacería Marie, el único fruto carnal del complejo aristócrata.

En 1424 le reconocieron la anhelada mayoría de edad. Estaba a punto de cumplir 20 años y lo primero que solicitó fue el dominio absoluto sobre el inmenso patrimonio que le pertenecía por derecho. Más tarde, entró al servicio militar de Carlos VII —delfín de Francia—, quien veía seriamente comprometida su aspiración al trono por la intervención de los ejércitos ingleses y borgoñeses en la guerra de los Cien Años.

Desde que comenzó a guerrear (tenía sólo 16 años) bajo la bandera de el duque Juan V de Bretaña hasta que entró al servicio personal del delfín Carlos, sus condiciones como combatiente mejoraron de forma sobresaliente. Durante sus primeras acciones de guerra —enmarcadas en los litigios que enfrentaron a las casas de Monfort y de Penthièvre—, Gilles demostró una inusual destreza con las armas, arremetiendo contra el enemigo en una ignorancia, consciente o no, de los peligros que se cernían sobre él.

De Rais luchaba con el valor propio de aquellos héroes que protagonizaron leyendas y romanceros populares. Sus compañeros aseguraban que un espíritu demoníaco le



poseía cada vez que la sangre afluía como consecuencia del combate. Quizá no les faltaba razón, pues la verdad es que el joven disfrutaba con la guerra, era como un juego para él: cabalgar a lomos de su caballo favorito, Noisette, desenvainar su espada y medirse al enemigo en singular duelo, nada mejor para un hombre de armas francés, educado para la guerra y preparado para morir si tal menester fuese necesario.

En 1429 la situación para la Francia leal a Carlos VII era ciertamente desesperada. En aquel tiempo surgió la figura de Juana de Arco (foto), una modesta campesina que aseguraba ser guiada por voces sobrenaturales hacia la defensa y coronación del delfín galo en la catedral de Reims. La necesidad del momento provocó que nobleza y pueblo se aferraran a los

vaticinios de la joven aldeana, y pronto el fervor se adueñó de aquellos escenarios cubiertos por la necesidad.

El barón de Laval recibió el encargo de escoltar y proteger a la doncella en su camino a Orleans, último bastión que permanecía fiel a los intereses de Carlos y que en esos meses se encontraba sitiado por tropas inglesas. Gilles supo, desde que la vio por primera vez, que ella sería el principal estímulo para su atormentada vida. Por eso, no dudó ni un instante en aceptar el mandato real poniendo a disposición de la iluminada cuanto material quisiese disponer para la campaña que estaba a punto de emprender. El ardoroso militar cambió su actitud, siempre agresiva, por otra bien distinta en aquellos días de febril actividad en la ciudad de Chinon. En diferentes ocasiones buscó el tiempo necesario para encontrarse con la doncella, dispuesto a sostener largas conversaciones que encendieron aún más su fe en ella y en la santa misión de la que era emisaria.

Años más tarde la recordaría con estas palabras: "Cuando la vi por primera vez parecía una llama blanca. Fue en Chinon, al atardecer, el 23 de febrero de 1429. Desde el principio fui su amigo, su campeón. En el momento en que entró en aquella sala un estigma maligno escapó de mi alma y, ante el escepticismo del delfín y la corte, yo persistí en creer en su misión divina. En presencia de ella y por ese breve lapso de tiempo, yo iba en compañía de Dios y mataba por Dios. Al sentir mi voluntad incorporada a la suya, mi inquietud desapareció", comentó.

Después del éxito en la liberación de Orleans y otras campañas, la doncella pudo cumplir su promesa de coronar a Carlos VII. Por su parte, Gilles recibió los honores de mariscal de Francia cuando ni siquiera había cumplido 25 años. Esta distinción le elevó por encima de sus iguales, convirtiéndole en el hombre más poderoso del momento. No obstante, la captura de la doncella a manos británicas y su ejecución en la hoguera ante la impasibilidad del monarca francés abocaron al flamante héroe a un abismo del que ni pudo ni quiso zafarse.

Tras la desaparición de la inmaculada pureza encarnada en aquella mujer a la que tanto había amado, no le quedaba nada por lo que luchar en esta Tierra, ni compromisos que asumir al servicio de nadie. El día en el que murió la doncella de Orleans también lo hizo el cuerpo carnal de Gilles de Rais, quien se transformó de orgulloso mariscal de Francia en el principal emisario de Satán en la Tierra. Aún le restaban nueve años de vida en los que enarboló la bandera negra del mal en toda suerte de crímenes y depravaciones horribles.



En ese periodo se entregó a excéntricos mecenazgos artísticos, como una megalómana recreación teatral del sitio de Orleans, así como toda suerte de orgías, desenfrenos y prácticas alquímicas que intentaban recomponer sus, cada vez más depauperadas, arcas patrimoniales. Mientras, saciaba su sed psicópata con el asesinato de niños secuestrados en la región dominada por él. Se estima que entre 1431 y 1440 desaparecieron en aquella zona no menos de 1.000 niñas y niños, y a buen seguro el barón de Laval tuvo algo que ver en un alto porcentaje de las ausencias.

Finalmente, el escándalo alcanzó a todos los estratos sociales y la propia Iglesia decidió tomar cartas en el asunto, junto al poder civil, ordenando la detención del siniestro ogro. En octubre de 1440, después de un

tumultuoso juicio, Gilles fue declarado culpable del asesinato de 140 niños, aunque se dijo que pudieron ser muchos más. El 26 de ese mes, tras haber pedido perdón a los padres de sus víctimas, fue ahorcado y quemado públicamente en un prado de la ciudad de Nantes.

De su tétrica confesión extraemos estas palabras: "Recuerdo que desde mi infancia los más grandes placeres me parecían terribles. Es decir, el Apocalipsis era lo único que me interesaba. Creí en el infierno antes de poder creer en el cielo. Uno se cansa y aburre de lo ordinario. Empecé matando porque estaba aburrido y continué haciéndolo porque me gustaba desahogar mis energías. La muerte se convirtió en mi divinidad, mi sagrada y absoluta belleza. He estado viviendo con la muerte desde que me di cuenta que podía respirar. Mi juego por excelencia es imaginarme muerto y roído por los gusanos".

En estos años algunos investigadores históricos pretenden rehabilitar su imagen, al menos militar, resaltando sus dotes guerreras en los momentos decisivos de las campañas emprendidas por Juana de Arco. Desde luego nadie puede rebatir que fue un digno mariscal en tiempos extremos, si bien su grave psicopatía cubre de tinieblas cualquier razonable defensa.

Helen Keller, la mujer que protagonizó el milagro de Anne Sullivan

Nació en 1880, en un pueblo de Alabama (EEUU). A los 19 meses, unas fiebres la dejaron ciega y sorda. Pero la constancia de una joven profesora logró que aquella niña que había crecido salvaje terminara siendo una reconocida escritora y defensora de la integración de los discapacitados.

Su historia constituye un auténtico paradigma de la superación personal ante la más terrible adversidad. Escritora, conferenciante y de una lucidez fuera de lo común, supo utilizar convenientemente su fama para proyectarla en beneficio de las personas con discapacidad.

Helen vio por primera vez la luz del mundo el 27 de junio de 1880, en Tuscumbia (Alabama), un pueblecito de 2.000 habitantes rodeado por los intensos colores de campos fértiles y hermosas montañas. Sus padres fueron Kate Adams y Arthur Keller, un antiguo coronel confederado convertido en editor de prensa.

La pequeña fue la mayor de dos hermanas, y su aspecto sano no invitaba a pensar en los graves problemas que sufriría 19 meses después de su nacimiento, cuando contrajo unas severas fiebres de origen desconocido que le privaron de los sentidos de la vista y el oído.

En la actualidad, los especialistas consideran que su dolencia pudo ser una meningitis, sin descartar la escarlatina o una forma violenta de sarampión. Lo cierto es que para el bebé de los Keller comenzó una imprevista peripecia privada de sensaciones visuales y auditivas que la sumieron en un universo sin luz ni sonido.

Helen fue creciendo pegada a las faldas de su madre, mientras creaba una particular atmósfera que la ponía en contacto, a su manera, con el mundo exterior. Ella misma generó, en los primeros años de su infancia, unos 60 signos o gestos corporales que le permitían explicar lo que sentía o deseaba en cada momento. Además, se desenvolvía a su antojo por el jardín familiar, gracias a los indicadores olfativos que le proporcionaban las flores primaverales.



Sin embargo, con sólo 5 años se percató de que era diferente, y fue entonces cuando el desconsuelo se adueñó de su alma, reaccionando con accesos de furia o coraje ante los problemas que surgían.

La niña expresaba su frustración rompiendo, mordiendo, pegando, protestando de forma airada constantemente, lanzando los platos llenos de comida o infligiéndose golpes a sí misma ante la desesperación de sus padres. Estos decidieron pedir ayuda y, a decir verdad, su búsqueda obtuvo el mejor resultado. En 1887 se pusieron en contacto con Anne Sullivan, una joven huérfana que había perdido la vista en su infancia, aunque la recuperó tras algunas operaciones quirúrgicas.

Anne era de natural obstinada y consiguió, gracias a su intuitiva tenacidad, grandes logros con niños ciegos en el Instituto Perkins, de Boston. Pronto se hicieron amigas, estableciéndose entre ellas un vínculo invisible cuajado de complicidad y ganas por prosperar en un terreno hasta entonces impracticable. v Con voluntad y paciencia infinitas, Anne fue, poco a poco, educando a la pequeña Keller. Primero, con simples enseñanzas sobre el lenguaje manual; después, explicando a su aventajada alumna cómo era el mundo que la rodeaba y, finalmente, siendo su guía y traductora en las escuelas donde Helen empezó a instruirse. Aquella niña que había crecido salvaje se transformaba ahora en una adolescente dominada por el interés de aprender y saber más y más. Al fin pudo cumplir un sueño y, tras un mes de preparación, consiguió pronunciar sus primeras palabras. Desde entonces ya no pararía. En 1903 escribió su primer libro testimonial "Historia de mi vida", utilizando el método braille de escritura para ciegos. En ese texto hablaba sobre sus años de juventud, así como de la fuerte amistad que le unía a su profesora, a la que llamaba cariñosamente Macy.

Años más tarde, la propia Helen escribiría en alusión al primer encuentro con su amiga: "El día más importante de mi vida fue el 3 de marzo de 1887... Aquel día vino a ser para mí un día especial, aquel que vino a liberar mi espíritu". Juntas sortearon peligros durante años y trabajaron por la integración social de las personas con discapacidad.



Siguieron apareciendo libros de Helen Keller, su fama se incrementó y comenzó a dar conferencias por todo el país, dado que muchas universidades quisieron contar con su presencia para sembrar la semilla de la solidaridad. En 1936 Anne Sullivan (en la foto a la derecha) falleció víctima de una enfermedad, fue un momento doloroso para Helen, quien se entregó con ahínco a su trabajo de concienciación social.

En 1962 se estrenaba con éxito la película El milagro de Anna Sullivan, un filme basado en su libro y que obtuvo, gracias a la maravillosa interpretación de las oscarizadas Anne Bancroft y Patty Duke, una amplia repercusión internacional.

Helen Keller falleció en 1968. Atrás quedaban años de lucha y de superación que recibieron el reconocimiento de todos. Su última frase en la tierra fue: "Al fin me encontraré con mi querida maestra".

Inés de Castro, la dama que logró reinar después de muerta

Nació en Orense en 1320. Se convirtió en amante del príncipe Pedro de Portugal, de cuya esposa era dama de compañía. Al morir ésta, huyeron y se casaron. En 1355 fue asesinada por orden del soberano luso Alfonso IV. Al acceder al trono, Pedro obligó a las Cortes a que la aceptaran como reina.

Fue una de las mujeres más bellas de su época, virtud que, entre otras cosas, enamoró al príncipe heredero Pedro de Portugal, quien la convirtió en su amante. La pasión protagonizada por ambos y la trágica muerte de la dama a manos asesinas inspiraron a grandes poetas, novelistas y dramaturgos de todos los tiempos, los cuales ensalzaron esta melancólica y sangrienta historia, culminada con la venganza de un rey.

Inés vino al mundo en 1320 en la localidad gallega de A Limia (Orense). Era hija natural de don Pedro Fernández de Castro y de doña Aldonza Soares de Valladares. Al poco de su nacimiento, el infortunio la dejó huérfana de madre. Dicha circunstancia y una lejana relación de parentesco de su progenitor con la familia real castellana posibilitaron que la pequeña fuera trasladada a Valladolid. Allí fue educada en el entorno del majestuoso castillo de Peñafiel, lugar en el que creció como dama de compañía de doña Constanza Manuel, a la sazón hija del insigne escritor e infante don Juan Manuel.

En aquellos años, Inés ya se distinguía por su singular belleza, marcada por unos inmensos ojos azules y un esbelto cuello propio de los cisnes. Además, el espléndido porte de su cuerpo provocaba toda suerte de comentarios favorables acerca del buen destino que le esperaba. En 1336, doña Constanza se casó por poderes en la localidad de Évora (Portugal) con el príncipe Pedro, hijo del rey portugués Alfonso IV.

Cinco años más tarde se trasladaba definitivamente a su país de adopción, dispuesta a unir su futuro al de la corona lusa. Junto a ella viajaron escogidas damas, entre las que se encontraba doña Inés, convertida en su más fiel y cómplice amiga.

La vida en la corte lisboeta transcurría con relativa parsimonia, pero siempre a expensas de cualquier alteración afectiva que pudiera acontecer y, según reza en la leyenda de este drama, dicho cambio se dio cuando el recién casado heredero quedó prendado al contemplar el bello rostro de Inés. Para su satisfacción, ésta le correspondió manteniendo el furtivo amor en el más absoluto secreto. Mientras tanto, la incauta Constanza engendraba con su marido tres hijos: María en 1342; un año más tarde Luis,



que moriría a la semana, y en 1345 Fernando (el futuro rey de Portugal), en cuyo parto falleció la joven madre.

La muerte de Constanza aceleró el deseo del príncipe Pedro por proclamar el romance que mantenía con doña Inés de Castro. No obstante, la relación no fue aceptada por su padre, el rey Alfonso IV, siempre temeroso a una posible intervención castellana en su reino y muy dispuesto a proteger los derechos dinásticos de Fernando, su nieto superviviente.

La pareja se refugió en la ciudad de Coimbra, dispuesta a vivir su intensa pasión en una hermosa quinta llamada Das Lagrimas. En dicha residencia llegaron los cuatro vástagos habidos de su unión: Beatriz, Alfonso, Juan y Dionis. En 1354, don Pedro y su amante gallega celebraban en oculta intimidad su matrimonio. La ceremonia fue oficiada por el obispo de Guarda y, desde luego, la noticia no debió gustar al monarca luso, pues al poco ordenaba –en consenso con las Cortes– el asesinato de doña Inés con el fin de despejar el hechizo que ejercía sobre su hijo.

En 1355 tres sicarios llamados Gonçalves, Coelho y Pacheco se desplazaron a Coimbra para, de forma traicionera, sesgar el cuello de la desgraciada Inés de Castro. La reacción del príncipe fue furibunda y desató con sus tropas una total inclemencia sobre su progenitor.

Durante dos años, Portugal se enzarzó en un conflicto fratricida hasta que ambas partes lograron reconciliarse, justo un tiempo antes de la muerte del propio Alfonso IV, acontecida en 1357. Ese mismo año, su hijo Pedro I asumía el trono luso para, desde él, tomar la justa venganza por la muerte de su amada esposa. Dos de los asesinos fueron entregados por Castilla para su castigo y, después de ser torturados con saña, se les ejecutó sin miramiento alguno.

No obstante, uno de ellos, Pacheco, consiguió evitar la justicia, huyendo a la corte papal de Aviñón. En 1360 las Cortes portuguesas reconocían el matrimonio entre Pedro I e Inés de Castro y por añadidura aceptaban a la fallecida como legítima reina de Portugal.

El propio rey luso quiso resarcir el honor de su verdadero amor. Por ese motivo, según cuenta la historia, siempre mezclada con la fábula, mandó desenterrar el cadáver de doña Inés para sentarla en el trono y hacer que los cortesanos –que tanto habían vilipendiado su buen nombre– le rindieran póstumo homenaje en señal de respeto hacia su recién reconocida soberana. En la actualidad, los restos de Inés de Castro reposan en el monasterio de Santa María de Alcobaça.

Inés Suárez, una intrépida extremeña a la conquista de Chile.

Nació en 1507 en Plasencia (Cáceres). En 1537 se fue al Nuevo Mundo en busca de su esposo, quien años antes había emigrado para hacer fortuna. Tras enterarse de su muerte, recibió una encomienda de indios. Se hizo amante de Pedro de Valdivia y participó con él en la toma de Chile.

Protagonizó uno de los pocos ejemplos de féminas embarcadas en los primeros años de la exigente conquista americana. Amante de Pedro de Valdivia, el conquistador de Chile, supo estar a su lado en los momentos duros, incluido el feroz ataque indígena sobre la ciudad de Santiago de Chile, donde esta singular aventurera se distinguió por su ardor y liderazgo en el combate.

Apenas existen detalles sobre la verdadera vida de esta pionera americana. Su nacimiento tuvo lugar en Plasencia en 1507, justo en el tiempo en el que fallecía Felipe el Hermoso, ilustre marido de la reina castellana Juana la Loca.

La condición modesta de su familia, donde nada se sabía acerca de progenitor alguno, hizo que la pequeña Inés abandonara casi de inmediato los estudios para aprender el oficio de costurera con el que su madre se ganaba el pan. En 1526 se casó con Juan de Málaga, un buscavidas que al año siguiente partió rumbo al Nuevo Mundo, donde esperaba amasar fortuna, con la promesa de volver algún día.

Pero el discurrir de los años y las escasas cartas enviadas por él, provocaron que en 1537 la desesperada Inés solicitase licencia real para viajar a las Indias. Una vez allí, supo que su marido había fallecido en Perú luchando como soldado de Pizarro en la batalla de las Salinas, ocurrida en 1538.

La noticia la sobrecogió al verse sola y viuda en aquella latitud tan lejana. Pero este dolor se atenuó cuando las autoridades de Cuzco le concedieron una encomienda de indios y tierras para cultivar. Se convirtió en terrateniente de una extensa zona, limítrofe a la que gestionaba Pedro de Valdivia, maestro de campo de Pizarro en la contienda antes mencionada. Muy pronto la amistad entre ellos fraguó en romance para escándalo de muchos, pues el militar era hombre casado con María Ortiz de Gaete, una dama que aún permanecía en España.

A finales de 1539 Valdivia recibió las bendiciones de Pizarro y emprendió una expedición con destino al cono sur americano. El propósito no era otro sino conquistar Chile, una región que infundía temor a los españoles dados los múltiples descalabros sufridos por expediciones anteriores.



Sin embargo, el valiente extremeño pretendía un lugar en la Historia y no se arredró ante el más que probable peligro, ni siquiera al comprobar que en su columna, amén de más de 1.000 indios portadores, sólo figuraban ocho soldados hispanos y, por supuesto, doña Inés, la cual se enfrentó con absoluta determinación al incierto destino que les esperaba.

Durante semanas los expedicionarios sortearon toda clase de obstáculos naturales, viendo con agrado como otros aventureros se sumaban a su empresa. Por su parte, Inés, la única mujer en aquél trasiego chileno, destacó de entre sus compañeros de ruta por su sensatez, estoicismo y dureza. Curó a los heridos, encontró agua en los parajes desérticos y ayudó a Pedro de Valdivia en momentos difíciles, como en la sedición protagonizada por Pedro Sancho de Hoz, quien intentó asesinar al bravo capitán. En febrero de 1541 fue fundada la ciudad de Santiago, futura capital de Chile. En ella se encontraba Inés cuando, el 11 de septiembre de ese mismo año y en ausencia de Valdivia, la plaza sufrió el ataque de más de 8.000 indios dispuestos a recuperar a siete de sus caciques, capturados previamente por los españoles.

La situación era angustiosa para los defensores, los cuales, mermados en número, pensaron en capitular ante los nativos. Empero, el terco espíritu de la extremeña lo impidió. Ella misma sugirió que se cortasen las cabezas de los cautivos con el fin de aterrorizar a los atacantes. Según se dice, ante las dudas de los guardianes la propia Inés empuñó una espada con la que cortó de un tajo la primera cabeza.



Acto seguido, se ciñó una armadura y montó a caballo para lanzar una enardecida soflama a las otrora enflaquecidas tropas de Santiago. La reacción de los soldados no se hizo esperar y con la moral recuperada contraatacaron causando la huida de los sorprendidos aborígenes.

Este suceso supuso popularidad extrema para Inés Suárez, quien recibió una condecoración a manos de un agradecido Pedro de Valdivia (foto). No obstante, el escándalo de sus cuitas sentimentales llegó lejos y el virrey de Perú, Pedro de la Gasca, ordenó al gobernador chileno que abandonase su relación con la Suárez, casándola con Rodrigo de Quiroga, uno de sus lugartenientes más leales.

De ese modo acabó un amor que duró más de una década. El conquistador de Chile fallecería años más tarde durante un combate contra los indios, mientras que Inés Suárez consolidó su unión con Quiroga hasta 1580, año en el que ambos murieron de avanzada edad.

Iván IV “El Terrible”, el primer zar de todas las Rusias

En el siglo XVI la nación rusa se estremeció por la delirante actuación de uno de sus hijos. Fueron tiempos convulsos gracias a un perverso maestro de ceremonias llamado Iván Vasielevich, de sobrenombre "El Terrible", primer zar de todas las Rusias y conquistador de Siberia.

Vino al mundo el 25 de agosto de 1530. Antes de esa fecha circulaban terribles presagios sobre el nacimiento del futuro heredero al trono. Por ejemplo, un monje profetizó que estaba a punto de nacer un cruento demonio con la misión de asolar la sagrada tierra rusa. Sus padres, los príncipes Basilio III y Elena Glinskaia, sonreían incrédulos al escuchar los disparatados augurios, suponiendo que tales rumores no obedecían a otra cosa sino a la superstición popular.

La infancia de Iván se movió en el infortunio. Era un niño lánguido e inapetente, de aspecto enfermizo que invitaba al cariño de sus progenitores en detrimento de su hermano Yuri, sordomudo de nacimiento y, por tanto, inhabilitado para la sucesión dinástica. Con pocos años de edad quedó huérfano de padre y madre siendo tutelado por el metropolitano ortodoxo de Moscú, Macario. Este hombre culto y refinado instruyó al joven en todas las disciplinas del conocimiento, lo que le convirtió a la postre en uno de los gobernantes más preparados de Europa.

Una vez obtuvo la mayoría de edad, Iván, con el apoyo del arzobispo Macario, consiguió de la Duma su nombramiento como zar. Hasta ese momento el título había sido ostentado por los emperadores bizantinos y algunos mandatarios tártaros, e incluso su padre y abuelo lo utilizaron, pero sólo a efectos protocolarios. El apelativo de Terrible fue ganado en las diversas campañas militares que emprendió durante su reinado. La primera se organizó contra Kazan. Posteriormente, lanzó una guerra relámpago sobre Astracán. La inapelable derrota de estos "kanatos" y su actitud despiadada con el enemigo hizo que todos le llamaran "Grozny", que significa imponente, furioso o riguroso, pero nunca terrible. Eso no es más que una mala traducción a la que el sentir popular dio validez dado el sombrío carisma que tenía el personaje. La pesada y larga guerra de Livonia estuvo a punto de ser su tumba política y también militar. En esa contienda se inscribe el lamentable suceso de Novgorod, ciudad considerada mártir desde que las tropas enviadas por Iván IV la tomaran durante seis semanas, ejecutando de forma vil a casi 60.000 personas, sólo porque el zar había intuido que su población se podía levantar contra él. El dirigente ruso desconfiaba de todos y por ello, buscando la máxima protección, creó una despiadada guardia personal llamada "oprichniki". Estos soldados eran reclutados de entre las capas más deprimidas de las ciudades rusas, juraban



fidelidad al Zar hasta la muerte, vestían uniformes negros y montaban caballos de idéntico color, y en su bandera se representaba una cabeza de perro y una escoba. La vigencia de esta milicia alcanzó los ocho años. En ese tiempo se estima que fueron cientos de miles los ciudadanos rusos que murieron víctimas de su atrocidad.

La perturbación de Iván IV también llegó a su familia. El zar se casó siete veces y tuvo cuatro hijos. El primogénito, Dimitri, falleció ahogado cuando era sólo un niño; Iván Ivanovich —el que debía haber sido el heredero— murió a manos de su padre cuando en medio de una acalorada discusión le golpeó con un bastón terminado en punta de hierro; el tercer hijo presentaba una profunda debilidad mental; y el cuarto quedaba eliminado de la línea sucesoria por haber nacido fuera de la ley rusa que sólo permitía herederos legítimos hasta el tercer matrimonio del zar. El capítulo más brillante de Iván IV el Terrible fue el de la epopeya siberiana, donde gracias a la tenacidad de un ejército formado por 840 cosacos se consiguió abrir el camino para la conquista de aquel territorio inexplorado de más de 12 millones de kilómetros cuadrados, concediendo a Rusia el enorme privilegio de ser el país más grande del mundo.

Los últimos años de su vida se convirtieron en una verdadera vorágine de maldad y terror. Él mismo diseñaba complicados artilugios que le permitieran disfrutar más con la tortura de las desgraciadas víctimas. Llegó a decir que había desflorado a más de mil doncellas matando después a los hijos resultantes. Según parece, en sus momentos finales abandonó el cristianismo, entregándose a rituales paganos oficiados por brujas y hechiceros traídos de los alejados territorios del norte.

El 18 de marzo de 1584, el zar, tras muchos meses de penoso sopor y enfermedad, pareció de pronto recobrar la salud de su juventud, se levantó de la cama y entonando cánticos pidió su tablero de ajedrez. Cuando se disponía a iniciar la partida se tambaleó cayendo fulminado. Así acabó la vida de un hombre en cuya alma anidaron el odio y la locura.

Jerónimo de Savonarola, el fraile italiano que hizo temblar al Vaticano

Nació en 1452, en el seno de una familia acomodada. Gracias a sus fanáticos sermones contra papas, cardenales y artistas, congregó una legión de seguidores. Estos protagonizaron en 1494 una revuelta en Florencia y echaron a los Medici mientras el fraile se proclamaba jefe de la ciudad.

Emprendió una de las revueltas religiosas más sonadas de la Europa renacentista. En su locura, se adueñó de Florencia para someterla a constantes episodios de terror, jalonados de histeria colectiva y hogueras purificadoras, lo que constituyó un primer aviso de los inminentes estallidos protestantes que dividieron la iglesia durante el siglo XVI.

Nacido en Ferrara (Italia) en 1452, formaba parte de una familia acomodada en la que varios de sus miembros abrazaron la vida religiosa. El propio Jerónimo se integró en la orden dominica donde, con presteza, acreditó un entusiasmo desmedido por el estudio de los textos sagrados. Concibió un personal universo religioso, regido por la más estricta ortodoxia de la que él pretendía ser máximo garante.

Poco a poco, Savonarola se fue construyendo un prestigio social entre las masas populares, que acudían cada vez en mayor número a sus brillantes prédicas. En dichos discursos se criticaba la pasividad del Vaticano ante los excesos mundanos de los cardenales, incluido el papa Inocencio VIII, quien fue objeto de los ataques más airados al ser considerado por el dominico el mayor símbolo de la ignominia humana.

Con 39 años fue nombrado prior de la iglesia de San Marcos, en Florencia. Para entonces, su situación mental no invitaba al optimismo. Vivía atenazado por la terrible intuición de una inminente condenación eterna para los humanos pecadores. A esto se añadían constantes brotes epilépticos con fatídicas visiones en sueños que él consideraba mensajes transmitidos por el mismísimo Dios supremo.



Savonarola se dejó impregnar por un fanatismo religioso extremo y comenzó a proclamar la inevitable llegada del Anticristo en medio de autocastigos mortificadores, rezos prolongados hasta el éxtasis y ayunos que le colocaban al borde de la muerte por inanición. Esta actitud, supuestamente espiritual, empezó a reunir en torno a él a miles de creyentes, primero en Florencia y posteriormente por toda la Toscana.

En 1492 el español Rodrigo Borgia fue proclamado papa bajo el nombre de Alejandro VI, lo que le convirtió en nuevo foco de atención del alterado fraile. Éste declaró que la familia del nuevo pontífice era el más claro exponente de la lujuria, la corrupción y el incesto. Atacó a todos y cada uno de los miembros del clan valenciano, incluido Rodrigo, a quien imputaba los vicios más terribles para un hijo de Cristo.

No sólo los Borgia fueron su objetivo; también los Medici de Florencia padecieron su ira, dado que les consideraba paradigma de todos los males que azotaban la Tierra. El 8 de noviembre de 1494 sus seguidores protagonizaron una revuelta en Florencia, que consiguió expulsar de la ciudad a los odiados Medici.

El dominico se autoproclamó jefe para después ceder la ciudad a los invasores franceses, liderados por su admirado Carlos VIII. El iluminado consideraba al monarca como un enviado celestial con la misión de liberar Italia de la corrupción y el pecado. Desde entonces quedó instaurada en Florencia una especie de república teocrática que algunos llamaron Savonarolense.

El propio instigador de esta situación se transformó en un terrible dictador que sembró de negritud la capital toscana. Se prohibieron bailes, música y festejos. Las mujeres debieron cubrir con velos sus rostros y los condenados por blasfemia eran castigados con la práctica de un agujero en sus lenguas. Se quemaron manuscritos de Petrarca y Boccaccio, considerados autores pecaminosos. Asimismo, fueron a la pira inquisitorial adornos, cosméticos, espejos...

En los siguientes años se incrementó la batalla dialéctica entre la Santa Sede y Savonarola hasta que la situación se tornó insostenible. El 7 de febrero de 1497 la florentina plaza de la Señoría fue escenario de un monumental auto de fe en el que se quemaron cientos de libros y obras de arte, episodio que pasó a la Historia como La hoguera de las vanidades. La tensión de aquellos meses culminó con un cruce mutuo de excomuniones entre Alejandro VI y Savonarola, asunto que no hacía presagiar nada halagüeño para el visionario.

Finalmente, la amenaza papal de un interdicto que privase a Florencia de los sacramentos de la Iglesia o la facultad para poder comerciar con el exterior hizo que los prebostes florentinos reconsiderasen su posición en detrimento del dictador religioso.

En abril de 1498, después de sangrientos altercados, Jerónimo de Savonarola y sus últimos acólitos eran detenidos para ser juzgados y condenados por herejía y cisma. Un mes más tarde, el agitador que hizo temblar al Vaticano fue ahorcado y quemado, siendo sus cenizas esparcidas por el río Arno. Así, acabó una de las revoluciones más extrañas y fanáticas emprendidas contra la iglesia católica.

John Wesley Hardin, el mito de un pistolero llamado “Dedos fríos”

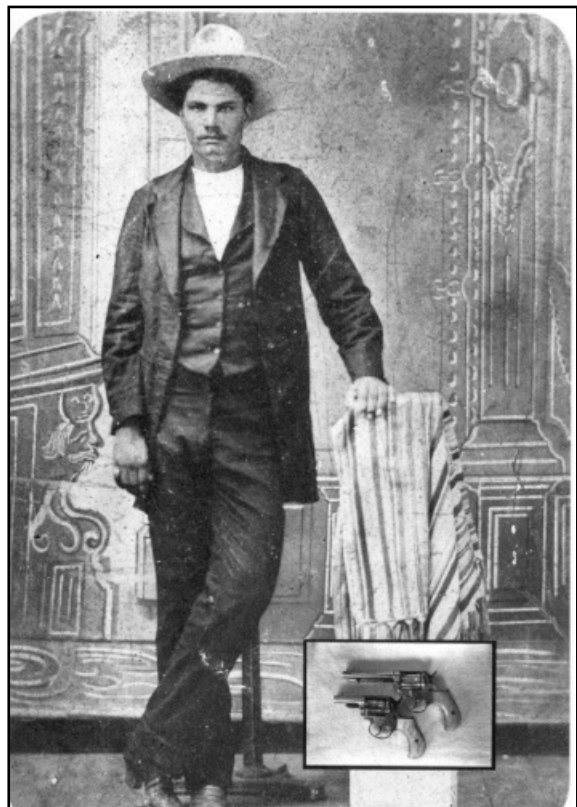
Nació en Texas en 1853. Hijo de un pastor metodista, empezó pronto su carrera como forajido: a los 15 años mató a su primera víctima. Sus 44 muertes – oficiales– y su rapidez con el gatillo le convirtieron en una leyenda del lejano Oeste, por cuya cabeza se pagaban 40.000 dólares.

Fue uno de los héroes populares generados por el salvaje Oeste americano. Algunos lo calificaron como un ser inhumano carente de afectividad y siempre dispuesto a desenfundar antes que su oponente. No obstante, sus abundantes admiradores defendieron la nobleza, educación y gallardía de un hombre perseguido por el infortunio. El propio Bob Dylan le dedicó una canción en la que se decía: "No mató a nadie que fuese honrado".

Este forajido nació en Bonham (Texas) el 26 de mayo de 1853. Era el segundo hijo del matrimonio formado por James Gibson Hardin y Maria Elizabeth Dixon, que tendrían ocho vástagos más. El padre era un pastor metodista muy acostumbrado al nomadeo por los condados de aquel nuevo Estado, en cuya bandera figuraba una estrella solitaria.

John fue rebelde como la tierra que le vio nacer, y sus progenitores pronto comprendieron que aquel hijo les daría más de un quebradero de cabeza: peleas en la escuela, broncas callejeras, fugas de casa... Cuando tenía sólo 15 años se cruzó en su vida un antiguo esclavo negro. Tras una trifulca, el adolescente desenfundó su pistola y disparó contra su adversario todo el plomo que pudo. Era su primera víctima mortal y, por desgracia, no sería la última. Después del asesinato, protagonizó una sangrienta fuga cuando un grupo de soldados intentaba detenerle y escapó a galope.

En aquel tiempo juvenil mató a siete hombres en diferentes episodios, a veces por causa del juego; otras por su tremenda psicopatía. Acaso el capítulo más sangriento en su vida tuvo lugar en 1871, cuando se encontraba trabajando como cowboy al servicio de un ganadero llamado Chisolm.



Todo ocurrió en una venta cercana a la frontera con México. Los hombres de Chisolm buscaban a unos ladrones de ganado que, en esas semanas, merodeaban por las inmediaciones del rancho. Una noche aparecieron cinco mexicanos fuertemente armados y con apariencia de buscar camorra. Después del habitual cruce de improperios, los compañeros de Hardin optaron por rehusar el inminente combate. Sin embargo, John se encaró en solitario a los cuatreros. En un instante, los cinco

hombres se desplegaron hombro con hombro en línea recta ante la figura impasible de Hardin, quien con sus Colt del 38 desató un infierno sobre aquellos infortunados, derribándoles mortalmente en escasos segundos.

Después de múltiples peripecias pudo al fin casarse con su primer y único amor: la hermosa Jane Bowen, con la que tuvo cuatro hijos, aunque en pocas ocasiones disfrutó del matrimonio y de la prole, dado que ya era el pistolero más buscado de toda Norteamérica. Su cabeza fue valorada en 40.000 dólares, una inmensa fortuna para aquella época.

Cientos de cazarrecompensas y sheriffs se pusieron manos a la obra en el intento de apresar a ese criminal que, con paso firme, entraba en la leyenda de la joven nación. Sin embargo, John era escurridizo, inteligente y letal, y durante otros tres años consiguió escapar de la Justicia. Todos hablaban de él como si se tratase de un fantasma, una visión espectral que recorría a sus anchas los estados del sur. Nadie parecía estar facultado para atrapar a John Wesley Hardin. Hasta que finalmente, el forajido más terrible del Oeste pensó que había llegado el momento de rehacer su vida y con su familia tomó un tren dispuesto a buscar fortuna en Florida.

Sin embargo, la fatalidad quiso que unos rangers de Texas viajaran en el mismo convoy y, tras reconocerle, le detuvieron. Era el 23 de julio de 1877. Atrás quedaban 44 víctimas oficiales, si bien se especuló que pudieron ser muchas más. Hardin fue condenado a 25 años de prisión, de los que sólo cumplió 17 por su conducta ejemplar. Durante su estancia en la cárcel obtuvo el título de abogado.

Después de recibir el indulto se estableció en la ciudad de El Paso, dispuesto a empezar de nuevo, esta vez como intachable ciudadano al servicio de la ley. Pero en la mañana del 19 de agosto de 1895, mientras jugaba tranquilamente a los dados en el salón de una taberna llamada Las Cumbres, recibía por la espalda el disparo mortal del "sheriff" John Selman, hombre al que presuntamente había sobornado para asesinar a un rival suyo.

De esa manera tan poco honrosa falleció uno de los mitos más famosos del lejano y salvaje Oeste americano. Su entierro costó 75 dólares que pagó una supuesta amante. Su vida quedó inmortalizada en decenas de narraciones, canciones o películas, como la titulada Historia de un condenado, protagonizada por Rock Hudson. Su mortal Colt del 38 se puede contemplar actualmente en el Museo J. M. Davis Arms, en Oklahoma.

Josefina Bonaparte, la criolla que llegó a ser emperatriz

Nació en 1763, en una plantación de esclavos regentada por sus padres en la Martinica francesa. Tras enviudar de su primer marido —guillotinado en 1794—, se dedicó a frecuentar los ambientes más selectos de París, seduciendo a poderosos revolucionarios hasta que conoció a Napoleón.

Fue la primera esposa de Napoleón y ejerció sobre él una beneficiosa influencia que sirvió para impulsar los inicios políticos y militares del carismático corso. Su prodigalidad social y los continuos devaneos amorosos perturbaron la buena imagen que Francia tenía de ella.

Marie Josèphe Rose Tascher de la Pagerie nació el 23 de junio de 1763, en Les Trois-Îlets (Martinica francesa), una plantación de esclavos regentada por sus padres, Joseph-Gaspards de Tascher y Rose-Claire des Vergers de Sanois.

Sus años de infancia y adolescencia los pasó compartiendo una depurada educación a la europea con leyendas y tradiciones que escuchaba a los africanos que trabajaban las tierras de sus progenitores. Precisamente, una vieja esclava hechicera pronosticó a la joven que en el futuro quedaría viuda para luego ser reina. En ese momento, la muchacha sonrió incrédula ante el vaticinio, aunque luego se cumpliría.



El 16 de octubre de 1777 falleció su querida hermana, Catherine-Désirée. Fue un golpe severo para Josèphe, quien a los 14 años tuvo que aceptar el compromiso matrimonial que sus padres habían establecido con el vizconde Alexandre de

Beauharnais, el cual recibió gustoso la llegada de la hermosa criolla a su vida. Se casaron en Francia el 13 de diciembre de 1779.

De esta unión nacieron dos hijos, Eugène y Hortense. Todo hacía ver que disfrutaría de una apacible existencia cortesana. Sin embargo, el 2 de marzo de 1794, su historia daría un giro radical con la detención de su esposo. Un mes más tarde, ella misma fue apresada bajo acusación de traición. Por entonces, el Reino del Terror imperaba en el revolucionario país galo y el Comité de Seguridad General puso todo su empeño en mandar a la guillotina a cualquier personaje revestido de influjo aristocrático.

El vizconde de Beauharnais fue acusado de militar ineficaz en la defensa de la plaza Mayenne aunque, en realidad, su condena capital le sobrevino al estar considerado "un noble sospechoso". El 23 de julio de 1794 fue guillotinado en compañía de su hermano Agustín. Días más tarde, Joséphe era liberada de su reclusión por mediación de Paul Barrás, uno de los líderes del Directorio francés, que consiguió que la absolvieran de los cargos por conspiración contra la República.

La reciente viuda, una vez en libertad, buscó rehabilitar la maltrecha imagen de su marido y recuperar, de paso, las posesiones que el Gobierno les había incautado. Para ello no reparó en frecuentar los ambientes más selectos de París en los que, dada su belleza e inteligencia, pudo seducir a diferentes prebostes revolucionarios como el propio Barrás, del que se hizo su amante oficial.

En este tiempo conoció al joven Napoleón, seis años menor que ella, aunque esto no impidió que ambos se enamorasen. La pasión desembocó en matrimonio civil, auspiciado por un complacido Barrás, quien como regalo de boda entregó —animado por Joséphe— a Bonaparte el mando de las tropas francesas en Italia. El enlace se celebró el 9 de marzo de 1796, y un día más tarde el flamante general partía rumbo al frente italiano.

Josefina, pues así gustaba llamarla su segundo esposo por entender que ese nombre era más refinado que el de Josefa, mantuvo su intensa actividad social y por supuesto amatoria, ya que su boda no impidió que siguiera conociendo hombres interesantes para su beneficio sentimental. De hecho, las malas lenguas parisinas comentaron tras conocer el enlace entre Napoleón y la joven: "Paga un alto precio por lo que otros hemos obtenido gratis".

A pesar de los rumores, Josefina se ganó la admiración de la buena sociedad francesa. En estos años se granjeó la amistad de los más débiles, prodigándose en cientos de actos caritativos con los más necesitados, mientras fomentaba mecenazgos culturales y mejoras en las instituciones académicas francesas. El 2 de diciembre de 1804 alcanzó la cumbre, cuando Napoleón Bonaparte se coronó emperador en la catedral de Notre-Dame, en París. Acto seguido ciñó la corona imperial en las sienes de su querida esposa, con la que había contraído, a petición del papa Pío VII, una boda religiosa celebrada en secreto.

Lo cierto es que pese al amor que se profesaban, Bonaparte quería un heredero y éste no llegaba, asunto que terminó por convencer al emperador de que debía repudiar a Josefina, cosa que hizo en 1809. Le asignó una pensión de dos millones de francos y le concedió la residencia familiar de Malmaison. En este lugar falleció el 29 mayo de 1814 a causa de un catarro mal curado, mientras Napoleón estaba exiliado en la isla de Elba. Dicen que las últimas palabras de Josefina en su lecho de muerte fueron: "Yo jamás provoqué una sola lágrima".

Juan Martín Díez, El Empecinado, la pesadilla de Napoleón

Nació en 1775 en Castrillo de Duero (Valladolid). Hijo de labradores, tuvo desde muy joven una gran vocación militar. Tras la invasión francesa de 1808, dirigió una guerrilla contra los soldados galos, convirtiéndose en el azote del considerado mejor ejército del mundo y en un héroe popular.

Constituyó el paradigma de los guerrilleros que se enfrentaron a la invasión francesa de España en 1808. Su brillantez militar y su pericia para las emboscadas y refriegas le granjearon un gran prestigio, convirtiéndose en sinónimo adecuado para ensalzar la valiente y obstinada combatividad hispana.

Este símbolo de rebeldía y patriotismo nació el 5 de septiembre de 1775 en Castrillo de Duero (Valladolid). Sus padres eran simples labriegos que alimentaban su abundante prole con la tradicional abnegación que acompañaba a las gentes del campo.

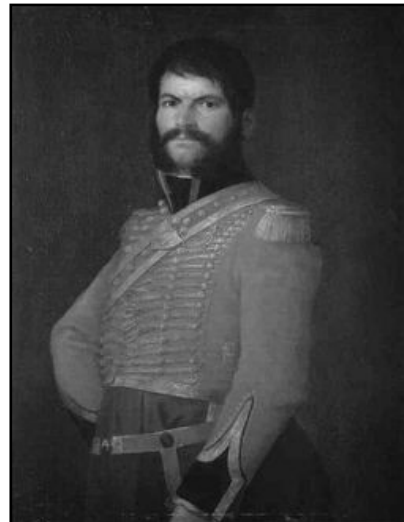
Juan abandonó a edad temprana los estudios para intentar ser militar, su auténtica vocación. Fue en la Guerra del Rosellón (1793-1795) donde recibió su bautismo de fuego al servicio del general Ricardos, de quien llegó a ser su más fiel ordenanza.

En este conflicto librado entre España y Francia, el Empecinado –llamado así como todos sus paisanos por unas características lagunas de su pueblo natal sembradas de tierra pecina: el cieno verde de aguas en descomposición– descubrió los rigores de la guerra, además de las claves para la dirección de soldados en campaña.

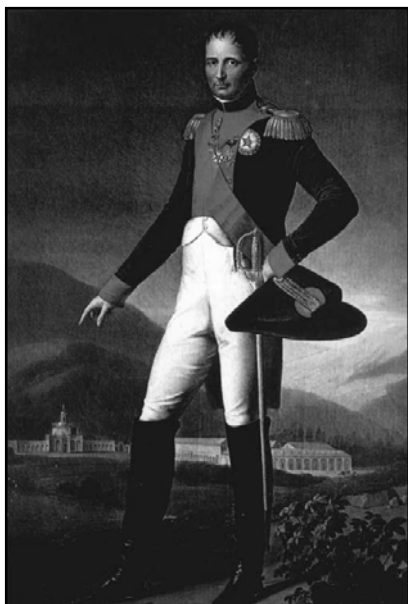
Al concluir el conflicto, regresó a su tierra dispuesto a retomar las labores agrícolas. En 1796 se casó con Catalina de la Fuente, oriunda de Fuentecén (Burgos), donde la pareja quedó radicada. En abril de 1808 diversas unidades del ejército galo transitaban los parajes burgaleses, y un altercado entre un sargento francés y una lugareña desató el espíritu indómito del castellano. Tras matar al militar gabacho, se echó al monte con un puñado de familiares y vecinos dispuesto a ofrecer resistencia al ocupante.

Desde ese momento, la pequeña guerrilla se dedicó al asalto constante de las líneas de aprovisionamiento francesas, convirtiéndose en azote del que era considerado mejor ejército del mundo. Tras un efímero paso por el Ejército Regular español, el bravo vallisoletano vio cómo el número de su partida se incrementaba hasta los 6.000 efectivos, gracias a los certeros golpes ocasionados al atónito enemigo.

El propio Napoleón se interesó por el problema que suponía aquel contingente dirigido por un rudo labriego, y destacó a Leopold Hugo, uno de sus generales más eficaces, para cazar al fiero resistente hispano. Aunque, el militar, padre del futuro escritor Victor Hugo, nada pudo hacer dada la habilidad táctica del Empecinado, quien supo escabullirse de las trampas tendidas para lograr su apresamiento o muerte.



En 1811, Martín Díez ya era un aclamado héroe popular, avalado por innumerables acciones teñidas de audacia y gallardía. Las propias Cortes gaditanas le concedieron el rango de brigadier ese mismo año, cuando se encontraba al frente de numerosas tropas en Guadalajara. Más tarde, encabezó una expedición por tierras aragonesas y llegó a merodear Madrid, con la intención de secuestrar al mismísimo José Bonaparte (foto), rey ocasional de España.



Méritos no faltaron en su ya extenso currículo bélico, y acabó la guerra en 1814 comandando más de 10.000 hombres con la graduación de general. Pero la vuelta al trono del Deseado Fernando VII supuso un serio retroceso para la ambición liberal, en cuyas filas se encontraba el Empecinado, quien sugirió a su monarca que asumiera la Constitución de 1812 en detrimento del absolutismo del que hacía gala el Borbón.

Esta petición fue, como es obvio, rechazada, y el antiguo guerrillero, por entonces mariscal de campo, fue condenado a un exilio del que salió el 1 de enero de 1820, tras el pronunciamiento del general Riego. En el famoso Trienio liberal que siguió a continuación, Juan Martín se consolidó como garante de la máxima expresión constitucionalista y combatió los diversos brotes absolutistas protagonizados por viejos

compañeros suyos, como el cura Merino.

En 1823, la irrupción en España de los Cien mil hijos de san Luis en apoyo del soberano español desató una nueva guerra, llamada de La Lealtad, que aplastó a los defensores de las ideas preconizadas por la Constitución de Cádiz. El Empecinado mantuvo su particular enfrentamiento contra el poder hasta ser detenido en Olmo (Valladolid), y desde allí fue trasladado sufriendo graves humillaciones hasta Roa de Duero (Burgos).

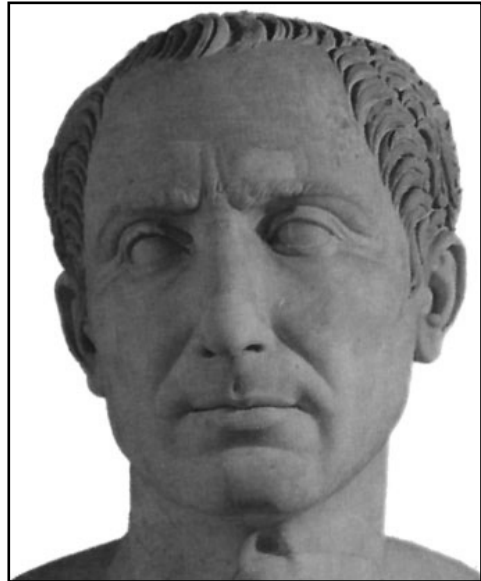
El 19 de agosto de 1825 fue conducido al cadalso donde le esperaba una soga. El bravo combatiente por la libertad exigió sin resultado que le fusilasen como militar que era, y en un acceso de rabia rompió sus grilletes y se lanzó sobre sus captores, que le cosieron a bayonetazos. Su cuerpo yermo fue colgado y exhibido públicamente como escarmiento. Desde entonces su leyenda se incrementó y aquel mote otorgado por nacimiento adquirió carta de naturaleza para definir a los tercios que no se rinden si piensan que sus postulados son los justos.

Julio César, el general que soñaba con hacer de Roma un imperio

Formó el Primer Triunvirato con Craso y Pompeyo. En 58 a. de C. conquistó, tras años de guerra, las Galias. Este hecho le proporcionó la gloria militar y también la política, ya que se hizo con el mando de la República. Sin embargo, no logró su gran ambición: la supremacía romana.

La campaña de las Galias es, desde el punto de vista militar, la obra magna de Julio César. Su estrategia y tácticas constituyen, todavía hoy, motivo de estudio y análisis en las principales escuelas castrenses del mundo. Fueron ocho años agotadores en los que las legiones romanas dieron fiel muestra de su enorme capacidad bélica.

Cayo Julio César es uno de los personajes más decisivos de la Historia. Nacido en 100 a. de C., tuvo que esperar a la madurez para obtener el prestigio y popularidad suficientes que le elevaran a lo más alto de una república romana que él soñaba imperial.

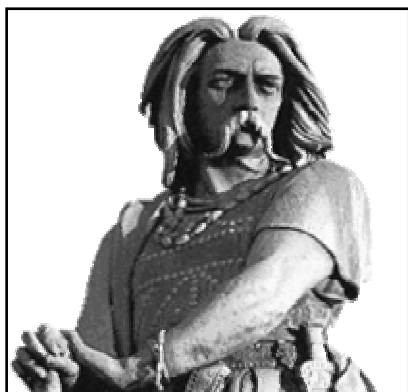


En los tiempos del Primer Triunvirato —formado por Craso, Pompeyo y Julio César—, Roma miró por primera vez con decisión hacia el interior del continente europeo. Hasta ese momento, la máxima ambición latina se había centrado en el dominio del Mediterráneo. En el siglo I a. de C., las tribus celtas se asentaban en buena parte de Europa, incluidas las islas británicas. El principal grupo celta eran los galos, cuyas ciudades y aldeas se extendían por más de 600.000 kilómetros cuadrados en las actuales Francia, Bélgica y Luxemburgo.

En 58 a. de C., 10 legiones romanas penetraban en el territorio galo. La excusa oficial fue la de perseguir los restos de las tribus helvecias (suizas), diezmadas previamente por los hombres de César, quien actuaba como gobernador de la Galia Cisalpina, en la frontera norte de la actual Italia.

Las Galias albergaban más de 800 ciudades e innumerables aldeas dispuestas para la defensa ante el invasor. El propio César, intuyendo la dimensión de aquel episodio, lo documentó con exactitud en sus famosas "Crónicas de las Galias". Éstas eran informes exhaustivos de sus hazañas que, de manera periódica, enviaba a Roma, donde se leían públicamente entre el delirio de los ciudadanos, lo que aumentó la leyenda del poderoso general. En la campaña de las Galias, César logró que sus hombres marcharan 50 kilómetros diarios, llegando a comentar: "Las guerras se ganan por los pies".

Los galos, por su parte, abandonaron las disputas internas para unirse bajo el interés común de expulsar a las tropas invasoras. El elegido para liderarlos fue el príncipe Vercingétorix, un inexperto joven de apenas 20 años, pero con un innegable ascendiente sobre las tribus que debían combatir. En todo caso, los efectivos galos eran abrumadoramente superiores con respecto a su enemigo, si bien durante la



contienda no supieron sacar ventaja de su conocimiento del terreno ante los certeros golpes ocasionados por Julio César y sus 50.000 legionarios.

Durante años los galos intentaron socavar el ánimo de los romanos arrasando cosechas y pueblos que pudieran abastecer su línea de suministros. Pero el esfuerzo fue inútil, dado que las principales ciudades galas fueron cayendo. En Avarico, de los 40.000 defensores iniciales, sólo 800 escaparon vivos. Finalmente, en 52 a. de C. Vercingétorix (foto) y 80.000 guerreros se refugiaron en la ciudad sagrada de Alesia a la espera de refuerzos. Los romanos decidieron dar

la batalla decisiva en aquel punto, a sabiendas de que un contingente de combatientes celtas con más de 250.000 efectivos se acercaban en auxilio de los sitiados.

En este momento afloró el brillante ingenio de César, quien ordenó la construcción de dos perímetros defensivos con más de 40 kilómetros cubiertos por zanjas, muros, empalizadas y torres. Todo un prodigio de ingeniería militar que dejó rodeada la ciudad y las tropas romanas a cubierto. Las obras finalizaron a tiempo para soportar las primeras embestidas de los galos. Durante tres días con sus noches, miles de hombres murieron a uno y otro lado en batallas feroces sin cuartel. Sólo la disciplina legionaria y la actitud heroica de Julio César, siempre en vanguardia, consiguió que la batalla se decantara del lado romano.



Los desalentados galos abandonaron el campo de batalla o se rindieron. El propio caudillo bárbaro, incapaz de seguir luchando ante aquella supremacía militar, terminó entregándose para ser enviado a Roma cubierto de cadenas y morir de forma poco honrosa años más tarde.

Durante este singular conflicto, de los tres millones de guerreros que se enfrentaron a César, un millón murió en los combates, otro fue esclavizado y el tercero dispersado o sometido. Constituyendo este hecho el mayor éxito bélico de Roma sin parangón en la cronología del mundo antiguo.

Acompañado por el triunfo, César supo aprovechar la victoria para dimensionar su carrera política, haciéndose de paso con el mando de la República. En 44 a. de C., sus aspiraciones de ver a Roma convertida en un imperio quedaron truncadas tras su asesinato a manos conjuradas. Aunque, su sucesor, Octavio, tuvo oportunidad de culminar la obra que había impulsado su vibrante trayectoria vital.

La princesa de Éboli, la noble que se enfrentó a Santa Teresa de Jesús

Una leyenda negra discurre en paralelo a la vida de Ana de Mendoza, princesa de Éboli. Pese a su fama de conspiradora, jamás compartió lecho con Felipe II y se mantuvo fiel a su marido don Ruy Gómez de Silva. Murió en 1592 y acabó sus días recluida y tomada por loca.

Mujer de alterado comportamiento, fue testigo de alguno de los capítulos esenciales de nuestro siglo XVI. Conspiradora y pendenciera, se enemistó profundamente con personajes tan relevantes como el rey Felipe II o la mismísima Santa Teresa de Jesús.

Nacida en la localidad de Cifuentes (Guadalajara) en junio de 1540, era unigénita de don Diego Hurtado de Mendoza, y de doña Catalina de Silva. Por tanto, la pequeña Ana pertenecía a la nobleza de más alta alcurnia española.

No obstante, su crianza en compañía de los padres no fue benévola dados los constantes enfrentamientos de los que sus progenitores hicieron vergonzosa gala a lo largo de los años.

En 1553, la prometieron en matrimonio con don Ruy Gómez de Silva, noble de origen portugués y con clara ascendencia sobre el príncipe Felipe, quien lo consideraba uno de sus más leales servidores. La boda se concertó para dos años más tarde. Con esta unión, la familia Mendoza aseguraba su influencia en la corte y el futuro Felipe II unía a su favorito con la mejor nobleza del país al que iba a gobernar.



En los cinco años siguientes, don Ruy se mantuvo fuera de España en diferentes misiones que le llevaron a Inglaterra o Flandes. El matrimonio se celebró en Zaragoza sin la presencia del novio, recibiendo doña Ana una espléndida dote otorgada por su progenitor que por entonces ostentaba el cargo de virrey en Aragón. En esta época, la joven se instaló en la corte vallisoletana donde se prodigó en múltiples fiestas y actos públicos constituyendo centro de atención por su belleza y posición social.

En 1557, don Ruy regresó a España un breve tiempo, suficiente para dejar embarazada a su esposa que dio a luz unos meses más tarde en medio de la desolación producida por la fuga de su padre con una doncella de la corte. Este escandaloso asunto destrozó la familia Mendoza, pues don Diego dismanteló su casa dejando a su mujer e hija prácticamente en la ruina y abandonadas a su suerte en la fortaleza de Simancas.

En 1559, don Ruy volvió a España para recibir, gracias a su buen trabajo, el título de príncipe de Éboli que compartió gustoso con su mujer durante los 14 años más que se

prolongó su matrimonio. En este periodo nacieron otros diez hijos, de los que cinco alcanzaron la edad adulta.

En cuanto a la leyenda negra que se cernió sobre la princesa, cabe mencionar que está injustificada su presunta relación amorosa con Felipe II. Lo que sabemos es que esta indómita mujer era profundamente celosa de su marido al que amó hasta el fallecimiento del mismo en 1573. Previamente, habían adquirido el señorío de Pastrana (Guadalajara) dispuestos a engrandecerlo, por lo que el soberano concedió a don Ruy el título de duque de Pastrana.



Doña Ana, feliz con esta noticia, dado que esa tierra había pertenecido a su querida abuela, mandó llamar a la monja Teresa de Ávila con el fin de fundar dos conventos carmelitas en la localidad. Las discrepancias no tardaron en aflorar entre estas dos enérgicas féminas y, al poco, la posterior Santa salió con cajas destempladas de la ciudad, mientras su oponente intentaba ridiculizarla contando los secretos que Teresa había reflejado en su Libro de la Vida, motivo por el cual el texto fue incautado por la Santa Inquisición evitando que se publicase durante diez años.

Sobre el famoso parche que cubría uno de sus ojos, circulan diferentes versiones: unos afirman que perdió el globo ocular en un duelo de espadas, aunque los más se inclinan porque la princesa tuviera algún defecto en la mirada queriéndolo

ocultar de esa forma.

También se ha dicho que fue amante de Antonio Pérez, secretario real de Felipe II, con el que conspiró abiertamente para entroncar su linaje con la monarquía portuguesa, traicionando así las aspiraciones españolas de unión con el país luso. Este capítulo dejó en su estela el cadáver de Juan de Escobedo —secretario personal de Juan de Austria— quien al parecer descubrió toda la trama de intrigas y conspiración. Felipe II ordenó la detención de los dos conjurados recluyendo a doña Ana, bajo custodia militar, en la torre de Pinto (Madrid), y seis meses más tarde, se le permitió el traslado al castillo de Santorcaz donde pudo recibir la visita de su numerosa prole.

Finalmente, obtuvo permiso para acomodarse en su señorío de Pastrana con movimientos limitados. Sin embargo, la princesa, desatendiendo consejos, regresó a su vida ostentosa y extravagante y, al poco, el rey, harto de tanta excentricidad, nombró un administrador para el patrimonio del ducado declarando demente a doña Ana, quien desde entonces vivió en una zona restringida del palacio ducal hasta su muerte por enfermedad en 1592.

Leónidas de Esparta, el gran héroe griego de las Termópilas

Nació en el último tercio del s.VI a. C. Perteneció al linaje aristocrático de los Ágidas y fue rey de Esparta. En la guerra contra los persas fue elegido comandante en jefe de las fuerzas helenas pero, a pesar de las primeras victorias militares, finalmente cayó junto a sus hombres.

Las Guerras Médicas fueron las más famosas y sangrientas del mundo antiguo. En ellas, griegos y persas pugnaron durante decenios por la supremacía en una región vital para la futura civilización europea. El punto culminante de este conflicto se alcanzó en el lejano paso de las Termópilas, durante el verano de 480 a.C.

A principios del siglo V a.C., Esparta ocupaba un lugar prominente entre las ciudades estado de la antigua Grecia. Acaso su hijo más ilustre fue Leónidas, del linaje aristocrático de los Ágidas, quien vino al mundo en el último tercio del siglo VI a.C. Su matrimonio con Gorgo, hija del rey Cleómenes, le facilitó el acceso al trono espartano en 491 a.C., tras la muerte de éste.



Diez años más tarde Grecia se conmocionó al saber que Jerjes (líder de los persas) había ocupado el trono del imperio persa tras el fallecimiento de su padre Darío. Eso significaba que, tarde o temprano, el poder inmenso de los medos caería sobre los helenos. Por lo que con presteza se convocó en la ciudad de Corinto una reunión a la que concurrieron las ciudades amenazadas por Persia.

En dicho congreso únicamente Atenas y Esparta confirmaron que sus tropas plantearían resistencia al invasor oriental. Como era previsible, Jerjes trazó sus planes de agresión y, en 480 a.C., movilizó un enorme ejército que podríamos cifrar en torno al millón de efectivos. Frente a ellos, los poco más de 7.000 griegos dirigidos por Leónidas, elegido en Corinto comandante en jefe de las fuerzas helenas. Si bien, para que éste pequeño contingente pudiera resistir con éxito, se necesitaba un espacio estrecho al que el ejército persa sólo pudiera enviar pequeñas unidades. Tal emplazamiento existía, era el paso de las Termópilas, un singular pasillo entre las montañas y el mar, situado a unos 160 kilómetros al noroeste de Atenas. En aquellos tiempos, el paso no tenía más de 15 metros de ancho en algunas zonas, por lo que se convirtió en el lugar idóneo para el establecimiento de las tropas dirigidas por Leónidas, quien ordenó con precisión a los suyos que tomaran posiciones a la espera del enemigo.

Todo estaba dispuesto para el trascendental combate. Jerjes envió patrullas de reconocimiento al lugar y éstas le comunicaron que ante ellos se hallaba un exiguo grupo de hombres que practicaba deporte mientras untaban sus largos cabellos con aceite. El soberano pensó que aquello era una broma y esperó cuatro días la retirada de esos insolentes. Pero transcurrido este tiempo, entendió que los griegos permanecerían en sus puestos, por lo que ordenó un fulminante ataque. Durante tres días Leónidas y sus hoplitas hicieron levantarse de su trono a Jerjes, otras tantas veces.

Los guerreros griegos no solamente resistieron, sino que provocaron más de 20.000 muertos en las filas del ejército persa. Finalmente, la traición de un griego permitió que los persas pudiesen avanzar por un desfiladero del monte Oeta, situado en la retaguardia griega, con lo que la defensa de las Termópilas se hacía imposible al quedar copados por dos frentes. Era el momento para tomar una decisión.

La retirada parecía lo más aconsejable, el sacrificio de 7.000 soldados sólo retrasaría unas horas, o con suerte unos días, la avalancha invasora, y esas tropas serían necesarias en otros frentes. Pero Leónidas era espartano, y él había elegido esa batalla para dar sentido a su vida llena de rigurosidad, disciplina y honor. Desde que era un niño, como cualquier otro espartano, se había estado preparando para un momento así y, ni él, ni sus compañeros, pensaban faltar a su cita con el destino. La mayoría del ejército heleno se dispuso para el repliegue.



Leónidas escogió 300 espartanos bajo un riguroso criterio de selección, pues dijo que sólo le podrían acompañar en el lance aquéllos que hubiesen dejado descendencia en Esparta; de esa manera ninguna familia quedaría destrozada. Además, obligó a 400 tebanos a permanecer en las Termópilas y admitió de buen grado a 700 voluntarios tespianos. A la mañana siguiente el bravo rey espartano ordenó un sorpresivo ataque sobre los atónitos persas. La lucha fue tan heroica como desigual y al poco la superioridad numérica de los orientales se hizo notar.

El propio Leónidas fue de los primeros en caer tras haber derribado a varios adversarios. Sus hombres cerraron filas en torno a él para evitar que cayera en manos ajenas, aunque también acabaron pereciendo cubiertos por las lanzas de la guardia personal de Jerjes (foto). El fin había llegado para más de 1.000 griegos que sembraron con sus cuerpos las Termópilas. Años más tarde fue levantado un pequeño monumento funerario con una inscripción en la que se podía leer: "Extranjero, ve a decir a Esparta que aquí yacemos por obedecer sus leyes".

Leovigildo, el rey godo que engrandeció Hispania

Unificador. El soberano sentó las bases del gran Reino toledano visigótico en el siglo VI. Se enfrentó a su hijo Hermenegildo, a quien ordenó ejecutar por abrazar la fe católica.

Tras la muerte del rey Atanagildo en 567 d.C., los godos de Hispania deliberaron durante varios meses quién debía asumir el trono del reino. Finalmente Liuva, conde de la Septimania, fue el elegido y su primera orden consistió en asociar a la corona a su brillante hermano Leovigildo. Una decisión inteligente como la Historia demostraría posteriormente.

Leovigildo era un buen militar y pronto dio muestras del marcado carácter unitario que asentaría al reino toledano visigótico. En 572 aconteció la muerte de su hermano Liuva I, y esto supondría la reunificación del reino bajo el mando de Leovigildo. Éste, al recuperar el control sobre la provincia visigoda de las Galias, asoció al trono para mejor reparto de funciones a sus hijos Hermenegildo y Recaredo, pensando posiblemente en la creación de una dinastía que le permitiera perpetuar su linaje para mayor gloria de su figura. Los herederos eran fruto del primer matrimonio de Leovigildo con Teodosia, aunque hubo un segundo enlace con Gosvinta, viuda del anterior monarca, Atanagildo.

Tras asumir todos los derechos y obligaciones reales, y siguiendo con su política de fortalecimiento de la institución monárquica, sorprendió a todos con una serie de decisiones que, a la postre, fueron vitales para la imagen y afirmación del reino toledano como la eliminación de los privilegios acumulados por los magnates aristocráticos. Asimismo, ciñó la corona a su testa, vistió mantos a la usanza imperial bizantina, acuñó moneda con su efigie y se sentó por primera vez en un trono delante de la asamblea de nobles visigodos. En 573 se produjo la obra legislativa que el rey Leovigildo creó para mejor gobierno de las poblaciones goda e hispanorromana. Nos referimos al famoso “Codex Revisus”, el documento más importante de su época y que impulsó definitivamente el levantamiento del armazón ideológico hispano. El texto se basaba esencialmente en el antiguo Código de Eurico, rescataba las principales leyes, suprimía las superfluas y añadía otras que no se habían tenido en cuenta en ese momento. Con ello se miraba hacia el conjunto de la población sin pararse en su procedencia étnica o confesión religiosa; fue un salto cualitativo y cuantitativo que facilitaría el avance hacia lo que hoy llamamos España.

En el aspecto bélico, el rey se enfrentó con éxito a los enemigos naturales de los godos, encarnados en bizantinos, francos, celtíberos y suevos. Cabe mencionar en 574 la toma y saqueo de Amaya, capital de los cántabros. El año 578 fue el único de paz en el reinado godo: las fronteras habían sido aseguradas, los francos no atacaban, los suevos no podían hacerlo y los bizantinos bastante tenían con aguantar y proteger lo poco que les quedaba. Unos meses de tregua facilitaron la construcción de la ciudad real de Recópolis, una bella plaza levantada en homenaje a su hijo Recaredo con importantes obras en su casco urbano y suburbios que serviría como bastión militar y capital de la Celtiberia. Recópolis se edificó sobre la colina del Cerro de la Oliva, frente al río Tajo, quedando al sur del futuro pueblo de Zorita de los Canes, en Guadalajara. Recientemente, otras investigaciones han trasladado unos kilómetros el hipotético emplazamiento de Recópolis para situarlo cerca de la actual Almonacid de Zorita.

El problema más agrio que tuvo que afrontar fue la abjuración religiosa de su hijo Hermenegildo. En aquel tiempo, la fe arriana, una corriente herética del cristianismo,

era impuesta como credo oficial del Estado. En contraposición a ello, millones de católicos hispanos ejercían una presión total sobre sus dirigentes, asunto que hacía tambalear la estabilidad del país. Desde su llegada al trono, Leovigildo anhelaba la cohesión política y confesional del reino visigodo, y el rey optó por el arrianismo con todas las consecuencias. En medio de la guerra fratricida planteada por su vástago Hermenegildo desde la Bética, tuvo que ocuparse del inagotable foco de tensión que suponía Vasconia. En 581, dirigió un ejército contra ese lugar arrebatando buena parte del territorio a sus moradores; para mayor control de éstos fundó la ciudad de Victoríaco (Vitoria). Una vez pacificada la frontera norteña, se volvió contra su hijo y los aliados que había podido reunir en torno a su causa, derrotándoles y apresando a Hermenegildo, el cual murió ejecutado en Tarragona.

En 585, los suevos dejaron atrás 176 años de reino independiente para pasar a ser provincia visigótica. Leovigildo se acercaba por fin al núcleo de su sueño, la unificación de Hispania estaba próxima, apenas quedaban libres de la influencia goda algunas zonas de la cornisa Cantábrica y Vasconia, además de la pequeña franja mediterránea, en poder de los bizantinos. El Reino de Toledo era más poderoso que nunca. Sólo restaba solventar el farragoso problema religioso. Cansado y abrumado por la evidencia que imperaba en todo el reino, perdonó el exilio de los obispos católicos solicitando a San Leandro que se encargara de la instrucción educativa del príncipe Recaredo. Una situación que comenzaría a promover la conversión al catolicismo de los visigodos un año más tarde. Incluso parece que en sus últimos momentos el propio Leovigildo abjuró del arrianismo para abrazar la fe católica.

En el mes de mayo de 586, el gran monarca Leovigildo moría en paz en su palacio real de Toledo. Con él habían llegado tiempos felices para el Reino visigodo que su hijo Recaredo se encargaría de mantener para mayor cohesión de su pueblo.

Maimónides, el sabio hebreo más célebre e influyente de la Edad Media

Nació en Córdoba en 1135. Miembro de una respetada familia judía, a los 16 años ya era un especialista en textos filosóficos griegos y árabes. Su principal aportación fue asentar la teología judaica sobre los principios de la razón, aunque también fue un prestigioso escritor y médico.

Fue uno de los mayores y más lúcidos talentos del medievo. Filósofo, escritor, matemático, médico..., intentó desde sus textos clarificar y difundir las leyes judías mientras apostaba por la reconciliación de las ciencias humanas y divinas.

Este reputado libre pensador hebreo nació en Córdoba el 10 de marzo de 1135. Su nombre original era Moshe ben Maimón. Su familia hundía raíces en la Jerusalén previa a la diáspora provocada por el Imperio Romano. Por este motivo gozaba de gran respeto entre la comunidad judía andalusí, aportando a ésta personajes de gran relevancia como el propio padre de Maimónides, llamado Maimón ben José, que era juez del tribunal rabínico cordobés.

El pequeño Maimónides mostró desde sus primeros años una pasión desmedida por los estudios, siendo tutelado, en ese sentido, por su progenitor y por Yosef ben Migas, jefe de la importante escuela talmúdica de Lucena (Córdoba).



En 1148 Al-Andalus sufría los rigores de la invasión fundamentalista almohade y la bella Córdoba se sumió en el espanto de un saqueo del que, como es obvio, nadie quedó inmune, y menos los hebreos, que en su mayoría tuvieron que abrazar el islam o marchar al exilio. Ignoramos si la familia de Maimónides se convirtió obligada a la fe musulmana dispuesta a mantener sus prácticas judías en secreto, pero lo único constatado es que escaparon de la península Ibérica para radicarse en Fez (Marruecos). Allí permanecieron durante un tiempo, viviendo a expensas de los ingresos económicos de David, un hermano de Moshe que comerciaba con piedras preciosas.

A los 16 años, nuestro protagonista ya era un incipiente especialista en textos filosóficos griegos y árabes. Asimismo, dominaba los recovecos del Antiguo Testamento y mostraba un vivo interés por el variado catálogo de títulos rabínicos que caían en sus inquietas manos. Además, escribió su primera obra, un diccionario donde se recopilaban los diferentes términos de la lógica. En dicho texto ya se revelaba ese estilo sencillo y directo que acompañaría al ilustre escritor durante su brillante y extensa bibliografía.

La inestabilidad religiosa de aquellos años desató nuevas persecuciones contra los judíos y el clan tuvo que nomadear una vez más por diferentes territorios, hasta que en 1165 logró establecerse definitivamente en la ciudad de Fostat, muy próxima a El Cairo (Egipto). En aquellos años, Maimónides ya había conseguido granjearse una merecida fama como galeno, un oficio que tuvo que asumir como el principal de su vida tras la inesperada muerte de su hermano David en un naufragio acontecido en

1169. El célebre rabino tuvo que redoblar esfuerzos para atender la numerosa familia que quedaba a su cargo.

En 1185 el gran sultán Saladino se fijó en sus virtudes sanadoras y le nombró médico oficial de su corte en El Cairo. Fueron años de intenso trabajo en los que Maimónides tuvo que compaginar su liderazgo al frente de la comunidad hebrea local con una intensa actividad médica, no sólo en los palacios cairotas, también en su afamada consulta de Fostat. En ésta se daba cita la flor y nata de la sociedad egipcia en su afán de ser atendida por el facultativo más respetado del momento.

En cuanto a su decisiva carrera literaria, cabe comentar que —amén de una ingente literatura epistolar y de diversos volúmenes médicos en los que recomendaba mantener una vida sana con regímenes alimenticios adecuados, ejercicio moderado e higiene personal y sexual— sobresalieron dos grandes obras: la Mishné Torá o (Repetición de la ley) y Guía de perplejos. La primera, escrita en hebreo y distribuida en 14 volúmenes, fue elaborada entre 1170 y 1180, y en ella quedó plasmado su concepto meridiano acerca de la doctrina de la vida eterna con dogmas que, si bien, fueron discutidos por la ortodoxia judía, más tarde quedaron inscritos en la liturgia oficial de esta creencia. Guía de perplejos, redactada en árabe hacia 1190, reflejaba la visión filosófico-teológica del rabino sefardí, quien abogaba, entre otras cosas, por el entendimiento entre las ciencias del hombre y las de Dios.

El mencionado trabajo traducido al hebreo y al latín supuso todo un acontecimiento cultural de hondo calado y generó gran respeto hacia su artífice por parte de las tres religiones monoteístas e influyó en prestigiosos personajes como santo Tomás de Aquino o san Alberto Magno.

El Rambam (acrónimo de Rabí Moshe be Maimón con el que era conocido popularmente entre sus admiradores), falleció el 13 de diciembre de 1204. El mundo hebreo le lloró en cualquier rincón del planeta donde se asentara una judería. La UNESCO declaró 1985 Año Mundial de Maimónides, justo reconocimiento para este cordobés universal.

María Antonieta, la soberana francesa a quien nunca quiso la plebe

Hija de los emperadores austriacos Francisco I y María Teresa, nació en Viena en 1755. Tenía sólo 12 años cuando fue elegida para casarse con el futuro Luis XVI de Francia y 15 cuando se convirtió en su esposa. Su frivolidad y extravagancia la hicieron impopular entre la plebe.

Es una de las monarcas más populares de la Historia y protagonista, muy a su pesar, de la Revolución Francesa que cambió el mundo. Su extravagancia y frivolidad no le impidieron ser honesta consigo misma y con su dinastía hasta el último aliento de su vida.

Era hija de los emperadores austriacos Francisco I y María Teresa. Su nacimiento en Viena, el 2 de noviembre de 1755, vino precedido por los ecos del fatídico terremoto que había asolado Lisboa justo el día antes. Acaso aquel terrible suceso se constituyó en un claro augurio del seísmo que ella misma provocaría en Francia algunas décadas después.

Tuvo una infancia marcada por la ternura y las atenciones que sus padres depositaron tanto en ella como en sus hermanos, aunque la pequeña archiduquesa nunca mostró querencia por los estudios y sí en cambio por la diversión, de la que siempre logró ser abanderada.

Sus biógrafos aseguran que, a pesar de su falta de pericia en la instrucción académica, sobresalió en otras cuestiones como la danza o el juego social, donde destacó por su innegable encanto, sumado a una belleza exquisita que la posicionó entre las princesas europeas más codiciadas por los herederos regios. De ese modo, con sólo 12 años, fue elegida para unir su vida a la de Luis Augusto, duque de Berry y futuro rey de Francia.



La boda se celebró por poderes el 19 de abril de 1770 y, casi un mes más tarde, ambos jóvenes se vieron, por primera vez, en el bucólico bosque de Compiègne. Si bien, a decir del futuro Luis XVI, en la noche de bodas no pasó nada de relevancia. Apenas cuatro años más tarde fallecería Luis XV, cediendo el testigo monárquico a su hijo, más ocupado en lides gastronómicas o festivas que en la buena conducción del Estado, el cual se debatía en profundas conmociones que exigían cambios políticos, económicos y sociales.

Mientras tanto, los monarcas permanecían en su palacio de Versalles ajenos a las inquietudes de la plebe y sin que terminase de llegar la ansiada descendencia, asunto que generaba toda suerte de rumores y leyendas infundadas sobre la condición frívola de la reina, a la que incluso acusaron de escapadas libertinas al amparo del anonimato procurado por la noche.

Al fin, nació una niña, en 1778, a la que llamaron María Teresa. Le seguirían dos varones: Luis José, en 1781, que moriría sin cumplir los 8 años y Luis Carlos, llegado

al mundo en 1785. Éste hubiese sido el futuro Luis XVII de no ser por la revolución que estalló en Francia, en julio de 1789, que acabó con la centenaria institución monárquica que había detentado el poder absoluto hasta ese momento.

Los revolucionarios nunca quisieron a los soberanos y menos aún a María Antonieta. La llamaban despectivamente la Austriaca, al entender que la reina era, en el fondo, por su origen natal, fiel aliada del eterno enemigo austriaco.

En 1791 la situación se tornó insostenible para la nobleza francesa y sus afines. Muchos aristócratas optaron por un forzoso exilio en el extranjero, incluidos los propios monarcas que huyeron camuflados con ropajes plebeyos. Pero su trasiego en compañía del joven delfín Luis Carlos quedó interrumpido en la localidad de Varennes, donde la familia real fue descubierta y devuelta a París para ser encarcelada a la espera de acontecimientos.



Semanas más tarde, Luis XVI (foto) juraba la nueva Constitución revolucionaria sin que pudiese evitar el creciente malestar de la plebe hacia la institución por él representada. El estallido de la guerra, en 1792, entre Francia y Austria acrecentó las dudas existentes en torno a María Antonieta, quien no podía entender cómo su trono de inspiración divina se hundía en aquel fango terrenal abocado a la locura de la guillotina.

Finalmente, en septiembre de dicho año se implantó la república, dejando a los monarcas franceses sin apenas apoyos internacionales y sometidos a la inclemencia de los tribunales populares.

En enero de 1793, Luis XVI era condenado a muerte, poco más tarde la triste María Antonieta fue separada de su hijo, el delfín,

en quien había depositado sus esperanzas de futuro y que tan sólo lograría sobrevivir tres años más.

La propia reina fue conducida a juicio, demostrando en las sesiones sobrada dignidad y valentía, lo que no impidió su condena a muerte por traición al país cuya corona ciñó con tanto orgullo.

El 16 de octubre de 1793 su bella cabeza fue guillotinata y exhibida ante el delirio del populacho como el triunfo final de la Revolución Francesa. Comenzaba así un auténtico reinado del terror que culminaría con la llegada al poder del decisivo Napoleón Bonaparte.

María Cristina de Habsburgo, la regente que soportó el desastre del 98

Nacida en 1858, fue la segunda esposa de Alfonso XII. Tras la muerte del rey, ejerció la regencia hasta la mayoría de edad de su hijo, el futuro Alfonso XIII. Durante su gobierno tuvo lugar la guerra con Estados Unidos y fue testigo de la pérdida de las últimas colonias del imperio.

Fue la segunda esposa del rey Alfonso XII. Viuda a edad temprana, asumió la regencia para vivir, en primera persona, diversas crisis políticas y sociales en un contexto de absoluta decadencia en el que España perdió sus colonias de ultramar, mientras afloraba la generación literaria del 98.

Esta magnífica representante de los Austrias nació el 21 de julio de 1858, en Gross-Seelowitz, un bello enclave ubicado en el corazón de Moravia (actual República Checa). Fue hija de los archiduques Carlos Fernando e Isabel de Austria, siendo la única fémina de los cuatro vástagos habidos en el matrimonio.

Su estricta educación le supuso un alto nivel cultural, brillando en materias como la filosofía y las ciencias económicas, mientras dominaba, además de los idiomas autóctonos del imperio austrohúngaro, el italiano, francés, inglés y, más tarde, el español. Asimismo, demostró desde la infancia un amor profundo por la música, lo que la llevó a dedicar buena parte de su tiempo al estudio del piano, instrumento que tocaba con gran virtuosismo.



En 1876, la joven Crista —como era llamada familiarmente— celebró su puesta de largo en Viena, concediendo el primer baile a su primo, el emperador austriaco Francisco José. Por entonces, nada hacía pensar que su destino fuese ser reina de un país tan distante como España. Sin embargo, los acontecimientos se precipitaron tras la inesperada muerte de María de las Mercedes, primera esposa de Alfonso XII. En la primavera de 1879, Augusto Conte, embajador español en Viena, creyó hallar en la serena María Cristina la candidata perfecta para ser la nueva esposa del monarca español.

En principio, la aristócrata austriaca se sintió halagada por las pretensiones hispanas, si bien, antes de tomar una decisión trascendental, exigió un encuentro privado con Alfonso para saber personalmente que no se equivocaría en su respuesta. La cita tuvo lugar ese mismo verano en Bellegarde (Francia) y ambos quedaron gratamente impresionados, por lo que se dio el visto bueno a la boda.

En septiembre, el duque de Bailén en comisión especial pedía, en el palacio de Schönbrunn, al emperador austriaco la mano de María Cristina, la cual era concedida en medio de una felicidad general. El 29 de noviembre de 1879 las casas de Borbón y Austria se unían para conducir los designios de España. La boda se celebró en la

madrileña basílica de Nuestra Señora de Atocha, proclamándose la fiesta por todas las ciudades y calles del país.

Alfonso, quien había demostrado una vibrante pasión hacia su querida Mercedes, no actuó de igual modo con María Cristina. La trataba con indudable admiración y respeto, pero esto no le impidió sostener encendidos romances con mujeres de diversa condición. En 1880 nació la primogénita real, cuyo nombre —María de las Mercedes— fue elegido expresamente por la reina. Dos años más tarde, nacería la infanta María Teresa. Ambas, por desgracia, no sobrevivirían a la madre, muriendo a edad temprana. En 1885 el soberano contrajo una severa tuberculosis que acabó con su vida cuando María Cristina se encontraba embarazada de tres meses.

La zozobra recorrió el país, sumido, por entonces, en continuos sobresaltos sociales. Pero, María Cristina, ahora regente, hizo alarde de un firme carácter y, con la ayuda de los líderes políticos Antonio Cánovas del Castillo y Práxedes Mateo Sagasta, pudo conducir de forma razonable la nave hispana por los procelosos mares de aquel tiempo convulso.

El 17 de mayo de 1886 nació el deseado heredero, el futuro Alfonso XIII, un niño de aspecto frágil y enfermizo que fue tutelado con amor por la propia reina madre hasta su mayoría de edad. Antes, en 1898, España vio como se perdían las últimas colonias del imperio en una guerra desigual emprendida por la emergente potencia estadounidense y que acabó con la renuncia española a Cuba, Puerto Rico y Filipinas.

El 31 de mayo de 1906 una orgullosa María Cristina asistió a la boda de su hijo con doña Victoria Eugenia de Battenberg, hecho que estuvo a punto de acabar en tragedia por la actuación de los anarquistas. Los años siguientes fueron apacibles para ella y pasaba largas temporadas en el palacio donostiarra de Miramar, uno de sus lugares predilectos.

Doña María Cristina se mantuvo activa y partícipe de la vida en la corte hasta su muerte, el 5 de febrero de 1929. Ocurrió en Madrid mientras dormía, la noche previa a una recepción que se había organizado para los reyes de Dinamarca. Atrás quedaban 50 años de servicio a España, 16 de ellos como regente, en los que trató con 84 ministros, mientras sufría el azote de 24 crisis de gobierno de alto calado.

María Estuardo, la bella y desdichada reina de Escocia

Toda su vida estuvo marcada por intrigas palaciegas, apasionados amoríos y traiciones sin fin. María Estuardo se vio envuelta en una cruel guerra entre católicos y protestantes en la Gran Bretaña del siglo XVI. La reina escocesa murió decapitada cuando tenía 44 años.

Mujer de singular belleza, encarnó a la perfección el papel de abnegada monarca víctima de los acontecimientos que marcaron el destino de su Escocia natal. Las cruciales circunstancias políticas que la rodearon hicieron de ella un símbolo de la lucha entre católicos y protestantes por el poder absoluto en Gran Bretaña.

Nacida el 8 de diciembre de 1542 en Linlithgow (Escocia), fue la única hija superviviente habida en el matrimonio formado por el rey escocés Jacobo V y la noble francesa María de Lorena. De inmediato, el infortunio hizo acto de presencia en la vida de la pequeña María, dado que sólo seis días más tarde de su nacimiento, su padre falleció dejándole la inesperada responsabilidad de la corona.

A los pocos meses, fue proclamada reina de Escocia y, para mayor seguridad del reino, quedó prometida a Eduardo VI, hijo del rey inglés Enrique VIII. Estos protocolos nupciales fueron denunciados por buena parte de la nobleza escocesa, que no veía con agrado una hipotética unificación de los dos estados. La ruptura del acuerdo desató la ira de los ingleses con la consiguiente invasión del norte de la isla a cargo de tropas enviadas por Enrique VIII. La guerra se generalizó y los escoceses solicitaron la ayuda de su aliado francés. En julio de 1548, una escuadra francesa sacaba a María de Escocia para conducirla a Francia bajo la promesa de una futura unión matrimonial con Francisco, heredero al trono del país galo. La reina niña quedó amparada por los Valois en una corte parisina donde recibió una refinada instrucción académica.



En abril de 1558 contrajo nupcias con el delfín Francisco en la catedral de Notre Dame. Sin embargo, al año siguiente de esta celebración se concatenaron diversos acontecimientos que ensombrecieron el destino de la joven soberana. Las muertes de su madre, del rey francés Enrique II y, finalmente, de su marido, dejaron a la Estuardo en una posición tan comprometida como angustiosa, con lo que optó por regresar a su tierra.

El 19 de agosto de 1561 desembarcaba en Escocia a la espera de acontecimientos. Lo cierto es que la casi totalidad de la aristocracia católica en Gran Bretaña se sentía oprimida por su gobierno y veía con ilusión la llegada de María, en cuya figura representaban la legítima reina que uniría ingleses y escoceses en detrimento de su prima Isabel I, una anglicana convencida en la promesa de erradicar el catolicismo.

En 1565 llegó un segundo matrimonio para María. El elegido fue su primo hermano Lord Darnley, hombre de intenso atractivo, por lo que muchos le consideraron el hombre más guapo de Europa. No obstante, Darnley reunía escasas virtudes para ser consorte de una reina; era ambicioso, borrachín, arrogante y promiscuo, lo que le procuró una leyenda negra de la que María hizo caso omiso durante algún tiempo, acaso porque estaba más ocupada en recibir las atenciones de un apuesto italiano, David Riccio.

Sea como fuere, los enemigos de la casa Estuardo se conjuraron una vez más. El 9 de marzo de 1566, un grupo de nobles desafectos entró en las estancias palatinas donde cenaban la reina y su secretario para asesinar a éste mediante 56 puñaladas. Acto seguido, apresaron a la soberana en el castillo de Hollyrodhouse, fortaleza de la que logró escapar unos días más tarde gracias a la ayuda de su esposo. Fue un momento de cierta zozobra, pues María se encontraba embarazada de cinco meses y la pérdida de un posible heredero sería fatal para los intereses de Escocia. Empero, el niño nació semanas más tarde recibiendo el nombre de Jacobo, futuro rey de Escocia e Inglaterra.

En 1567, Lord Darnley murió en extrañas circunstancias. Ese mismo año la reina trabó relación sentimental con el protestante James Hepburn, conde de Bothwell, con el que se casó sin que pudiera evitar con ello una sublevación general en Escocia instigada por la aristocracia de mayoría protestante. María, tras ser derrotada en la batalla de Langside, abdicó en su hijo Jacobo VI, para luego huir incomprensiblemente a Inglaterra, donde solicitó la protección de Isabel I. La reina virgen, perpleja por la insólita petición de su mayor rival, se limitó a trasladarla de un castillo a otro durante años, tiempo suficiente para reunir pruebas acusatorias en las que se demostraba la implicación de María en conspiraciones que pretendían derribar el trono inglés en beneficio de la escocesa.

El 8 de febrero de 1587, María Estuardo, después de un dudoso proceso judicial, fue decapitada ante la desesperación del mundo católico que veía esfumarse con este acto su aspiración de recuperar el poder religioso y político en Inglaterra.

María Pacheco, la indómita mujer que se enfrentó a un emperador

Nació en Granada en 1496. Su padre acordó casarla con Juan de Padilla, sobrino del comendador mayor de la Orden de Calatrava, quien años después lideraría la revuelta comunera contra Carlos I. Tras ser ajusticiado, María enarboló en Toledo la causa de su esposo poniendo en jaque al rey.

El 23 de abril de 1521, los comuneros castellanos eran derrotados en Villalar por las tropas imperiales de Carlos I. Sin embargo, aún quedó en la ciudad de Toledo un último bastión defendido por una mujer determinada a resistir hasta el fin. De ella se dijo que fue "leona de Castilla, brava hembra y centella de fuego".



María Pacheco nació en 1496 en el palacio de la Alhambra (Granada), lugar donde residían sus padres, don Íñigo López de Mendoza —conde de Tendilla y primer marqués de Mondéjar— y doña Francisca Pacheco, hija del primer marqués de Villena. La circunstancia de tomar el apellido materno se debió, en buena parte, a que quiso diferenciarse de su hermana mayor, llamada igual que ella, y de otra natural de su padre a la que pusieron idéntico nombre.

En sus años infantiles recibió una exquisita educación propiciada por el ambiente culto que predominaba en su casa familiar y, en ese sentido, fue muy versada en las disciplinas de latín, griego, matemáticas, historia y literatura, con especial predilección por la poesía.

Su adolescencia fue esplendorosa, lo que hizo presumir una magnífica boda con algún pretendiente de alta alcurnia, tal y como había ocurrido con el resto de sus hermanos. Pero el padre pensó otra cosa y el 10 de noviembre de 1511 estableció un acuerdo matrimonial con el toledano Juan de Padilla, a la sazón sobrino del comendador mayor de la Orden de Calatrava, con quien los Mendoza deseaban estrechar lazos de amistad.

La temperamental María se rebeló contra esta decisión arbitraria, aunque el dictado de los tiempos imponía este tipo de costumbres y la joven tuvo que asumir un matrimonio en principio no deseado, ya que pensaba que el novio no alcanzaba categoría suficiente para emparentar con su familia por ser miembro de la nobleza menor.

No obstante, la boda se llevó a cabo en enero de 1515, y al año siguiente nació Pedro, único descendiente de una pareja que cada vez se profesaba más amor. En esa época, Padilla ocupó el puesto de capitán de las gentes de armas en Toledo que había ejercido su padre hasta su fallecimiento. Allí se fue con su familia. El traslado coincidió con los primeros capítulos de gobierno del monarca español Carlos I, cuya actuación desató una airada respuesta por parte de las ciudades castellanas. Éstas consideraban que los asesores extranjeros que traía consigo el rey y los excesivos tributos establecidos en Castilla menoscababan la autonomía y el realce económico adquiridos por estas ciudades hispanas en decenios anteriores.

Finalmente, las tumultuosas reuniones de los cabildos castellanos desembocaron en un conflicto fratricida conocido como guerras de las Comunidades. En la contienda Juan de Padilla asumió la capitanía del ejército revolucionario con iniciales victorias que incitaron al optimismo en las filas comuneras.

Sin embargo, la potencia de las tropas imperiales sumada a la decisión, contraria de Juana la Loca a secundar aquella iniciativa contra su hijo provocaron serios reveses a la causa de los comuneros hasta concluir en su total derrota en la batalla de Villalar, celebrada el 23 de abril de 1521.

Un día más tarde, Juan Bravo, Francisco Maldonado y el propio Juan de Padilla — cabecillas de la revuelta— eran ajusticiados y sus cabezas expuestas como escarmiento. En principio, se creyó que el conflicto había llegado a su fin, empero, la dolida y ahora viuda María Pacheco decidió clavar la bandera comunera en la ciudad de Toledo, donde recibió apoyo incondicional de casi toda la población y de algunos líderes rebeldes supervivientes.

La resistencia toledana se prolongó durante meses con la Pacheco parapetada en el Alcázar de la ciudad hasta que los ejércitos del rey lograron rendir la plaza, no sin antes rubricar algunos acuerdos ventajosos para los sitiados. Si bien, aquellos días de obstinación habían supuesto para el emperador del Sacro Imperio Romano Germánico una pequeña humillación encarnada en la figura de aquella indómita fémina. Jamás sería perdonada por esta afrenta y fue irreversiblemente condenada a muerte, pena capital de la que se pudo librar escapando de Toledo, amparada por la noche y vestida de humilde campesina.

La conocida popularmente como Leona de Castilla logró llegar a Portugal para instalarse en las cercanías de Oporto, donde vivió de forma muy modesta los últimos años de su vida. Falleció en marzo de 1531, cuando contaba 35 años de edad. La causa de la muerte, según los galenos que la atendieron, fue un terrible dolor en el costado. Sus restos jamás se pudieron unir a los de su amado esposo, pues nadie quiso incomodar con esta petición y último deseo de la brava heroína al soberano que vio peligrar la estabilidad de su reino con la actuación de María Pacheco.

María Victoria de Aosta, una breve y olvidada reina de España

Nació en París en 1847. De gran belleza y cultura, la muerte de su padre y la enajenación mental de su madre crearon una romántica leyenda en torno a ella. Se casó con Amadeo de Saboya en 1868, a quien dos años más tarde las Cortes españolas eligieron rey en sustitución de Isabel II.

Esposa del efímero monarca Amadeo de Saboya, fue una mujer de exquisita educación y dotada de una espléndida belleza. Intentó sin resultado agradar a sus nuevos súbditos españoles, mostrando un espíritu solidario y abierto que la condujo a protagonizar diversas obras sociales, como la creación de la primera guardería infantil que se abrió en nuestro país.

María Carlota Enriqueta nació en París el 7 de agosto de 1847. Era la primogénita del matrimonio formado por el noble piemontés Carlo Emanuele dal Pozzo – príncipe della Cisterna– y de la condesa belga Luisa Carolina de Mérode. María era un precioso bebé de cabellos rubios, ojos azules y tez pálida, todo un paradigma de belleza tal y como se estilaba en aquella época.

Cuatro años más tarde nacería Beatriz, su única hermana, junto a la que recibió una esmerada instrucción académica con preceptores de primerísimo nivel que se volcaron en la educación de las niñas. En 1852 la familia se trasladó a Turín para instalarse en el antiguo palacio de los Cisterna, donde las jóvenes completaron su extensa formación cultural.



A decir de los cronistas, la princesa María disfrutaba de gran popularidad entre sus convecinos, quienes la llamaban afectuosamente la rosa de Turín por el porte y belleza de los que hacía gala.

Sin embargo, aquel luminoso futuro que se abría ante ella se oscureció de forma abrupta el 25 de marzo de 1864, tras la inesperada muerte de su padre y la posterior enajenación temporal de su madre. Ésta obligó a sus dos hijas a permanecer encerradas junto a ella y velar durante más de una semana al difunto príncipe. El hecho marcaría profundamente a las dos adolescentes, en especial a Beatriz, quien moriría un mes más tarde a causa de la impresión que le produjo el suceso.

Por su parte, María permaneció enlutada y sujeta a la prohibición materna de poder disfrutar de fiestas o reuniones. Así, se empezó a gestar una leyenda romántica en torno a la hermosa, pero desgraciada, princesa que no pasó desapercibida para el apuesto Amadeo de Saboya, segundo filogenético del rey italiano Víctor Manuel. El monarca vio con buenos ojos que su hijo pretendiera la mano de la adinerada muchacha.

El 30 de mayo de 1868 se celebraron los esponsales también cubiertos por la desgracia que parecía perseguir a María. En los días previos a la boda, una de sus

doncellas apareció ahorcada en extrañas circunstancias, sosteniendo en sus manos el traje de novia destinado para la futura duquesa de Aosta. De igual modo, la jornada de la ceremonia se entristeció con diversos incidentes y muertes de algunos invitados.



A fines de 1870 la historia de Amadeo y María adquirió un giro drástico tras la petición de las Cortes españolas de que el príncipe italiano ocupara el trono de España [sucediendo a Isabel II, exiliada tras la revolución de 1868]. Por entonces ya habían nacido Manuel Filiberto y Víctor Manuel, los dos primeros hijos de la pareja. La noticia fue acogida con inmensa alegría, y el propio Amadeo se apresuró a viajar hasta su nuevo país de adopción mientras su esposa se recuperaba de los rigores del parto de su segundo vástago.

Finalmente, el matrimonio se pudo reunir en la primavera de 1871, justo cuando los rumores sobre las constantes infidelidades del frívolo Aosta provocaban la sorna en los mentideros de una villa y corte que no aceptaba la imposición de reyes extranjeros. Incluso las clases populares y la rancia nobleza hispana hicieron causa común contra los recién llegados, a los que llamaban despectivamente el Macarroni y la Cisterna.

A pesar de todo, los flamantes soberanos intentaron ofrecer una cara amable a esa sociedad que les rechazaba y procuraron dar muestras de cercanía y solidaridad, siendo sobrios y austeros en sus gastos en contraposición a la exagerada pompa que rodeaba a la institución monárquica. La propia María Victoria, quien había elegido su segundo nombre como homenaje a su insigne suegro, se prodigó en actos benéficos y llegó a inaugurar, gracias a su aportación económica, la primera guardería infantil que se abrió en España, dedicada a los niños de las lavanderas que trabajaban en las riberas del río Manzanares.

Como sabemos, el reinado de Amadeo I apenas se prolongó dos años. En febrero de 1873 renunció a la corona, según dicen, muy triste por la incomprensión recibida, aunque alentado por su esposa, quien había tenido su tercer hijo Luis Amadeo en esa España que ahora debían abandonar. El matrimonio se instaló en la ciudad de San Remo, donde María Victoria, aquejada de una tuberculosis, falleció el 8 de noviembre de 1876, acaso su último pensamiento voló hacia el reino que no quiso reconocer su innegable dimensión humana.

Mary Shelley, la joven creadora de Frankenstein

Romántica. Creó uno de los monstruos más célebres de la Historia, tras un encuentro con Byron y Polidori en Suiza. Adoraba a su marido y, a la muerte de éste, abandonó la literatura.

Su inspiración sirvió para traer a este mundo a una de las criaturas más inquietantes en el universo del terror. Precursora de la ciencia ficción, vaticinó en alguna de sus obras desastres y calamidades para la raza humana en este siglo XXI, mientras que la tragedia familiar se adueñaba de su romántico espíritu.

Fue la segunda hija del célebre matrimonio formado por el filósofo William Godwin y la pionera del feminismo Mary Wollstonecraft. Mary nació en Londres el 30 de agosto de 1797. Su llegada al mundo quedó teñida por el negro color de la muerte, dado que su madre falleció a las pocas días del parto. Su desconsolado progenitor quedó desde entonces al cuidado de la prole, volcándose por entero en recuperar la memoria de su bien amada esposa. En aquel tiempo dieciochesco, los Godwin habían protagonizado episodios rebeldes y comprometidos con una sociedad que caminaba tras la estela de la revolución industrial británica. Miss Wollstonecraft consiguió enarbolar, en su breve historia vital, la bandera de la igualdad entre sexos, si bien sus detractores siempre la acusaron de tener una personalidad frívola y disoluta. No obstante, su marido supo realzar en todo momento los valores esenciales por los que luchó, consiguiendo un gran reconocimiento para ella entre millones de mujeres que peleaban por sus derechos.



En 1801, su padre se había unido en segundas nupcias a Mary Jane Clairmont, una mujer que aportó dos nuevos hijos al matrimonio, lo que provocó un gran desplazamiento de la pequeña Mary, quien ahora debía compartir el amor de su padre con los nuevos miembros del clan. Esto supuso un serio revés para la futura escritora, ya que estaba muy unida a él. La madrastra cumplió con la leyenda negra de las de su condición y evitó a toda costa que Mary recibiera estudios académicos. Aunque eso no impidió que desarrollara sus innegables cualidades literarias y, de ese modo, pudo publicar con sólo 10 años de edad un primer y breve poemario.

En mayo de 1814 conoció a Percy B. Shelley –el auténtico amor de su vida–. Con él se fugó de Londres rumbo al continente en una situación muy difícil para todos, ya que el escritor estaba casado. Fue un gran escándalo por la escasa edad de la joven y el currículo sinuoso del bohemio. Durante dos años deambularon por Francia, Italia y Suiza, hasta que les llegó la noticia sobre el suicidio de la primera esposa de Shelley. Ya, sin obstáculos que lo impidieran, la pareja contrajo matrimonio en diciembre de ese mismo año. Unos meses antes de este hecho, sucedió el episodio que marcaría la vida de la novelista.

El 16 de junio de 1816, Mary, en compañía de su pareja, se encontraba en una bucólica región lacustre suiza muy cercana a la ciudad de Ginebra. En aquellos parajes habitaba el célebre Lord Byron quien, por entonces, escribía el tercer canto de La peregrinación de Childe Harold. Como ayudante tenía a un joven médico llamado

John William Polidori. Pronto, los cuatro personajes trabaron amistad en un verano borrascoso cubierto por la lluvia. En una de esas noches desapacibles, el grupo se refugió en la Villa Diodati, y a Byron se le ocurrió que lo mejor para pasar el tiempo era que cada uno de los amigos discurriese una pavorosa historia de terror y que ésta quedara plasmada en papel. Byron y Percy Shelley en su condición de poetas no tardaron en aburrirse con la prosa, empero, Polidori y Mary se descubrieron como autores tremendamente imaginativos.

El galeno concibió un relato que pasaría a los anales de la literatura gótica bajo el título de El vampiro; si bien parece que la autoría se atribuyó en principio a Lord Byron sin que éste hiciera nada por remediarlo. Lo de la británica fue sin duda más sonoro, ya que su mente generó uno de los relatos más apasionantes del terror universal.

Una madrugada, tras sufrir una infernal pesadilla, Mary empezó a escribir "Frankenstein", o el moderno Prometeo, donde se recogía uno de los mitos esenciales de nuestra cultura europea, esto es, la posibilidad de convertirnos en dioses creadores de vida.



En 1817, Shelley daba los últimos retoques a su obra y un año más tarde era publicada con una repercusión abrumadora entre los millones de lectores que se acercaron con interés al libro. Ya nada volvió a ser igual para ella. Su éxito caminaba parejo a sus desgracias familiares y, en este sentido, hay que mencionar que sobrevivió a todos sus seres queridos, incluidos padres, esposo y sus cuatro hijos. En septiembre de 1822, su marido moría ahogado en Italia y, aunque tuvo varios pretendientes que quisieron casarse con ella y su fama, nunca consintió una nueva relación argumentando el amor que profesó a su marido: el apellido Shelley se lo llevaría a la lápida de su tumba.

Después del éxito de su primera novela llegaron otras cuatro que, como es evidente, no obtuvieron el mismo eco que Frankenstein. Cabe destacar El último hombre, inquietante título aparecido en 1826, donde se narraba la extinción de la raza humana a causa de un virus desconocido que asola la vida en pleno siglo XXI.

Finalmente, Mary Shelley abandonó la narrativa novelada para dedicarse a recopilar los trabajos de su marido. Junto a esta misión publicó algunos ensayos sobre sus viajes, así como relatos cortos en algunas publicaciones. En 1848, le fue detectado un tumor que la fue apagando hasta que el 1 de febrero de 1851 murió durmiendo en su cama. Quién sabe si su último sueño fue de compresión y cariño hacia la criatura creada por su fascinante imaginación.

Mata Hari, la bailarina espía que se inventó a sí misma

Nació en 1876, en los Países Bajos. Su padre fue un fabricante de sombreros con delirios de grandeza. Se casó con un oficial holandés y tuvo dos hijos; el mayor murió envenenado por su niñera. Durante la Primera Guerra Mundial actuó como agente doble y fue ejecutada en 1917.

Sus pasiones fueron el amor y la danza oriental, pero pasó a la Historia como una de las espías más renombradas de la Primera Guerra Mundial. Bella, seductora y enigmática, su figura sigue interesando a cuantos se acercan a una biografía aún cubierta por enormes sombras.

Margaretha Geetruida Zelle —su verdadero nombre— nació el 7 de agosto de 1876 en Leeuwarden (Países Bajos). Vino al mundo en el seno de una familia dedicada a la fabricación de sombreros. Su padre era un personaje excéntrico con ínfulas aristocráticas, por lo que sus vecinos le conocían con el apodo de El Barón. Algo de razón debían llevar en esta singular apreciación, pues, según se dice, cuando Margaretha fue por primera vez al colegio, su progenitor la emperifolló y la envió a la escuela subida en un carrito dorado tirado por cabritillas blancas. La curiosa escena provocó la risa general, pero la pequeña disfrutó al sentirse diferente y original.



En 1895 contestó al anuncio por palabras de Rudolf John McLeod, oficial del Ejército holandés que buscaba esposa antes de partir rumbo a las Indias orientales. La pasión entre ambos se desató, a pesar de los 20 años que les distanciaban; ella tenía 19. Pronto llegó la boda y el nacimiento de dos hijos. La vida colonial atrajo a la inquieta Margaretha: exotismo, calor, paisajes ensoñadores y danzas sensuales, cuyo máximo protagonista era el sexo. En definitiva, un universo fascinante que captó por completo el alma de la holandesa, quien, por otra parte, se encontraba cada vez más distanciada de su bravucón y alcohólico esposo.

La tragedia familiar se consumó con la muerte del primogénito, Norman. Éste fue envenenado por una criada vengativa, que mató al pequeño en represalia por el castigo que había sufrido su novio, un soldado de la unidad que dirigía McLeod.

La locura hizo presa del militar, que llegó a culpar a su esposa de absoluto abandono hacia sus hijos. Asimismo, Gerda —como era llamada familiarmente— contrajo una

severa depresión, acompañada de fiebres tifoideas que la mantuvieron en cama durante algún tiempo en estado de letargo. Pero, transcurridas las semanas, despertó preguntando a la sirvienta que se encontraba velándola qué hora era. La respuesta de ésta fue: Mata Hari, que significaba en idioma javanés: "Ojo del amanecer". Ése fue, precisamente, el nombre que adoptó desde entonces para su segunda aventura vital.



Tras la recuperación, en 1902, regresó a su país natal para solicitar el divorcio aludiendo malos tratos. Una vez concedido, viajó a París, dejando a su hija, Louise, bajo la custodia del padre. Y es aquí donde comienza la asombrosa peripecia de Mata Hari, una mujer que no dudó en reedificar su biografía para dar rienda suelta a su auténtico instinto artístico. En 1905 debutó en la Ciudad de la luz como danzarina oriental portadora de un misterioso mensaje cargado de ardiente deseo. Ella misma explicó a sus numerosos amantes que había nacido en La India y que a la muerte de su madre —una sacerdotisa de Siba— fue instruida en las artes eróticas y en el dominio de coreografías sagradas dedicadas al amor.

Sus estudiadas contorsiones en los escenarios desataron pasiones y aflojaron los bolsillos de todos aquéllos que quisieron sentir el influjo y los placeres de Oriente. Durante años, la exuberante danzarina se paseó por buena parte de los teatros europeos levantando atronadores

escándalos.

En 1914, con el estallido de la Primera Guerra Mundial, algunos gerifaltes alemanes le solicitaron que interviniera a favor del país germano actuando como espía. Le otorgaron el nombre clave de H-21. Con él suministró informes de escasa relevancia, que en ningún caso alteraron el curso de la contienda.

Mata Hari, en su condición de artista itinerante y amparada por la neutralidad de los Países Bajos, viajó por Europa sin mayor inconveniente. Una vez en Francia, algunos militares galos le efectuaron la misma petición que sus enemigos, y ella aceptó, convirtiéndose de ese modo en un agente doble. Finalmente, tras una estancia en España, viajó a París, donde fue detenida —en febrero de 1917— para ser juzgada por "espionaje, complicidad y entendimiento con el enemigo".

En el juicio, envuelto por la polémica, fue condenada a muerte, siendo ejecutada el 15 de octubre de ese año. La bella holandesa rechazó el vendaje de sus ojos y mirando con ternura a los soldados que la iban a fusilar, les lanzó un último beso de despedida. Dicen que de los 12 integrantes del pelotón, uno no disparó y del resto sólo cuatro acertaron, con un único impacto mortal de necesidad. De esa elegante forma murió, a los 41 años, una de las mujeres más atractivas del siglo XX.

Miguel Servet, teólogo hereje que descubrió la circulación de la sangre

Sus diatribas sobre la Santísima Trinidad y sus descubrimientos sobre el torrente sanguíneo chocaron con la ortodoxia religiosa del siglo XVI. Peregrinó por Europa y provocó debates entre católicos y protestantes hasta que Calvino le condenó a la hoguera.

Este singular personaje del siglo XVI fue, sin pretenderlo, un destacado representante del erasmismo científico. Sus trabajos, ideas y conclusiones recibieron la más furibunda crítica desde todos los ámbitos religiosos del cristianismo. Un mérito poco extendido en aquella Europa dividida por diferentes formas de entender el mensaje cristiano. Aún así, el injusto juicio al que fue sometido y su innegable aportación al avance médico, gracias a su descubrimiento sobre la circulación sanguínea pulmonar, le hacen merecedor de un lugar de privilegio en la galería de personajes ilustres de la Humanidad.



Nació en 1511 en Villanueva de Sigüenza, un pequeño pueblo de Huesca, donde su padre ejercía el noble oficio de notario. Su formación fue bastante completa pues, cuando abandonó con 13 años su lugar de origen rumbo a Lérida y Barcelona, ya hablaba con suma corrección latín, griego y hebreo. Con 15 años consiguió ser discípulo protegido de fray José de Quintana, quien se convertiría en confesor personal del emperador Carlos V. Precisamente Miguel, en compañía de su maestro, asistió a la coronación imperial celebrada en Bolonia en 1529. A decir verdad, sus años adolescentes le marcaron con profundidad a la hora de emprender sus constantes retos teológicos y científicos. Su formación académica quedó resuelta en su estancia por tierras francesas donde se impregnó de los aires intelectuales reformistas de aquellos lares. Estas tendencias conjugaron a la perfección con su talante obstinado e independiente, dando rienda suelta a su pensamiento libre y rebelde.

Con 19 años fue acusado de hereje por formular algunas hipótesis sobre la supuesta falsedad trinitaria de Dios. En 1531 publicó su primera obra cuyo título no invitaba al engaño: *De Trinitatis Erroribus*, planteamiento que quedó reforzado un año más tarde con la publicación de *Dialogorum de trinitate libri duo*, y *De iustitia regni Christi capitula quattuor*. Estos textos le procuraron encendidos ataques de protestantes y católicos. La Santa Inquisición condenó sus trabajos y ya nunca pudo regresar a su patria por temor a ser juzgado y quemado en la hoguera.

Servet, fiel a su espíritu y a sus postulados analíticos sobre la religión, inició desde entonces un peregrinaje por algunos territorios europeos. De Alemania pasó a Francia, donde conoció al reformista Calvino con quien, por supuesto, terminó discutiendo acaloradamente. Una vez más, el incómodo aragonés tuvo que huir. En esta ocasión

salió de París con destino a Lyon, ciudad en la que trabó relación profesional con unos impresores, los cuales le encargaron tres ediciones de la Biblia y dos sobre las obras de Ptolomeo. Fueron unos años de relativa paz en los que hizo amistad con el médico Champier, quien inculcó a Servet su amor por la medicina. Gracias a ello decidió ingresar en la Universidad de París dispuesto a ser galeno, oficio que practicó desde entonces con cierta notoriedad por algunos pueblos y ciudades de Francia, afincándose, finalmente, en la localidad de Vienne. Allí permaneció como médico personal del obispo local hasta 1553, año en el que sus publicaciones, discrepancias y rebeldías le condujeron a la cárcel por hereje. Hasta ese momento, Miguel Servet ya había publicado abundante material, no sólo sobre teología, sino también sobre la disciplina médica. Y, en ese sentido, debemos hablar de su principal obra, titulada "Christianismi Restitutio", esbozada durante años y publicada en enero de 1553. En el texto se explicaba en un apartado, a modo de sencilla digresión, nada menos que la circulación sanguínea pulmonar, hecho observado minuciosamente por él como galeno y desconocido para el resto de los mortales. Lo curioso de esta historia radica en que el científico aragonés no incluyó el hallazgo en ninguna obra dedicada a la fisiología y sí, en cambio, lo hizo con un texto teológico. Servet pensaba que el alma humana estaba confortablemente instalada en la sangre, y de ahí su interés por averiguar cómo transitaba el líquido vital por el cuerpo humano. El escándalo fue mayúsculo y, aunque logró escapar de su encierro inicial en Vienne, al fin fue capturado mientras asistía camuflado a un sermón de Calvino en Ginebra (Suiza). El implacable dictador religioso no quiso escuchar las peticiones de clemencia del aragonés y, sin dilación, preparó un juicio sumarísimo en el que se le negó abogado defensor.



La sentencia se dictó casi de inmediato siendo conducido al día siguiente a Champel, lugar donde se celebró su ejecución mediante la pena de ser quemado en la hoguera utilizándose leña verde para que la agonía fuera más lenta. Tenía 42 años y había conseguido polemizar con todos los sectores recalcitrantes del cristianismo.

Nefertari, la carismática mujer que enamoró a Ramsés II

Nació en Egipto, aunque se ignora con exactitud la fecha. Rápidamente se convirtió en la favorita del faraón, quien la elevó a la categoría de diosa. Con sólo 15 años de edad ya había engendrado al heredero. Fue una verdadera mujer de estado y propició el fin de la guerra con el imperio hitita.

El reinado del faraón egipcio Ramsés II (1298-1235 a.C.) está considerado como el cenit de aquella civilización milenaria bañada por las aguas del río Nilo. Si bien, la majestuosidad de este poderoso mandatario de la XIX dinastía pudo sustentarse en sus principales años de inteligente gobierno, gracias, en buena medida, a la armonía y serenidad que era capaz de transmitir su esposa favorita.



Nefertari, como otras relevantes féminas del antiguo Egipto, tiene orígenes inciertos envueltos con abundantes dosis de neblinoso misterio. Acaso, podamos especular con las sureñas ciudades Ajmin o Tebas (Egipto), como lugares que la pudieron ver nacer, aunque no se sabe con exactitud su fecha de nacimiento. De igual manera, ignoramos la raíz concreta de su linaje, aunque algunos egiptólogos piensan que provenía de estirpe real y, en ese sentido, se la entronca con el faraón Ay, de la XVIII dinastía, de quien podría ser bisnieta.

Sea como fuere, el primer testimonio fidedigno sobre esta hermosa mujer lo encontramos en tiempos del faraón Seti I, quien dejó en herencia a su hijo Ramsés II un país que gobernar y también un fabuloso harén, integrado por las más espléndidas mujeres de la época. Entre ellas, se encontraba Nefertari. Ésta impresionó al joven por su belleza y carisma, virtudes que consiguieron llevar a Ramsés hasta el altar de los dioses egipcios para, desde allí, consagrar a la antigua concubina como segunda esposa oficial y predilecta, en detrimento de Isis-Nefert, su primera mujer.

Para entonces, Nefertari, de apenas 15 años, ya había alumbrado a su querido primogénito Amón-Her-Jepesh-Ef. Tras él, llegarían tres varones más y dos hijas, las cuales también serían reinas gracias al matrimonio con su propio padre. Empero, toda la prole engendrada por Ramsés y Nefertari no conseguiría sobrevivir a su progenitor. Éste, a pesar de ello, no tuvo excesivos problemas para ser sucedido, pues a lo largo de su existencia contabilizó más de 150 descendientes legítimos o naturales.

Nefertari no se limitó a ser un simple objeto de decoración al lado de su esposo y ocupó los más de 20 años que el destino les concedió juntos en labores de Estado, como las diplomáticas, o en relevantes ceremonias religiosas, donde asumió un papel protagonista propio de grandes sacerdotes.

Precisamente, en ese tiempo, Egipto sostenía un duro conflicto bélico con el imperio hitita, y en dicho contexto se produjo la célebre batalla de Kadesh (1288 a.C.), en los territorios de la actual Siria, que ha pasado a la Historia por ser la primera refriega militar de la que quedó constancia documental escrita. La propia Nefertari participó de forma activa en las negociaciones de paz con los hititas tras 17 años de agotadora contienda. Envío numerosos documentos epistolares y magníficos regalos al rey de Hatti, Hattullis III, y a su esposa Pudu-Hepa, con quien dicen que la egipcia trabó una buena amistad, circunstancia que permitió de forma decisiva poner la rúbrica final a la guerra.



El faraón valoró con generosidad el buen hacer de su favorita y, subyugado por la belleza y elegancia de ésta, no tardó en elevarla a la categoría de diosa, concediéndole la gracia de Nefert-Ary Merit-En-Mut, en clara identificación personal con Mut, la amada esposa del todopoderoso dios Amón. Asimismo, Ramsés II le concedió el título de Señora de las Dos Tierras, hecho inusual que permitió a Nefertari ser regente de Egipto en ausencia de su esposo.

Lo cierto es que el faraón estaba profundamente enamorado de su esposa y siempre la trató como un igual en diferentes eventos de la vida social y religiosa de Egipto. Los epítetos elogiosos con los que el

mandatario obsequió a su mujer tuvieron su plasmación en el extraordinario templo que le dedicó –junto a la diosa Hathor– en Abu Simbel (Egipto), llamado «Pequeño Speos». En los nichos de la fachada aparecen colosales figuras de Nefertari de un tamaño similar a las del propio faraón.

Por otra parte, Ramsés II ordenó construir en el Valle de las Reinas el sepulcro más bello jamás concebido para una esposa real, pues decidió que su cuerpo mortal pasaría junto a ella al reino sobrenatural para vivir unidos el resto de la eternidad.

Nefertari falleció en torno a 1250 a.C., sepultada con honores dignos de una deidad egipcia. Por desgracia, su tumba llegó a nuestros días expoliada en su casi totalidad. No obstante, su descubrimiento, en 1904, por parte del arqueólogo italiano Ernesto Schiaparelli supuso todo un acontecimiento histórico. En el yacimiento se recogieron 50 objetos de escasa importancia, pero quedó constatado que era el hipogeo original que albergaba los restos de esta singular egipcia, cuya digna heredera sería la mismísima Cleopatra.

Nefertiti, la mujer más bella del Egipto faraónico

Nacida a mediados del siglo XIV a. C., su nombre significa “la bella que ha llegado”. Casada con Amenofis IV, desempeñó un importante papel político y religioso, ya que durante su reinado se instauró el culto al dios único Atón. La pareja, que se proclamó divina, tuvo seis hijas.

Esposa de Amenofis IV (el faraón hereje que reinó entre 1353 y 1337 antes de Cristo), fue una de las impulsoras del culto monoteísta en el antiguo Egipto. Su incomparable carisma brilló con luz propia en la XVIII dinastía, una de las épocas más fascinantes del enigmático país del Nilo.

Este icono del mundo antiguo nació a mediados del siglo XIV antes de Cristo. Mucho se ha elucubrado sobre sus orígenes. Algunos expertos afirman que era hija de Ay, un militar proveniente de la baja nobleza de Akhmim que ascendió a la dignidad de escriba real, siendo con el paso de los años el sucesor del faraón Tutankamón. Sobre su madre, ignoramos incluso cómo se llamaba, aunque se supone que murió de forma prematura, por lo que la pequeña Nefertiti fue criada por Tiy, la segunda esposa de Ay.



El nombre Nefertiti significa "la bella ha llegado", asunto que hizo sospechar a diferentes egiptólogos sobre su procedencia foránea. En ese sentido se la llegó a identificar con la princesa Tadu-Khepa —hija del rey de Mitanni Tushratta— que fue enviada a Egipto ante la petición de Amenofis III, pero que finalmente habría contraído matrimonio con el hijo de éste, Amenofis IV (Akhenatón). Hoy se sabe que con esa expresión —"la bella que ha llegado"— se aludía a la diosa Hathor, y que se aplicaba a la esposa real con ocasión de las Fiestas Sed [en estas celebraciones el faraón era regenerado espiritual y físicamente por la energía de las divinidades].

Se ignora por qué Amenofis IV la tomó por esposa cuando debía haberse unido con Satamón II, la princesa heredera. En cualquier caso, el faraón compartió con ella no sólo la reforma religiosa que instauró el culto al dios único Atón (del que fue adicta incondicional), sino también diversos actos oficiales y, posiblemente, la corregencia. Nefertiti le dio a su esposo seis hijas (tres nacieron en Tebas y otras tres, en la nueva capital, Akhetatón (Tell el-Amarna). Una de ellas se casaría con su hermanastro Tutankamón, primogénito de Amenofis IV y de su segunda esposa, Kiya.

A partir del cuarto año del reinado, Nefertiti —cuyo nombre había sido complementado desde tiempo atrás con el de Neferneferuatón o "perfecta es la perfección de Atón"— cambió la estética característica de las reinas pertenecientes a la XVIII dinastía. Así, dejó el clásico tocado, compuesto por dos plumas, cuernos de vaca y disco solar, para utilizar un casco azul y aplanado en su parte superior por el que hoy la conocemos.

En la actualidad, los especialistas suelen coincidir en que estos drásticos cambios manifiestan el paso de la pareja real a la esfera divina. Sea como fuere, parece comprobado que Nefertiti jugó un papel fundamental en el culto al dios Atón, tanto en el santuario de Karnak como en la nueva capital, Akhetatón.

Es muy probable que en esta nueva ciudad dirigiera personalmente parte de los rituales religiosos en honor a la deidad única, encabezando un selecto grupo de sacerdotisas. Sin embargo, este aparente protagonismo se esfumó en el año 12 del reinado de Akhenatón. A partir de ese momento, la figura de la bella Nefertiti desaparece de los vestigios arqueológicos o de las crónicas escritas, por lo que su biografía quedó cubierta por la bruma del enigma, dando paso a múltiples interpretaciones de los eruditos.

Unos piensan que fue repudiada por el faraón instalándose en el palacio septentrional de Tell el-Amarna, llamado Het Iten (Castillo de Atón). Otros aseguran que al morir su esposo, Nefertiti asumió —bajo el nombre de Ankheperura Neferneruatón— la regencia de Egipto durante tres años, tiempo en el que regresó a la ortodoxia de Amón.



Hoy ignoramos todo sobre su muerte, aunque se estima que cuando se produjo no contaba más de 30 años. En 1912 una expedición arqueológica alemana descubrió, en el yacimiento de Tell el-Amarna, los restos de un taller artesano perteneciente al maestro escultor Tutmén, donde hallaron los famosísimos bustos de Nefertiti. Uno de ellos, creado en piedra caliza policromada, de 50 centímetros de alzada, se encuentra en el Museo Egipcio de Berlín. Otro de cuarcita no menos interesante, aunque de sólo 33 centímetros de altura, se ofrece en las vitrinas del Museo de El Cairo.

En 2003 una expedición de Discovery Channel, dirigida por la arqueóloga Joan Fletcher, descubrió en la tumba KV35 del Valle de los Reyes, una momia de hermoso cuello largo y con signos en su cabeza de haber ceñido una corona alta y apretada, características que, junto a otras pruebas, la experta asoció a la célebre reina egipcia. Bien pudiera ser este descubrimiento el último testimonio dejado por esta misteriosa belleza faraónica.

Nicolás Copérnico, el científico que se centró en el Sol

Nació en 1473 en el seno de una acomodada familia. Estudió derecho canónico y medicina, aunque su verdadera pasión fue la astronomía. Formuló la teoría heliocéntrica, negando así la hipótesis oficial –desde el siglo II– que señalaba a la Tierra como centro del universo.

Durante siglos, la pugna entre religión y ciencia ha sido constante, con no pocos enfrentamientos que acabaron rubricando capítulos agrios e injustos. Posiblemente, la teoría heliocéntrica sea la más representativa de estas batallas intelectuales.

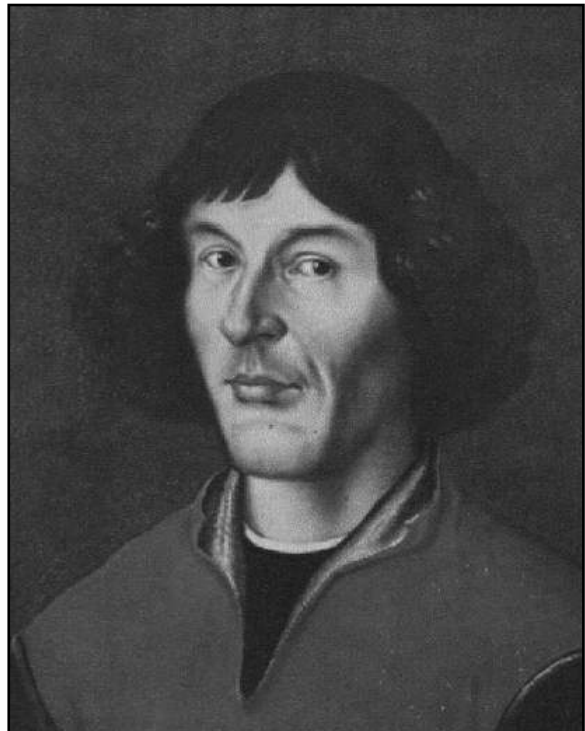
Nicolás Copérnico nació el 19 de febrero de 1473 en Thorn, una bella ciudad con tintes medievales que, por entonces, contaba 20.000 almas y estaba enclavada en una zona de identidad prusiana, pero de gobierno polaco. De hecho, existe hoy un debate general sobre la raíz natal del célebre astrónomo.

Sus padres fueron Bárbara Watzelrode y Micolaj Copérnico, un matrimonio inscrito en la acomodada burguesía local y dedicado en esencia al comercio del cobre, negocio que les permitió vivir desahogadamente cuidando de sus tres hijos, de los que Nicolás era primogénito.

Por desgracia, el padre falleció de manera prematura en 1484 y la tutela familiar pasó a manos del obispo Watzelrode, hermano de la madre y con notable influencia, lo que permitió asegurar una magnífica instrucción académica para sus sobrinos.

Precisamente, Copérnico inició sus estudios universitarios en Cracovia (Polonia) en 1492, justo el año en el que Colón descubrió el nuevo mundo, provocando una convulsión científica de alta magnitud que también llegó a la mente del futuro astrónomo.

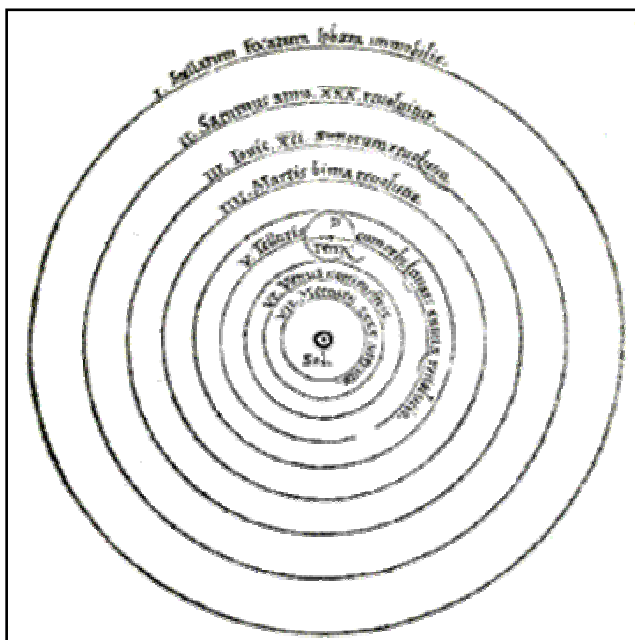
En enero de 1497 empezó a estudiar derecho canónico en la Universidad de Bolonia. Se alojó en casa de un profesor de matemáticas llamado Domenico Maria de Novara, que influiría de gran manera en sus inquietudes científicas. Este profesor, uno de los primeros críticos sobre la exactitud de la Geografía del astrónomo del siglo II Claudio Tolomeo, contribuyó al interés de Copérnico por la geografía y la astronomía. Juntos observaron —el 9 de marzo de 1497— la ocultación (eclipse a causa de la Luna) de la estrella Aldebarán.



Sin duda, estas sensaciones cósmicas marcaron el devenir de los acontecimientos para el joven estudiante. Cursó la carrera de Medicina entre 1501 y 1504, para más tarde regresar a Cracovia dispuesto a ejercer como médico y canónigo en el obispado de su tío. En este tiempo, Nicolás es apreciado por sus innegables dotes de galeno

entregado a la curación de pobres más que a sus estrictas responsabilidades eclesiásticas.

Algunos años más tarde, tras recibir la espléndida herencia de su tío, pudo dedicarse por entero a su verdadera vocación astronómica, esbozando los primeros apuntes sobre su, inquietante para la época, teoría heliocéntrica.



Según Copérnico, la Tierra no era —como se creía— el núcleo estático del firmamento, sino que la actividad dinámica del Sol (foto), los planetas y las estrellas se podía explicar admitiendo el doble movimiento de la Tierra; es decir, la rotación diaria sobre su eje y la traslación anual alrededor del Sol. Con este pensamiento se desmontaban las viejas teorías del astrónomo Tolomeo, quien estableció que la Tierra era el centro de referencia universal y que todo, incluido el Sol, giraba en torno a ella. Ésta última hipótesis era la oficialmente admitida por la iglesia católica, por lo que no es de extrañar que los defensores de Copérnico —en su casi totalidad,

protestantes— fueran considerados herejes de la ciencia impuesta y admitida.

Durante sus 30 años de investigación, plasmó sobre el papel las 27 observaciones del Cosmos que realizó y analizó otras efectuadas por estudiosos como él. Aunque también tuvo oportunidad de participar en actos más mundanos como la guerra y, en ese sentido, cabe mencionar que sostuvo con éxito la defensa del castillo de Allestein durante la contienda entre prusianos y polacos.

Finalmente, consiguió vencer su natural timidez e inseguridad y, estimulado por el aliento de amigos y discípulos como su alumno predilecto Rhético, consiguió licencia del duque de Prusia, del elector de Sajonia y de la Universidad de Wittenberg para publicar su opus magnum sobre astronomía en el verano de 1542. La obra se tituló La revolución de los cuerpos celestes y en ella quedaron plasmadas todas sus teorías sobre la concepción del Universo.

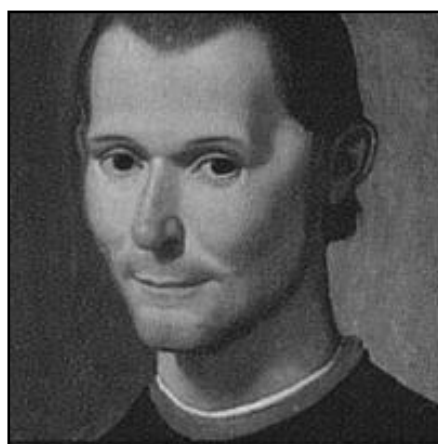
El 24 de mayo de 1543 llegó el primer ejemplar impreso a las manos de su creador, que se encontraba desde hacía semanas sumido en los estragos de una enfermedad fatal. Justo ese día falleció con la serenidad de aquél que ha cumplido con un maravilloso destino. Su teoría tuvo tantos detractores como defensores y durante mucho tiempo la polémica se adueñó de la órbita científica y religiosa. Algunos heliocentristas acabaron en la hoguera, otros como Galileo Galilei, fueron a juicio, aunque al fin la razón se impuso y Copérnico pudo formar parte de la galería de personajes decisivos en la Historia.

Nicolás Maquiavelo, el artífice de la razón de Estado

Junto a Leonardo da Vinci, está considerado el prototipo de hombre del Renacimiento. Nació en 1469 en Florencia y se inició en la política tras la caída de los Medici. Sin embargo, el regreso de esta poderosa familia al poder le alejó del gobierno y dio paso al escritor.

Fue el ideólogo pionero del pensamiento político moderno. Hombre de extensa cultura clásica, supo granjearse la amistad de grandes gobernantes, gracias a sus trabajos diplomáticos en los que demostró sus dotes para la retórica, acompañadas de frases teñidas de ingenio y lucidez. Sus obras literarias siguen engrosando hoy la lista de bestseller universales.

Este ilustre renacentista italiano nació en la bella ciudad de Florencia, el 3 de mayo de 1469. Era el tercer filogenético de Bernardo y Bartolomea, un típico matrimonio burgués venido a menos en lo económico, por causa de la excentricidad de la que hizo gala el progenitor. Bernardo era un abogado de segunda fila más volcado en sus aficiones literarias que en ejercer su oficio. Por este motivo, el hogar de los Maquiavelo nunca disfrutó de abundancia en ningún sentido, salvo en el de los libros, una pasión compartida por todos los miembros del clan, incluido el pequeño Nicolás; el más parecido a su padre en cuanto a personalidad y gustos culturales.



Poco más sabemos de esta etapa juvenil de Maquiavelo. Amante de los textos grecolatinos y de la sabiduría en general, no había sido llamado, en principio, a ocupar ningún cargo relevante en el gobierno florentino, pues su linaje carecía del prestigio suficiente. Sin embargo, el destino había dispuesto otra cosa para él.

En 1494 los Medici fueron expulsados de Florencia y se potenció el aparato gubernativo republicano, en cuyo seno nació la llamada Segunda Cancillería, una oficina pública desde la que se dirigirían las cuestiones militares y las relaciones exteriores. Y, precisamente, para este último propósito fue designado Nicolás Maquiavelo en 1498. A pesar de su proclamada falta de reputación familiar, no tuvo mayor oposición para acceder al cargo, debido a que los magnates florentinos supieron ver en él las virtudes políticas y las capacidades de negociación necesarias para las futuras misiones diplomáticas que esperaban al joven.

Así, el flamante emisario se aferró con voluntad e ilusión a su nuevo trabajo, convirtiéndose en viajero incansable por varias latitudes geográficas y cumpliendo con pulcritud máxima cada encargo formulado por el consejo florentino.

En esos años, el papa Alejandro VI ocupaba el trono de Pedro en el Vaticano y su hijo, César Borgia, se enseñoreaba de los territorios pertenecientes a la región de la Romaña con el propósito de cimentar un estado propio para su poderosa estirpe. Fue aquí cuando ambos personajes coincidieron por mor de los acontecimientos bélicos de la época. Tanto Maquiavelo como César mostraron de inmediato una mutua admiración que acabó en sincera amistad.

En 1501 il Machia, como le llamaban sus amigos, se casó con Marieta Corsini, una mujer de gran temperamento con la que tuvo sus cuatro vástagos, Guido, Ludovico, Bartolomea y Bernardo. A pesar de ello, el incansable embajador apenas estaba en casa; bien por las agotadoras empresas en el exterior, bien por sus constantes amoríos extramatrimoniales. Asunto por el que recibió abrumadoras broncas de su nada complaciente esposa.

En 1512 se le implicó de forma arbitraria en una conjura gestada contra los Medici, quienes habían recuperado el poder en Florencia. Maquiavelo fue apresado y sentenciado a muerte. La pena fue conmutada por el nuevo papa León X. Éste, en un acto de magnanimidad, envió al florentino y a su familia a un exilio campestre en la aldea Sant'Andrea, en Percussina, donde los Maquiavelo poseían unos terrenos boscosos de los que vivieron desde entonces.

A partir de ahí, surgió el magnífico autor literario que hoy conocemos. Su retiro forzoso de la política le permitió adquirir una interesante perspectiva desde la que concibió «El príncipe», escrita en 1513 y cuyo argumento esencial giraba en torno a la razón de Estado. Con el tiempo, esta obra inspirada en figuras como César Borgia o Fernando el Católico se transformó en libro de cabecera para todo aquel gobernante que quisiera mantener su poder a costa de lo que fuera. A este título le sucedieron otros como El asno de oro, La mandrágora o una curiosa historia florentina escrita en 1525 por encargo del papa Clemente VII y que fue su último libro. Aunque también nos dejó un inmenso legado epistolar del que sobresale Carta a mi amigo Vettori, considerada por sus exegetas un texto imprescindible de aquel periodo.

Maquiavelo falleció el 21 de junio de 1527 víctima, según algunos, de una sobredosis de píldoras de aloe, una sustancia que tomaba en el intento de mitigar sus frecuentes dolores de cabeza. Con él se fue el último gran representante de aquellas mentes luminosas que permitieron huir del oscuro pasado medieval.

Nostradamus, el médico visionario que anticipó el futuro.

Miembro de una familia de médicos y prestamistas judíos convertidos al cristianismo. La peste negra marcó su existencia: se cobró la vida de su primera mujer y de dos de sus hijos y le llevó a descubrir un remedio para prevenirla. Pero fueron sus profecías las que le dieron fama.

Fue uno de los personajes más asombrosos y respetados de su tiempo. Médico, astrólogo, botánico, alquimista... Combatió con todas sus fuerzas la peste negra que atenazaba Francia mientras auguraba, gracias a sus renombradas cuartetos proféticas, el futuro de la Humanidad.

Michel de Notredame vino al mundo en la localidad francesa de Saint-Rémy (Provenza), en 1503. Pertenecía a una acreditada familia de médicos y prestamistas de origen judío, aunque todos ellos conversos al cristianismo. Siendo adolescente mostró interés por la ciencia médica y, dispuesto a seguir con la tradición familiar –de la que su abuelo materno era el máximo representante–, se inscribió en la Universidad de Aviñón. Si bien sus estudios académicos quedaron interrumpidos de forma brusca por la aparición, en la región de la Provenza, de la terrible peste negra que en pocos años diezmo la población sin distinciones sociales. La propia universidad tuvo que cerrar sus puertas por el miedo a los estragos de la plaga y muchos estudiantes, incluido Michel, quedaron a expensas de recibir su titulación.



En este tiempo el futuro adivino deambuló por algunos territorios franceses con el afán de investigar a fondo la raíz de este mal endémico para Europa. En 1529 se atenuaron los síntomas de la epidemia y el joven aspirante a galeno pudo, al fin, retornar a las aulas del saber, matriculándose en la Universidad de Montpellier, donde, ahora sí, obtuvo la licenciatura que anhelaba.

Dispuesto a ejercer su profesión, el flamante médico se instaló en la ciudad de Agen, allí se casó y nacieron sus dos primeros hijos. Sin embargo, la fatalidad quiso que, poco después, tanto su mujer como sus vástagos fallecieran víctimas de la implacable peste. Este luctuoso hecho deprimió al inagotable buscador de sabiduría, quien se dedicó al estudio de esta fatídica enfermedad que devastaba pueblos y países. Según confirman sus numerosos exegetas, fruto de sus averiguaciones empíricas, De Notredame descubrió un remedio muy eficaz para prevenir en cuerpos sanos la peste bubónica, mientras recomendaba prácticas higiénicas como medidas profilácticas para evitar contraer la carga letal transmitida por los roedores.

En 1544 se casó de nuevo con una bella y adinerada viuda que le daría seis hijos. Para entonces, su fama como médico se encontraba en un punto álgido, lo que propició que años más tarde la reina francesa Catalina de Medici le llamase a su lado para convertirlo en su médico y astrólogo personal.

En 1555 Nostradamus –quien había latinizado su apellido con la intención, muy al uso de la época, de provocar respeto ante los demás– publicó sus célebres profecías, compendiadas en un volumen por el que se distribuían siete centurias.

En dicho y nebuloso escrito se auguraban, de forma hermética, diversos vaticinios acerca del futuro que sufriría nuestra civilización. Tres años más tarde apareció otra edición en la que se incluían tres nuevas centurias, con un total de 1.174 cuartetas versificadas. El pronóstico más resonante de su tiempo fue el que anticipaba la muerte del rey francés Enrique II por las heridas recibidas en una justa y que se cumplió en 1559.

Además de este funesto presagio, Nostradamus adelantó, según sus más depurados analistas, otros episodios fundamentales para la Historia: la Revolución Francesa, las dos guerras mundiales y la llegada del nazismo. O incluso, más cercano a nuestra época, el estallido de la Tercera Guerra Mundial, la invasión mahometana de España, el nacimiento del Anticristo y así hasta el año 3797, fecha en la que, según el autor, acabará nuestro mundo con el Apocalipsis.

En todo momento, este cuidadoso astrólogo supo redactar sus poemillas con el suficiente tacto para evitar la acción fulminante de la Santa Inquisición. Él mismo confesaría años más tarde que sus cuartetas habían sido elaboradas para ser leídas en siglos posteriores, cuando ya estuviesen libres de mentes ignorantes.

Pero al margen de su faceta como augur, este personaje peculiar también nos dejó obras literarias en las que plasmó su inmenso acervo científico. Baste decir que la propia Isabel I de Inglaterra utilizaba con frecuencia las recetas estéticas creadas por el galeno francés.

El 2 de julio de 1566 falleció en Salon (Francia) y, como es obvio, él mismo adelantó la fecha exacta en la que se produciría su óbito. Tuvo como sucesor a uno de sus hijos, de idéntico nombre, el cual no estuvo a la altura de su progenitor. En la actualidad, sus enigmáticas profecías siguen siendo un best-seller mundial con decenas de traducciones y millones de lectores, casi tantos como intérpretes de su legado.

Oliver Cromwell, un dictador cruel y puritano

Con él se estableció la república inglesa en contraposición a los desmanes de Carlos I. Y aunque acabó como un dictador con ambiciones de rey, tuvo la lucidez suficiente para instaurar en 1653 la Commonwealth, institución que sentó las bases del futuro Estado británico.

Nacido en Huntingdon el 25 de abril de 1599, fue el segundo de 10 hijos en una modesta familia de terratenientes. Los Cromwell se caracterizaron durante todo el siglo XVI por sus planteamientos religiosos muy cercanos a las corrientes reformistas que iban naciendo en el seno de la nueva religión protestante. Oliver se educó como puritano, dominado por la austeridad preconizada por este movimiento y por la lectura escrupulosa de la Biblia. Con 16 años inició sus estudios de jurisprudencia en Cambridge, si bien, la muerte de su progenitor le abocó hacia algunos episodios licenciosos que en todo caso no le desviaron de sus creencias puritanas, casándose a la edad de 21 años con Isabel Bouchier. Fruto de esa unión nacieron nueve hijos.

En 1628 se convirtió en un modesto parlamentario cuyas intervenciones no se caracterizaban por la brillantez, combinando sus actividades políticas con amplios retiros en el campo. En el verano de 1642, el monarca absolutista Carlos I, tras múltiples conflictos internos, volvió a dar síntomas de prepotencia al exigir la cabeza de cinco ilustres parlamentarios acusándoles de traición. La Cámara rechazó la orden real y la ciudadanía londinense tomó las calles y las armas en defensa de sus representantes. El rey tuvo que huir precipitadamente a Oxford, donde le esperaba su ejército. Había estallado la guerra civil.

En un bando se encontraban los partidarios de Carlos: contingentes integrados por la alta aristocracia, así como la mayoría de anglicanos y católicos. Frente a ellos estaban los "cabezas redondas" —llamados así por sus cabellos cortados a la moda puritana— con tropas reclutadas entre la gentry, o gentiles hombres rurales, a los que se sumaban burgueses, industriales, negociantes, lo que hoy consideraríamos como la clase media. Entre las tropas rebeldes destacaban por su agresividad y fanatismo religioso los "ironsides" o "costillas de hierro", soldados de elite escogidos personalmente por Oliver Cromwell.

Durante tres años se sucedieron los combates con victorias y derrotas para las dos facciones. Finalmente, en junio de 1645 se produjo la decisiva batalla de Naseby, donde 14.000 efectivos parlamentarios destrozaron a las mejores unidades reales conformadas por casi 8.000 hombres. En este tiempo, el extremista Cromwell había ganado reputación y prestigio entre la población luchando como lugarteniente de Thomas Fairfax, comandante en jefe de los sublevados. Sus ironsides participaron en las acciones más arriesgadas, así como en las victorias épicas de aquel conflicto, lo que aportó grandes beneficios a la figura de Cromwell quien, en 1647, ya dominaba la situación interna.

Un año más tarde, depuró el Parlamento eliminando a sus representantes más moderados. Además, condujo a juicio al vencido soberano situándole frente a un tribunal superior que le acusó de traición,



tiranía y asesinato. La sentencia condenó a Carlos I a morir decapitado el 30 de enero de 1649. En los años siguientes, Cromwell se dedicó a sofocar la revuelta de los católicos irlandeses con una crueldad no conocida hasta entonces. En 1653 disolvió un Parlamento poco afín a su persona y creó un Consejo de Estado y ejército compuestos por sus mejores aliados, convirtiéndose de ese modo en Lord Protector de la República de Inglaterra, Irlanda y Escocia.

El flamante dictador elaboró varias leyes educativas y religiosas y creó el concepto de Commonwealth. También acabó con la Cámara de los Lores y organizó el territorio británico en 12 regiones con sus correspondientes comandantes llenos de plenos poderes otorgados por él.

Embriagado de puritanismo, impuso al pueblo una austeridad extrema, suprimiendo los trajes ostentosos, aboliendo fiestas tradicionales, cerrando teatros y tabernas o prohibiendo toda clase de manifestaciones deportivas. El antaño respetado y admirado liberador se convirtió en un personaje odiado por el pueblo. Sus seguidores le llegaron a ofrecer la corona. Sin embargo, él la rechazó, aceptando tan sólo la distinción de alteza, así como la posibilidad de instaurar en el futuro una dinastía familiar. En cuanto a política exterior, adoptó severas medidas tributarias hacia los buques que recalaban en puertos británicos y mantuvo la guerra con España arrebatándole Jamaica y Dunkerque.

Falleció el 3 de septiembre de 1658 víctima de unas fiebres malignas. Le sucedió su hijo Richard, incapaz de asumir el legado paterno. En 1660 los británicos recuperaron la monarquía en la figura de Carlos II. La tumba de Cromwell fue profanada y sus restos diseminados por diferentes lugares. Era como si todos quisieran olvidar el mal sueño de un hombre, por otra parte, decisivo para la Historia del Reino Unido.

Paul Nipkow, el joven alemán que se convirtió en padre de la televisión

Nació en 1860 en la localidad alemana de Lauenburg. Obsesionado durante años con la idea de poder transmitir una imagen a distancia, diseñó y patentó el disco de Nipkow, considerado como el primer sistema de televisión de la Historia. Tenía sólo 23 años.

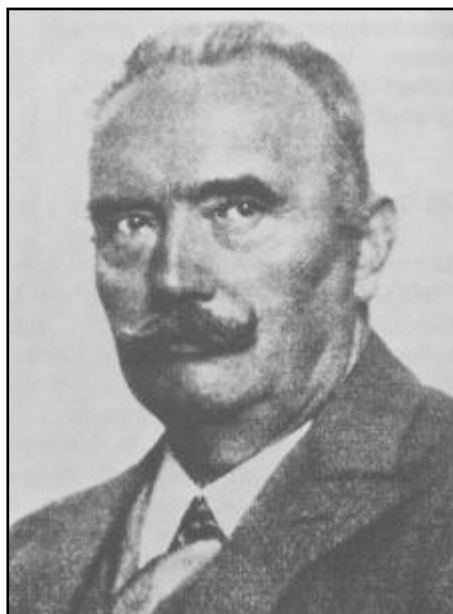
A finales del siglo XIX, la intuición y pericia de diversos científicos dio, como consecuencia visible, un impulso definitivo a diferentes inventos que mejoraron la calidad de vida de los humanos y su mejor comunicación, en un contexto tecnológico que cambiaría para siempre nuestra civilización.

Acaso el más sorprendente de dichos prodigios fue la televisión, un artilugio capaz de transmitir imágenes a distancia que, si bien fue desarrollado con plenitud en el segundo tercio del siglo XX, cabe atribuir su idea primigenia a un pionero alemán obsesionado por diseccionar escenas y figuras para recomponerlas a larga distancia.

El artífice del primer sistema de la llamada televisión mecánica nació el 22 de agosto de 1860 en Lauenburg, una pintoresca ciudad de Pomerania (Alemania). El nombre completo con el que fue inscrito en el registro civil de su localidad natal fue Paul Julio Gottlieb Nipkow.

Siendo niño ya destacó sobremanera en su instrucción académica, descolgando en las materias científicas, por lo que sus padres le animaron a proseguir con su recién nacida vocación. De ese modo, se matriculó en la Escuela Técnica de Neustadt (en el oeste de Prusia), donde realizó estudios de telefonía, experimentando con cuadros móviles.

Asimismo, el brillante joven se interesó por los secretos de la óptica en sus vertientes electrofísica y fisiológica, disciplinas en las que fue instruido por grandes mentores, como Hermann von Helmholtz y Adolf Slaby. En aquellos años causaba sensación el desarrollo de la fototelegrafía, y el inquieto Nipkow no quiso permanecer ajeno a aquella revolución tecnológica. Puso todo su empeño en estudiar las técnicas que, en ese sentido, se venían impulsando desde décadas anteriores a cargo de eminentes investigadores como Bain, Le Blanc, Selencq...



Todos ellos trabajaban con absoluta pasión en culminar una carrera que se entendía vital para la fluidez de las comunicaciones en nuestro planeta. Sin embargo, fue este lúcido estudiante quien daría un paso decisivo. Durante la víspera de Navidad de 1883, Nipkow sintió el toque de una genial intuición que le obligó a sentarse frente a su mesa de trabajo durante horas, con la única iluminación de un candil de aceite. No paró de proyectar sobre el papel ideas confusas acerca de una posibilidad albergada en su mente desde hacía meses. Ésta era poder transmitir, mediante un sistema especial, una imagen a distancia.

Finalmente, el ilusionado y joven científico ideó —esa misma madrugada— un dispositivo analizador de imágenes, que consistía en un disco plano y circular perforado por pequeños agujeros que se hallaban dispuestos en forma de espiral.

Cuando dicho disco giraba con un motor eléctrico, los pequeños orificios pasaban entre el espectador y la figura seleccionada, de manera que sólo una pequeña porción de la figura era visible en cada momento. Sin embargo, si el disco iba a mayor velocidad, el ojo podía reconstruir una imagen total de la figura. Había nacido el conocido popularmente como disco de Nipkow. Asimismo, este inventor germano elaboró un método innovador, cuya teoría esencial se basaba en transmitir imágenes a distancia, gracias a una célula de selenio, si bien, en aquel tiempo no pudo construir un aparato capaz de transmitir imágenes en movimiento.

No obstante, el mencionado disco de Nipkow había mejorado sensiblemente cualquier intento anterior en la codificación de imágenes para ser transmitidas a distancia, y su creador solicitó en la oficina imperial de patentes, sita en Berlín, el registro de su invento. Una petición que fue aceptada el 15 de enero de 1885 con efecto retroactivo al 6 de enero de 1884. Empero, Nipkow no pudo concretar la realización física de su creación y la patente caducó a los 15 años sin mayor resultado.

En 1900, Constantin Perskyi utilizó, por primera vez, el término televisión. Fue durante la lectura de un discurso en la Exposición Universal de París. Dicha expresión fusionaba la palabra griega tele (distancia) y la latina visio (visión). En el texto, se elogiaban los trabajos de Paul Nipkow y otros pioneros de este flamante medio de comunicación. Años más tarde, tras múltiples avances, el ingeniero escocés John Logie Baird lograba sustituir la primigenia célula de selenio —ideada por el alemán— por una célula fotoeléctrica, capaz, ahora sí, de transmitir imágenes en movimiento.

En 1928, el padre de la televisión pudo al fin contemplar con emoción el funcionamiento de aquel invento imaginado por él 45 años atrás. La llegada de los nazis al poder en Alemania y su constante ensalzamiento de los valores germanos supusieron un acto de reivindicación sobre la paternidad teutona de la incipiente televisión. En 1935, los alemanes inauguraron su primera estación pública de televisión y aprovecharon el evento para nombrar al anciano Paul Nipkow presidente honorario del Consejo de la Televisión. Un año más tarde, los ingleses iniciaban la programación regular de emisiones televisivas, mientras que en Alemania se daba un impulso definitivo con las transmisiones realizadas en los Juegos Olímpicos de Berlín.

La televisión era, a estas alturas, un medio de comunicación imparable, asunto que quedó constatado en 1937, durante la Exposición Universal de París, en la que muchos países se interesaron en emprender sus propias emisiones televisivas.

Paul Nipkow falleció el 24 de agosto de 1940, viendo como su país se sumergía en el abismo de la guerra, aunque gozoso tras comprobar como su sueño estaba a punto de cambiar el mundo. En nuestro país Televisión Española comenzó sus emisiones regulares en 1956.

El ilusionado y joven científico ideó esa misma madrugada [víspera de Navidad de 1883] un dispositivo analizador de imágenes, que consistía en un disco plano y circular perforado por pequeños agujeros que se hallaban dispuestos en forma de espiral.

En 1935, los alemanes inauguraron su primera estación pública de Televisión y aprovecharon el evento para nombrar al anciano Paul Nipkow presidente honorario del Consejo de la Televisión. Un año más tarde, los ingleses iniciaban sus emisiones

Ponce de León, el conquistador que buscó la fuente de la eterna juventud

Nacido hacia 1460 en un pueblo de Valladolid, fue paje de Fernando II de Aragón. Conquistó Puerto Rico y se convirtió en su gobernador, impulsando la explotación aurífera de la isla. Pero si algo obsesionó a este aventurero fue encontrar los míticos manantiales de la inmortalidad.

Cuantos soldados, aventureros y caballeros se adentraron en la epopeya americana, intentaron obtener no sólo ventajas honorables, sino también económicas. La búsqueda incesante del oro nutrió de múltiples narraciones y leyendas aquella España del siglo XVI que transitaba, casi sin oposición, hacia la titulación imperial. No es de extrañar, por tanto, que muchos eligieran la opción americana como campo de actuación para sus inquietas almas. Uno de ellos destacó sobremanera: Juan Ponce de León.



Nacido hacia 1460 en el vallisoletano pueblo de Santervás de Campos, pertenecía a una distinguida familia noble muy vinculada a la Corona, por lo que siendo niño fue paje del rey Fernando II de Aragón. Más tarde tuvo la oportunidad de demostrar su valía en la batalla participando en la guerra de Granada.

Según parece, formó parte de la tripulación que engrosó el segundo viaje colombino y, en 1502, era ya uno de los lugartenientes de Nicolás de Ovando, gobernador de La Española (Santo Domingo). Seis años después, éste le concedió licencia para explorar la isla de Borinquén (Puerto Rico), una aventura que emprendió con sólo 42 soldados y ocho marineros. Era un grupo exiguo, pero suficiente para levantar un primer asentamiento en aquel lugar al que llamaron San Juan. Los españoles fueron recibidos de forma amistosa por el cacique Agueybana. Éste le habló a Ponce de León de grandes ríos repletos de oro; la valiosa información animó a los viajeros, quienes con presteza dispusieron lo necesario para la extracción del preciado metal.

El propio capitán castellano utilizó su única nave para regresar cargado de riquezas dispuesto a comunicar la buena nueva del descubrimiento a su jefe. Ovando, complacido por el relato, le concedió en 1509 la facultad de regresar a Borinquén con muchos más colonos, víveres y materiales, lo que supuso el arranque oficial de la presencia española en la exuberante isla caribeña.

En 1510, con el título de teniente explorador y gobernador, trasladó a un centenar de pobladores e inició la explotación comercial de la isla, encomendando indios a los terratenientes y obligando a los nativos a trabajar en condiciones penosas en los yacimientos auríferos que se iban encontrando.

La situación en San Juan no se presentaba halagüeña: escasez de colonos que quisieran asentarse, indios sometidos al implacable rigor de las minas y explotaciones, enfermedades tropicales... Todo ello enojó al otrora amigo Agueybana, quien lideró una revuelta indígena que fue severamente sofocada por las eficaces armas europeas.

Al final, la incipiente colonia quedó pacificada, con lo que Ponce de León tuvo tiempo para que algunos indios amigos le contaran la historia de Bimini, un vergel cuajado de manantiales de cuyas aguas —según las narraciones populares— se obtenía la eterna juventud.

Localizar este mito se convirtió en su máxima prioridad. En marzo de 1512 abasteció tres naves y con ellas zarpó rumbo a los lugares de los que hablaban con tanta certeza los habitantes primigenios de Borinquén. Según estos, Bimini se ubicaba al norte de la isla de Cuba y, merodeando esa zona, los españoles contactaron con la península de la Florida, tras haber explorado el archipiélago de las Bahamas. Sin embargo, no consiguieron descubrir la ansiada fuente de la inmortalidad.

A pesar de ello, Ponce no cejó en su empeño. En 1515 se embarcó hacia España para negociar con el Consejo de Indias capitulaciones y recabar los apoyos necesarios. Seis años después, nombrado adelantado y justicia mayor de la Florida, logró barcos y hombres para colonizar dicho enclave americano. Pero, al poco de arribar a sus costas, el contingente español recibió un terrible ataque de los seminolas, indios autóctonos que se desenvolvían como auténticos fantasmas en esas latitudes sembradas de manglares y caimanes.

Los fieros aborígenes diezmaron la tropa hasta que el propio Ponce de León cayó malherido tras recibir una certera flecha. Su precaria salud obligó a que fuera evacuado a Cuba, donde falleció poco después en la recién fundada ciudad de La Habana. Sus restos mortales fueron llevados a su querido San Juan para ser enterrados en la capilla mayor de la iglesia de Santo Tomás. En 1913 fueron trasladados definitivamente a la catedral puertorriqueña.

Pese al evidente fracaso en la búsqueda de la eterna juventud, otros españoles no se arredraron y mantuvieron intacto el deseo de encontrar el mítico manantial. Durante años se prospectó por todas las Antillas e incluso se puso el nombre de Bimini a uno de sus archipiélagos —sito 97 kilómetros al este de Miami— sin que nadie pudiese probar jamás gota alguna de semejante elixir.

Quinto Sertorio, el aventurero que quiso ser emperador de Roma

Nacido hacia 122 a. C., en el seno de la nobleza romana. Lugarteniente del consul Mario, fue nombrado pretor de Hispania Citerior. Se convirtió en proscrito y declaró la guerra a Roma tras instaurarse la dictadura en ella. Dirigió la resistencia hispana y fue mitificado como héroe nacional.

Militar, político y buscavidas, encarnó a la perfección al héroe rebelde del mundo antiguo. Ensalzado por autores como Plutarco, plantó cara en Hispania durante varios años a las implacables legiones romanas, hasta convertirse en el enemigo público número uno de la mortecina república.

Nacido hacia 122 a. C., pertenecía a una influyente familia romana de la nobleza. Siendo adolescente orientó su vocación a la milicia e hizo armas luchando contra las tribus germánicas, principalmente, cimbrios y teutones. Según las crónicas de la poca, fue fiel al siete veces cónsul Mario, junto al que participó en algunas victorias en las que contrajo méritos suficientes para ascender en el escalafón militar.

Años más tarde, luchando en Hispania, destacó por diversas acciones bélicas, como la acontecida en Castulo (Linares), ciudad que fue arrasada en represalia por la masacre que los autóctonos cometieron sobre algunas unidades legionarias pertrechadas en la localidad. La noticia llegó a Roma, y el Senado le concedió la corona cívica con hojas de roble, el mismo triunfo que alcanzara Julio César tiempo después.

Sertorio mostró afinidad por la ideología política de su admirado Mario y, en consecuencia, se afilió al partido popular que luchaba contra los conservadores optimates, cuyo representante más destacado era Sila, quien —en enero de 81 a. C.— entraba a sangre y fuego en Roma en uno de los capítulos más vergonzosos de su historia.

Hasta esa fecha, Sertorio había prosperado como magistrado romano, siendo nombrado en 83 a. C. pretor de la provincia Hispania Citerior [comprenda la costa este, desde los Pirineos a Cartagena]. Los acontecimientos del conflicto civil le alejaron del poder y quedó a expensas de ser purgado por el nuevo dictador romano. Se convirtió en un proscrito cuya única salida fue la de proclamar una guerra personal contra Roma y, con un puñado de soldados, se adueñó de la provincia Citerior.



Su carisma y elocuencia ganaron para su causa a miles de veteranos legionarios que vivan como colonos en la península Ibérica. Consiguió formar un pequeño ejército de 9.000 efectivos, que fraccionó en dos contingentes, dispuesto a defender los pasos pirenaicos y el valle del Ebro contra las tropas que estaba a punto de enviar Sila para reprimir la sublevación provincial.

En la primavera de 81 a. C. llegó el general Annio Lusco al mando de dos legiones que aplastaron sin miramientos a los 6.000 hombres dirigidos por Livio Salinator, lugarteniente de Sertorio. Este fue proclamado *hostis publicus*; es decir, enemigo público de Roma, lo peor que le podía ocurrir a un ser humano de la antigüedad. Tras su derrota en los Pirineos se replegó, junto al resto de su ejército, hasta Cartago Nova (Cartagena) y embarcó rumbo a las costas africanas con la esperanza de rehacerse para contraatacar.

Después de múltiples peripecias regresó a Hispania, donde los lusitanos —siempre levantiscos ante los invasores latinos— le ofrecieron el mando de sus ejércitos, pues veían en él al sucesor de su héroe Viriato. El flamante caudillo posea unas condiciones innatas para la guerra y supo ver en sus nuevos soldados cualidades para combatir a las legiones romanas.

De inmediato, se empleó en el entrenamiento de aquellas unidades mixtas formadas por veteranos legionarios y formidables guerrilleros. Pronto, la mezcla de ambos conceptos comenzó a dar sus frutos. Durante ocho años los ejércitos sectorianos mantuvieron en jaque a cuantas legiones fueron enviadas desde Roma.

En ese tiempo, Sertorio llegó incluso a soñar con la invasión de la península italiana, mientras creaba un Senado paralelo en Hispania y estrechaba lazos con las entidades tribales. En ese sentido, fundó una escuela de altos estudios en Osca (Huesca), en la que se pretendía formar como magistrados a los hijos de los jefes nativos leales a su causa.

Finalmente, Roma utilizó toda su capacidad bélica para aplastar el foco rebelde hispano y mandó las tropas de los generales Metelo y Pompeyo que, en un efecto tenaza, acabaron con Sertorio refugiado en sus reductos del norte peninsular. Las batallas se sucedieron, originando miles de muertos en uno y otro bando, con episodios trágicos como el sitio de Calagurris (Calahorra), en el que la práctica totalidad de sus habitantes murió por las armas o el hambre.

En el año 73 a. C se puso precio a la cabeza de Sertorio quien, sólo y abandonado por sus antiguos aliados, fue asesinado a traición en un banquete que se celebraba en Osca. Una vez eliminado, Hispania fue momentáneamente pacificada. No obstante, las Guerras Sertorianas contribuyeron a minar los cimientos de la república romana y decenios más tarde aflorara el nuevo estamento imperial.

Ricardo Corazón de León: la caballeridad británica

Con 15 años se conjuró con sus hermanos para destronar, sin lograrlo, a su padre, Enrique II de Inglaterra. Tras su muerte, en 1189, accedió al trono. Poco después, junto a su “amigo” Felipe II de Francia, marchó a Tierra Santa para participar en la Tercera Cruzada.

Durante casi dos siglos la cristiandad libró ocho cruzadas en Tierra Santa con la pretensión de liberar los territorios por los que había predicado Jesús de Nazaret. Sin duda, la más resonante fue la tercera, gracias sobre todo a la pujanza y brillo de Ricardo I de Inglaterra, quien se convirtió en símbolo máximo de los paladines cristianos que guerreaban en Oriente contra los ejércitos del islam. Su valiente gallardía en combate, así como sus aventuras le distinguieron como luminoso ejemplo del caballero medieval.

Nacido el 8 de septiembre de 1157 en Oxford (Inglaterra), era el tercer hijo varón del matrimonio entre el rey inglés Enrique II y la duquesa Leonor de Aquitania. Pronto se reveló como el favorito de su madre por las innegables muestras de sensibilidad y amor hacia las historias juglarescas, haciendo gala de un conocimiento profundo a lo largo de su vida. En su afición por la música llegó a dirigir coros eclesiásticos y a entonar bellas canciones que complacían a su carismática progenitora.

Durante su infancia se educó de la manera más exquisita en compañía de sus hermanos, quienes, gracias posiblemente a la influencia materna, no tardaron en conjurarse contra su padre con la clara intención de provocar su destronamiento. En ese tiempo Ricardo contaba apenas 15 años de edad y, aunque el levantamiento fue sofocado por un enojado Enrique II, éste en un acto de amor paterno filial o de lógico raciocinio otorgó el perdón a sus vástagos. No obstante, tuvo que asistir al funeral de dos de ellos: Guillermo, el heredero, y Enrique el Joven, su segundo filogenético.

En consecuencia, los caminos hacia la corona de Inglaterra quedaron expeditos para Ricardo, quien se proclamó rey tras el fallecimiento de su padre, el 3 de septiembre de 1189, mediante una ceremonia fastuosa celebrada en la abadía de Westminster. A los pocos meses se embarcó rumbo a la Tercera Cruzada que se iba a librar en Tierra Santa.

Ricardo era audaz como pocos, su larga y ondulada melena rubia le había procurado el sobrenombre de Corazón de León. Empero, algo no terminaba de encajar en las



aspiraciones de la dinastía monárquica inglesa, y es que el flamante soberano parecía no gustar de las compañías femeninas y sí, en cambio, de jóvenes galantes como su íntimo amigo el rey francés Felipe II Augusto. Con él preparó la expedición punitiva contra el islam que dominaba Jerusalén y otros santuarios sagrados para la cristiandad.



El objetivo principal de la empresa pasaba por derrotar al poderoso sultán Saladino, quien había humillado a los cruzados años antes en la cruenta batalla de Hattin. Por desgracia surgieron discrepancias sobre cómo se debía encauzar aquella hazaña, sembrándose la discordia en el campamento cristiano. Y para mayor desastre apareció en escena la bellísima Berenguela de Navarra, una princesa elegida por la madre del inglés para acallar las intensas murmuraciones sobre las relaciones homosexuales de su hijo. Ricardo, resignado ante las aseveraciones de su enérgica protectora, accedió a una boda que quedó ratificada en Limasol (Chipre). Este asunto terminó por resquebrajar definitivamente la amistad entre Felipe y Corazón de León, provocando el abandono francés de la santa empresa.

Por su parte, el fogoso rey británico mantuvo el empeño de combatir a Saladino en Oriente. Sus tropas se batieron con suma eficacia en puntos clave como San Juan de Acre, y finalmente los dos jefes acordaron una tregua de varios años, lo que permitió el trasiego libre de peregrinos cristianos a Jerusalén. La guerra terminó en 1192, y un triunfal Ricardo inició el regreso a su reino. Sin embargo, mientras atravesaba los dominios de Leopoldo, duque de Austria, fue capturado en venganza por una antigua humillación sufrida por el austriaco a cargo del inglés.

Se tardaron dos años en reunir los 150.000 marcos exigidos por su liberación. Esta cantidad era equivalente a 34.000 kilos de plata fina y, tanto su madre como su mujer, tuvieron que saquear las arcas del Estado y empeñarse con los prestamistas hebreos. Por fin, consiguió llegar a su país para volver a coronarse, en 1194, aunque el ansia de gestas le impulsó a seguir guerreando con el ánimo de vengarse de todos aquellos que habían intentado quitarle el trono.

Precisamente, murió en Francia defendiendo sus intereses territoriales mientras asediaba el castillo de Châlus, en Lemosín. Ocurrió el 26 de marzo de 1199 cuando un ballestero le disparó una saeta que impactó en su hombro. El bravo guerrero, en un arrogante gesto, se arrancó la flecha de cuajo dejando una pequeña esquirla que provocó una infección generalizada que acabó con su vida 11 días después.

Richard Francis Burton, un explorador seducido por Oriente

Hablaba más 30 de lenguas y otros tantos dialectos, trabajó como espía, descubrió el lago Tanganica y fue el primer europeo que entró en La Meca. Además, este aventurero inglés, nacido en 1821, tradujo libros desconocidos en Occidente como "El Kamasutra" y escribió más de 40 obras.

Fue paradigma de los viajeros ilustrados decimonónicos, políglota consumado, escritor erudito y aventurero por los continentes de la Tierra, autócrata convencido, espadachín, espía, diplomático... En su Inglaterra natal no quisieron rendirle los honores que, sin duda, mereció por sus proezas.

Nacido el 19 de marzo de 1821 en Elstree, Hertfordshire (Inglaterra), pertenecía al seno de una familia de militares inscrita en la más rancia ortodoxia británica. Sin embargo, el pequeño Richard adolecía de espíritu disciplinado y pronto dio muestras de que su vida sería excitante.



Estudió en Oxford, lugar donde retó a duelo a su primer enemigo, tras haberse burlado éste de su frondoso bigote. No en vano, con el tiempo fue considerado el tercer espadachín del imperio británico, pues la esgrima era su verdadera pasión. En 1842 eligió la carrera militar con un primer destino en Sind (La India), donde permaneció siete años en calidad de oficial adscrito a la Compañía de las Indias Orientales.

En ese lugar descolló en el aprendizaje de diversos idiomas locales, lo que le proporcionó gran prestigio por su gran capacidad políglota. Según se cuenta, llegó a dominar más de 30 lenguas y otros tantos dialectos. Esto incrementó su curiosidad por el entorno que le rodeaba y, en 1853, fue el primer europeo occidental que entró disfrazado de peregrino afgano en las ciudades de La Meca y Medina, auténticos santuarios del islam prohibidos para los que no profesaran la fe de Mahoma. En ellos observó con ojos de cronista las grandes reliquias veneradas por los ismaelitas, verbigracia la misteriosa piedra negra de La Meca, en la que el inglés creyó ver y, con razón, un meteorito.

Más tarde, se interesó por el continente negro explorando, en compañía de tres jóvenes oficiales británicos, las latitudes pertenecientes al cuerno de África. Durante esta aventura resultó herido; se hallaba en mitad de una refriega entre tribus hostiles cuando una lanza somalí impactó contra su mandíbula. Una vez recuperado, fue llamado por su gobierno para trabajar como agente secreto en la guerra de Crimea, conflicto en el que prestó, gracias a su innegable habilidad con los disfraces, un magnífico servicio.

Su aspecto físico era el de un hombre fornido de elevada estatura y tez morena, por lo que muchos amigos le apodaban gitano. Esta morfología, junto a su facilidad para hablar con pulcritud extrema y sin acento extranjero idiomas como árabe o persi, le permitió fundirse con las diferentes poblaciones y gentes que iba visitando.



En 1857 regresó a África para iniciar, en compañía del capitán John Hanning Speke (foto), la enigmática búsqueda de las fuentes del Nilo. Un año más tarde, tras múltiples vicisitudes y enfermedades, ambos exploradores descubrieron el lago Tanganica. Pero Burton no sólo debe ser recordado por sus trepidantes peripecias geográficas, sino también por ser un versado escritor capaz de transmitir múltiples sensaciones heterodoxas en unos 40 títulos, alguno de ellos de recuerdo imperecedero como *Las montañas de la luna*. Asimismo, realizó traducciones muy bellas sobre libros orientales casi desconocidos hasta entonces: *El Kamasutra*, *El Ananga Ranga* o *Los cuentos de las mil y una noches*.

Viajó constantemente buscando rendir homenaje ante las tumbas o lugares transitados por hombres, como el explorador inglés Thomas Coryat o el poeta portugués Luis de Camoens, que le inspiraron en su trayectoria vital. Es difícil compendiar en pocas líneas todo el saber acumulado por Burton. Fue un rebelde provocador que se enfrentó a la rígida sociedad victoriana invocando los beneficios de la poligamia mientras luchaba contra la esclavitud, incluso llegó a tener devaneos con las ciencias ocultas, por lo que algunos le tacharon de alquimista satánico.

Lo cierto es que fue un experimentador nato, que sentía interés por todo en una búsqueda constante del espíritu. Esto le llevó a merodear por diferentes religiones: el cristianismo o el islam, aunque al final se decantó por el sufismo oriental, mientras se casaba con la católica Isabel Arundell.

Su patria, lejos de grandes reconocimientos, sólo le concedió oficio de embajador en lugares remotos como Sao Paulo, Damasco, Fernando Poo o Trieste, donde falleció de forma repentina el 20 de octubre de 1890. Tras el óbito, su mujer, en un gesto poco aclarado, quemó sus documentos y manuscritos privados, con lo que evitó que se supiera más sobre su azarosa vida. En Inglaterra se le negó la gloria que le pertenecía, cuando el gobierno no autorizó que su cuerpo reposara en el panteón de hombres ilustres de Westminster. En todo caso, es un simple detalle que no oscurece la biografía de este hombre amante del amplio y misterioso mundo que le rodeó.

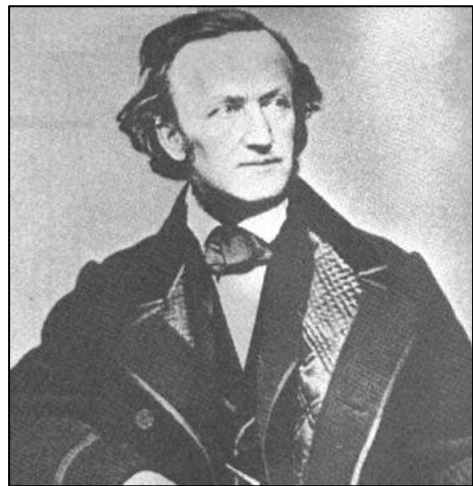
Richard Wagner, el gran genio y maestro del drama musical

Nació en 1813 en Leipzig (Alemania). No fue un alumno brillante; al contrario, era torpe con el aprendizaje musical. Pero su afán por ser dramaturgo le llevó a aprender música. Director de orquesta y teórico musical, sólo compuso para la escena. Se exilió en Suiza por sus ideas revolucionarias.

Es una de las referencias máximas de la música clásica. Supo trasladar como nadie a la escena operística las claves para combinar grandilocuencia, majestuosidad y drama para regocijo de millones de seguidores que hoy le aclaman como magíster imprescindible del gran género lírico.

El creador de la tetralogía El anillo del nibelungo vino al mundo el 22 de mayo de 1813, en un contexto internacional convulso, provocado por las constantes guerras napoleónicas que azotaban la vieja Europa. Sus padres, Friedrich Wagner y Johanne Pätz, vivían de forma modesta con el escaso sueldo que el progenitor obtenía como funcionario municipal.

Pero la desgracia quiso que Friedrich muriese cuando su hijo apenas tenía seis meses. La madre no tardó en volver a contraer matrimonio, en este caso con Ludwig Geyer, de quien el pequeño Richard tomó el apellido para ser inscrito en la escuela local de Dresde (Sajonia), la ciudad alemana que la familia había elegido para residir.



A decir verdad, el futuro genio no destacó en estos años académicos por su brillantez, más bien sus profesores llegaron a comentar que aquel muchacho que soñaba con ser dramaturgo jamás llegaría a nada. Incluso parece constatado que se mostró bastante torpe en el aprendizaje musical. No obstante, su ilusión por ser escritor de dramas teatrales le llevó a matricularse, en 1831, en la Universidad de Leipzig con la pretensión de aprender lo necesario para componer la música que acompañase las representaciones de sus obras escritas.

Dos años más tarde tuvo lista Las hadas, su primera ópera completa, aunque en la pieza todavía no se percibía el estilo característico wagneriano. Casi de inmediato logró empleo como director musical en las ciudades alemanas de Magdeburg y Königsberg. Mientras, se enamoraba de la actriz Christine Wilhelmine, a la que él llamada cariñosamente Minna y con la que se casó el 24 de noviembre de 1836 para juntos viajar a la ciudad de Riga (Letonia). Allí, el matrimonio acumuló tantas deudas y decepciones sentimentales que decidieron huir rumbo a París, perseguidos por los acreedores y por las dudas sobre su amor.

Una vez establecidos en la capital francesa, los Wagner sufrieron el rigor de una pésima situación económica que empujó al compositor a trabajar como periodista, copista, arreglista... En la decimonónica década de los 40, Wagner logró estrenar óperas que comenzaron a darle popularidad y una mejor posición social.

Admirador de Beethoven o Schopenhauer y amigo personal de Franz Liszt o Friedrich Nietzsche, fue construyendo poco a poco una particular cosmogonía, poblada por personajes legendarios arraigados en las leyendas ancestrales germanas. Son los tiempos de Rienzi, El buque fantasma o Tannhäuser, piezas que definen su intención dramática y musical.

En 1848 el matrimonio Wagner vivía en Dresde cuando estalló la revolución. Tras ser reprimida, el músico –comprometido con la causa nacionalista alemana– tuvo que huir a Zúrich (Suiza), donde prosiguió con la composición de obras magistrales anidadas en su mente desde hacía tiempo.

En los años siguientes logró rubricar óperas tan célebres como Lohengrin, El oro del Rin, La Walkiria, Sigfrido o El crepúsculo de los dioses, basadas esencialmente en el profundo conocimiento que el maestro adquirió sobre mitología nórdica, con lo que pudo al fin alcanzar su sueño vocacional de combinar drama, poesía y lírica.

En su exilio suizo, Wagner, que por entonces trabajaba bajo el mecenazgo del empresario Otto Wesendonck, se enamoró con pasión de Matilde, mujer de éste y fuente de inspiración para su ópera «Tristán e Isolda».

En 1861 recibió el ansiado indulto que le permitía regresar a su querida tierra natal. Un año más tarde abandonó a Minna, justo cuando Luis II de Baviera le otorgó una protección que le permitió seguir trabajando sin dificultades de ningún tipo. En ese periodo conoció a Cosima von Bülow, 26 años menor que él e hija ilegítima de su amigo Frank Liszt. Se casaron en 1870 y tuvieron tres hijos: Isolda, Eva y Sigfrido.

En 1871 se inició en la ciudad alemana de Bayreuth la construcción de un teatro operístico adecuado para representar las obras wagnerianas. La edificación fue sufragada por el propio Luis II de Baviera, quien seguía mostrando admiración rendida por su músico favorito.

Si bien el estreno de las óperas fue un éxito, no lo fue tanto la recaudación en taquilla. Esto supuso un nuevo fiasco económico para Wagner, quien desde entonces quedó enfrascado en la creación de Parsifal, la que sería su última ópera, estrenada en 1881. Con sus eternos problemas de salud, se trasladó a Venecia, donde un infarto acabó con su vida el 13 de febrero de 1883.

Robert Baden Powell, el gran jefe de los «boy scouts»

No fue un alumno brillante, pero sí destacó por su capacidad de observación. En 1876 ingresó en el Ejército británico y, tras participar en la guerra de los Boers, ascendió a general. Su manual dirigido a los exploradores militares se convirtió en libro de culto para jóvenes y maestros.

El 25 de julio de 1907, un curtido general del imperio británico acampó en la isla de Brownsea (Reino Unido) en compañía de 25 muchachos provenientes de diferentes estratos sociales. La insólita reunión de aquellos ilusionados exploradores juveniles dio origen al movimiento scout que, una centuria después, aún mantiene viva la llama de fraternidad, paz y amor a la naturaleza que su fundador prendió en sus almas.

Robert Stephenson Smyth Baden Powell nació el 22 de febrero de 1857 en Londres. Fue uno de los hijos menores de la extensa prole de H. G. Baden Powell, reverendo anglicano y profesor de Geometría en Oxford, y de su esposa, Henriette Grace.

Su progenitor murió cuando Robert tenía 3 años, y su numerosa familia quedó bajo unas acuciantes vicisitudes económicas que, sin duda, fomentaron la imaginación de los hermanos Baden Powell. Así, encontraron en la naturaleza un medio perfecto y barato para desarrollar juegos y aventuras, siendo el pequeño Robert quien más avezado se mostró en las lides de explorar territorios que diesen marco idóneo a sus actividades veraniegas.

En cuanto a los estudios académicos desarrollados por el futuro creador del escultismo, cabe resaltar que nunca obtuvo brillantes calificaciones en su periodo escolar, aunque siempre destacó por su curiosidad desmedida hacia las cosas y situaciones que le rodeaban.



Sin embargo, en 1876 consiguió una elevada nota en el examen de ingreso para el Ejército británico, lo que le otorgó un cargo de subteniente en el 13o regimiento de húsares, una unidad acantonada en La India. Allí, el joven oficial sobresalió gracias a su vocación innata por la observación, aptitud que le condujo a dirigir, de forma eficaz, las patrullas de scouts (exploradores) que operaban en aquella zona cubierta por densas junglas y montañas majestuosas. En dicho contexto geográfico el ya respetado militar acuñó la frase «siempre preparados», uno de los lemas que le acompañarían a lo largo de su vida.

El 11 de octubre de 1899 estalló la guerra de los Boers en el cono sur africano, y Baden Powell se incorporó al conflicto a instancias de sus superiores, asumiendo el mando en la plaza de Mafeking. Se trataba de un pequeño reducto de colonos y nativos, defendido por una escasa guarnición de apenas 1.000 soldados y asediado por más de 9.000 enemigos, ante los cuales el por entonces teniente coronel puso en práctica todos los conocimientos adquiridos en su larga peripecia como explorador.

Durante meses, los británicos sostuvieron con éxito la defensa del enclave hasta que, el 16 de mayo de 1900, los Boers se retiraron. Dicho suceso catapultó la fama de Baden Powell, quien recibió un telegrama de la reina Victoria en el que se le ascendía a general.

Hasta que finalizó el conflicto, el flamante general se dedicó a organizar los cuerpos de la policía sudafricana y, una vez en Inglaterra, comprobó con agrado cómo Ayudas al escultismo, un manual escrito por él para mejorar la eficacia de los exploradores militares, había cautivado el corazón de los jóvenes británicos y de muchos docentes que lo incluían en sus temarios escolares.

La noticia animó al veterano oficial y, con la idea de trasladar sus experiencias a la práctica cotidiana, trabó algunas conversaciones con el editor Arthur Pearson. Éste comenzó a publicar en entregas quincenales el libro del que tanto se hablaba. Finalmente, la célebre acampada en la isla de Brownsea, ocurrida en el verano de 1907, dio origen al movimiento «scout», con un orgulloso Baden Powell convertido en líder de un número cada vez más creciente de entusiastas adolescentes dispuestos a ofrecer lo mejor de sí mismos al servicio de los demás.

En octubre de 1912, el amor llamó a su corazón maduro y se casó con Olave St. Clair Soames, con la que tuvo sus tres hijos. Durante la I Guerra Mundial más de 150.000 chicas y chicos británicos se alistaron en los scout para custodiar los lugares estratégicos de Gran Bretaña. Desde entonces, la flor de lis, su emblema más significativo, se constituyó en paradigma de aquel sentimiento desprovisto de prejuicios raciales, sociales o religiosos.

Durante los siguientes años la organización scout se extendió por decenas de países, siempre bajo la atenta mirada de su fundador, quien asistió ilusionado a la primera reunión internacional (llamada Jamboree) de muchachos exploradores, en la que Baden Powell fue nombrado por aclamación popular jefe scout mundial.

Falleció en Kenia el 8 de enero de 1941, dejando un legado que las sucesivas generaciones supieron aprovechar. En la actualidad, casi 30 millones de jóvenes mantienen vivo el espíritu del escultismo. Más de 30.000 de ellos son españoles.

Rodrigo Díaz de Vivar, la leyenda de un caballero burgalés

Nacido en 1043, se educó junto al infante Sancho de Castilla, a cuyas órdenes luchó desde que éste se convirtió en rey hasta su muerte (1072). Desterrado durante parte del reinado de Alfonso VI (sucesor de Sancho), se hizo soldado de fortuna, acrecentando así la fama del Campeador.

El Cid Campeador encarna a la perfección la figura de caballero medieval fiel a su espada y corazón, lo que le convirtió en defensor de los valores esenciales de aquel siglo XI marcado por la guerra. Sus heroicas gestas, junto a su caballo Babieca, sobrevivieron a su muerte, y en forma de cantares y poemas recorrieron los caminos gracias a la inestimable ayuda de los juglares.

Rodrigo Díaz de Vivar llegó a este mundo hacia 1043, en Vivar, una pequeña aldea localizada a nueve kilómetros de la ciudad de Burgos. Pertenecía al seno de una familia inscrita en la baja nobleza castellana. Su padre, Diego Laínez, era un famoso hidalgo que había conseguido para Castilla las fortalezas de Ubierna, Urbel y la Piedra, encontrándose al servicio personal del infante don Sancho, primogénito del rey Fernando I de Castilla.

El joven fue creciendo rodeado por las circunstancias que envolvían a un reino cuajado de intrigas, y muy pronto gozó del aprecio del infante, quien vio en el muchacho las cualidades que más tarde le harían uno de los principales protagonistas de su siglo.

En 1062, sin haber cumplido 19 años, Rodrigo fue alzado a la categoría de caballero. Desde entonces, su brazo y espada sirvieron con absoluta lealtad al que tres años más tarde sería proclamado rey de Castilla tras fallecer Fernando I, el Magno.

En 1066, el rey le nombró portaestandarte de los ejércitos castellanos. Precisamente, en estos años el nuevo abanderado de las huestes cristianas se ganó a pulso el apelativo de Campeador. Donde seguramente se hizo merecedor de este título fue en las guerras que Castilla libraba por tierras aragonesas y navarras con el fin de asegurar sus fronteras del este. Allí manejó con tanto ardor las armas que sus soldados le denominaron campi docto, maestro de armas en el campo de batalla.

Tras la brumosa muerte del rey Sancho II (1072), se puso al servicio del nuevo soberano, Alfonso VI. En 1074 el monarca le concedió la mano de su prima doña Jimena, hija del conde de Oviedo, con la que tuvo tres hijos: Cristina, María y Diego, quien fallecería años más tarde combatiendo en la batalla de Consuegra.

Gracias a la fuerza vital del rey Alfonso, el poder del nuevo reino de Castilla comenzó a presionar a los pequeños enclaves musulmanes que, a duras penas, se sostenían



sobre la península Ibérica. Llegó un momento en el que el pago de impuestos fue lo único que impedía un desastre mayor.

Los reinos de Taifas se habían convertido en vasallos de los reinos cristianos y estos, lejos de anexionárselos, se conformaban con la entrega de abundantes tributos (parias).

La peculiar fórmula económica funcionó durante los cerca de 60 años que permanecieron vigentes dichos reinos. El propio Cid intervino en algunas disputas con ellos, lo que le granjeó profundas enemistades en su bando al recelar muchos caballeros del prestigio que iba adquiriendo el de Vivar.



A decir verdad, el desconfiado Alfonso VI (foto) nunca mantuvo buenas relaciones con su mejor capitán; la humillante jura de Santa Gadea [hizo jurar al rey que no tuvo nada que ver con la muerte de su hermano Sancho II] y otros escenarios poco venturosos determinaron dos exilios para el valiente militar. Al burgalés no le quedó más remedio que ofrecerse como soldado de fortuna al mejor postor, asunto que no enturbió su fama, sino que la acrecentó.

Combatiendo como mercenario al servicio de la Taifa zaragozana se ganó a pulso el apelativo de Sidi (Señor), al conseguir la victoria en más de 100 combates durante cinco años. Después de esto dirigió sus tropas hacia Valencia, ciudad que conquistó en 1094, convirtiéndose en uno de los personajes más influyentes del momento.

Desde la ciudad del Turia la alargada sombra del Cid se extendió por todo el Levante hispano. Finalmente se reconcilió con su rey y pudo ver como sus hijas se unían a los linajes reales de Navarra y Barcelona.

En 1099 contrajo unas mortíferas fiebres que le arrebataron la vida a los 56 años. Hoy los restos de don Rodrigo Díaz de Vivar y los de su amada esposa, doña Jimena, reposan en la catedral de Burgos.

La figura de este paradigmático paladín quedó ensalzada debido, en buena parte, a su cantar de gesta literario, el más antiguo y famoso de la poesía épica castellana. Desde su creación —en 1140 a cargo de un juglar anónimo de Medinaceli— hasta nuestros días, el Cantar de Mio Cid ha sido uno de los documentos que más hizo soñar a todas las generaciones que tuvieron la fortuna de leerlo.

En 1304 el monje Pere Abbat transcribió a manuscrito este cantar, del que sobreviven 3.700 líneas evocadoras de un tiempo fundamental para la Historia de España.

Roger de Flor, la aureola de un guerrero mítico

Idealista. Estuvo proscrito, fue templario, corsario y vicealmirante del reino de Sicilia. En el siglo XIV comandó las tropas almogávares que combatieron a los turcos en Constantinopla.

Fue uno de los aventureros más prestigiosos del medievo europeo. Sus hazañas, primero como templario, y más tarde como jefe militar de los temibles almogávares catalano-aragoneses, le proyectaron hacia la leyenda que acompaña a los héroes míticos.



Existen diferentes hipótesis sobre la fecha y lugar de nacimiento de este paladín mediterráneo, elucubrándose lo suficiente como para sostener encendidos debates a cargo de sus numerosos exégetas. Su llegada al mundo pudo acontecer en Cataluña hacia 1262, aunque lo más probable es que naciera en la localidad italiana de Brindisi en torno al año 1266. Esto último se deduce por el origen de sus progenitores. Su padre, Ricardo Blume —apellido cuya traducción sería Flor—, era halconero real del emperador alemán Federico II, mientras que su madre era hija de un rico comerciante de Brindisi. El infortunio quiso que Ricardo muriera combatiendo a favor de Conradino en su lucha contra la casa de Anjou, cuando el pequeño Roger sólo contaba un año de edad, lo que le restó casi todas las posibilidades de ascenso social.

Sin embargo, siendo adolescente tuvo un golpe de suerte y pasó a engrosar la lista de servidores de Vasall, un sargento mayor del Temple. Esta circunstancia le abrió las puertas de la carismática sociedad integrada por monjes guerreros. Al poco, se desveló su innata capacidad marinera, ganándose la confianza de

la orden religiosa y asumiendo la dirección de la flota de galeras templarias que surcaban el Mediterráneo. Su nave favorita y capitana de la escuadra llevaba por nombre El Halcón, con lo que se recordaba el oficio de un padre al que no conoció.

En 1291 participó en la última cruzada librada en Tierra Santa, asumiendo la difícil misión de rescatar a miles de cristianos que se encontraban asediados por los musulmanes en la ciudad de San Juan de Acre (Palestina). La empresa culminó con éxito, y no sólo se consiguió rescatar a los angustiados cruzados, sino también sus ricas pertenencias, que fueron a parar a las arcas del Temple. Empero, una vez solventado el trance, numerosos testimonios acusaron al almirante de haberse apropiado indebidamente de cuanto botín estimó oportuno. Este supuesto delito, nunca demostrado, terminó con la peripecia templaria de Roger de Flor convirtiéndole en poco menos que un proscrito errante por las latitudes mediterráneas.

Durante años ofreció sus servicios militares a diferentes cortes europeas, combatió con unos y otros, hasta que, finalmente, estrechó lazos con la corona de Aragón, lugar

en el que se hizo con prestigio y dinero suficientes para poseer 50 caballerías y otros tantos escuderos almogávares.

Tras múltiples avatares en los que desempeñó el oficio de corsario, Federico II, rey de Sicilia, le nombró vicealmirante de su flota alcanzando notables victorias frente a los ejércitos de su oponente el rey Carlos II de Nápoles. Al fin llegó la paz gracias al acuerdo de Caltabellotta, rubricado en 1302, por el que el rey Carlos aceptaba la permanencia vitalicia en el trono siciliano de Federico II. Una auténtica victoria para las armas aragonesas y un factor de prestigio para Roger de Flor quien, libre de compromisos bélicos, se dedicó a merodear diferentes puntos del Mediterráneo de los que extrajo tesoros gracias a la disciplina de sus hombres, los cuales seguían con entusiasmo a un líder que pagaba por adelantado otorgándoles un trato digno de los mejores soldados.

En 1304 la situación para el imperio bizantino era sumamente delicada. Su cabeza visible, Andrónico II, se encontraba más que amenazado por el empuje de la sublime puerta otomana. En consecuencia, no dudó en solicitar ayuda a Occidente y su petición encontró eco en la corona de Aragón, desde donde se empezó a preparar una expedición de auxilio. En ese tiempo, el principal ariete de los ejércitos catalano-aragoneses lo constituía la audaz compañía de almogávares, hombres duros como la tierra que les vio nacer y curtidos en mil refriegas de la Reconquista hispana y de las guerras italianas. Su ferocidad en el combate transcendía fronteras, y lo cierto es que esa fama estaba justificada. Su grito de combate: "¡Despierta ferro!", atemorizaba allá donde resonaba. Y sería este mercenario idealista, convertido ahora en comandante de aquellos guerreros, el encargado de acometer una tarea tan exigente como incierta. Con 4.000 infantes y 1.500 jinetes, las tropas almogávares embarcaron en 39 galeras que zarparon rumbo a Grecia, donde en violentas batallas hicieron retroceder la amenaza turca. El nombre de Roger de Flor fue elevado al universo de los héroes y el propio Andrónico le otorgó el título de megaduque para más tarde proclamarle César de Oriente. Sin embargo, los celos anidaron en el alma del gobernante bizantino, el cual comenzó a temer por su trono y aún por su vida a manos del influyente jefe almogávar. El 5 de abril de 1305 el emperador organizó una trampa en la que cayeron Roger de Flor y 130 de sus oficiales, siendo asesinados a traición por aquellos a los que con tanto acierto habían socorrido. La reacción de los catalano-aragoneses supervivientes no se hizo esperar, arrasando despiadadamente los territorios griegos, en lo que se llamó "venganza catalana".

El resultado fue la creación de los ducados de Atenas y Neopatria, lugares independientes de Bizancio en los que perduraron tres generaciones de almogávares que mantuvieron la impronta catalana y aragonesa en forma de sistema de gobierno e idioma. En ese tiempo, las gestas de su indomable general fueron ensalzadas para que su épica atravesara los siglos.

Rosalía de Castro, la gran narradora de la añoranza gallega

Nació en una casa abandonada de Santiago de Compostela, en 1837. Sus progenitores fueron un sacerdote y una joven perteneciente a la burguesía campesina gallega. Figura clave en el renacimiento literario gallego, fue una adelantada a su tiempo, feminista y ecologista.

Nació en una casa abandonada de Santiago de Compostela, en 1837. Sus progenitores fueron un sacerdote y una joven perteneciente a la burguesía campesina gallega. Figura clave en el renacimiento literario gallego, fue una adelantada a su tiempo, feminista y ecologista.

Enarboló la bandera de la modernidad literaria en un siglo hostil para autoras de su profundidad intelectual. Ecologista adelantada, sufrió con dolor los primeros movimientos migratorios gallegos, mientras escribía en su lengua vernácula una miríada de sentimientos inundados por la nostalgia.

La máxima representante de las letras gallegas vino al mundo en Santiago de Compostela el 24 de febrero de 1837. A decir verdad, las circunstancias de su nacimiento no fueron las más recomendables, pues lo hizo en una casa abandonada de la ciudad compostelana y según su partida de bautismo fechada aquel mismo día, era hija de padres incógnitos.

Sus progenitores fueron, en realidad, el sacerdote José Martínez Viojo y María Teresa de Castro, una típica representante de la burguesía campesina gallega, quien intentó ocultar durante 10 años la existencia de aquella niña frágil e introvertida. En su tiempo infantil, la pequeña Rosalía vivió bajo la tutela, primero, de su madrina, Francisca Martínez, y luego de sus dos tías paternas, las cuales le procuraron una educación más que aceptable para la época.

Al fin, su arrepentida madre se reunió con ella para vivir juntas en Santiago unos años plenos de amor y complicidad en los que ambas recuperaron el tiempo perdido. La joven Rosalía destacó en las disciplinas relacionadas con las bellas artes, sobresaliendo en pintura, música y declamación, asunto que la llevó a interpretar algún papel teatral en el compostelano Liceo de la Juventud.

Con 12 años escribió sus primeros versos, y siendo adolescente su valía ya era reconocida en los santuarios culturales de su ciudad. En 1856 se trasladó a Madrid, donde entró en contacto, gracias a su primer libro de poesía titulado *La flor*, con algunos círculos intelectuales de la capital. En estos ambientes se desenvolvían también pensadores y periodistas gallegos. Uno de ellos, Manuel Martínez Murguía, se fijó en la capacidad innata de la autora nobel y pronto trabó con ella una amistad que les condujo al altar de la iglesia de San Ildefonso el 10 de octubre de 1858.



Rosalía optó por la vida serena del matrimonio mientras publicaba sus primeros trabajos de relevancia con obras en prosa como "Flavio", "La hija del mar", "Ruinas" o "El caballero de las botas azules". A la par llegaba su numerosa prole, hasta siete vástagos que, por desgracia, no sobrevivirían a su delicada madre, siempre a expensas de los estragos producidos por la enfermedad o la pena contraída al ver el difícil camino que la mujer debía transitar en aquel siglo convulso.

Rosalía mostró en sus libros un gran amor por la naturaleza y denunció situaciones provocadas por el abuso industrial que hoy serían catalogadas como atentados ecológicos. También vio con dolor la constante salida de Galicia de miles de personas en busca de una vida mejor. Eran los primeros emigrantes, a los que siguieron muchos más dejando atrás su tierra natal, embargados por la característica saudade gallega [nostalgia, añoranza] de la que Rosalía se convirtió en su más clara representante.

El 17 de mayo de 1863 publicó *Cantares gallegos*, uno de sus textos inmortales y escrito en su lengua madre. En sus páginas, Rosalía de Castro plasmó con maestría absoluta el sentir del pueblo gallego, siendo la oportuna voz que sus paisanos requerían en aquel contexto abrumado por las necesidades de toda índole.

Este luminoso poemario fue un suceso literario de alta magnitud que no encontró en su tiempo la repercusión que merecía. Sin embargo, no cayó en el olvido y, generación tras generación, llegó a ser referencia obligada de la gran literatura gallega, hasta tal punto que, en la actualidad, la fecha de su publicación es el Día de las letras gallegas, un claro homenaje a esta autora que tanto defendió los sentimientos intrínsecos de su tierra natal.

Rosalía era mujer reservada, su timidez quizá le impidió mayor resonancia social, aunque ella nunca quiso más fama que la de la existencia cotidiana entre los suyos. En todo caso, esta vida familiar se mantuvo constantemente alterada por la precariedad económica o el trasiego por ciudades como Madrid, Vigo, Padrón o Simancas, lugar este último donde escribió la mayoría de los versos de "Follas novas", obra publicada en 1880 que relanzó su actividad literaria. Cuatro años más tarde se publicaría *En las orillas del Sar*, considerada su obra cumbre en castellano.

Por entonces, padecía un devastador cáncer de útero que acabó con su vida el 15 de julio de 1885, mientras estaba en su casa de Padrón (La Coruña). Dicha residencia es, hoy, un bello museo en el que sus visitantes pueden percibir el cálido recuerdo dejado en la tierra por esta gallega universal.

Rudyard Kipling, escritor y poeta oficial del imperio británico

Fue uno de los literatos y reporteros que defendieron el colonialismo británico victoriano entre los siglos XIX y XX. Cultivó todos los géneros, decantándose por las aventuras con un tono periodístico y trepidante. Sus obras cuentan con versiones cinematográficas de gran calidad.

El célebre autor y Premio Nobel inglés mantuvo a ultranza su tesis sobre la hegemonía que el imperio británico debía ejercer sobre el resto del mundo. Sin embargo, este pensamiento no debe confundirnos, dado que amó profundamente la convivencia y mestizaje de los pueblos.

Nacido en Bombay (La India) el 30 de diciembre de 1865, Joseph Rudyard Kipling no sólo quedó marcado por una acomodada familia, sino también por el país que le acogió. Su niñez fue adornada por exquisitas historias populares. Contados por institutrices nativas, los relatos infundieron en el pequeño un amor inusitado por esa India ancestral y exótica bajo dominio victoriano.

Con 6 años de edad fue enviado a Inglaterra a fin de recibir una magnífica educación. Empero, la convivencia junto a una severa y anciana tía, así como los rígidos protocolos establecidos en los rancios colegios ingleses, afectaron negativamente su ánimo, y esas sensaciones amargas quedaron plasmadas años más tarde en los textos de sus obras.

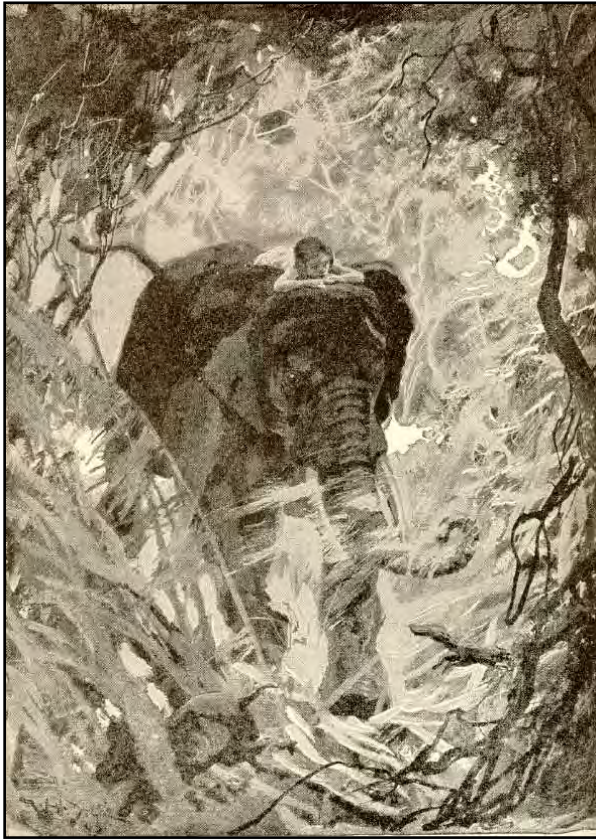


En 1882, tras una intensa formación académica, regresó a su país de origen convertido en periodista, oficio que ejercerá con brillantez desde entonces. En la redacción del periódico Civil and Military Gazette compondrá sus primeras novelas cortas sembradas todas ellas de rico anecdotario con guiños a una sociedad estructurada en torno al imperio británico. Además fue pionero del análisis sociológico y sus dotes periodísticas le hacen observar la miscelánea cultural que lo rodea.

En este periodo inicial publicó Cantinelas departamentales, Cuentos de las colinas, y seis volúmenes donde expuso pequeñas historias relacionadas con la convivencia entre la población autóctona y los ingleses ocupantes. Kipling popularizó al soldado británico. Nadie como él supo transmitir las sensaciones, las emociones y el honor de aquellas tropas coloniales en los campos de batalla donde se gestaban sus hazañas. El conocimiento que tenía del argot militar se plasmó en buena parte de su obra.

Viajero impenitente, saltó a Norteamérica para fundar en compañía de su esposa, Caroline Balestier, una familia que dio como fruto dos hijos que, por desgracia, no sobrevivieron al autor. Además de la crónica periodística, hizo incursión en diversos géneros literarios: novela, cuento y poesía, aunque, sin duda, fue su acercamiento a los jóvenes lo que le impulsó como gran escritor universal. En 1894 apareció la primera entrega de El libro de las tierras vírgenes. La siguiente lo hizo un año más tarde. En el mundialmente conocido como El libro de la selva, predominaba la cara simpática de Mowgli, un niño salvaje que encarnó el espíritu mezclado de dos culturas antagonistas.

Kipling desarrolló todo su ingenio en un apogeo narrativo cubierto por el espíritu de una India que no le negaba ningún secreto. La publicación fue aclamada por la crítica y el público. Desde entonces, la notoriedad de este creador sería sólo equiparable a su rotunda fama. Sobre él se dijo que era "el poeta oficial del imperio británico". Y es que el escritor era un imperialista convencido que soñaba con una pax británica emanada desde la metrópoli londinense para bienestar de todos los pueblos bajo el influjo de la



civilizada Inglaterra. Su laboratorio ideológico fue Sudáfrica, territorio gobernado por grandes terratenientes europeos que llevaban a la práctica el imperialismo con gran éxito. Visitó con frecuencia este enclave y allí fue donde ratificó sus postulados sobre un mundo feliz dirigido por lúcidas mentes anglosajonas.

En 1907 recibió la distinción de ser el primer inglés al que se le concedió el Premio Nobel de Literatura. Ya por entonces vivía en Londres colmado de honores y reconocimientos. Si bien tras la Primera Guerra Mundial su figura literaria y posicionamiento político sufrieron algunos reveses que, en todo caso, no consiguieron menoscabar su dilatada trayectoria profesional. Obras como el propio *El libro de la selva*, *Capitanes intrépidos* o *Kim de la India* fueron traducidas a varios idiomas convirtiéndose en parte de la literatura universal.

Falleció con 70 años de edad el 18 de enero de 1936 cuando estaba ultimando un libro de memorias circunscrito a sus primeros años de triste existencia. El trabajo se publicó en 1937 bajo el título *Algo de mí mismo*. Kipling murió con el pesar de no ver reconocida su obra poética; en este sentido, el intento postrero de T. S. Eliot por rehabilitarle resultó infructuoso. No obstante, nadie cuestiona su valía como inmenso contador de historias, alguien que, a caballo entre dos siglos, supo transmitir emoción, entusiasmo y, lo más importante, cordura para entender que la convivencia intercultural sería fundamental para un armonioso desarrollo del mundo.

Salomón, el rey sabio que mantuvo unidas a las tribus judías

Nació en 971 antes de Cristo y fue el tercer rey de los hebreos. Fortificó y organizó el reino que había heredado de su padre —el mítico rey David—, garantizando su prosperidad económica. Construyó el Templo de Jerusalén, recinto sagrado que guardaría las Tablas de la Ley de Moisés.

Fue uno de los monarcas primigenios del Estado hebreo. Su carisma, sabiduría y dotes para el gobierno le granjearon grandes alianzas con países fronterizos que le permitieron mantener unidas a las 12 tribus judías hasta su muerte. Salomón fue hijo del mítico rey David, segundo soberano de Israel, y de la esposa de éste, Betsabé, quien había estado anteriormente casada con el militar hitita Urías. Según se cuenta, la belleza de esta mujer cautivó al monarca de tal manera que —víctima de un deseo irrefrenable— envió al bravo mercenario en vanguardia de las tropas ante un arriesgado combate, lo que provocó a la postre su muerte en batalla.

Libre de obstáculos, David unió su destino a la desolada viuda, y de su amor nació el sucesor al trono. Si bien Salomón fue el décimo de los 17 hijos que tuvo el monarca con diferentes mujeres, siempre fue considerado el predilecto y, tras disputar con éxito la sucesión a su hermanastro Adonías, se proclamó soberano de Israel.

Durante años centró su actividad política y administrativa en el fortalecimiento del Estado, aprovechándose, de paso, de las fuertes disputas internas que vivían las grandes potencias de la época. En ese sentido, sus innegables virtudes diplomáticas le abrieron camino para establecer vínculos de amistad con territorios cercanos. Por ejemplo, con Egipto lo consiguió casándose con una de las hijas de Siamón, faraón de la XXI dinastía, y con Fenicia estableciendo una magnífica alianza comercial con Hiram I, gobernante de la ciudad de Tiro, que le suministró naves y abundante madera para sus propósitos arquitectónicos y empresariales.



Mantuvo contactos con Saba, riquísimo enclave africano con el que no solamente obtuvo trato comercial; también se relacionó sentimentalmente con su reina, Makeda. Fruto de esa famosa pasión nacería Menelik, quien fue el primer Negus fundador de la dinastía abisinia. Salomón tuvo una nutrida descendencia, ya que llegó a tener un harén de más de 1.000 mujeres.

Las relaciones con estas naciones propiciaron interesantes intercambios culturales que aumentaron la actividad intelectual de Israel. Incluso se atribuyó al propio Salomón la confección de numerosas obras literarias, como tratados de botánica y zoología, o textos fundamentales para la religión judaica, verbigracia Proverbios, El Cantar de los cantares, Eclesiastés o diversos salmos que, según se confirmó más tarde, pertenecían a siglos posteriores y no al tiempo en el que vivió el tercer rey hebreo.

Pero, sin duda, su mayor logro fue el levantamiento del primer Templo de Jerusalén, un viejo sueño de su padre que pudo cumplir tras desembolsar una inmensa fortuna. El recinto sagrado formaba parte de un gran complejo palaciego y en él quedó depositada el Arca de la Alianza, contenedora de las Tablas de la Ley que Yahvé había entregado a Moisés en su trasiego hacia la Tierra prometida.

Según parece, el Arca no era el único elemento que las paredes del templo custodiaban; había piezas como El Menorah (candelabro de siete brazos) y El mar de bronce (un recipiente cilíndrico sustentado sobre los lomos de 12 toros). También se hallaba la Tabla de Salomón, donde el rey plasmó su conocimiento esencial del Universo; esto es el génesis de la creación en un esquema geométrico que, a su vez, contenía la formulación de la palabra fundamental del nombre verdadero de Dios, el Shem Shemaforash.

El templo fue construido sobre el monte Moria, tardó siete años en edificarse y se inauguró en 961 antes de Cristo entre grandes fastos, ya que los judíos creían que ese lugar era el centro de la Tierra y sitio privilegiado para entrar, mediante rezos, en contacto con la divinidad.

En 586 a. de C., el recinto fue arrasado hasta los cimientos por los ejércitos del rey babilonio Nabucodonosor. Siglos más tarde, se alzaría un segundo templo, que volvió a guardar los grandes tesoros que los rabinos judíos habían preservado de la rapiña. Finalmente, en 70 después de Cristo, las legiones romanas dirigidas por Tito —hijo del emperador Vespasiano— demolieron el santuario, llevándose sus maravillas a Roma.

Éstas terminaron en el templo de Júpiter Capitalino y en otros enclaves de la ciudad eterna hasta que, en el siglo V después de Cristo, fueron expoliadas por los visigodos del rey Alarico I y supuestamente trasladadas, en la peripecia vital de este pueblo germánico, a las Galias e Hispania.

En todo caso, Salomón supo administrar eficazmente su reino. No obstante, los excesivos impuestos que aplicó a sus súbditos en aras de enormes proyectos arquitectónicos provocaron, tras su muerte en 922 a. C., la división del territorio en los reinos de Judá e Israel.

San Francisco de Asís, el iniciador de la tradición belenística.

Hijo de un rico comerciante, a los 20 años se alistó como soldado, pero pronto dejó la carrera militar. Tras recibir, al parecer, un mensaje divino consagró su vida a la pobreza evangélica. Fundador de la orden franciscana, se le atribuyeron milagros y la facultad de hablar con los animales.

Fue el gran agitador de la vida religiosa en el siglo XIII. Su aparición en la Historia supuso para los católicos nuevos vientos, insuflados por la tolerancia, pobreza y solidaridad, virtudes que preconizaba este santo pródigo en milagros y conversaciones con sus hermanos del reino animal.

El fundador de la orden franciscana vino al mundo en 1182 en la ciudad italiana de Asís (Umbría). Sus padres, Pica y Pedro Bernardone, formaban parte de la acomodada burguesía local y comerciaban, entre otros productos, con manufacturas textiles que solían vender en Francia.

Durante su infancia y juventud, el futuro santo apenas recibió instrucción académica, acaso más pendiente, dada su holgada posición económica, en ocupar su tiempo con entretenimientos propios de una vida extravagante y disipada. A los 20 años se alistó como soldado de su ciudad para combatir a los enemigos de la vecina Perugia.

Precisamente, en este conflicto fue hecho prisionero y permaneció un año recluido en la cárcel, de la que salió dispuesto a seguir con su incipiente carrera militar, esta vez con sus objetivos fijados en las luchas que se daban por el reino de Nápoles.

Sin embargo, una vez iniciada la marcha cayó gravemente enfermo en la ciudad de Espoleto, lugar en el que recibió –mediante un supuesto sueño llegado del cielo– el mensaje de servir al amo y no al siervo. Esta voz divina cambió drásticamente su existencia, ya que desde entonces decidió encomendar sus actos a Dios.

Regresó a su localidad natal y decidió ceder todos sus bienes a los más necesitados con el consiguiente enojo de su padre, el cual terminó por desheredarle. Esta circunstancia vino a reafirmar la voluntad de Francisco.

Tras recibir nuevas frases celestiales, se aplicó a la tarea de reconstruir algunas iglesias de Asís, como la de San Damián, San Pedro o la pequeña capilla de Porciúncula. Precisamente, en esta última se instaló para generar un auténtico foco de bondad y ejemplo en el que pronto algunos de sus conciudadanos se implicaron, con lo que el solitario predicador recibió de buen grado la compañía de 11 primigenios hermanos en la fe.



En 1210, la pequeña comunidad [los Frailes Menores] estableció su primera reglamentación, que fue aprobada por el papa Inocencio III y que consistía básicamente en vivir entregados a la pobreza, a la oración y a la fraternidad.

Casi de inmediato, las acciones emprendidas por los franciscanos recorrieron la región de Umbría y se hicieron célebres determinados capítulos en los que se atribuyeron al fundador los dones del vaticinio o el milagro entre los menesterosos. Según se cuenta, jamás quiso recibir el sacerdocio, admitiendo sólo ser diácono. Además, muchos llegaron a pensar que tenía la facultad de hablar con los animales, a los que él denominaba hermanos. Así, son famosas sus conversaciones con conejos, lobos y golondrinas...

En 1212 se le unió la futura santa Clara, una joven que quedó prendada por una prédica de Francisco. Éste consiguió que ella y un grupo de muchachas entusiastas se estableciesen en la iglesia de San Damián, donde se creó la orden de Las Clarisas, una eficaz fuerza femenina del movimiento franciscano.

Siete años más tarde cumplió su deseo de viajar a Tierra Santa. Desembarcó en Damietta (Egipto), donde los cruzados intentaban a duras penas sojuzgar el ánimo de Malek-al-Kamil, el sultán otomano con quien Francisco se entrevistó en persona en el afán de convertirle a la fe de Cristo. No lo consiguió, aunque el musulmán llegó a decir: «Si todos los cristianos fueran como él, entonces valdría la pena ser cristiano».

Después de un peregrinaje por los lugares que pisó el Mesías, retornó a su tierra para asumir una correcta orientación de la orden franciscana, cada vez más popular y con más seguidores. En ese tiempo, los Frailes Menores siguieron apostando por el fomento de la caridad y la difusión del verdadero legado de Jesús, mientras se creaba una nueva orden llamada de Los Terciarios.

En la Navidad de 1223 se encontraba en Grecehio (Italia), y fue allí donde decidió escenificar, por primera vez en la Historia, la natividad del Señor con figurillas que representasen la Sagrada Familia, escoltada por el buey y el asno. Meses más tarde, Francisco de Asís recibió de forma dolorosa los estigmas en sus manos, pies y costado, por lo que se le considera el primer humano que padeció las heridas de Cristo en la Tierra.

Sus dos últimos años de vida fueron de una agonía terrible por los grandes estragos que había soportado su cuerpo. Falleció el 3 de octubre de 1226, siendo canonizado sólo dos años más tarde. En 1980 Juan Pablo II le proclamó patrono de los ecologistas.

Santa Elena, descubridora de la cruz de Jesucristo

Abnegada. La educación que procuró a su hijo, el emperador Constantino, posibilitó la conversión del Imperio Romano al catolicismo. Por su labor caritativa, fue canonizada en el siglo IX.

Constantino el Grande fue el primer emperador romano que asumió el cristianismo como única religión de un Imperio que había perseguido a los feligreses de Cristo durante tres siglos. Seguramente, su madre, futura Santa Elena, tuvo mucho que ver en esta trascendental decisión.



A decir verdad, sabemos muy poco sobre el origen natal de esta figura sagrada de la Iglesia católica. Las fechas más fiables sobre su nacimiento oscilan entre 248-250 d.C., y el lugar más probable sería Depranum, localidad de Bitinia (sur de Rusia que baña el Mar Negro). Otros exégetas anglosajones aseguran que vino al mundo en la ciudad de York, uno de los centros neurálgicos de la antigua Britania. Según esta última versión, Elena se nos presenta como hija del rey británico Coel, aunque esta historia carece de rigor.

Sin embargo, parecen más documentadas las estimaciones de importantes investigadores católicos, los cuales mantienen que nuestro personaje se dedicaba a la hostelería ayudando a sus padres en una venta y

sirviendo a la multitud de viajeros que transitaban por la zona. Elena era muy hermosa y dulce en el trato, virtudes que no pasaron desapercibidas para el magister militum Constancio, apodado Cloro por su tez pálida y lechosa. El militar quedó prendado de la joven, por entonces todavía pagana, y no tardó en contraer matrimonio con ella. Constancio era el hombre de confianza del emperador Maximiano y éste, en medio de conjuras y reveses bélicos, le vinculó al trono imperial con la condición de que repudiase a Elena en beneficio de su hijastra Teodora. Por entonces, Constancio ya había ejercido los cargos de tribuno y pretor en Britania y el 27 de febrero de 274 tuvo un primogénito, al que llamaron Constantino, fruto de su relación con una desolada Elena. Porque, aunque sentía profundo amor por su esposa, no pudo resistirse a la tentación del poder, accediendo a la petición del Augusto y situándose en posición inmejorable para regir los destinos de Roma con un vástago en primera línea de sucesión.

En 292 d.C., el pequeño Constantino fue arrebatado de los brazos de su madre para ser educado, siempre cerca de su progenitor, en las estancias palatinas de Roma. En los siguientes 14 años se reveló como un magnífico estudiante versado en diferentes disciplinas académicas y ciertamente dotado para la estrategia militar. En 306 falleció Constancio siendo sucedido por su hijo quien, sin dilación, mandó llamar a Elena, su querida madre, concediéndola todo tipo de agasajos así como el título de Augusta. Desconocemos si en este tiempo la futura santa ya había abandonado las prácticas paganas. En todo caso, abrazó el cristianismo e influyó seriamente en la personalidad y las creencias de su hijo.

En octubre de 312 d.C. se produjo un famoso suceso considerado como milagroso. Ocurrió antes de la decisiva batalla del puente Milvio en la que Constantino debía enfrentarse a Majencio, un poderoso enemigo que optaba como otros tantos al trono imperial romano. La leyenda cuenta que la noche anterior al combate Jesucristo se apareció al emperador indicándole que debía inscribir las siglas de su sagrado nombre en los estandartes de guerra. A esto se sumó una visión de la cruz superpuesta en el sol con un lema: *in hoc signo vinces* (con esta señal serás el vencedor). Estos signos prodigiosos espolearon al emperador y con más ardor que nunca consiguió derrotar a sus oponentes en las mismísimas puertas de la ciudad eterna. El senado romano aclamó el triunfo de Constantino proclamándole *primus augustus*. Fue el paso definitivo en el camino hacia la conversión religiosa del gran Imperio. Un año más tarde se promulgó el Edicto de Milán por el que cesaba la persecución de los cristianos, mostrando una total tolerancia a su culto.

Mientras tanto, Elena, ya septuagenaria, seguía entregada en cuerpo y alma a diversas acciones de caridad y amor con los más necesitados. En 326 d.C., se encontraba junto a su hijo en Bizancio –la capital romana de Oriente– cuando le confesó una evidente necesidad espiritual por acudir a la llamada de Tierra Santa. Constantino, quien había cambiado el antiguo nombre de la ciudad por el de Constantinopla, accedió a la petición materna y ordenó disponer lo necesario para el viaje. Elena llegó a Jerusalén y sin pausa se puso a la tarea de encontrar las grandes reliquias que estuvieron en contacto con Jesucristo. Indagó entre cristianos y judíos, y un tal Judas le indicó el lugar donde se hallaban enterradas las tres cruces donde fueron ejecutados Jesús y los dos ladrones que le acompañaron en el calvario. Tras algunas excavaciones se localizaron los maderos y, para mayor acreditación sobre la autenticidad de los mismos, se recurrió a la prueba final de colocar una moribunda cristiana sobre ellos. Finalmente, la enferma sanó al entrar en contacto con una de las cruces, determinándose que esa era la Veracruz (verdadera cruz) de Cristo.

Elena, agotada pero satisfecha, mandó seccionar la madera en tres fragmentos: uno quedó en Jerusalén, otro fue enviado a Constantinopla, mientras que el último viajó a Roma para ser albergado en una basílica, rodeada de muros imperiales, que desde entonces llevaría el nombre de Santa Cruz de Jerusalén. La fructífera expedición concluyó con éxito y la anciana pudo regresar junto a su hijo para morir en sus brazos en 330 d.C. Posteriormente, sería canonizada en el siglo IX siendo el 18 de agosto el día elegido para su veneración por la Iglesia católica.

Santa Genoveva, la protectora de los merovingios

Tras la caída del Imperio Romano, la patrona de París vivió la instauración de la dinastía merovingia y “ayudó” a derrotar a los hunos. Admirada por sus contemporáneos, su entrega a la causa cristiana provocó la conversión de Clodoveo I al catolicismo.

Sus oraciones frenaron el ataque del bárbaro Atila. Fue garante de firmeza moral alimentando a su pueblo en situaciones de hambruna, y su prestigio ayudó a la conversión del rey franco Clodoveo I. Es patrona de París y junto a Juana de Arco una de las mujeres más queridas por la Francia católica.

Nacida hacia 422 d.C. en Nanterre, una pequeña aldea cercana a París, era hija de Leoncia y Severo, un matrimonio de galoromanos que asumieron muy pronto los dones y virtudes demostrados por su pequeña descendiente. Genoveva, como tantos de su generación, vivió en primera persona el desmembramiento del Imperio Romano en Occidente, y con sólo seis años se consagró a Dios por mediación de San Germano de Auxerre, quien iba de paso hacia Britania. Con 15 años de edad ofreció, en compañía de otras dos amigas, su virginidad a la causa cristiana. Si bien nunca llegó a profesar su vocación en convento alguno, siendo una comunidad seglar la morada elegida para sus acciones caritativas. Con el tiempo, sus predicaciones y famosos ayunos la destacaron como personaje relevante de la primigenia Ciudad Luz, y algunos reyes del incipiente linaje merovingio, como Childerico (458-481), accedieron a liberar numerosos presos gracias a las peticiones de la santa.



Tras la caída del Imperio Romano en Occidente y de sus formas de gobierno e instituciones, creadas durante siglos, el poder de los bárbaros germanos se extendió durante el siglo V por buena parte de los otrora territorios bajo la influencia romana. En el caso de las Galias, geografía perteneciente a la actual Francia, diversos pueblos, como visigodos y francos, se asentaron en aquella latitud dando inicio a una suerte de reinados que fueron a la postre el fundamento esencial para el futuro Estado francés.

La dinastía merovingia quedó instaurada a mediados de esa centuria con Meroveo alzado en padre de esta saga tan peculiar como misteriosa, dado que ni siquiera los orígenes del fundador están claros. Aunque sí su reinado, que parece haberse producido entre los años 448 y 457-58 d.C. A él le cupo el honor de haber asistido a la trascendental derrota de Atila y los hunos. Precisamente, la fama de nuestro personaje se incrementó en este suceso histórico, cuando, de forma enardecida, animó a los parisinos que huían de la ciudad presos del pánico a quedarse y orar con el fin de anteponer un escudo sobrenatural frente a los invasores bárbaros. Nunca sabremos si

fueron los rezos o una decisión caprichosa de Atila. Pero lo cierto es que los hunos sortearon incomprensiblemente París para dirigirse a Orleans, sufriendo al poco una terrible derrota en los campos Catalaúnicos a manos de los romanos y sus aliados visigodos.

Más tarde, la futura santa parisina trabó amistad con el influyente monarca Clodoveo I, (481 —511), vencedor de los poderosos alamanes, una tribu que amenazaba constantemente la frontera establecida por los francos en los territorios que hoy pertenecen al país germano. Su casi milagroso éxito sobre la confederación de tribus germánicas provocó su conversión al catolicismo, motivado en buena parte por la acción de su mujer cristiana, la burgundia Clotilde. Éste hizo ver a su esposo que todas las victorias sobre sus enemigos venían dadas por la acción directa del Dios único y verdadero, y por Genoveva de París que, gracias a sus conversaciones religiosas con el merovingio, consiguió inculcarle un gran amor por la causa de la cruz. Clodoveo se bautizó con absoluta devoción en 496 recibiendo bendiciones y parabienes del sumo pontífice romano, quien consiguió desde entonces el apoyo incondicional de su nuevo aliado franco. Genoveva prosiguió con su vida de entrega a los demás, consiguiendo trigo y otros alimentos en momentos de escasez y obrando prodigios cuando la moral ciudadana andaba escasa de ánimo espiritual.

Falleció en 502 d.C. rodeada por el cariño de todos aquellos que la habían conocido. Sus restos descansaron en la cripta de San Pedro y San Pablo en la actual montaña de Santa Genoveva. En 1130 fue sacada en procesión por París ante una plaga de peste y, al parecer, tras este acto se erradicó la epidemia, lo que impulsó su canonización por la Iglesia Católica. No obstante, el 21 de noviembre de 1793, los revolucionarios franceses expoliaron sus restos arrojándolos al río Sena mientras fundían el ataúd de plata que los había contenido. Asimismo, dedicaron el lugar donde se hallaba el sepulcro a un panteón de hombres ilustres. Gracias a los devotos se pudo recuperar una mínima muestra de sus cenizas albergándolas en la iglesia de Saint-Étienne-du-Mont, donde reposan actualmente. Su fiesta se celebra el 3 de enero de cada año.

Sarah Bernhardt, la diosa de la escena

Estrella. Considerada la más grande actriz de su época, la francesa exhibió una personalidad extravagante para alimentar su leyenda. Adicta al derroche y a los amantes, se arruinó varias veces.

El célebre autor Mark Twain afirmó de forma categórica que existían cinco tipos de actrices: las buenas, las malas, las regulares, las grandes y Sarah Bernhardt. El excéntrico Oscar Wilde escribió su obra Salomé inspirado por ella, e incluso Sigmund Freud situó un retrato suyo en la entrada de su consulta para recibir a sus atormentados pacientes. Considerada la mejor actriz teatral de todos los tiempos, Sarah nació el 22 de octubre de 1845 en un París prerrevolucionario lleno de luz y esperanza en el futuro. Su madre, Julia van Hard, una cortesana venida a menos de origen holandés, fue abandonada por el padre, Edouard Bernhardt, un joven francés estudiante de Derecho, quien se desentendió de la pequeña Sarah Rosine Marie Henriette. Por fortuna para ella, intercedió el duque de Morny, uno de los tantos amantes en los que se refugió la desolada progenitora de la futura estrella.



Siendo niña recibió educación en un convento para posteriormente pasar a engrosar la lista de estudiantes que se preparaban en el Conservatorio de París. Al poco tiempo, la intuición de su preceptor aristócrata no se vio defraudada, y la muchacha consiguió graduarse con un segundo premio en interpretación de comedia y tragedia. Bien es cierto que su arranque en el mundo escénico no recibió los suficientes aplausos. Sí en cambio, consiguió que la mirada del príncipe belga Henri de Ligne se posase sobre ella. Fue un amor intenso, pasional y fruto de él nació Maurice, el único hijo que tuvo Sarah, quien, por cierto, estuvo a punto de retirarse al pensar que había encontrado su príncipe azul. Sin embargo, la familia de éste evitó cualquier unión, y la francesa tuvo que regresar a los escenarios para, ahora sí, triunfar en 1869

encarnando un personaje masculino en la obra *Le passant*, de Racine. El éxito comenzó a llamar a su puerta con insistencia y, tres años más tarde, era solicitada por la Comédie Française, principal compañía teatral del país galo. Nuestro personaje crecía profesionalmente con cada representación, con cada éxito, con cada crítica.

En 1880 fundó su propia compañía y con ella se lanzó a la conquista del mundo. Visitó, en agotadoras giras, casi todos los continentes con una fama que desde luego la precedía. Fue una pionera en la concepción del estrellato mediático. Acuñó una merecidísima aureola excéntrica que la acompañó desde entonces: viajaba con decenas de baúles, cientos de trajes maravillosos, cajas del mejor champaña francés y todo un zoológico compuesto por perros, camaleones, leopardos, pumas, caimanes... Incluso llegó a generar una imagen cuasi mística por su forma inigualable de morir en los escenarios. Decían que “nadie fallece mejor que la Bernhardt”.

Asimismo, llegó a poseer un ataúd forrado de terciopelo en el que guardaba las cartas de sus admiradores y en ocasiones lo utilizaba como lecho dejándose fotografiar en él para mayor auge de su leyenda inmortal. En aquel tiempo de decadencia victoriana, fue considerada la más glamourosa y poco le importaba si su talento quedaba un tanto relegado por su extravagancia. En este sentido, cabe mencionar que la divina Sarah poseía una declamación prodigiosa realzada por su cristalina “voz de oro”. Nadie interpretó mejor que ella a Marguerite Gautier, personaje protagonista de *La Dama de las Camelias*, una obra de Alejandro Dumas, hijo, el cual era amigo personal de la Bernhardt, como tantos de la mejor intelectualidad del momento.

Aunque tuvo innumerables amantes, sólo contrajo matrimonio, en 1882, con Jacques Damala, pero su espíritu era demasiado libre y a los pocos meses la relación culminó en fracaso. La divina Bernhardt se enriqueció económicamente tantas veces como la ruina se apoderó de sus arcas. Empero, su fuerte personalidad y su búsqueda de la perfección interpretativa absoluta siempre la empujaron a emprender nuevas aventuras. Dirigió diversos teatros parisinos alcanzando el mérito de ser una consumada especialista en las obras shakespearianas. Ella misma asumió los papeles que el dramaturgo inglés había creado para protagonistas masculinos y, según las crónicas, pocos se podían equiparar a su espectacular puesta en escena. En 1900 se sumó con gusto a las nuevas experiencias cinematográficas siendo de las primeras actrices en entender la proyección universal que tendría el séptimo arte. En una ocasión dijo tras ver su imagen en la gran pantalla: “Lo he conseguido, por fin soy inmortal”. Esa dimensión pretendida siguió engrandeciéndose gracias a otras facultades artísticas como la literatura, la escultura o la pintura. También participó en numerosas campañas publicitarias de la época, de ese modo pudo verse su figura anunciando maquillajes, tabacos, perfumes.... Y, al igual que en los tiempos actuales, fue difamada por antiguas compañeras que en algún caso llegaron a escribir libros sobre aquella diosa de la escena. La Bernhardt siempre escuchó con fingido desdén estas calumnias y las aprovechó para seguir incrementando su inmejorable currículum.



En 1905, mientras interpretaba a la protagonista de *Tosca*, sufrió un percance que lesionó una de sus piernas. Diez años más tarde, el sufrimiento provocado por la herida era de tal magnitud que tuvieron que amputarle ese miembro, por el que alguien llegó a ofrecer 10.000 dólares. Pero lejos del abatimiento siguió en el teatro hasta su fallecimiento en París el 23 de marzo de 1923. Su entierro fue tan apoteósico como su vida: 150.000 franceses la escoltaron hasta el cementerio de Père Lachaise donde por fin descansó. Atrás quedaban años de gloria en los que estrenó más de 150 obras con miles de representaciones y distinciones como la Legión de Honor de Francia.

Séneca, el filósofo de Hispania que educó a Nerón

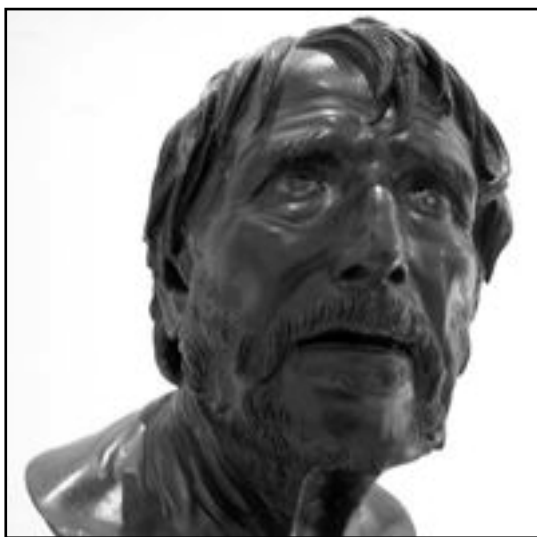
Estoico. Calígula le condenó por “impertinente” y Claudio le expulsó a Córcega, donde escribió lo mejor de su obra. Fue rico pero austero, y se quitó la vida asumiendo una injusta condena.

Desde los tiempos del emperador Octavio Augusto, Roma vio como cientos de intelectuales, políticos y militares llegados de la península Ibérica se acomodaban en sus foros de poder, con lo que se generó un auténtico clan de hispanos que se ayudaban entre sí para alcanzar los puestos más relevantes del Imperio. El ejemplo más notable lo constituyó Lucio Anneo Séneca. Nacido en Corduba en el año 4 a.C., perteneció a una acomodada familia donde destacaba la figura de su padre Marco Lucio Anneo, más conocido por la historia como Séneca “El Viejo”, un reputado filósofo retórico que inculcó en su hijo el amor por la filosofía.

Cuando Séneca el joven contaba 9 años de edad, la familia viajó a Roma, ciudad en la que se instalaron bajo los beneficiosos efluvios del emperador Octavio. Estudió retórica como otros muchachos de su condición social. Se educó bajo la tutela de oradores como Papirio Fabiano o filósofos de la talla de Atalo y Demetrio. Asimismo, fue aprendiz durante un año del gran filósofo Sotión, hasta que, una vez cumplidos los 18 años de edad, se entregó con entusiasmo a su ascenso social, primero trabajando de orador en actos públicos, para luego convertirse en un magnífico abogado que logró gran popularidad en Roma.

La fortuna de Séneca comenzó a crecer a ritmo vertiginoso. En 41 d.C., fue elegido senador bajo el mandato del temido Calígula, el mismo que le condenó a muerte por considerarlo un impertinente. El cordobés salvó la vida casi de milagro al argumentar que se encontraba enfermo de asma y que, por tanto, le quedaba poco que hacer en este mundo. La treta conmovió al tiránico Calígula y el estoico pudo seguir con sus aspiraciones a controlar el gobierno de la ciudad eterna.

Una vez desaparecido el emperador, llegó al poder Claudio, quien condenó a Séneca al exilio en Córcega por entender que había participado en algunas intrigas políticas. Nuestro personaje asumió con estoicismo innato la condena y, durante ocho años se dedicó a escribir ensayos y dramas, que le catapultaron a la fama literaria. En 49 d.C., Agripina lo mandó llamar para que fuera el tutor de su hijo Nerón; por entonces Séneca contaba 53 años y un tesoro calculado en varios millones de sestericios. Este patrimonio se vería incrementado en los años que se dedicó a la educación del futuro emperador. Cuando Nerón fue Augusto en 54 d.C., el mando del Imperio fue asumido por Agripina y Séneca. Los primeros cinco años de Nerón bajo los auspicios de sus custodios fueron realmente interesantes. Muchos estudiosos los han calificado de excepcionales y, buena parte de culpa la tuvieron Séneca y su amigo Afranio Burro, jefe de la guardia pretoriana.



Bien es cierto que fue acusado por algunos rivales de ser un usurero que sólo ambicionaba enriquecerse más y más, aunque lo único constatable es que el filósofo cordobés vivía de manera extremadamente rigurosa: comía poco, bebía agua, dormía en un tablón de madera y era fiel a su querida esposa Paulina. El motivo que dominó esta curiosa forma de vida fue, desde luego, su profunda implicación en las directrices marcadas por la escuela de filosofía estoica, de la que era uno de los máximos representantes. Séneca apostó por situar la sabiduría en el vértice del poder asegurando a los hombres una guía racional y justa. Intentó mantener el modelo de Octavio para sus enseñanzas a Nerón, pero éste optó por otros caminos más plúmbeos.

Lejos de su carrera política, lo que realmente provocó que su nombre entrara en la Historia fue su magna obra escrita. De ésta no se ha conservado la totalidad, aunque sí algunos títulos, en todo caso, suficientes para dimensionarlo como el intelectual que fue. El centro esencial de su doctrina era la problemática de la existencia y sus contradicciones, la búsqueda de la virtud para alcanzar la verdadera felicidad, la forma de conciliar el amor por uno mismo y por los demás y el buscar un equilibrio entre lo individual y lo político. Séneca fue admirado por los pensadores cristianos puesto que sus ideas estoicas, como la presencia de Dios, los problemas de la muerte y la esperanza de una vida después del fallecimiento, estaban en conexión con el cristianismo.

Lamentablemente, su discípulo Nerón no estuvo a la altura del maestro, y en el año 65 d.C., le acusó de formar parte de una conspiración dirigida por Calpurnio Pisón, quien pretendía destronar al emperador en beneficio propio. Lo realmente cierto es que Séneca llevaba retirado de la política tres años y en ese tiempo se había dedicado a su literatura y poco más.

Por desgracia, la mente de Nerón estaba demasiado obtusa como para entender que su antiguo maestro no tenía o no quería hacer nada en el concierto político romano. Aún así, la confesión forzada de Lucano, un pariente lejano de Séneca, fue suficiente para que el déspota le condenara a muerte. El filósofo intentó defenderse de las acusaciones ante el embajador enviado por el díscolo alumno; todo fue inútil y la sentencia fatal se mantuvo.

Séneca quiso ser fiel a su estoicismo hasta el final de sus días, asumió la pena, se despidió de su mujer Paulina y acto seguido ingirió cicuta mientras se cortaba las venas sumergido en una bañera. De esa manera conservó su independencia de carácter hasta el minuto final de su existencia. Antes de morir, escribió una carta a su amigo Lucilio en la que se podía leer: “En lo que me atañe he vivido lo bastante y me parece haber tenido todo lo que me correspondía. Ahora, espero la muerte”.

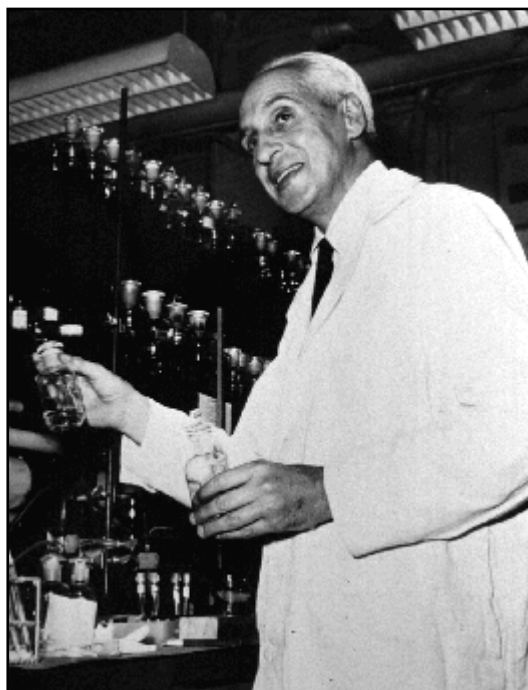
Severo Ochoa, el centenario de un genio que obtuvo el Premio Nobel

El científico español más universal gracias a sus descubrimientos en fisiología y biología molecular. En la década de los 50, y mucho antes de que la ciencia rastreara el genoma humano, certificó la estrecha relación del ADN y las proteínas.

Fue el segundo científico, tras Ramón y Cajal, en ser reconocido con un premio Nobel. Sus investigaciones y descubrimientos sobre la síntesis del ácido ribonucleico facilitaron notablemente el camino para el desciframiento de nuestro código genético. Trabajador incansable, mantuvo su actividad febril hasta el final de sus días, a pesar de la tristeza sufrida por la desaparición de su querida esposa.

Nacido en Lluarca (Asturias) el 24 de septiembre de 1905, era el pequeño de siete hermanos. Sus padres, Severo y Carmen, formaban una acomodada familia de la burguesía asturiana. No obstante, cuando Severo tenía 7 años de edad, su tranquila vida quedó sumamente alterada con el fallecimiento del progenitor y una bronquitis crónica de su frágil madre, motivo por el cual los Ochoa se trasladaron a Málaga buscando climas más benignos.

Es en la ciudad malacitana donde Severo cursará sus estudios de bachillerato entre 1915 y 1921. En ese tiempo, Eduardo García Rodeja, un magnífico profesor de química, inculcará al joven una auténtica pasión por las ciencias naturales y, con esa vocación despierta, viajará a Madrid dispuesto a ingresar en la universidad San Carlos con la intención de ser investigador médico. Son años en los que se impregna de las mejores esencias culturales de aquella época gracias a su estancia en la famosa Residencia de Estudiantes, donde conoce a Federico García Lorca, Salvador Dalí o Luis Buñuel, mientras reciben las visitas magistrales de científicos como Albert Einstein, Madame Curie o Santiago Ramón y Cajal.



En esta etapa recibió la tutela del eminente catedrático de fisiología Juan Negrín, hombre clave en la vida de Ochoa y futuro presidente de la II República. En 1928 viajó a Berlín, donde colaboró con el premio Nobel Otto Meyerhoff, quien se convirtió en un maestro fundamental. Un año más tarde se doctoró en España regresando al país germano para trabajar con su mentor en estudios sobre los músculos humanos y su capacidad para obtener energía.

En 1931 se casó con Carmen García Cobián, el único y gran amor de su existencia, con la que compartió sueños, emociones, desilusiones... En ese mismo año fue elegido ayudante principal del doctor Negrín, quien le promocionó gracias a una beca en Reino Unido, donde destacará gracias a sus investigaciones sobre enzimología junto al doctor Harold H. Dudley.

En 1935 aceptó la dirección del departamento de Fisiología en el Instituto de Investigaciones Médicas fundado por el profesor Jiménez Díaz. Empero, el estallido de la Guerra Civil Española provocó que el matrimonio Ochoa se viera forzado a iniciar un peregrinaje geográfico por Alemania, Reino Unido y, finalmente, Estados Unidos, donde se refugiaban decenas de investigadores europeos debido al estallido de la Segunda Guerra Mundial. Es en Norteamérica donde el asturiano alcanzará su verdadera dimensión universal, debido a su incesante trabajo en las universidades de San Luis y Nueva York, centros académicos en los que ostentará diferentes cargos en departamentos consagrados a las investigaciones bioquímicas.

En 1945 los Ochoa obtienen la nacionalidad norteamericana y se entregan con entusiasmo a las nuevas tesis sobre biología molecular. Años más tarde, el científico español en colaboración con la franco-rusa Marianne Grunberg-Manago anunciará el aislamiento de una enzima del colibacilo llamada polinucleótido-fosforisala, demostrando que catalizaba la síntesis de ARN (ácido ribonucleico). Con este hallazgo se certificaba la íntima relación entre nuestro ADN y las proteínas. Era un paso indispensable para descifrar los mensajes ocultos del código genético humano. Las averiguaciones de lo que luego se llamó ARN-polimerasa abrieron el camino para que Severo Ochoa obtuviera, en 1959, el premio Nobel de Fisiología y Medicina, galardón que compartió con su discípulo Arthur Kornberg, quien demostró que el ADN se sintetizaba igualmente con polimerasa. El prestigio de Severo Ochoa se disparó internacionalmente: recibió el doctorado honoris causa en varias universidades del planeta. En 1985 regresó definitivamente a España para presidir la fundación Jiménez Díaz e ingresar en la Real Academia de Medicina.

Tres años más tarde fallecía Carmen, la mujer que había dado sentido a su intimidad personal constituyendo el sostén moral ante su agotadora vida laboral. Este hecho le dejó sumido en una profunda depresión que ya no pudo superar. Severo Ochoa murió en Madrid el 1 de noviembre de 1993. Hoy, 100 años después de su nacimiento, su legado científico es incuestionable y una miriada de discípulos mantiene muy vivas las enseñanzas de este inmenso representante de la ciencia española más genuina.

Sisebuto, el monarca godo que estudió las estrellas

Poco conocemos de este rey que gobernó Hispania desde 612 hasta 621. Sí se sabe que durante su reinado se produjo un florecimiento cultural que llevó al propio Sisebuto a cultivar las letras y las ciencias. Pero pasó a la Historia como el instigador de la primera persecución contra los judíos.

Este monarca del siglo VII fue un hombre culto, refinado y con curiosidad por lo que le rodeaba, cualidades que le permitieron mantener una cordial relación con el gran sabio de la época, San Isidoro de Sevilla.

Como ocurre con casi todos los reyes godos, ignoramos la fecha y lugar de nacimiento de Sisebuto, si bien su posición social en el momento de asumir la corona —en febrero de 612— nos invita a pensar que pudo venir al mundo en Toledo, la gran capital visigoda.

Sucedió en el trono al fallecido rey Gundemaro por elección de la aristocracia, siguiendo la costumbre germánica que impedía el establecimiento de dinastías familiares. Muy pronto, se tuvo que enfrentar a diferentes problemas internos. Uno de ellos desembocó en la primera persecución oficial contra los judíos en Hispania.

Sisebuto promulgó, el 1 de julio de 612, la polémica ley antihebrea. Miles de semitas pobladores de 200 juderías hispanas se vieron afectados por distintas medidas represivas que pusieron en jaque su presencia en la península Ibérica; lo que supuso un problema para la sociedad del momento, ya que muchos ocupaban puestos de relevancia en oficios fundamentales para una buena estructuración del Estado.

Pero no todo fue tristeza en esos años de hostigamiento religioso. Sisebuto también mostró querencia por las bellas artes. Él mismo se preocupó de cultivarlas y fomentarlas. Llegó a ser un buen escritor, como demostró en su hagiografía dedicada a la vida de San Desiderio, asunto que acercó su personalidad a la de Isidoro de Sevilla.

El erudito y futuro santo no se mostraba conforme con el edicto contra los judíos, limitándose a aceptar la política de hechos consumados del gobierno. A pesar de esta desaprobación, Isidoro y Sisebuto congeniaron tanto que el obispo de las "Etimologías" le dedicó uno de sus libros, "De Rerum Natura", obra que trataba aspectos físicos y cosmográficos.

Al rey debió de interesarle mucho la ciencia, pues en una expedición contra los astures y vascones escribió un poema que envió a Isidoro con una cariñosa dedicatoria. La composición, titulada *Astronomicon*, constaba de 55 versos hexámetros latinos. El texto se basaba en los eclipses que, entre 611 y 612, se pudieron ver en la península Ibérica. Estos fenómenos del cielo atrajeron a las gentes poco romanizadas hacia el paganismo con la consiguiente preocupación de la Iglesia y del gobierno.

El ilustrado monarca no descuidó el escenario militar. En sus primeros años de reinado sofocó revueltas de las tribus norteafricanas y encabezó una operación de desembarco en Cantabria, donde luchó contra los rebeldes nativos con resultado incierto. Más beneficios obtuvo de la campaña lanzada contra los bizantinos que ocupaban, desde el siglo anterior, algunas tierras hispanas.

En ese sentido, Suintila, su mejor general, consiguió exitosos avances, llegando a tomar las ciudades de Málaga y Cartago Nova (Cartagena), con lo que los movimientos bizantinos quedaron limitados al Algarbe (actual Portugal) y a su presencia en las islas Baleares. Asimismo, el militar godó, según algunos historiadores, puso pie en tierras africanas haciéndose con el control de Ceuta, aunque esa posibilidad ha sido cuestionada por otros.

Sea como fuere, la guerra entre orientales y visigodos culminó con la firma de la paz, y permitió a Sisebuto dedicarse plenamente a lo que más le interesaba: las materias del saber con preferencia por las disciplinas astrológica y astronómica. En todo caso, este soberano ha pasado a la Historia como uno de los exponentes más radicales de la intransigencia católica frente al judaísmo, intentando que toda la población de su reino practicara la fe de Cristo y no otras consideradas como herejías pecaminosas.

La arquitectura de ese periodo es bastante pobre, pero cabe atribuirle la inauguración, el 26 de octubre de 618, de la basílica dedicada a Santa Leocadia, futura sede de cuatro concilios toledanos.

Su muerte, como la de casi todos los reyes visigodos, es objeto de polémica. Unos cronistas defienden la causa natural, pero la opinión más extendida es que Sisebuto fue envenenado por una intriga palaciega encabezada por el duque Suintila —su otrora disciplinado general y leal amigo—, quien aspiraba sin recato al trono hispano.

El óbito real tuvo lugar en Toledo, en febrero de 621, siendo enterrado con honor y dejando a los nobles la difícil tarea de elegir al rey más conveniente para todos. Por supuesto, el designado fue Suintila, quien se encargó de seguir persiguiendo obstinadamente al sufrido pueblo judío, una costumbre que no cesaría hasta 1492, cuando más de 150.000 hebreos se vieron obligados a abandonar, para siempre, su querida Sefarad.

Stevenson, el contador de historias

Luchador ante la adversidad de la tuberculosis, viajero por vocación y supervivencia, bohemio en el siglo oportuno, liberal aburguesado y, ante todo, un maravilloso narrador de aventuras.

Robert Louis Balfour Stevenson nació un gélido 13 de noviembre de 1850 en Edimburgo (Escocia). Desde la adolescencia dio muestras de su capacidad innata para trasladar al papel toda su fuente de inspiración imaginativa. Con apenas 16 años publicó su primera obra, de tan sólo 22 páginas, bajo el título *La revuelta de Pentland*. De carácter extrovertido, se licenció en leyes, si bien nunca llegó a ejercer como abogado. En el periodo universitario fue un estudiante díscolo, pícaro y amante de las juergas nocturnas, lo que provocó grandes disgustos familiares. Entró en círculos progresistas donde se discutían ideas cercanas al socialismo, lo contrario de lo que se defendía en su clan, muy aferrado a las costumbres y tradiciones escocesas. En estos años mozos, nuestro protagonista tuvo que asumir con resignación el diagnóstico de una virulenta tuberculosis que se agravó con el pésimo clima húmedo de su tierra natal. Con su enfermedad por eterna compañera, Stevenson se vio en la necesidad de viajar a la búsqueda de climatologías benignas. De ese modo, inició una serie de estancias en el continente europeo y Francia se convirtió en su segunda residencia. Por las tierras galas, el escritor deambuló visitando pueblos pintorescos, montañas de difícil acceso, ríos navegables... Todas estas experiencias fueron apareciendo en sus primeros ensayos sobre viajes, obras en las que el escocés adquirió notable maestría y un oficio que luego le sirvió para afrontar el reto de confeccionar brillantes novelas de aventuras, así como poesías cargadas de emoción y sentimiento.

En uno de estos periplos conoció a la estadounidense Fanny Osbourne –el gran amor de su vida–, pero la relación presentaba algunos inconvenientes: ella estaba separada y a la espera de divorcio, tenía dos hijos y era 10 años mayor que él. Con todo, la fascinación que ambos sintieron nada más conocerse despejó cualquier duda y, en 1879, contraviniendo órdenes paternas, Stevenson se embarcó rumbo a California en busca de su amada. El viaje estuvo a punto de acabar en tragedia dado que el escocés, sin medios económicos y con los pulmones casi reventados, llegó a Estados



Unidos transformado en un mísero mendigo. Sin dinero y enfermo, consiguió por fin localizar a Fanny, quien, ya divorciada, le cuidó con esmero hasta su recuperación.

En marzo de 1880 se celebró el matrimonio. Robert congenió a la perfección con sus hijos adoptivos, en especial con Lloyd, el mayor de la prole, un jovencito con talento que pretendía ser escritor siguiendo los pasos de su nuevo padre. La relación fructificó en varias obras que escribieron en conjunto, aunque lo más destacado de esta original colaboración fue la idea que el muchacho sugirió al autor en agosto de 1881, cuando la familia se acababa de instalar en Escocia.

Una buena tarde el chico se quedó mirando fijamente a su padrastro y, tras unos segundos de silencio, le preguntó si era posible que escribiera una buena novela para él. El escritor, algo confuso por la petición, le respondió con una pregunta: “¿Qué entiendes por una buena novela?”. Lloyd, sonriendo, exclamó: “Un libro que tenga un poco de todo,

emoción, aventuras fantásticas, soldados, piratas, barcos, un chico como yo y, lo más importante, nada de mujeres”. Stevenson tomó buena nota y al día siguiente se puso a escribir un folletín que en principio llevó por título *The Sea Cook* y que fue publicado por entregas en la revista juvenil *Young Folk*.

La repercusión entre los lectores fue de tal magnitud que dos años más tarde apareció en forma de libro bajo el título *La isla del tesoro*. Había nacido una de las obras inmortales de la literatura británica. Stevenson, ya maduro como autor, obtuvo el reconocimiento de la crítica y logró vender miles de ejemplares en los primeros meses. En 1885, la enfermedad le atacó con demasiada dureza y sufrió un tremendo agotamiento físico y mental. Precisamente, en medio de una noche cubierta por horribles pesadillas, brotó en su mente la perversidad de un tal *Mister Hyde*, ser antagónico del noble doctor *Jekyll*, hombre entusiasta de la ciencia y dispuesto a experimentar consigo mismo un brebaje magistral que a la postre será su perdición. Desde luego, el reto que *Jekyll* y *Hyde* propusieron a su creador era muy exigente, pero Stevenson lo asumió y escribió con vertiginoso delirio un relato de 60.000 palabras que asombró al mundo. Una vez más, el éxito acompañó al novelista y se vendieron 250.000 ejemplares en las primeras semanas.

En 1889 se publicó *El señor de Ballantree*, justo el mismo año en el que contacta con su último paraíso escénico: el archipiélago de las Islas Samoa. Allí levantó una casa a la que llamaron *Villa Vailima* —que en idioma autóctono viene a significar casa entre ríos—. Fue inaugurada en 1890 y sirvió como morada a los Stevenson hasta el fatídico 3 de diciembre de 1894, fecha en que la tuberculosis se llevó para siempre la vida del afamado escritor.

Cuentan que, en sus últimas horas, el cansado novelista dijo con una sonrisa: “Viví alegre y alegremente muero”. Pero quizá los que mejor supieron captar el espíritu verdadero de Robert Louis Stevenson fueron los samoanos, los cuales, a modo de homenaje, escribieron este epitafio en su lápida: “Aquí esta enterrado *Tusitala* —el contador de historias—”.

Tamerlán, el sanguinario conquistador mongol de Samarkanda

Nació en Kesh, actual Uzbekistán, en 1336. Se proclamó heredero y continuador de Gengis Kan, fundador del imperio mongol. Creó un gran ejército con el que se lanzó a la conquista de Asia, liberó de peligros la Ruta de la Seda y promulgó leyes que mejoraron la vida de sus súbditos.

Fue uno de los más grandes conquistadores mongoles. Sus dominios abarcaron ocho millones de kilómetros cuadrados en un tiempo cubierto por la guerra y la destrucción, pero también por un magnífico esplendor cultural y comercial, auspiciado por el mecenazgo de este célebre gobernante asiático.

Tamerlán o Timur –cuyo nombre original significa hierro– vino al mundo el 10 de abril de 1336 en Kesh, un lugar próximo a Samarkanda enclavado en el antiguo kanato de Chagatai (actual Uzbekistán). Pertenecía al clan de los Barlas, un linaje de etnia mongola, aunque de cultura islámica, muy arraigado desde tiempos ancestrales en aquella geografía.

En ese siglo, la miríada de entidades independientes surgidas tras la muerte de Gengis Kan pugnaba por la supremacía política y militar en una hermosa latitud sembrada de estepas y valles fértiles al amparo de majestuosas cumbres montañosas.

Precisamente, la división de Chagatai en dos kanatos diferenciados (Tranxosiana y Mogolistán) favoreció el ascenso social de Timur, ya que se casó con la hija menor del jefe que quedó al frente del primero de los mencionados kanatos. Con 26 años, nuestro personaje, al que apodaban Lank (el Cojo) por una discapacidad sufrida en una de sus piernas durante la infancia, ya se había hecho con el mando de la situación en el territorio del que se enseñoreaba y declaró la guerra a sus hostiles vecinos.



Tras varios años de conflicto, Tamerlán sojuzgó o aplacó la belicosidad de sus rivales. En 1370 se proclamó emir independiente y eligió como capital de su incipiente Estado la esplendorosa ciudad de Samarkanda. Desde ella inició una expansión militar como no se había visto desde la época del mismísimo Gengis Kan, de quien Timur se erigió pretendido heredero genético.

Su sueño vital pasaba por recuperar el perdido fulgor del imperio mongol y, durante los primeros años, se dedicó a cimentar la estructura de un estado sólido y unificado bajo su cetro. Para ello diseñó leyes de gobierno en las que se aunaban las viejas costumbres y otras de nuevo cuño que mejoraron la vida de sus súbditos.

A esto se sumó la creación de un incontestable ejército, considerado la mejor maquinaria bélica del momento. Con dichas tropas, Tamerlán se lanzó a la conquista de Asia bajo el influjo de lo logrado por Alejandro Magno, una de sus más claras y admiradas referencias históricas.

Durante 35 años los ejércitos de Samarkanda cubrieron buena parte del continente asiático, extendiéndose de este a oeste y de norte a sur por las actuales Siria, Irak, Irán, Pakistán, Afganistán, Turkmenistán, Uzbekistán, parte de La India, Turquía, Rusia...

Las campañas de Tamerlán fueron tan brillantes como genocidas. Desgraciadamente famosas se hicieron las construcciones piramidales que sus hombres elaboraban con las cabezas de los infortunados vencidos. Asimismo, en esta cruel y despiadada política de anexiones territoriales, ordenó el asesinato de poblaciones enteras y arrasó bellas ciudades como Bagdad o Damasco, plazas en las que miles de sus habitantes sufrieron decapitación a modo de escarmiento por la resistencia planteada.

Sin embargo, no todo fue masacre, y el sultán, muy interesado en la cultura, favoreció el embellecimiento arquitectónico de Samarkanda mientras contrataba los mejores literatos para ensalzar los aspectos más elogiosos de su reinado.

Respecto al capítulo económico, consiguió que la Ruta de la Seda, principal arteria comercial de Asia, viera sus caminos hasta Bagdad libres de peligros para los comerciantes que la transitaban, lo que impulsó el incremento de la riqueza y el intercambio cultural con otros pueblos.

Por otra parte, este poderoso mandatario no descuidó sus relaciones internacionales y recibió con agrado la visita constante de los embajadores que llegaban desde cualquier parte del mundo conocido. Incluso, el reino de Castilla quiso fomentar los intercambios comerciales con Asia y, a tal efecto, el monarca Enrique III destacó al insigne viajero Ruy González de Clavijo, quien describió en un texto, de forma exquisita y pormenorizada, todas las excelencias que rodeaban la corte de Samarkanda.

Tamerlán murió por enfermedad el 19 de enero de 1405 en la ciudad de Otrar (actual Kazajistán) cuando se encontraba en los previos de la conquista de China, sin duda el proyecto más ambicioso de su agotadora peripecia bélica. Sus restos fueron trasladados a Samarkanda en medio de innegables muestras de respeto y dolor por aquél que tanto oropel había concedido a la mítica capital. Fue sepultado en Gur-i Emir, un luminoso mausoleo que en la actualidad constituye una de las escasas muestras que aún sobreviven de aquel periodo.

Teodora de Bizancio, la meretriz que llegó a gobernar un imperio

Fue actriz, prostituta e hilandera antes de convertirse en la esposa del emperador Justiniano. Junto a él rigió los destinos del Imperio Romano de Oriente en el siglo VI d.C., aportando su visión paritaria de la sociedad en un “corpus” legislativo que impulsó los derechos de la mujer.

Fue una de las mujeres más carismáticas de Oriente en un tiempo en el que todavía humeaban los rescoldos del Imperio Romano. Ambiciosa y de visión preclara en las cuestiones de gobierno, supo asesorar a su marido —el emperador Justiniano— sin que le temblara el pulso en las cuestiones más cruentas y difíciles.

Los exégetas no se ponen de acuerdo a la hora de determinar el año exacto de su nacimiento; unos piensan que fue en 502 d.C., otros afirman que nació en 508. Tampoco se precisa su lugar natalicio concreto, aunque se estima que pudo ver la luz por primera vez en algún punto de la costa turca o en la isla de Creta.

Lo cierto es que Teodora formaba parte de una familia muy humilde que tuvo que emigrar a Constantinopla, la magnífica capital del imperio bizantino, donde Acacio — jefe del clan— logró un empleo como domador de osos en el circo de la ciudad.

Tras la muerte de su progenitor, la muchacha, apenas adolescente, se vio forzada a trabajar como actriz, oficio que desempeñó de forma poco brillante. Si bien sus sensuales formas físicas y su descaro frescachón ante el público masculino, le granjearon abundantes simpatías y algunos contactos que la incitaron a ejercer el oficio más antiguo del mundo. De inmediato, la joven se vio rodeada por decenas de amantes, los cuales la llenaron de regalos y suficientes ingresos para pensar en una mejor situación social.



Uno de estos pretendientes fue un tal Ecebolo, quien nombrado gobernador en la provincia africana de Pentápolis, invitó a la famosa prostituta a compartir su vida con él. Ella, complacida por la oferta, accedió viajando al remoto lugar dispuesta a olvidar su tumultuoso pasado. Empero, tras cuatro años de aburrida convivencia, el bizantino la abandonó argumentando que la hija que esperaba no era fruto de su amor sino del adulterio.

Teodora, desengañada y triste, optó por refugiarse en la luminosa Alejandría, lugar en el que conoció a Severo, líder de la secta cristiana de los monofisitas, que defendían la divinidad exclusiva de Jesucristo. Convencida sobre esta doctrina, regresó a Constantinopla para trabajar como hilandera en un taller cercano al palacio donde moraba Justiniano, sobrino del emperador Justino y heredero del trono bizantino.

La casualidad quiso que una antigua amiga suya amante del general Belisario — hombre de confianza del futuro dignatario—, la pusiera en contacto con las elites aristócratas. En esos ambientes conoció a Justiniano, que quedó prendado por su belleza e inteligencia. De inmediato se convirtieron en amantes y, en pocos meses, Teodora pasaba de los infiernos circenses a la cúspide social como patricia del Imperio Romano en Oriente. Tras la muerte del emperador Justino, su pariente accedió al trono y con él su flamante esposa, de 27 años de edad. Lo que nadie pudo sospechar en ese momento es que se iba a convertir en una de las mujeres más influyentes de la Historia. Su magnetismo y poder de convicción cautivó de tal manera a su esposo que éste no opuso ninguna traba para que Teodora aportara sus ideas al Corpus Juris Civilis, la inmensa obra legislativa elaborada por Justiniano. En el tratado aparecieron leyes inspiradas por ella que defendían la igualdad de la mujer, el derecho al divorcio, la prohibición de castigos por adulterio, el reconocimiento hacia los hijos bastardos y la defensa de sus derechos de herencia, la imposición de penas para los violadores, la posibilidad de abortar y la prohibición de la prostitución forzosa.

Asimismo, se persiguió a los proxenetas y se permitió la libertad de culto. En muchos de estos casos se han necesitado casi 1.500 años para igualar lo avanzado por Teodora de Bizancio.



Sin embargo, también cabe atribuirle algún exceso como la exigencia de impuestos abusivos a la población para financiar obras faraónicas como la catedral de Santa Sofía, al igual que una actitud cruel con los opositores al régimen imperial. En ese sentido, famosa fue la sublevación de Nika, palabra que significaba victoria y que sirvió de estímulo para una oprimida ciudadanía levantada en armas ante los abusos de Justiniano. Sólo la decidida actuación de Teodora y del

general Belisario lograron aplastar el motín dejando más de 20.000 muertos. Fue una jornada sangrienta que sirvió para que autores como Procopio incrementaran la leyenda negra de la emperatriz.

En 548 se le manifestó un incontenible cáncer de pecho que en pocos meses le arrebató la vida. Tenía poco más de 40 años y había logrado entrar en la galería de personajes más relevantes y decisivos de la Historia. Su importancia se demostró tras su fallecimiento, pues el reinado de Justiniano entró, tras ese suceso, en el más absoluto de los declives.

Tiberio, el emperador que se enamoró de Capri

Fue el César bajo cuyo mandato (14-37 d.C.) se crucificó a Jesús de Nazaret. Hombre contradictorio e intrigante, luchó contra la ostentación y el parasitismo de la aristocracia hasta que, en 26 d.C., renunció a vivir en Roma y se exilió a la isla de Capri, lugar en el que permaneció los 10 años finales de su vida entregado a excesos y placeres.

Nacido en Roma el 16 de noviembre de 42 a.C., era el primogénito del pontífice Tiberio Claudio Nerón y de la patricia Livia Drusila. Cuatro años después de su llegada al mundo, su madre se divorció para seguidamente contraer nupcias con el tribuno Octavio, futuro primer César del Imperio Romano. El pequeño Tiberio se aplicó con intensidad desde muy joven en las disciplinas académicas y castrenses, recibiendo con prontitud diferentes encargos de la mortecina república.

En 20 a.C. dirigió las legiones romanas contra rebeldes armenios, y más tarde haría lo propio con retios y panonios. No obstante, su creciente carisma público no le privó de profundos complejos personales como el sufrimiento que le provocaba la constante mofa de sus enemigos por culpa de su evidente fealdad y de un físico poco agraciado. En 11 a.C. su padrastro le obligó a separarse de su primera esposa, Vipsania Agripina, para contraer matrimonio con Julia, hija favorita de Octavio. Esta unión no fue feliz, y en 6 a.C., asqueado por la sociedad romana y por las supuestas infidelidades de su nueva esposa, inició un exilio voluntario en la isla de Rodas donde siguió incrementando su ya notable bagaje cultural.

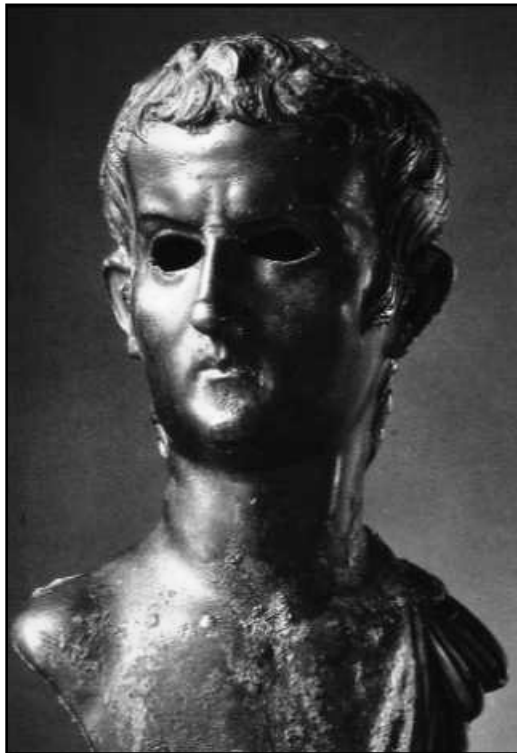


Ocho años más tarde regresó a la ciudad eterna tras recibir la noticia del destierro de su mujer por adúltera, y se benefició inesperadamente de las muertes casi consecutivas de Lucio y Cayo, nietos de Octavio Augusto y herederos directos al trono. Esta desgracia posibilitó que, en 4 d.C., el César nombrara a su hijastro Tiberio, hijo adoptivo y legítimo pretendiente, al título imperial. Desde entonces, la oscilante carrera pública de Tiberio pasó a primer plano de la política romana. Retomó las armas para luchar victoriosamente contra germanos, marcomanos y dálmatas, y en 9 d.C. fue el vengador de las legiones masacradas en Teotoburgo. Estas resonantes hazañas le hicieron merecedor del triunfo ante sus conciudadanos, lo que le allanó el camino hacia los laureles cesarianos, hecho acontecido en 14 d.C., tras el fallecimiento de Octavio Augusto.

Una vez situado en la cúspide del poder de la potencia más influyente del mundo antiguo, se dedicó a nutrir las depauperadas arcas del Estado: mejoró el gobierno de las instituciones civiles, creó infraestructuras, persiguió la corrupción de los pretores provinciales, luchó contra la ostentación y el parasitismo de las elites aristocráticas y promulgó directrices para que el ejército romano se engrasase disciplinariamente. Estas medidas le granjearon abundantes adversarios, los cuales conspiraban abiertamente contra su estricta manera de entender la buena dirección del imperio.

En 26 d.C., hastiado de aquella sociedad abandonada a la molicie y el estéril consumismo, se marchó de Roma para no volver jamás. Primero con una breve estancia en la tranquila región de la Campania y, un año más tarde, con su establecimiento definitivo en Caprese (actual isla de Capri).

Desde aquel reducto de apenas 10 kilómetros cuadrados se empeñó en la tarea de dirigir el vasto imperio mientras dedicaba buena parte del día y de la noche a bacanales sin medida ni pudor. En sus años finales fundó 12 villas en la isla, creando en torno a sí una leyenda negra en la que se daban cita abusos a niños y lanzamientos de condenados y esclavas desde un abrupto acantilado. Tampoco le tembló la mano a la hora de ordenar ejecuciones sumarias como la de su hombre de confianza en Roma, Lucio Elio Sejano, quien intentó conspirar para hacerse con el poder a costa de múltiples asesinatos e incontables intrigas. El César, una vez advertido de estas actuaciones gracias a una carta enviada por Antonia, madre del fallecido Germánico (hijo adoptivo de Tiberio), mandó ejecutar al pretoriano sin mayor miramiento.



También en este periodo de Capri aconteció la crucifixión de Jesucristo, si bien entonces el suceso no registró la importancia que posteriormente alcanzaría. El 16 de marzo de 37 d.C. Tiberio sufrió un repentino desvanecimiento motivado por una probable insuficiencia cardíaca, asunto que hizo pensar que al fin se había producido el tan ansiado óbito. Su sucesor, Calígula (foto), no tardó un segundo en arrebatarse del dedo el sello imperial, pero, para pasmo de los allí asistentes, el viejo dignatario recuperó la consciencia, aunque le sirvió de poco, pues ya se había decidido que estaba muerto y Macrón, jefe de la guardia pretoriana, acabó con su vida asfixiándole definitivamente con un almohadón. Tras conocer su fallecimiento, muchos ciudadanos romanos desafectos exigieron que el cadáver fuera arrojado al río Tíber, petición que fue denegada.

Trajano, el hispano que se convirtió en emperador de Roma

Desde su integración plena en el Imperio Romano, Hispania descolló como una de las más luminosas provincias, aportando a la grandeza imperial tropas, materias primas y personajes de alto calado social, incluidos tres emperadores que otorgaron periodos de bienestar a la potencia más impresionante del mundo antiguo. Trajano fue el primero de dichos Augustos.

Marco Ulpio Trajano nació en Itálica (cerca de la actual Sevilla) el 18 de septiembre de 53 d. C. Era miembro de una conocida familia castrense, siendo su padre un respetable funcionario y general de Roma. El pequeño se educó dentro del ámbito militar y muy joven participó en los ejércitos dirigidos por su progenitor en Siria, provincia romana de la que era gobernador.



En su juventud, Trajano consiguió méritos suficientes para el ascenso político y, en 89 d. C., obtuvo el cargo de pretor, marchando después como legado a Hispania, donde se puso al frente de la VII Legión Gémina. Su creciente prestigio le condujo a la limes —grandes murallas fronterizas que levantó el Imperio Romano— germana, donde se acreditó como valiente general y conductor de hombres. En 91 d. C., el emperador Domiciano le concedió el título de cónsul de la Germania Superior. Seis años más tarde, el emperador Nerva le adoptó oficialmente, asociándole al trono imperial con el consenso del Senado y el Ejército.

En enero de 98 d. C., el fallecimiento de su padre adoptivo le alzó a lo más alto del Imperio. En la unción posterior, el flamante César fue reconocido también Optimus Princeps, lo que ofrecía una idea sobre las cualidades demostradas por el hispano para asumir la púrpura augusta. El gobierno de este primer emperador llegado de provincia se caracterizó por una buena aplicación de la justicia y una aliviadora estabilidad social. Además, gratificó a sus tropas y garantizó la alimentación diaria a los niños necesitados. Redujo la presión fiscal, concedió créditos a bajo interés a la clase agraria y puso en marcha un gran aparato burocrático que mejoró ostensiblemente el rendimiento económico de las provincias.

No se olvidó de su tierra natal, proporcionándole infraestructuras de todo tipo: monumentos, edificios, puertos... Durante su mandato crecieron las inversiones en obras públicas. Cabe destacar en este apartado el foro de Trajano, la basílica Ulpiana, el puente de Alcántara, bibliotecas, las termas del Esquilino, la vía Traiana, la restauración de la vía Apia, la ampliación del puerto de Ostia y su monumento más representativo: la columna trajana, donde figuran sus victorias en la Dacia (actual Rumanía).

En el capítulo militar, Trajano brilló con intensidad. La conquista de la Dacia no sólo supuso la incorporación de un rico territorio con enormes yacimientos de oro en Transilvania; también sirvió para celebrar unos juegos que serían recordados como los más grandes de la historia romana. La causa: en ellos 10.000 gladiadores y otras

tantas miles de fieras lucharon y murieron durante cuatro meses como homenaje a la hazaña de su carismático emperador. Trajano intentó emular a Alejandro Magno lanzándose con éxito a la conquista y dominación de Oriente. De ese modo, Mesopotamia, Armenia, Asiria y el norte de África se integraron por la fuerza de las armas en el Imperio Romano. El propio César adoptó en recuerdo de aquella gesta el sobrenombre de Pártico.

Estas campañas le sirvieron para remodelar la guardia pretoriana y mejorar la estructura del Ejército romano, creando nuevas legiones que aseguraron una eficaz defensa del Imperio. Asimismo, queda patente que muchos hispanos sirvieron al emperador en los estamentos político, económico y militar y se les pudo ver en los múltiples conflictos guerreros como generales, oficiales o tropas de combate. En el caso de la Dacia, numerosas unidades hispanas lucharon haciéndose merecedoras de grandes elogios por su lealtad y esfuerzo. Baste comentar que hacia 107 d. C., la frontera danubiana contaba para su protección con 10 espléndidas legiones, y buena parte de las tropas auxiliares que las apoyaban provenían de Hispania.

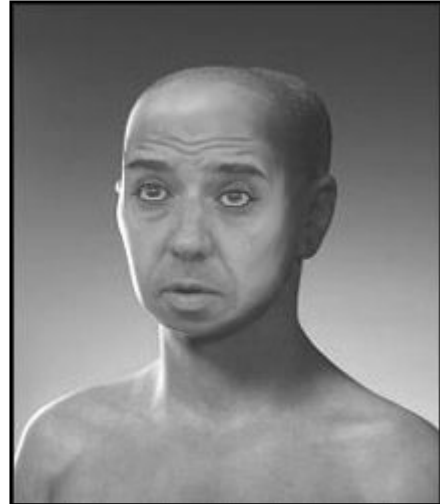
En 117 d. C., Trajano se sintió enfermo mientras regresaba de Oriente. Su gran altura y corpulencia física no le sirvieron para detener un fatídico mal, que lo paralizó progresivamente. El 8 de agosto de ese año, falleció en Cilicia (en la actual Turquía). Sus cenizas llegaron a Roma en medio de la consternación general, siendo depositadas en la base de la columna que lo inmortalizó. Su viuda, Plotina, lloró la irreparable pérdida, pero no tuvo inconveniente en potenciar la candidatura de un presunto amante, otro hispano nacido también en Itálica y sobrino de Trajano. Éste hombre, llamado Elio Publio Adriano, sería el segundo y más reconocido emperador hispano.

Tutankamón, la misteriosa muerte de un faraón de 19 años

Nacido hacia 1342 a. de C., accedió al trono al casarse con su hermanastra. Lo más destacado de su reinado fue el restablecimiento del culto al dios Amón. Debe su fama al descubrimiento, en 1922, de su tumba en el valle de los Reyes y a una presunta maldición.

El antiguo Egipto constituye el epicentro de atención para miles de estudiosos amantes de esta fascinante civilización mediterránea. Acaso uno de los principales atractivos sea la vida de un enigmático faraón perteneciente a la XVIII dinastía y que paso a la Historia por el descubrimiento, en el siglo XX, de su tumba con todos los tesoros que en ella moraban.

Sabemos muy poco sobre el transitar de Tutankamón por la Tierra. Según se cree, nació en Tebas (Egipto) hacia 1342 a. de C., siendo hijo del faraón Akhenatón (Amenophis IV) y de su segunda mujer, Kiya. En 1333 a. de C. accedió al trono casándose con su hermanastra Ankhesenamón y más tarde abolió, asesorado por sus consejeros, el culto religioso monoteísta implantado por su progenitor. Su vida no destacó por nada en especial, salvo la manipulación que sobre él ejercieron los prebostes cortesanos. Falleció en Menfis (Egipto), en 1323, con sólo 19 años y sin un descendiente que asegurara la continuidad dinástica.



El regreso de Tutankamón a la vida pública llegó cuando, en noviembre de 1922, el arqueólogo aficionado Howard Carter (foto) —que trabajaba en el valle de los Reyes bajo el patrocinio de un excéntrico conde llamado lord Carnarvon— se topó con su tumba inviolada y cuajada de los más deslumbrantes tesoros. Hasta esa fecha, casi todos los sepulcros correspondientes a mandatarios egipcios habían sido víctimas de la rapiña bandidesca o del expolio interesado.

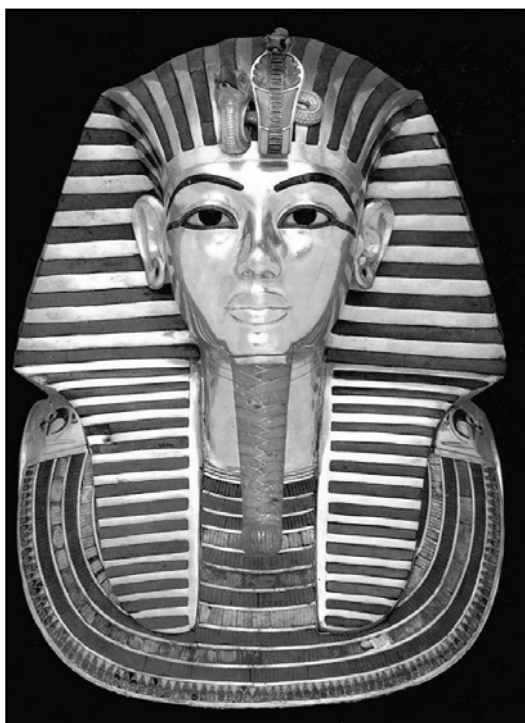
Mucho se ha especulado sobre la supuesta maldición del faraón niño. Desde que



Carter le devolviera a este valle de lágrimas, los incidentes, desastres y muertes no pararon de acontecer para mayor ensalzamiento de la misteriosa momia. Lo cierto es que la casualidad acudió en beneficio de la duda, primero con la mortal neumonía que se cebó en Carnarvon; luego, el desgobierno que sufrió Egipto y las desconcertantes muertes de personajes relacionados con el descubrimiento.

Sea como fuere y maldiciones al margen, lo que nos interesa es conocer cómo falleció realmente este joven faraón que devolvió al pueblo egipcio el culto al dios Amón, estableciendo la capital de su reino en Tebas. Aunque, según afirman egiptólogos ortodoxos, pudo abrazar en sus últimos años de vida a una deidad única, contraviniendo así los intereses de la casta sacerdotal egipcia, lo que provocaría un fatal desenlace con su muerte por asesinato.

En 1968 se realizó una radiografía a la momia y en ella se advirtió lo que bien pudiera ser una fractura en el cráneo. Desde entonces, se incrementó la versión del magnicidio, siendo el principal sospechoso el sumo sacerdote Ay, sucesor en el trono de Tutankamón y nuevo esposo de la viuda del faraón.



En 1997 se publicó en la prensa británica una investigación forense efectuada por el eminente neurorradiólogo Ian Isherwood, trabajo que fue complementado por el inspector de Scotland Yard Graham Melvin. Según sus averiguaciones, se confirmaba la muerte cruenta del faraón. El médico valoró a conciencia las radiografías obtenidas de la momia dando crédito a la hipótesis criminal. Por su parte, el policía elaboró una lista de posibles sospechosos, figurando en primer lugar el sumo sacerdote antes mencionado e inmediatamente después Horemheb, general de los ejércitos egipcios, sucesor de Ay e iniciador de la XIX dinastía faraónica.

Como vemos, esta teoría sobre la muerte trágica de Tutankamón fue la más difundida a lo largo de los años, y a estas alturas eran muy pocos los que discutían su verosimilitud histórica. Sin embargo, el 5 de enero de 2005, un grupo de investigadores —

compuesto por nueve egipcios, dos italianos y un suizo— examinó minuciosamente con escáner los restos momificados del faraón descartando la hipótesis del asesinato. Los expertos concluyeron que "no existía fractura craneal provocada", ya que el huesecillo encontrado en el interior de la cabeza podría tener su origen en un movimiento brusco del cuerpo cuando fue extraído por Carter, o bien por la propia actuación de los embalsamadores mientras manipulaban el cadáver del faraón durante el proceso de momificación.

Estos mismos analistas observaron los rastros de una fractura en el fémur de la pierna izquierda, lo que confirmaría la evidente cojera que padecía el adolescente, tal y como se refleja en los dibujos y relieves de la época. Además, no se debería descartar una más que posible infección generalizada por causa de esta herida crónica que, al ser imposible su total curación, habría marcado los últimos meses de su existencia. No obstante, lo más seguro es que nunca faltarán comentarios o análisis exhaustivos que avalen las dos teorías sobre el fallecimiento del proclamado Hijo del Sol.

Urraca I de Castilla y León, una brava e independiente reina medieval

Nacida en 1081 en León, era hija de Alfonso VI. Tras la muerte de su hermano y su padre, accedió al trono en 1109. Se casó con Alfonso I, rey de Aragón y Navarra, para consolidar la corona. Tras casi cinco años de relación tortuosa, fue repudiada por su esposo y siguió reinando en solitario.

Fue la primera mujer que reinó sola en Castilla y León. Fogosa, valiente e indómita, protagonizó una tumultuosa relación sentimental con su segundo esposo, el rey Alfonso I de Aragón y Navarra, mientras mantenía a toda costa su empeño por ser una soberana libre y despojada de cualquier yugo masculino.

Hija del rey Alfonso VI de Castilla y León y de su tercera esposa, Constanza de Borgoña, la pequeña Urraca pasó sus primeros años en Monzón de Campos (Palencia), bajo la estricta tutela de su ayo, el conde Pero Ansúrez.

Sin embargo, apenas pudo disfrutar de la infancia, dado que a los seis años fue prometida en matrimonio al conde francés Raimundo de Borgoña –pariente de su progenitora–, con el que se casó en 1091 sin que supiera entonces lo que el destino le reservaba.

La dote que la princesa castellana recibió de sus padres fue, sin duda, espléndida, pues entre otros regalos figuraban los títulos de condesa de Galicia y Portugal. En aquel tiempo, Alfonso VI se empleaba en diversos frentes para estabilizar su debilitado reino. Uno de ellos era engendrar un varón que le sucediese en el trono, asunto que se concretó con el nacimiento de Sancho, fruto de la relación con su favorita, la mora Zayda. Por su parte, Urraca permanecía ajena a las cuestiones dinásticas, generando su propia prole. Primero, Sancha, en 1102, y Alfonso Raimúndez dos años después.



En 1107 la condesa de Galicia quedó viuda por la muerte de su esposo víctima de la disentería. Desde entonces, los acontecimientos se precipitaron en un reino sumido en guerras intestinas con nobles desafectos y fronterizas con vecinos tan poderosos como los aragoneses o los propios musulmanes.

Precisamente, el infante Sancho murió combatiendo a los ismaelitas en la batalla de Uclés, ocurrida en 1108, y meses más tarde Alfonso VI hacía lo propio en Toledo superado por la enfermedad. No obstante, en las semanas previas a su óbito, el rey delegó en su hija, Urraca, la facultad de reinar en Castilla y León. Con casi 28 años, asumió la responsabilidad a sabiendas de que el reto no sería fácil. Por eso, a efectos de consolidar su corona, aceptó desposarse con Alfonso I «el Batallador», rey de Aragón y Navarra y hombre curtido en las artes de la guerra y de la política, pero no en las del amor. Se inició así una de las relaciones sentimentales regias más tortuosas de

la Historia, en la que ambos cónyuges pugnaron por imponer su voluntad en un matrimonio llamado a fracasar por las contundentes personalidades que se enfrentaban en dicha unión.

Ni siquiera la Santa Sede vio con buenos ojos esta controvertida relación, y el sumo pontífice Pascual II mantuvo permanente su amenaza de disolución matrimonial al ser los contrayentes parientes en grado directo. Lo cierto es que, durante los casi cinco años que duró el matrimonio, doña Urraca y su esposo protagonizaron encendidas discusiones que acabaron en episodios de malos tratos, encierros y reconciliaciones ardorosas ante la perplejidad de sus súbditos, los cuales no tenían claro qué facción debían defender en cada momento de la perenne riña conyugal.

En Galicia, la mayor parte de la nobleza se decantó por escudar las posiciones de Alfonso Raimúndez, hijo de doña Urraca y ungido rey de Galicia, aún en minoría de edad. En 1114 ocurrió lo inevitable, y Alfonso I repudió a su esposa. Ésta, aliviada por el hecho, reinó en solitario sin querer desposarse por tercera vez, aunque sostuvo diversos romances con nobles de su corte.

En 1116 la reina Urraca se encontraba en Santiago de Compostela cuando fuertes disensiones populares desataron una revuelta que acabó con la soberana lanzada a un barrizal de la ciudad, donde quedó desnuda, humillada y cubierta de golpes, incluso una certera piedra impactó en su rostro, saltándole varias muelas y dientes. A pesar de todo, esta rotunda fémina logró sobreponerse para reconducir la situación y, tras pactar con los conjurados gallegos, volvió a su trono, para desde él impartir justicia mientras contemplaba cómo su hijo Alfonso asumía cada vez más funciones de gobierno. El 8 de marzo de 1126 Urraca I falleció en la ciudad de Saldaña (Palencia) después de, según parece, haber dado a luz a su tercer hijo, cuyo padre era el conde don Pedro González de Lara, último amante oficial de la monarca. Por expreso deseo suyo, fue enterrada en el monasterio de San Isidro, en León, aunque posteriormente su cuerpo sería trasladado a la catedral de Palencia, donde reposa en la actualidad. La sucedió su hijo Alfonso VII, proclamado rey emperador de Hispania.

Vasco Núñez de Balboa, el español que descubrió el Pacífico

Nació en Badajoz en 1475. Atraído por las noticias del Nuevo Mundo, se convirtió en uno de sus protagonistas. Fue colono en La Española, polizón... y terminó encabezando la gran expedición —integrada por 190 españoles y unos 800 indios— que halló el océano Pacífico.

La llegada a Tierra Firme de los conquistadores españoles, tras su implantación en las Antillas, constituye el segundo gran hito después del propio Descubrimiento de Colón. Desde 1492 hasta principios de la centuria siguiente, numerosas expediciones habían vislumbrado las costas del continente americano. El principal objetivo de estos navíos —amén de la prospección comercial o la cartografía de las nuevas latitudes— consistía en localizar un paso hacia oriente. Lo que se ignoraba entonces es que lo descubierto era un inmenso continente y que, al otro lado del mismo, se encontraba un inabarcable océano.

El primer español que constató esta realidad fue Vasco Núñez de Balboa. Nacido en Jerez de los Caballeros (Badajoz) en 1475, vino al mundo en una familia noble pero empobrecida. Esto no le impidió formar parte —como paje— del séquito personal de Pedro de Portocarrero (señor de Moguer), vinculado a los viajes colombinos, de los que el joven Núñez de Balboa quedó prendado por las constantes y emocionadas noticias que llegaban desde las Indias.

Atraído por ese mundo fantástico del que hablaban los marineros regresados del Caribe, se enroló en 1501 en la expedición de Rodrigo de Bastidas y Juan de la Cosa. Una vez en las Antillas, se estableció en La Española (actual isla de Santo Domingo), donde recibió un repartimiento y varios indios, transformándose de ese modo en un simple granjero. Pero su temperamento inquieto y ambicioso no casaba con la vida tranquila de colono endeudado. Esto le empujó a merodear los pequeños puertos dominicanos en los que recalaban buques pertenecientes a diversas expediciones con la misión de explorar la Tierra Firme. En uno de ellos —cuyo capitán era el bachiller Martín Fernández de Enciso— se embarcó de forma clandestina. Tras completar esta aventura con no pocos inconvenientes, Balboa se estableció en el continente y al final logró méritos suficientes para encabezar la gran epopeya que le granjearía fama universal.



El 1 de septiembre de 1513 el bravo extremeño se puso al frente de una columna — con 190 españoles y unos 800 indios— y se dirigió hacia el interior panameño. La expedición recibió el valioso apoyo de tribus amigas y de los guías aportados por el cacique Careta. Fueron tres semanas de penosa marcha, en la que los españoles

llegaron a murmurar que aquel esfuerzo no merecía tantos azotes. Luchaban contra las enfermedades y contra una geografía hostil que les hacía avanzar lentamente y a machetazos por las frondosas selvas. En el camino se perdieron muchos hombres. Unos engullidos por los pantanos o los caimanes; otros perecieron por dolencias tropicales. El resto tuvo que soportar las altísimas temperaturas y los enjambres de mosquitos.

El único consuelo al que pudieron aferrarse fue el proporcionado por diferentes tribus aliadas de la zona, las cuales socorrieron a los expedicionarios con alimentos e indicaciones certeras sobre el camino a seguir en aquel trasiego decisivo para la historia de América. Al final, la comitiva pudo llegar a las estribaciones de una montaña desde cuya cumbre —decían los indios— se podía atisbar el azul de un inmenso mar.



El Pacífico. El 25 de septiembre de 1513, Vasco Núñez de Balboa —escortado por unos pocos hombres, entre ellos, Francisco Pizarro (futuro conquistador de Perú, en la foto)— subió a lo más alto del monte y desde allí comprobó que los indígenas tenían razón. Era la primera vez que un europeo certificaba la existencia de un océano al otro lado de la Tierra Firme, descubierta años antes. La calma de aquellas aguas inspiró a Balboa y bautizó ese mar con el nombre de Pacífico. Un día más tarde, los blancos se bañaron en la playa más próxima, festejando la gesta ante los asombrados indios. El 29 de septiembre Núñez de Balboa, en compañía de 26 hombres, dio el nombre de San Miguel al golfo en el que se había celebrado el descubrimiento. Allí mismo, en un acto emotivo, tomó posesión del lugar en representación del rey católico Fernando,

ceremonia que repetiría justo un mes más tarde.

Durante esas cuatro semanas, los españoles anduvieron negociando con los autóctonos, obtuvieron abundante oro y grandes muestras de simpatía, debidas en parte a la eficaz gestión diplomática de Balboa. Éste, a lo largo de interesantes veladas con los jefes nativos, se enteró de la existencia de un imperio, situado al sur, con el mayor acúmulo de riquezas que nadie pudiera imaginar. Según parece, el cacique Turnaco informó a los españoles sobre la existencia de un país llamado Biru —donde las ciudades estaban construidas con grandes bloques de piedra— por el que pastaban extraños animales que dibujó. Una de las figuras mostraba una oveja lanuda con cabeza de camello, especie que más tarde sería conocida con el nombre de llama. Contento por su gran hazaña, Balboa ordenó regresar a Santa María de la Antigua (actual Panamá), ciudad en la que la gloriosa columna entró el 19 de enero de 1514.

Los descubridores fueron recibidos en loor de multitudes y su fama llegó al Consejo de Indias, quien designó a Núñez de Balboa adelantado de los mares del Sur. No obstante, el extremeño se quedó pendiente de culminar el sueño de conquistar el imperio inca, ya que sus discrepancias personales con el gobernador Pedrarias Dávila le condujeron a un juicio injusto en la ciudad de Acla (Panamá). Acusado de traición, fue ejecutado el 21 de enero de 1519.

Vercingetórix, el irreductible galo que se enfrentó a los romanos

Nació alrededor de 72 a. C. Hijo del rey de los arvernos —una tribu gala—, acaudilló una rebelión contra los romanos. El jefe rebelde contrarrestó la superioridad táctica y armamentística de Julio César utilizando la estrategia de quemar los campos para así dejar sin provisiones a sus enemigos.

La crónica sobre la guerra de las Galias (Comentarios) escrita por Julio César constituye una de las narraciones más asombrosas y esclarecedoras sobre el acontecer de la república romana en el mundo antiguo. En dicho texto nos enfrentamos a ocho años de épica por los territorios occidentales de Europa en los que descollaron toda suerte de personajes, como el príncipe galo Vercingetórix, quien ofreció en su resistencia final ante las legiones romanas todo un canto de cisne para los celtas en esta contienda. Nació entre 82 y 72 a. C., aunque esta última fecha parece la más fiable según los investigadores históricos. Era hijo de Celtijos, un respetado rey de los arvernos, tribu belicosa del pueblo galo que se enseñoreaba de buena parte de la Auvernia (región inscrita en el centro geográfico de Francia).

Siguiendo la costumbre, el príncipe fue entregado a una familia adoptiva de la aristocracia local para su educación como heredero al trono de su progenitor. Y, en ese sentido, recibió magníficas enseñanzas acerca de la guerra, el manejo de los caballos, la dirección de hombres e incluso sobre los secretos que guardaban los respetables druidas. En 60 a. C., regresó al seno de su clan para ejercer labores de mando junto a su padre, quien, por entonces, preparaba diversas campañas bélicas en la zona.

Pocos meses más tarde, las legiones romanas de Julio César irrumpieron en las Galias, provocando una marea de sangre y fuego. Algunas tribus celtas pactaron con los invasores, entre ellas la del propio Celtijos, ante la disconformidad de una numerosa facción que pretendía plantear resistencia a ultranza ante los romanos.

Tras la fase inicial de este conflicto, César regresó a Roma para resolver algunas cuestiones internas y, en 54 a. C., pudo reanudar en las Galias la mayor gesta de su vida. En esta ocasión, los aliados le plantaron cara, en una guerra devastadora que sembró de cadáveres ciudades, pueblos y campos por toda la Galia. En 52 a. C., la rebelión de los carnutos —pobladores de Genabrum (actual Orleans)— incitó al resto de las tribus galas a secundar una revuelta contra los romanos.

Por entonces, Vercingetórix había sucedido a su padre tras el fallecimiento de éste y gozaba de suficiente prestigio entre los suyos como para ser elegido comandante en jefe de una confederación de tribus galas, entre las que se encontraban los aulercios, audecaros, turones, parisienses, senones, rutenos, arvernos... En todo caso, miles de enardecidos guerreros muy superiores en número a su enemigo, pero con ciertas dificultades en los capítulos de organización, disciplina y armamento. Inconvenientes que no obstaculizaron el arranque de esta nueva etapa en la guerra más sangrienta de la Antigüedad.

Vercingetórix, conocedor de sus limitaciones, adoptó la estrategia de tierra quemada, en el intento de matar de hambre a sus oponentes. Durante semanas los galos arrasaron cosechas y aldeas que pudieran proveer de suministros a las legiones romanas. Pero estos esfuerzos resultaron inútiles y los bien entrenados soldados de

César fueron consiguiendo victoria tras victoria hasta someter al ejército del líder rebelde a una presión definitiva que le llevó a buscar refugio en la ciudad sagrada de Alesia, donde más de 80.000 galos fueron cercados por 10 legiones romanas.



El anhelo de Vercingetórix pasaba por recibir la ayuda de 250.000 celtas que se encontraban cerca de la plaza. Sin embargo, el talento de Julio César brilló como nunca lo había hecho y ordenó levantar 42 kilómetros de defensas en dos perímetros que rodeaban la ciudad y a la vez servían de parapeto ante el inminente ataque externo. En septiembre de 51 a. C., se libró la gran batalla. Durante días, centurias y cohortes se batieron con absoluta determinación ante las constantes oleadas de los orgullosos combatientes celtas. Se produjo una mortandad terrible en ambos bandos, aunque finalmente el triunfo se decantó por las armas romanas. El galo, viendo perdida su causa, se rindió sin condiciones.

Era la triste rúbrica a ocho años de conflicto, en los que sucumbieron un millón de galos, otro millón fue esclavizado y el resto de las tribus celtas quedó sometido al yugo de Roma. El propio Vercingetórix fue trasladado a la ciudad eterna cubierto de cadenas y a merced de sus captores.

En 46 a. C., tras cinco años de humillante cautiverio, el jefe galo fue ejecutado por estrangulamiento como ejemplo para todos aquéllos que en el futuro quisieran levantarse en contra de los nuevos amos de la situación. Por su parte, Julio César no sobreviviría mucho más, siendo asesinado dos años más tarde por una conjura de desafectos, aunque ello no impidió que se culminase su sueño imperial en la figura de su sobrino nieto y sucesor Octavio Augusto.

Vlad Tepes, cruel príncipe que dio origen al mito de Drácula

En el siglo XV fue conocido como el dragón de Valaquia, el azote de los otomanos y el rostro de la maldad suprema. Su despiadada figura inspiró el terror romántico de Bram Stoker en su novela “Drácula”, el vampiro “no muerto” que buscaba a su amada desde la otra vida.

En 1899, el escritor irlandés Bram Stoker concibió Drácula, su obra inmortal basada en la figura histórica de Vlad Draculea, un paladín de la cristiandad que opuso una férrea resistencia desde su tierra valaca a los invasores turcos. Stoker dio tal rienda suelta a su imaginación que aquel héroe del siglo XV acabó convirtiéndose en todo un príncipe de las tinieblas, vampiro sobrenatural y seductor de apetitosas jovencitas quienes no sentían ningún pudor a la hora de ofrecer sus níveos cuellos. Sin embargo, la vida de Tepes el Empalador, como así se le empezó a denominar un siglo más tarde de su muerte, no estuvo exenta de fuertes emociones ni de sangre derramada en estacas castigadoras.

Nació en 1428 en Sighisoara, enclave de la región rumana de Transilvania. Fue primogénito y heredero de Vlad, un príncipe rumano de cruel condición quien, al parecer, había sido iniciado en una hermandad secreta llamada del Dragón (dracul). De ahí el apelativo, que luego heredaría su hijo, de idéntico nombre. Otros investigadores opinan que el sobrenombre fue impuesto por los habitantes de sus dominios, acostumbrados a las acciones terribles de su amo y, en consecuencia, le habrían llamado de esa manera al significar en lengua vernácula rumana "diablo". Y como el sufijo "ea" significa "hijo de", nuestro protagonista fue un perfecto hijo del diablo. En 1448 ocupó el trono de Valaquia tras la ejecución sangrienta de su padre a manos de sus enemigos políticos y, desde entonces, propagó un mensaje de terror despiadado que, por otra parte, no era disonante con otras monarquías cristianas o musulmanas de la época. Lo que verdaderamente hace que este personaje trascienda a su propia historia es, sin duda, su batallar contra los otomanos, los cuales amenazaban peligrosamente la propia existencia de toda Europa central.



Al poderoso sultán Muhammad II no le tembló el pulso a la hora de tomar Constantinopla en 1453. Con ello se puso fin al Imperio bizantino y de paso a la Edad Media. No obstante, la fuerza militar de la "Sublime Puerta" topó bruscamente con la leyenda del príncipe Vlad Draculea, el cual fomentó la afición de ensartar en un palo afilado a todos sus oponentes, bien fueran cristianos o de la media luna. Comenzó su mandato ajusticiando dentro de las fronteras de su reino a todos aquellos que habían participado en la conjura contra su padre, luego se cebó con los desafectos a su causa

y, finalmente, cualquier hijo de vecino que no le cayera en gracia. Su ira misántropa se canalizó después hacia los atacantes turcos, convirtiéndose en un incontenible ariete contra ellos. Aunque, bien es cierto, que en su afán por conservar el poder, no tuvo escrúpulos a la hora de aliarse con unos y otros siempre que el acuerdo le pudiese beneficiar. En todo caso se mostró reacio a pagar tributos al sultán Muhammad II, planteándole una guerra de guerrillas que estuvo a punto de sojuzgar el ánimo



otomano por las reiteradas derrotas sufridas y por la crueldad extrema del caudillo militar valaco con los prisioneros capturados. La bravura demostrada por Draculea llegó a amenazar a Estambul, ciudad de la que huyeron miles de habitantes por miedo a verse en manos del sanguinario guerrero. Su táctica guerrera acabó desquiciando a los musulmanes, los cuales, aunque varias veces superiores en número, no fueron capaces de derrotarle durante interminables meses. Finalmente, las argucias del líder turco consiguieron que Tepes diera con sus huesos en cárceles cristianas durante más de 12 años. Desde 1462 a 1475, distrajo su tiempo a la sombra empalando ratones y pajarillos, mientras que su hermano Randu el Hermoso se convertía en un gobernante títere de Valaquia al servicio de los invasores.

El 10 de enero de 1475 Vlad había recuperado la libertad y se le pudo ver luchando al lado del príncipe transilvano Esteban Báthory en la célebre batalla de Vaslui, librada contra los turcos. Con el tiempo obtuvo crédito suficiente para volver a ocupar, en noviembre de 1476, el trono que por legitimidad le pertenecía. Si bien, pocas semanas más tarde sufrió una emboscada turca, muriendo en ella junto a 200 hombres de su guardia personal. La cabeza de Draculea fue llevada a Estambul, quedando expuesta en sus murallas para tranquilidad de los trémulos ciudadanos.

Nunca sabremos si probó la sangre humana, lo único cierto es que una de sus mayores distracciones era la de ingerir cenas opíparas frente a centenares de agonizantes empalados, así como teñir las murallas de sus castillos con el rojizo líquido vital de los enemigos. De ahí, posiblemente vino la terrible aureola vampírica y su presunto desapego de la fe cristiana en beneficio de viejas prácticas paganas.

William Shakespeare, el polémico genio de las letras inglesas

Poco se sabe de este poeta y dramaturgo universal. Nació en 1564, en Stratford (Inglaterra). Se casó a los 18 años con una mujer ocho años mayor que él, tras quedarse ésta embarazada. Recibió el reconocimiento y la admiración de sus coetáneos, pero también acusaciones de plagio.

Utilizó como pocos la lengua inglesa en un ejercicio de transmisión cultural sin parangón hasta entonces. Su vida, cubierta de brumas, está aún hoy sujeta a diferentes polémicas, en las que incluso se le acusa de haber utilizado obras de otros autores para su gloria personal. Ni siquiera conocemos con certeza cómo fue su verdadera imagen física.



Este gran poeta y dramaturgo nació en Stratford (Inglaterra) el 23 de abril de 1564. Era hijo de John Shakespeare y Mary Arden, una acomodada familia campesina que trajo al mundo a ocho vástagos, de los que William era el tercero y primer varón, por lo que se le consideraba el primogénito de la prole.

Sus estudios académicos fueron bastante razonables para un niño de aquellos años, y dada la solvente economía familiar pudo acudir incluso a la escuela secundaria de Stratford. Allí aprendió gramática, retórica y latín, materias que le servirían más tarde en su quehacer profesional.

Sin embargo, su innata inteligencia quedó privada de una instrucción universitaria, ya que con 12 años tuvo que asumir una mala racha económica familiar. Hasta entonces, los Shakespeare vivían del negocio de los guantes y la lana y de los oficios administrativos del padre, quien llegó a tener diversas responsabilidades en la Corporación local. Tras el descalabro económico, el joven William se vio obligado a ejercer algunos trabajos como aprendiz de carnicero o como profesor itinerante en las aldeas cercanas a su localidad.

En 1582 se casó con Anne Hathaway, una muchacha ocho años mayor que él a la que había dejado embarazada. Meses más tarde nacería su hija Susan, por la que el autor siempre mostró predilección y a la que siguieron, en 1585, los mellizos Hamnet (fallecido a los 11 años) y Judith. En este tiempo, la vida para la nueva familia Shakespeare no fue fácil. Según se dice, en 1588 William tuvo que emigrar a Londres —formando parte de una compañía teatral— tras ser descubierto mientras practicaba el furtivismo en los terrenos de "sir" Thomas Lucy, juez de paz de Stratford.

En aquella época, la capital del Támesis contaba 200.000 almas inmersas en un clima de euforia social y cultural, por el que se desenvolvían grandes dramaturgos como Christopher Marlow, una de las primeras fuentes de inspiración de Shakespeare, quien también bebió de grandes clásicos como Ovidio, Plutarco o Séneca.

En 1590 el actor vocacional obtuvo el reconocimiento público por su obra Enrique VI, asunto que le permitió prosperar como autor teatral que interpretaba o participaba en

sus propias creaciones. Su fama mejoró tras recibir el mecenazgo de Henry Wriothesley, tercer conde de Southampton, lo que le permitió ayudar a su maltrecha familia. Incluso logró, en 1596, que la mismísima reina Isabel I le concediera a su padre un escudo de armas.

En esos años, Shakespeare ya cabalgaba por los caminos de la admiración y el respeto de sus coetáneos. Sus trabajos literarios se sucedían en una vorágine brillante no exenta de polémica, pues ya entonces se le acusó de plagiar o arreglar textos de otros autores menos conocidos que él. Sin embargo, el artífice de Hamlet, Otelo, Enrique V, El rey Lear, Romeo y Julieta y tantos títulos —hasta 38 obras inmortales— permaneció ajeno a cualquier crítica o ataque de sus adversarios y mantuvo una constante producción literaria.

Al mismo tiempo, realizaba fuertes inversiones económicas en los teatros londinenses o en su ciudad natal, donde llegó a comprar New Place, la mejor mansión de Stratford, acaso pensando en un inminente retiro que, finalmente, se produjo en 1613.

Meses antes dejó escrita su última obra, Enrique VIII. Algunos exegetas afirman que falleció tras una juerga en compañía de unos amigos que le visitaban, aunque recientes teorías sostienen que murió a consecuencia de los estragos producidos por un tumor ocular. En todo caso, el óbito se produjo el 23 de abril de 1616, la misma fecha en la que murió Miguel de Cervantes, por lo que esta circunstancia sería aprovechada para declarar esa jornada Día Internacional del Libro.

Aunque valorado en su tiempo, William Shakespeare no obtuvo un reconocimiento profesional pleno. Algunos afirmaron que sus obras habían sido escritas por alguien de cultura superior a la suya. Incluso se esgrimieron nombres como los ya mencionados Marlow o el conde de Southampton; a estos se sumaron otros como los ilustres sir Francis Bacon o sir Henry Neville.

Sea como fuere, nada ha sido capaz de enturbiar la luminosa proyección de Shakespeare sobre los mimbres de la literatura universal y desde el siglo XIX es el autor británico más leído y representado en todo el mundo.



*Tu aliento será un árbol,
Tu árbol formará un bosque*



Un bosque llamado Cebrián

¡Participa!

www.bosquecebrian.es
www.bosquecebrian.foroespana.com

proyectobosque@bosquecebrian.es